

«Impresionante».
The New York Times

«No dejes pasar este libro».
School Library Journal

UNA LISTA DE JAULAS



ROBIN ROE

Traducción de
Pilar Ramírez Tello



NOCTURNA
EDICIONES



ROBIN ROE

UNA LISTA DE JAULAS

Traducción del inglés
Pilar Ramírez Tello

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *A List of Cages*

Publicado en 2017 por Hyperion, un sello de Disney Book Group

© de la obra: Robin Roe, 2017

© de la traducción: Pilar Ramírez Tello, 2018

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: febrero de 2019

Edición Digital: Elena Sanz Matilla

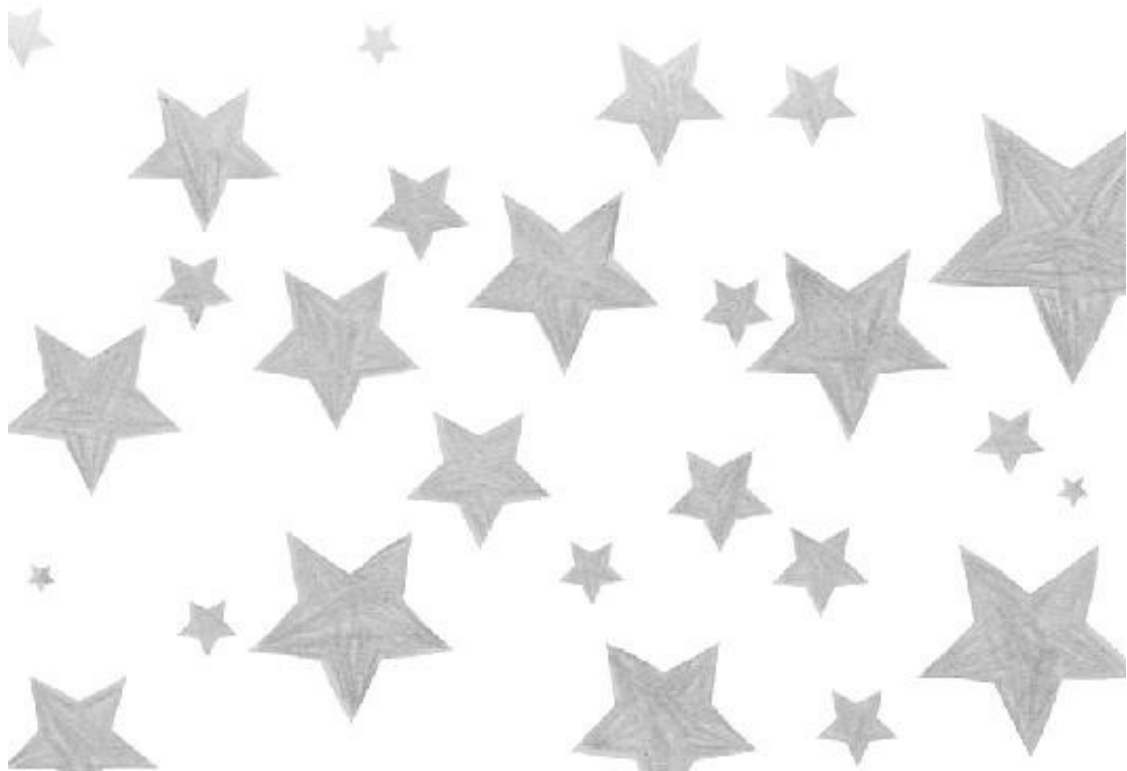
ISBN: 978-84-17834-16-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para mi madre, que me enseñó a dar y amar con todo mi corazón,

y

*en memoria de Jamie, el precioso niño que me recuerda que
somos más de lo que podemos ver*





PRIMERA PARTE



UNO

JULIAN

En este instituto hay una habitación que nadie más que yo conoce. Si pudiera teletransportarme, estaría allí ahora mismo. Quizá si me concentro lo suficiente...

—Julian. —El señor Pierce es tan cortante al pronunciar mi nombre que pego un respingo—. No llevas aquí ni un mes y ya has faltado seis veces a clase de Lengua, nada menos.

Seguro que he faltado a más, pero supongo que nadie se daría cuenta de que no estaba.

El director se inclina hacia delante con ambos puños alrededor de su bastón, alto y retorcido. Tiene una pequeña criatura tallada en la parte superior. He oído a los otros chicos hablar sobre ella y discutir sobre si se trataba de un gnomo, un trol o una réplica en miniatura del señor Pearce. A tan poca distancia, reconozco que se parecen.

—¡Mírame! —me grita.

No sé por qué la gente se empeña en que la mires cuando está enfadada contigo, justo cuando menos te apetece hacerlo. Sin embargo, hago lo que me ordena, y el despacho sin ventanas parece encogerse y yo con él. Un chico

microscópico bajo el escrutinio del señor Pearce.

—Te resultaría mucho más sencillo mirar a alguien a los ojos si te cortaras el pelo.

Me lanza una mirada aún más furiosa cuando empiezo a apartarme el cabello de la cara.

—¿Por qué no has estado yendo a clase?

—No... —Me aclaro la garganta—. No me gusta.

—¿Cómo dices?

La gente siempre me está pidiendo que le repita las cosas o que hable más alto. La razón principal por la que no me gusta Lengua es que la señorita Cross nos obliga a leer en voz alta y, cuando me toca, me trabo con las palabras y me dice que hablo demasiado bajo.

Como lo sé, alzo un poco la voz:

—No me gusta.

El señor Pierce arquea sus dos cejas grises como si estuviera completamente perplejo.

—¿De verdad crees que eso es motivo suficiente para no ir?

—Pues...

Para todo el mundo, hablar es algo natural. Cuando alguien dice algo, saben al instante lo que responder. No obstante, para mí es como si el camino entre el cerebro y la boca estuviera estropeado, como una extraña forma de parálisis. No puedo hablar, así que me dedico a jugar con la punta de plástico de los cordones de los zapatos.

—¡Responde a mi pregunta! ¿Crees que no gustarte una clase es motivo suficiente para no ir?

Sé lo que creo, pero la gente no quiere que digas lo que piensas, sino que digas lo que ellos piensan. Y no es nada fácil averiguarlo.

El director entorna los ojos, desesperado.

—Mírame, joven.

Miro su rostro enrojecido. Hace una mueca, y dudo si será porque le duele la rodilla o la espalda, que es lo que siempre parece.

—Lo siento —respondo, y se le ablanda la expresión.

De repente, sus pobladas cejas se vuelven a juntar y coloca sobre la mesa una carpeta abierta con mi nombre.

—Debería llamar a tus padres.

Se me escapan los cordones de los dedos helados.

El hombre esboza una sonrisa.

—¿Sabes lo que me sienta muy bien?

Consigo negar con la cabeza.

—Ver esa cara de miedo en los estudiantes cuando les digo que voy a llamar a su casa. —Se lleva el auricular a la oreja. Él y su monstruito de madera me observan mientras transcurren los segundos. Entonces, despacio, retira el teléfono—. Supongo que no tengo que llamar, siempre que me prometas que no volveré a verte por aquí.

—Lo prometo.

—Pues vete a clase.

En el pasillo intento respirar, pero sigo temblando, como cuando ha estado a punto de atropellarte un coche que iba a toda velocidad y has logrado apartarte de un salto en el último segundo.

Cuando entro en la clase de Desarrollo Infantil, todas las chicas levantan la cabeza a la vez, como si fueran una manada de ciervos que presienten el peligro. Hasta que me ven y entonces apartan la vista como si yo ni siquiera estuviera ahí.

Puesto que llego tarde, tengo que quedarme frente a la clase mientras la señorita Carlisle lee con rabia la nota del director. Aunque nadie me mira, no puedo evitar pensar que llevo el pelo demasiado largo, que los vaqueros me

quedan cortos y la camiseta, pequeña, y que todo lo que llevo puesto es feo y está hecho polvo.

—Ya he anotado que estabas ausente —suspira la profesora. Es probable que sea incluso mayor que el señor Pearce; quizás en algún momento su cabello fuera rubio y sus ojos de un luminoso color azul, antes de desteñirse como una fotografía—. No sé qué tengo que hacer ahora.

Soy consciente de que el sistema de control de asistencia le estresa, porque ella misma nos lo cuenta casi todos los días.

—Lo siento.

—No pasa nada —responde, dejando caer los brazos con gesto de cansancio—. Ya lo arreglaré.

Mientras me dirijo a mi asiento del fondo, el otro chico de la clase, Jared, agita una mano para llamar mi atención.

—Te veo después en el autobús, ¿verdad? —me pregunta.

No respondo.

La señorita Carlisle anuncia que hay que terminar la tarea en grupo, así que todos se ponen a gritar los nombres de la gente que quieren en el suyo y a colocar los escritorios en círculos.

Es probable que sea la única persona del instituto que odia que los profesores nos dejen elegir grupo. Agacho la cabeza y cierro los ojos. Antes pensaba que, si me concentraba lo suficiente, desaparecería. Ya no me lo creo del todo, aunque a veces lo sigo intentando.

—Julian —dice la señorita Carlisle—, hoy te la vas a ganar. Búscate un grupo. —Miro a mi alrededor, a los grupos que ya se han formado, y se me crea un nudo de ansiedad en el estómago—. Únete al que tengas más cerca y ya está.

En el que tengo más cerca está Kristin, una chica que se parece un poco a un pez de colores porque tiene el pelo naranja y los ojos saltones. Me lanza

una mirada agresiva, y es como si me hubiese puesto una capa de invisibilidad defectuosa: funciona a la perfección hasta que cometo una estupidez.

Conocí a Kristin al principio de este curso. En la primera clase del día, me dio un toquecito en el hombro y me preguntó si estaba leyendo un libro de Elian Mariner. Asentí con cautela, ya que nadie inicia nunca una conversación conmigo. Aun así, cuando quiso saber de qué iba, las palabras brotaron sin más. Sí, era un libro de Elian Mariner, probablemente mi favorito de toda la serie. Kristin no dejaba de asentir con la cabeza e interrogarme, y entonces me dijo que a su hermana le encantaban aquellos libros, y añadió: «Porque tiene siete años».

Cuando todos los que nos rodeaban se echaron a reír, escondí el libro en la mochila. No me di cuenta hasta la siguiente clase de que no lo tenía. A sexta hora, al volver de afilar el lápiz, allí estaba, encima de mi silla.

Lo abrí y descubrí que habían profanado todas las ilustraciones con un rotulador negro. De los pantalones de Elian salían dibujos de penes, y había otros tantos volando y apuntándole a la boca. Con las lágrimas a punto de brotar, levanté la vista y me di cuenta de que la clase entera me miraba. Localicé los ojos de pez de Kristin entre la multitud, justo antes de que ella dejara caer la cabeza, muerta de risa, sobre su escritorio.

—¡Julian! —me grita la señorita Carlisle—. Muévete.

Arrastro a toda prisa mi mesa para unirme a las chicas.

—Bueno, Violet y Jen —dice Kristin—, ¿dividimos el trabajo?

Finjo no darme cuenta de que me excluye y abro el libro.

—Vale —contesta Violet—. Julian, ¿quieres...?

—Lo que yo quiero es sacar buena nota —la interrumpe Kristin—. Vamos a dividirlo entre nosotras.

Violet no responde, y yo finjo que no oigo nada.

Después del timbre que pone fin a las clases, es como si alguien le hubiera

dado una patada a una colmena; los chicos se reúnen y vuelan en mil direcciones distintas. Se produce una repentina explosión de ruido: charlas y pitidos de los móviles. Yo permanezco paralizado en lo alto de las escaleras de la entrada del instituto.

Mi padre está apoyado en un árbol al otro lado de la calle.

Cuando era pequeño, mi madre era la que solía recogerme, aunque de vez en cuando mi padre salía temprano y me sorprendía. En lugar de unirse a la fila de coches, iba a por mí a pie. Siempre llevaba las manos manchadas de tinta, igual que un niño después de pintar con los dedos, y decía: «Hace muy buen día, sería una pena ir en coche». Lo decía aunque lloviera.

Pero, por supuesto, el hombre del otro lado de la calle no es en realidad mi padre, sino una ilusión de la luz solar que se filtra entre las ramas y se derrama sobre un corredor que se ha parado a recuperar el aliento.

Me quedo donde estoy, incapaz de moverme.

Tanto que los altos escalones se convierten en una montaña de la que debo descender. Tanto que tardo un rato en reunir la energía necesaria para iniciar el largo camino de regreso a casa.

A diez manzanas del instituto, empiezo a temblar. El otoño ya está aquí, pero parece demasiado pronto. Casi como si me hubiera saltado los tres últimos meses, porque se supone que hay ciertas cosas que tienen que pasar todos los veranos.

Se supone que tengo que ir a la playa con mis padres. Se supone que tenemos que ver los fuegos artificiales, comprar bengalas y buscar conchas. Se supone que tengo que quedarme despierto hasta tarde y sentarme en el porche delantero a comer polos mientras mi madre toca la guitarra y mi padre dibuja. Después, mientras él me acuesta, se supone que tiene que preguntarme: «¿Cuántas estrellas?».

Si el día ha sido estupendo, se supone que tengo que responder nueve o

diez. Y si ha sido asombroso, el mejor día de mi vida, se supone que tengo que hacer trampa y decir algo así como: «Diez mil estrellas».

Sin embargo, no vimos los fuegos artificiales ni comimos polos ni hicimos cosas de verano, y noto dentro este dolor, como si me hubiera pasado las Navidades durmiendo.

El mismo abatimiento que sentí después de clase reaparece en cuanto entro en la casa vacía. Está oscura, reluciente y bien ordenada. Cada uno de los muebles tiene un valor estratégico. Cada color lo ha coordinado alguien entrenado para ese trabajo. Es justo la clase de casa que creía querer... hasta que la tuve.

Entro en mi dormitorio, que tiene suelos de madera pulida, paredes pintadas de color arena y muebles pesados. Me llama la atención lo único que está fuera de lugar: el gran baúl de acero a los pies de la cama. Mis padres me lo compraron para ir de campamento el verano que cumplí los nueve años. Me dijeron que era muy valiente por ir de viaje solo, pero los echaba tanto de menos que no aguanté allí ni la primera noche.

Dejo caer la mochila al suelo y levanto la pesada tapa del baúl. Se me encoge el corazón al mirar todas las cosas que amo: los álbumes de fotos, los libros de Elian Mariner y el cuaderno verde con espiral de mi madre. Hoy no lo toco y me dedico a buscar el mío. Paso unas cuantas hojas y sigo por donde lo había dejado.

Horas después, suelto el bolígrafo al oír que un coche entra en el garaje. Son las ocho, aunque a veces mi tío llega a casa aún más tarde. Y, en ocasiones, si tiene que reunirse con clientes de otras ciudades, no viene a dormir.

Me quedo mirando la puerta de mi dormitorio, la forma en que la luz del pasillo ilumina el perímetro como una entrada a otra dimensión. Me quedo

pendiente del ruido que hace al subir las escaleras hasta su despacho, porque incluso cuando está en casa, suele trabajar.

En lugar de eso, veo una sombra proyectada bajo mi puerta.

Cierro los ojos, pero no puedo teletransportarme ni tampoco desaparecer.

Mi tío Russell me dijo una vez que antes era tan alto y delgado que, cuando su instituto representó *Cuento de Navidad*, le pidieron que fuera la Parca. He intentado imaginármelo, aunque cuesta creer que fuera tan frágil.

Russell no habla, sino que se limita a coger la caracola que tengo sobre la cómoda y se pone a darle lentas vueltas entre las manos. Tiene dedos largos y finos, como plastilina estirada.

—¿Estás haciendo los deberes? —me pregunta por fin.

—Sí —respondo, y de inmediato me siento culpable.

Es tarde y acaba de llegar a casa de trabajar, todavía va bien vestido: con corbata al cuello, mientras que yo ni siquiera he deshecho la mochila.

Devuelve la caracola a su sitio y me quita el cuaderno de las manos. Lo mira entornando los ojos, lo pone bocabajo, después de lado y de nuevo del derecho. Es algo que hace a veces, una especie de broma sobre mi horrible letra.

—¿Qué es esto? —inquire.

—Un comentario de texto.

Me mira con atención, y temo que se dé cuenta de que miento. Me asomo a las profundas fallas que le surcan la frente y la parte de debajo de los ojos para intentar interpretarlo. Algunas noches, cuando vuelve a casa, sobre todo si se ha pasado fuera varios días, parece aletargado, relajado, como si acabara de darse un banquete.

Otras es como si hubiera algo moviéndosele justo por debajo de la piel, algo que se le arrastrara por allí y lo arañara para intentar salir. Esas noches

lo mejor es oír que se cierra la puerta de su despacho. Aunque yo me sienta solo y encerrado, es mucho mejor.

Se le tuerce la comisura de los labios y es casi como si sonriera.

—Has escrito mal «siniestro». —Deja el cuaderno en el suelo—. Ven a la cocina.

Lo sigo al otro cuarto y él abre un cartón de comida para llevar. Se queda de pie junto a la encimera de granito, corta su bistec con un cuchillo afilado y se come los chorreantes trozos rojos. La casa está en silencio salvo por el lejano ruido metálico del calentador de agua, el mismo ruido que hace la secadora si dejas alguna moneda dentro de los bolsillos.

—Hoy me ha llamado tu director.

Su voz es profunda, tranquila y firme, pero sus palabras me aceleran el corazón. El señor Pearce me había dicho que no llamaría si prometía ir a clase, y se lo prometí.

Por un segundo, la imagen de mi madre de pie junto al instituto, esperándome, me parpadea detrás de los ojos.

—¿Me estás escuchando?

Asiento a toda prisa, avergonzado. No trabajo lo suficiente. No como Russell, que trabaja más que nadie que conozca. No le ha quedado más remedio desde que murió su padre cuando él tenía diecisiete años. De nuevo intento imaginármelo joven y frágil, pero soy incapaz.

Él corta el bistec y se come otro trozo rojo.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

Noto frío en el estómago. Me he tragado el invierno. Va a echarme. Me he portado mal demasiadas veces y está harto.

—Lo siento.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Cuatro años.

—En todo ese tiempo, ¿qué es lo único que te he pedido? ¿Cuál era nuestro único acuerdo?

—Que pudieras confiar en mí.

—¿Y? —insiste antes de comerse otro trozo.

—Que pudieras confiar en que hiciera lo correcto.

—¿Y?

—Que no tuvieras que comprobarlo.

—No es pedir demasiado, ¿verdad?

Todo el sentimiento que falta en su voz empieza a palparle en la vena del cuello.

—No.

—Entiendo tus... limitaciones. No espero que saques sobresalientes. Ni siquiera notables. Pero quedarse sentado en una clase no es tan difícil, ¿no?

—No.

—No me gusta que me llamen de tu instituto. Quiero ser capaz de confiar en ti.

—Lo siento.

Y lo digo en serio.

Deja el cuchillo cerca del hueso pelado.

—Ve a por eso.



DOS

JULIAN

Va a suceder algo horrible.

Normalmente me despierto con esa sensación en el fondo del pecho. Como si estuviera ciego y justo al lado tuviese algo de lo que podría huir si tan sólo lo viera. Una idea vaga pero insistente que me persigue hasta la cuarta hora de clase y, cuanto más intento librarme de ella, más me consume.

Me doy cuenta de que he desconectado cuando advierto que mi profesora de Arte, la señorita Hooper, está a mi lado con un cuadrado de papel amarillo en el que pone: «Al despacho de la doctora Whitlock».

Suspiro.

La mejor parte de entrar por fin en el instituto era que se acababan las reuniones con la psicóloga de la escuela. Entonces descubrí que la señora de mi antiguo colegio ahora trabaja aquí.

—Coge tus cosas —me dice la señorita Hooper, así que agarro la mochila y salgo al pasillo.

—¿Julian?

Me giro.

Y el momento parece ralentizarse.

Es como si estuviera inmóvil mientras el mundo pasa por mi lado a toda velocidad, como un coche por una calle sombría. Y, por un segundo, los faros me iluminan. Eso es lo que siento, que estoy paralizado en la oscuridad y de repente lo veo: Adam Blake. Apoyado en la pared de ladrillo, con aspecto relajado mientras no deja de moverse.

Por un momento siento un estallido de pura felicidad. Siempre me he preguntado qué le diría si volviera a verlo. Entonces se me ocurre que no hay nada que decir, salvo quizá «lo siento», y mi felicidad se desvanece.

Él sonrío. Miro a mi alrededor para ver a quién le dirige el gesto, pero no hay nadie.

—Soy yo, Adam.

No sé por qué me dice su nombre. Aunque no lo supiera de antes, lo conocería. Llevo poco tiempo en este instituto, pero ya he oído su nombre unas cien veces, sobre todo en boca de las chicas que están enamoradas de él; su fascinación me desconcierta un poco. No va bien arreglado, como afirmaba mi madre que debía ir un chico mientras me cepillaba el pelo por las mañanas. Lo lleva descuidado, igual que si hubiera intentado peinárselo en una dirección, se hubiera aburrido y lo hubiera peinado en la otra, para después cambiar de idea otras cinco veces.

Es más alto que yo, aunque no tanto —ni mucho menos como el enorme rubio que siempre lo acompaña—; yo creía que a las chicas les gustaban los chicos que eran muy altos y fuertes. Ni siquiera se comporta como deben hacerlo los tíos populares. Los de mi curso andan de un modo concreto, casi dando pisotones cuando se enfadan, mientras que Adam va corriendo a todas partes como si llegara tarde. Lo he visto tropezar con sus propios pies más en más de una ocasión; se limita a sonreír y seguir andando.

Esa es otra: los chicos no sonrían mucho. No sé bien si es porque no son felices o sólo porque fingen no serlo, pero él siempre parece... amable. Y

amable y torpe no son cosas que molen. Salvo en este instituto, al parecer.

Mientras Adam me espera, expectante, mi ansiedad aumenta. No saber qué decir es algo normal en mí, pero no saber qué decirle a *él* sienta un millón de veces peor.

—No puedo crearme que seas tú —confiesa.

De pronto, se adelanta y yo doy un salto hacia atrás. Se detiene con cara de desconcierto. Ahora sí que estoy muy avergonzado. Es Adam, y si se lanza sobre mí con los brazos abiertos es probable que sólo quiera abrazarme. A pesar de ello, la vergüenza y el dolor me sobrepasan.

Veo la sorpresa en su cara durante una fracción de segundo antes de terminar de darme media vuelta y salir corriendo por el pasillo en dirección contraria al despacho de la doctora Whitlock.

Cuando he desaparecido de su vista, freno para que no me detenga ningún profesor. Respiro hondo mientras le doy vueltas en la mano a la arrugada nota amarilla. La doctora no tardará en darse cuenta de que no voy. Si se lo cuenta al señor Pierce, volverá a llamar a Russell, y entonces él querrá saber qué he hecho para que me envíen a verla a ella.

Pero si voy a su despacho, la doctora me mirará a los ojos y me hará preguntas violentas que no puedo responder, y me dolerá el estómago. Después, quizá llame a Russell sólo para comentarle que estoy viéndola de nuevo.

Me detengo, muerto de indecisión.

No hay ninguna alternativa buena.

Y con cada segundo que pasa aumentan las probabilidades de que la doctora se lo cuente al director.

Debería volver inmediatamente, pero no consigo obligar a mis pies a moverse en esa dirección. Por ahora, la certeza de ver a la doctora Whitlock es peor que la posibilidad de enfrentarme a Russell, aunque sé que no pensaré

lo mismo si al final ocurre. Me digo que soy un estúpido por arriesgarme. Pero supongo que lo soy, porque ya he tomado la decisión.

Esquivo el ala de Lengua porque esos profesores siempre están en sus puertas, igual que una patrulla vecinal, y me dirijo al ala de Ciencias. El aire está impregnado de un enfermizo olor químico, el olor de la disección. Al final del pasillo doblo la esquina y me quedo paralizado: el señor Pearce está justo allí, inclinado sobre su bastón torcido. No sé si es porque está enfadado o sólo porque le duele algo.

Me agacho en el hueco en el que está la fuente y espero. Cuento hasta sesenta y me asomo: él levanta la vista y me mira con rabia.

Me escondo y oigo el taconeo de su bastón. Me aplasto contra la pared e intento no gemir en voz alta. El señor Pierce y su goblin se acercan. Clac. Clac. ¡Clac!

Entonces pasa cojeando junto a mí, como si no tuviera ninguna visión periférica.

Espero hasta que desaparece de mi vista antes de salir a toda prisa, dejar atrás el gimnasio y entrar en el vestíbulo abierto que hay frente al salón de actos. Me meto en el salón y dejo que la pesada puerta se cierre.

Está oscuro.

Esta es la parte que más miedo da de todo el viaje. Si me pillan, me meteré en un lío, porque no existe ninguna razón lógica que explique mi presencia aquí. Esa idea me impulsa a correr hasta que los dedos de mis pies dan con el escenario.

Subo las escaleras y me meto detrás del telón; hay incluso menos luz, y huele a polvo y cera de vela. Por un momento, el aire parece más denso, como si tuviera algo justo detrás de mí.

Contengo el aliento y extiendo los brazos del mismo modo que lo haría si estuviera ciego. No dejo de dar trompicones hasta que cierro las manos en

torno a lo que buscaba: la escalera de hierro negro atornillada a la pared. La subo hasta que por fin veo una luz que entra por la ventana sucia del desván.

El desván es enorme, y hay innumerables baúles y cajas de cartón rebosantes de sombreros y espadas de plástico. En una esquina descansa un enorme dragón de papel maché con un reluciente ojo rojo.

La primera vez que subí aquí me daba tanto miedo que alguien me descubriera en cualquier momento que me pasé toda la hora dando vueltas de un lado para otro. Hasta que encontré el pasadizo.

Detrás del viejo armario localizo las dos tablas torcidas que cuelgan de sus clavos como si fueran postes y las empujo a un lado para ver la habitación que se esconde más allá de ella. En el espacio por el que hay que arrastrarse para llegar desde el desván hasta mi cuarto secreto, las planchas del suelo están cruzadas y queda un hueco de unos sesenta centímetros de negro vacío. Tengo que saltar.

Y estoy en mi cuarto. Las paredes y los suelos son mucho más oscuros y huelen más a viejo. No hay nada y es del tamaño justo para que pueda tumbarme en una dirección, aunque no en la otra. Tiene una ventana redonda, similar a uno de los ojos de buey del barco de Elian, desde la que diviso el patio al que nunca va nadie.

Aquí la sensación que me oprime el fondo del pecho casi desaparece. Puedo ver las cuatro esquinas y nadie más que yo sabe que este lugar existe.

Cuando suena el timbre de la hora de comer, me siento y saco de la mochila el sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada, y un libro de Elian Mariner. Esta historia es una de mis favoritas. A veces, Elian se va de aventura sin más, mientras que otras salva a la gente. En esta, salva un planeta entero.



TRES

ADAM

Cuando estaba en segundo, el director Pearce leyó no sé qué estudio sobre la correlación inversa entre la temperatura y el rendimiento académico, y ya no hubo vuelta atrás: subía tanto el aire acondicionado que, aunque fuera nos asáramos, dentro teníamos que vestirnos para el invierno siberiano. La cafetería es la única habitación del instituto que se libró de su política de educar a través de la congelación, así que, en cuanto entro, empiezo a quitarme ropa.

Al mismo tiempo, me retuerzo para sortear a toda la gente que abarrota este sitio. Mis amigos y yo tenemos que apretujarnos en una mesa en la que no deberían sentarse más de diez personas, lo que significa que encontrar una silla es igual que una partida de Twister. Si lo unes al repentino calor, la ropa que vuela y las extremidades que se entrecruzan, la hora de la comida es como la hora del porno blando.

Consigo meterme al lado de Emerald y nuestros muslos acaban pegados. Como es habitual en ella, lleva el pelo castaño claro rojizo recogido en un estilo muy complicado que la mayoría de las chicas reservarían para el baile de graduación. Me mira a los ojos... Los suyos son tan azules que habría

jurado que llevaba lentillas de no conocerla desde que estábamos en primaria.

—Hola —saludo, casi hipnotizado por ella, como siempre.

Tiene toda la pinta de una estrella de los años cincuenta, con sus labios pintados a la perfección de rojo, su piel pálida y el lunar de la mejilla. En resumen: es demasiado glamurosa para estar aquí sentada comiendo patatas fritas grasientas de un contenedor de poliestireno. Ahora mismo me gustaría decirle un millón de cosas, pero algo me distrae.

Frente a mí, Camila acaba de quitarse la bufanda del cuello para dejar al descubierto una camiseta con tanto escote que, si estornuda, se le van a salir los pezones. Intento fingir que no la miro, sobre todo por hacerle un favor a su hermano gemelo, Matt, que está sentado a su lado. Los dos me observan un segundo de esa forma tan espeluznante que tienen los gemelos, lo que me recuerda lo mucho que se parecen: ambos son bajos, de piel y pelo oscuros. Cuando éramos pequeños, también se vestían igual, hasta que ella empezó a ponerse faldas estrechas y tacones de diez centímetros.

Aparto con esfuerzo la vista de Camila cuando Charlie deja caer su bandeja sobre la mesa con una cara aún más amenazante de lo habitual y entonces, con gran dificultad, se pliega para sentarse. Antes envidiaba su altura, hasta que alcanzó cotas ridículas. Cuando mides metro noventa y cinco, no cabes en ninguna parte. Siempre se está quejando de que le dan tirones en las piernas y de que le duelen las rodillas. La verdad es que siempre se está quejando, sin más.

Por ejemplo, ahora mismo:

—Putos novatos. ¿Sabéis cuánto se tarda en hacer esa cola?

El caso es que sí lo sé, puesto que nos lo ha estado repitiendo todos los días de lo que llevamos de curso. Allison (su novia intermitente desde segundo) se le sienta en el muslo, que es igual de largo que un puñetero banco, y le da unas palmaditas compasivas. Calmar a Charlie es una parte esencial de

su trabajo. Los dos altos rubios se parecen lo suficiente como para ser otro par de gemelos... Aunque la vez que se me ocurrió comentarlo delante de Charlie la cosa no fue demasiado bien.

—Deberías traerte la comida —sugiero mientras le enseño mi tartera de cristal.

—¿Tofu? —pregunta Camila, suspicaz.

—No pienso volverme vegano o lo que sea que eres tú —añade Charlie.

—Es pollo con limón. Tomo carne de vez en cuando, siempre que no se haya criado en una fábrica. Venga, probadlo.

Emerald pincha un trocito con el tenedor y lo mastica con detenimiento, como si se tratara de una cena formal, y después se da unos toquecitos en su boca perfecta, como si la servilleta fuera de tela.

—Está buenísimo —dice—. ¿Por qué no cocinas para mí? —Le da otro elegante bocadito, y esta vez añade un—: Hummm...

Charlie nos mira con irritación a ambos, así que agito un trozo de pollo en su dirección.

—¿Seguro que no quieres probarlo? Esta comida es mucho mejor para ti. Te hace más fuerte, te da más energía...

—Justo lo que necesitas tú —me interrumpe—, más energía, di que sí.

Todos se ríen, lo que parece enorgullecerlo, porque no lo consigue muchas veces. Después le da a su pizza un enorme bocado adrede.

—No debería tener que traerme la comida. Es que ellos no deberían estar aquí.

—¡DÉJALO YA, TÍO!

Jesse habla demasiado alto, probablemente porque todavía lleva un auricular metido en la oreja. Se inclina hacia delante para dejar las baquetas en la mesa; el último estirón lo ha dejado que parece un espantapájaros. Lleva las baquetas a todas partes, y se lo permitimos puesto que la batería es el

único instrumento que puedes tocar sin que se metan contigo por estar en la banda.

—Ya ha pasado más o menos un mes.

—Venga, Charlie —intervengo, sonriente—. ¿No te parecen monos, ni siquiera un poquitín?

Lo pregunto sabiendo que odia a los críos incluso más que la palabra «monos». Me da la impresión de que siente el impulso de pegarme, aunque la verdad es que siempre tiene aspecto de estar listo para cometer algún acto violento.

En mi opinión, se pilló un rebote irracional cuando se enteró de que íbamos a compartir la cafetería con los novatos. El año pasado, un grupo de padres preocupados se quejó de que sus niños no tenían tiempo para comer, así que este año, en lugar de cuatro turnos para comer —uno por curso—, tenemos dos. Más tiempo, sí, pero el sitio está el doble de lleno, así que la gente que de verdad se alimenta de la comida del instituto se pasa la mitad de la hora haciendo cola.

Nos dijeron que meter a los novatos y a los de último curso en el mismo turno no era más que una decisión numérica. La nuestra era la clase más pequeña; la de los novatos, la más grande. Cuando llevábamos unos cuantos días de semestre, empecé a sospechar un plan malévolo mucho más ingenioso.

La cafetería era el caos. Los de primero corrían de un lado a otro como si tuvieran cuatro años, o peor, porque al menos los niños saben que deben quedarse sentados en sus asientos y no escribir en las mesas con ketchup ni tirarles del pelo a los demás. El malestar no tardó en crecer entre los de último curso. Todos queríamos recuperar la paz de la cafetería, pero el profesorado no hacía más que contemplar el desastre, traumatizado.

Como cabía esperar, fue Charlie el que se enfrentó a ellos. Se acercó en plan Terminator a una mesa en la que estaba teniendo lugar una especie de

competición de lanzamiento de judías verdes, y les ordenó que se sentaran y se callaran de una puta vez. Cuando lo miraron entre aterrados y asombrados, me recordaron a una jaula llena de asustados ratoncitos de grandes ojos, y sé muy bien de lo que hablo.

Mi carrera de ayudante de tienda de mascotas duró menos de un día. Me levanté temprano, más que dispuesto a dedicarme a jugar con los perros — nunca he tenido uno, ya que mi madre es alérgica a todo tipo de pelo animal—, pero no tardé en descubrir que mi trabajo en realidad consistía en limpiar mierda. La mierda medio líquida de animales nerviosos. Cumplí con mi deber, y después saqué a dos de los cachorritos más tristes y me puse a rodar por el suelo con ellos para animarlos.

El jefe me gritó; era un viejo con aspecto de Santa Claus, salvo que su barba olía a pis de gato. Me ordenó que limpiara más mierda, ahora de una cacatúa ninfa cabreada que no dejó de arañarme y maldecirme.

En general, el día iba bien hasta que entró un tío y me pidió un ratón, uno gordito. Me pareció raro, hasta que añadió: «Es para mi boa constrictor». Sólo llevaba trabajando allí unas cinco horas, pero ya me sentía responsable de la colección de malolientes animales enjaulados que estaban a mi cargo, y aquellos eran los más pequeños de todos. Santa me dijo que estaban en la jaula de cristal del almacén y me envió con el horrible encargo de decidir cuál de ellos moriría.

Cuando abrí la tapa, cien ratones con enormes ojos redondos se me quedaron mirando. Metí la mano y agarré uno blanco pequeñito, una cosita preciosa y confiada de orejas diminutas. Lo sostuve en alto más o menos un minuto antes de volver a meterlo en la jaula; él se enterró entre los demás.

Lo que sucedió a continuación fue igual que un túnel del tiempo en el que jurarías que no lo has hecho... o, al menos, que no pensabas hacerlo. Sin embargo, supongo que algunas veces, sin pensar, te encuentras volcando jaulas

de cristal llenas de ratones. Un dato interesante: los ratones asustados son muy pero que muy rápidos.

Cuando oí los chillidos, regresé corriendo a la tienda y vi que el hombre de la boa constrictor esquivaba una cacatúa ninfa que graznaba, que unas señoras histéricas se subían a los mostradores, que Santa intentaba tranquilizarlas, que unos niños perseguían a los ratones y que los ayudantes adolescentes de Santa perseguían a los niños. En algún lugar del caos, conseguí balbucear que era incapaz de entregarle a aquel hombre una criatura viva.

Más tarde, mientras el jefe me despedía, me apoyó una de sus arrugadas manos en el hombro y me soltó: «Hijo, no tienes el estómago necesario para trabajar en el negocio de las tiendas de mascotas». Tenía razón. No tenía el estómago necesario para ejecutar ratones.

Tampoco tenía el estómago necesario para intimidar a los novatos. Veía que era un mal necesario, pero se lo dejaba a Charlie; una sola frase amenazante suya aquel día, y los chicos se sentaron y se callaron de una puta vez.



Charlie todavía me está mirando, cabreado, más cabreado aún de lo normal, así que tengo que preguntarle:

—¿Estás bien?

—Mi madre va a tener otro bebé.

—¡¿OTRO?! —exclama Jesse.

Por algún motivo, la madre de Charlie esperó siete años después de que él naciera para tener al segundo hijo, pero después ha estado produciendo uno cada doce minutos. Recuerdo a nuestra maestra de primero diciéndole a la clase durante la asamblea que algo realmente «maravilloso» le había pasado a Charlie esa mañana: se había convertido en hermano mayor. Él respondió lanzándose al centro del círculo mientras gritaba: «¡Me han fastidiado la

vida!»).

—¿Cómo se va a llamar este? —inquire Camila con una sonrisita.

—Shiv.

—¿Shiv? —intervengo—. ¿No es un dios hindú o algo así?

Menos mal que estoy demasiado lejos para que me pegue.

—Y —añade Charlie— he suspendido mi examen de Química. No sé por qué dejé que mi orientadora me convenciera para meterme en la clase avanzada. ¡Tiene que volver a pasarme a la normal! Adam...

—Hablaré con ella.

Si no acepto de inmediato, tendré que oírle decir que sus padres podrían dedicarle tiempo si no hubieran engendrado otro millón de hijos más... Es la amarga queja que lleva usando desde que nació el Hermano Número Uno. Sé que podría negarme y asegurarle que es perfectamente capaz de defenderse por sí mismo, pero, conociéndolo, acabaría cometiendo una locura y se ganaría otro castigo.

Llegados a este punto, Emerald se ha comido casi todo mi pollo. Me debato entre recuperar mi contenedor o seguir viéndola masticar.

—Entonces, ¿vais a venir o no? —pregunta Jesse, y me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que están hablando los demás.

—Puede —responde Matt—. Podría estar bien...

—No —lo interrumpe Camila, dando a entender que ese es el fin de la discusión para ambos. Lo más probable es que lo sea. Es dos minutos mayor y está acostumbrada a mandar sobre él desde que tengo uso de memoria.

—Está demasiado lejos —se queja Charlie—. A una hora, mínimo.

—Sí, está muy lejos —coincide Allison, claro—. Ni siquiera sabemos si son buenos.

—Son muy buenos —insiste Jesse.

Deben de estar hablando de alguna banda desconocida que quiere que

vayamos a ver, porque tiene prejuicios contra cualquier grupo del que alguien más que él haya podido oír hablar.

Ahora, la mesa entera (Charlie, Allison, Camila, Joe, Natalie, Kate, Bianca, Michael, Josh, Maddie, Sean..., básicamente todo el mundo) gruñe que no quiere ir. El concierto es al aire libre, a finales de octubre. Hará frío. Está demasiado lejos. Jesse y Matt parecen decepcionados, aunque da la impresión de que empiezan a resignarse.

—Yo voy —les digo, cada vez más emocionado, porque una mini excursión en coche sería divertida—. Sí, será genial. ¡Aventura! Y llevaremos mantas.

Jesse sonrío y me mete uno de sus auriculares con tanta fuerza que me hace daño.

—No te decepcionarán, tío. Escucha.

Los gritos y las guitarras estridentes suenan de la misma forma que las de las otras bandas que me ha metido por la oreja, pero sonrío y mastico mi último trozo de pollo. Sólo oigo a medias lo que comentan los demás, que ahora están decidiendo cuántos coches necesitamos para llevarnos a todos al concierto.



CUATRO

JULIAN

Después del instituto, tuerzo a la derecha y me meto por el parque. En realidad no es gran cosa —no hay toboganes ni laberintos de tubos ni nada que atraiga a los padres y a sus hijos—, pero es frondoso, y tiene unos cuantos pequeños estanques y algunos desdibujados senderos. Me gusta esta ruta más que atravesar los barrios, no porque sea más rápida, sino porque es como si lo hiciera por placer, en vez de por evitar a Jared y el autobús cual cobarde.

En ocasiones, si lo intento con ganas, me imagino al Jared que conocí cuando estábamos en infantil. Recuerdo que mamá me recogió ese primer día; le conté que había un niño muy malo en mi clase. Jared pellizcaba a los demás cuando la maestra no miraba, garabateaba con cera negra en las acuarelas de los demás, les tiraba las torres cuando construían con bloques.

Mi madre me escuchó, asintiendo, y después dijo que no existían los niños malos, sino tan sólo los niños tristes.

«Pero tú no lo sabes —le insistí—. No lo has visto».

«No tengo que verlo, lo sé».

No me contó cómo lo sabía, pero me juró que Jared se merecía toda mi compasión.

Al día siguiente, cuando tiró mi torre de una patada, le puse una mano compasiva en el hombro.

«No pasa nada —le dije—. Sé que lo haces porque estás triste».

Y él me pegó un puñetazo en el ojo.

Después de clase, le conté a mi madre que se había equivocado, que Jared era malvado: a ver, me había pegado. Esperé a que se enfadara, a que me dijera que llamaría a su madre. En lugar de eso, me aseguró que no había gente malvada, sino triste, y que la tristeza se te pudre dentro como una llaga.

Después de aquello, cuando lo veía jugar en el patio, ya fuera solo o escondiéndose entre las vigas de madera del laberinto igual que un verdadero trol de guardería, me imaginaba sus llagas infectadas bajo la piel donde nadie más las veía y me preocupaba.

Porque yo sí las veía. Todavía las veo y siento toda la compasión que mi madre me dijo que debía sentir.

Aun así, eso no hace que le tenga menos miedo.

En cuanto llego a casa, abro mi baúl y saco el cuaderno verde. Lo encontré en nuestra antigua casa, en el escritorio de mi madre, y lo cogí antes de que catalogaran, guardaran en cajas y almacenaran todo lo que poseíamos. A veces me lo imagino: pinceles, cepillos de dientes, camisetas, colchas, libros e instrumentos musicales; todo en cajas, a oscuras.

Por lo que sé, en una de ellas hay cien cuadernos más iguales que este, pero el verde es el único que tengo, uno solo, con las hojas llenas de arriba abajo hasta que las palabras desaparecen justo a la mitad.

Paso las hojas al azar y aterrizo en una que me suena. La primera vez que la leí creía que era una lista de películas favoritas. No reconocía la mayoría, pero sabía que había un par que le gustaban mucho. No obstante, si eran sus favoritas, ¿dónde estaban las de Shirley Temple? A ella le encantaban. ¿Y por qué había películas bélicas en la lista? Las odiaba.

Así que, si no era una relación de favoritas ni tampoco una de las más odiadas, ¿qué era? Si las anotó, debían de ser importantes. Quizá pasara algo el día que vio cada una de ellas. O quizá... No lo sé, aunque tiene que significar algo.

Por enésima vez deseo que hubiera titulado sus listas, porque el cuaderno entero es así. Una lista de lugares. Una lista de colores. Una lista de canciones. Sin títulos. Sin contexto. Sin forma de entender lo que quieren decir.



CINCO

ADAM

Abro la puerta principal de la casa de Charlie y es como entrar en una mala película del Oeste. Alguien ha colgado y destripado al gato Silvestre de tamaño natural que ganó en la feria de la primavera pasada. Las tripas de algodón blanco salen disparadas de su estómago mientras se columpia de la araña del techo con una cuerda de saltar a modo de horca.

Uno de los hermanos de Charlie corre como un rayo vestido con sólo una capa de Superman. Otros tres críos, con ropa que apenas les cabe, le pisan los talones. Uno lleva un tarro de mermelada y los demás agitan pistolas de fogueo. Me meto entre ellos.

No tardo en verme rodeado por un montón de niños rubios idénticos. Dos dan un salto y usan mis costillas a modo de puntos de apoyo de un muro de escalada. El resto estalla en risitas y se me abrazan a las piernas mientras me miran con unas caras tan sucias que parece que hayan estado limpiando chimeneas. Esta casa es idéntica a un orfanato de Charles Dickens, salvo que aquí los niños son felices y el villano está sobrepasado por completo.

Hablando de Charlie, mi amigo acaba de iniciar su amenazante descenso por las escaleras. Los críos que tengo encima me abrazan y entierran las caras

en mis hombros. Los del suelo intentan huir, aunque no llegan muy lejos antes de que Charlie le quite el tarro de mermelada a Tomás y le ordene a Olivier que se ponga pantalones.

—Tengo que irme —les digo a los niños que llevo en brazos.

Ellos me besan las mejillas antes de saltar al suelo y seguir a la otra horda de críos escaleras arriba. No sé cómo pueden ser tan dulces cuando viven sometidos a este reino del terror.

Charlie agarra su chaqueta de la mesa del comedor... y la mira con una furia atónita: algo morado y pegajoso gotea de la manga. No puedo reprimir la risa.

—¡Tomás! —aúlla, e incluso yo me asusto.

Más cabecitas rubias se dispersan en todas direcciones entre chillidos de miedo. Él da un ominoso paso adelante, pero lo sujeto por el brazo.

—Vamos a llegar tarde.

En realidad no hay ningún horario predeterminado para los videojuegos y las pistolas láser; intento evitar un baño de sangre.

—Acabo de comprar esta chaqueta —me dice. Se toma muy en serio sus posesiones.

Siempre van justos de dinero (es un efecto secundario de tener tantos niños), así que corta el césped, recoge hojas y levanta cosas pesadas para una empresa de jardinería.

—Seguro que se lava bien.

—¡Estoy deseando graduarme! —ruge como King Kong.

Una cabeza pálida se asoma por encima de la barandilla.

—¡Y nosotros que lo hagamos!

Se oyen unas cuantas risitas desperdigadas entre las sombras. Charlie tira la chaqueta sobre la mesa y se dirige a las escaleras dando grandes zancadas. Más chillidos aterrados.

—Charlie..., venga.

—Me voy a congelar —responde, lo que es ridículo, ya que debemos de estar a unos dieciséis grados.

—Pobre Charlie, ¿quieres ponerte la mía?

Me la quito con mucho teatro, y él me pega tal empujón que me tambaleo y después tropiezo, aunque por suerte aterrizo en una pila de tripas de Silvestre.

—En serio, tío, uno de estos días me vas a hacer daño de verdad.

Sonríe: la mera idea lo anima un poco. Lo que sea por ayudar.

—¿Es que este cacharro no puede ir más deprisa?

Esta vez, Charlie se queja por costumbre.

—Di lo que quieras, pero sabes que mi coche es genial.

—Es un monovolumen, tío.

Técnicamente se trata de una furgoneta de reparto Saab de 1968 que mi abuelo le regaló a mi madre cuando ella era adolescente. La ha conservado todo este tiempo, un gesto sentimental que resulta curioso, dado que llevan diez años sin hablarse.

Cuando mi abuelo compró la Saab, era de color verde oliva, pero el transcurso de las décadas lo ha transformado en un verde oxidado. Por fuera parece una ambulancia antigua; si abres la puerta, avanzas un par de milenios. Tuvieron que sustituir casi toda la parte interior, así que el salpicadero y los controles tienen el aspecto que los guionistas de televisión de los cincuenta pensaban que tendrían las naves espaciales del futuro. Hay mucha curva plateada y enormes botones rojos, aunque lo más raro es la rejilla central de calefacción, que es clavada a la cara de un robot.

Charlie la enciende (seguramente para que no se me olvide lo de su chaqueta), y la redonda boca del robot se pone roja.

—Deberías dar las gracias por que tenga un coche —le suelto—. Si no, te tendría que llevar sentado delante de mí en la bici.

—Mis padres podrían comprarme un coche si no hubieran engendrado nueve millones de hijos. —Me había metido en aquella trampa yo solito—. En fin, dentro de nada tendré pasta para comprarme un coche.

—Genial, tío.

—Bueno, he oído que le metiste mano a Emerald en la clase de Lengua.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo.

—No le metí mano, la estaba abrazando. Necesitaba la oxitocina.

En la tercera hora, nuestra profesora se salió por la tangente, vete a saber por qué, y se puso a hablar sobre las propiedades sanadoras de la oxitocina, que es la sustancia química que se produce cuando la gente se toca. Cuando lo intenté después con Emerald, ella me lo consintió cual princesa que permite a un campesino besarle la mano; al cabo de unos cuatro segundos, intentó zafarse. Tuve que recordarle que la sustancia necesitaba veinte segundos para activarse, lo que resultaba extraño, puesto que ella tenía la segunda nota más alta de nuestra clase y debería haberlo recordado.

Charlie alzó la vista al cielo.

—Ya.

—Es verdad. La señorita Webb dijo que la gente que no recibe el suficiente contacto físico se puede morir. En serio.

—Supongo que entonces no tengo por qué preocuparme. Allison y yo estamos generando oxi..., como se llame, de sobra.

—Me alegra oírlo.

—Así que elegiste a Emerald por casualidad, ¿no? Al azar.

Sé adónde quiere ir a parar. Emerald y yo salimos durante un mes en sexto, nada más, pero él está convencido de que todavía quedan sentimientos reprimidos.

—Sabes que tiene novio —le recuerdo.

Y no un novio cualquiera, sino un tío tan alucinante que ni parece real. Brett está en el segundo curso de la carrera y en el equipo de remo, y además pilota en su tiempo libre. Vamos, que pilota aviones de verdad.

—Lo sé, pero si no lo tuviera...

—Pero lo tiene.

Charlie deja escapar un suspiro de derrota.

—Sí, supongo. Y si el tipo de Emerald es como ese tío, no tienes nada que...

—Vamos a hablar de la paliza que te voy a dar esta noche con las pistolas láser.

—¡No! Me prometiste que esta vez iríamos en el mismo equipo.

Parece tan decepcionado, igual que un crío de seis años y metro noventa y cinco de altura, que me echo a reír. Incluso se me pasa por la cabeza parar para darle un abrazo.

—Vale, vale —le digo sin dejar de reír—. Esta vez no nos separamos.

—¿En el mismo equipo?

—En el mismo equipo.



SEIS

JULIAN

A las diez en punto cierro las cortinas para ocultar una luna plana que parece de papel encerado y me meto en la cama. Estoy cansado, pero mi cuerpo no se relaja. La casa está vacía. Al parecer, Russell no vendrá a casa esta noche, y siempre me asusto más las noches que me quedo solo.

Quizá sería distinto si no hubiera tanto silencio. Ojalá tuviera el pequeño reproductor portátil de DVD que me compraron mis padres para los viajes largos por carretera. Durante muchos años fui capaz de quedarme dormido viendo telecomedias o mi película favorita, *Los robinsones de los mares del sur*. Sin embargo, un día el DVD dejó de funcionar y las noches se volvieron demasiado silenciosas.

Oigo el petardeo del calentador de agua. Más abajo, el zumbido del frigorífico.

Por encima, el roce de las ramas de los árboles en el tejado. Ninguna de estas cosas me resulta poco familiar, aunque eso no evita que sienta un vago temor que no soy capaz ni de reprimir ni de entender.

Enciendo la linterna y ruedo para quedarme mirando las paredes color arena. Por un segundo veo las de mi antiguo dormitorio, de un reluciente color

mar. Cierro los ojos y, de repente, me teletransporto..., estoy allí. La luz amarilla que tengo al lado no sale de mi linterna, sino de mi lámpara, la que tiene la base en forma de media luna. Bajo mi ventana está la pequeña estantería con la pintura roja descascarillada y las repisas abarrotadas de películas y de libros de Elian Mariner, y el azul de las paredes lo interrumpen los estallidos de color de todos los pósteres que he colgado.

La primera vez que Russell me castigó fue por colgar un dibujo en este cuarto. Debería habérselo consultado primero, ahora lo sé, pero en aquel momento no se me ocurrió; en mi antiguo dormitorio podía colgar dibujos siempre que quería. Aunque el castigo de Russell no fue tan duro, era algo que no me había pasado nunca, así que me sorprendió. Cuando acabó, me preguntó si habría agujereado la pared de un desconocido.

Llorando, negué con la cabeza.

«Entonces, ¿por qué crees que puedes hacerlo aquí?», quiso saber. No eran mis paredes, igual que los muebles no eran mis muebles. «¿Así te comportabas con tu familia de acogida? ¿Por eso te echaron al final?».

El día que me mudé aquí, me dijo que había causado tantos problemas y que estaba tan mimado que mi madre y mi hermano de acogida se habían hartado de mí. Cuando decía «mimado» no parecía que hablara de un niño consentido, sino de carne dejada al sol. Mimado quería decir «estropeado». Me había advertido que, si intentaba algo así en su casa, también se hartaría de mí.

«Sí», respondí, porque había colgado dibujos en mi dormitorio de la casa de acogida.

Russell asintió como si no le sorprendiera. Entonces me contó algo que después me ha repetido mil veces: el problema del mundo era que los padres ya no educaban a sus hijos, así que los niños no llegaban a convertirse en hombres de verdad. Si estos hijos sin padres tenían hijos a su vez, el fracaso

era inevitable; los niños no pueden educar a otros niños.

Algunas palabras se te quedan en la cabeza mucho después de oírlas. Aquellas significaban que no tenía muy buena opinión de mi padre, y eso era debido a que no tenía muy buena opinión de mí.

Se me empieza a llenar de estática el cerebro hasta que ya no veo mis antiguas paredes azules.

Vuelve a surgir el miedo, más intenso. Me pongo bocarriba y me concentro en el techo mientras me digo: «Piensa en cosas bonitas».

Se me aparece una imagen de Spider-Man, pero la aparto a toda prisa. Esas películas siempre me han dado miedo.

«Piensa en cosas bonitas».

Si lo consigo, me quedaré dormido. Lo intento de nuevo y lo veo: Elian Mariner. Salvo que soy yo y estoy de pie en la cubierta de un barco de su mundo coloreado con ceras, capaz de navegar a cualquier parte.

ADAM

Llego a casa sobre las diez y entro por la puerta de atrás. La cocina, de color amarillo, está más o menos limpia según los estándares de la gente normal, lo que significa que está inmaculada según los nuestros: los platos recogidos, la basura sacada, las hierbas del alféizar alineadas. Además, huele que alimenta: al pan de almendras recién horneado que reposa sobre la encimera.

No me molesto en sacar un plato, sino que lo agarro como un animal hambriento. Todavía me sorprende que ahora mi madre sepa hacer pan; hasta hace cinco años nos alimentábamos casi en exclusiva de comida rápida.

Empujo las puertas batientes amarillas que dan a la sala. Mi madre todavía está despierta, sentada en el centro de nuestro sofá amarillo.

—¡Es un monstruo! —exclama a modo de saludo.

Me río cuando echo un vistazo al televisor: *The Bachelor*.

—¿Qué ha hecho ahora? —pregunto mientras me dejo caer a su lado.

Resulta ser la misma barbaridad que hizo la última vez: decir cosas malas sobre las demás mujeres del *reality* mientras finge ser buena persona delante del chico. Sufro mucho durante la ceremonia de la rosa, que sería más entretenida si se me permitiera reír, pero no.

Cuando por fin termina, mi madre afirma, muy seria:

—Te lo juro, Adam: si no la envía a casa la semana que viene, no pienso volver a ver este programa.

Los dos sabemos que es una amenaza vana.

Apaga la tele y saca el Conecta 4 de debajo de la mesa de centro. Mientras jugamos, me pregunta con quién he estado.

—Con Charlie.

—¿Cómo le va?

—Igual.

Deja escapar un ruidito de tibia desaprobación. Conoce a Charlie desde que tenía seis años, así que no puede caerle mal del todo —en su cabeza, siempre será un niño—, pero tampoco es su persona favorita. Cree que es demasiado gruñón. Le he intentado explicar que por eso me resulta tan divertido.

—¿No estaba Emerald?

El tono de mi madre es tan despreocupado que no suena despreocupado en absoluto.

—Pues no. —Dejo caer una ficha en el tablero, sonriendo—. Cuatro en línea.

—¿Cómo lo has hecho?

—No lo sé.

Deslizo la bandeja para que las fichas caigan en la mesa.

Después de ganar otra vez, mi madre medita sobre la posibilidad de sufrir alzhéimer precoz.

—No es alzhéimer —le aseguro—. ¡Si sólo tienes treinta y siete años!

—No me lo recuerdes.

Que es mi pie para responder:

—Pero pareces mucho más joven.

Por supuesto, en parte es por su baja estatura..., a mí me llega al hombro. Pero no hace falta mencionar ese detalle en voz alta.

—Bueno, algo está pasando. ¡Antes nunca perdía!

—Quizá sea porque yo estoy mejorando. ¿Acaso se te ha ocurrido? Me ganabas cuando tenía nueve años.

—Vale, Punky Brewster —responde, lo que significa que me comporto como un gamberro punk. En realidad no tiene sentido, porque encontré esa serie de los ochenta en YouTube y, a pesar del nombre de la protagonista, era una niña muy dulce.

Lo mismo con Rudy Ruettiger, que es lo que me llama cuando cree que soy rudo o grosero. He visto la película sobre ese chico católico regordete que, al final, consigue jugar en el equipo de fútbol americano de Notre Dame. Le he explicado a mi madre que tendría más sentido llamarme Rudy la próxima vez que perseverare y supere todos los obstáculos, pero a ella le da igual que tenga sentido o no.

—Además —añado—, si tuvieras demencia, ¿cómo ibas a saber dónde están todos los objetos de esta casa a un nivel de memoria fotográfica?

—Eso es cosa de madres —contesta mientras sonrío—: siempre sabemos dónde están los zapatos y los libros que no encuentran nuestros hijos.

—A tu memoria no le ocurre nada. Lo que pasa es que juego mejor al Conecta 4 que tú.

Ahora frunce el ceño, fingiendo estar más irritada de lo que en realidad está.

—Harvey y Marissa se han peleado de nuevo —me cuenta durante nuestra tercera partida. En estas ocasiones me doy cuenta de que echa de menos ser trabajadora social. Sus días más felices son cuando sus compañeros se pelean y ella puede solucionarlo—. De verdad, creo que Harvey necesita hablar con alguien.

Lo que me recuerda a otra persona.

—Hoy he visto a Julian.

Su cara pierde toda la energía y sus labios esbozan una espeluznante sonrisa artificial, como siempre que está inquieta por algo e intenta fingir que no.

—¿Cómo estaba?

—Más o menos igual.

Todavía bajo para su edad, todavía con demasiado pelo oscuro cayéndole sobre sus enormes ojos redondos. Salvo que parecía distinto en algunos aspectos que a ella le preocuparían: estaba demasiado callado y se sobresaltó igual que un gatito asustado cuando me acerqué más de la cuenta.

—Intenté saludarlo, pero salió corriendo.

No añado que salió literalmente corriendo; vamos, que se dio media vuelta y se fue pitando.

Ella coloca otra ficha en el tablero, pero está claro que ya no presta atención.

—Aún pienso en él todos los días —me dice.

Dejo caer otra ficha, aunque yo tampoco estoy pendiente.

—Lo sé.



SIETE

JULIAN

La señorita West no está contenta. Lo sé porque está siendo igual de cruel que Jared; es una versión adulta del derribarte la torre de bloques de una patada. Enseña Ciencias de la Naturaleza, la clase que tengo a primera hora. Es una forma muy estresante de empezar el día, pero a veces creo que es lo mejor. Al menos, así me la quito de encima.

Encuentro mi asiento al fondo y, en cuanto suena el timbre, la señorita West le confisca el móvil a una chica y le grita a otro por susurrar. Un momento después, Dawn, la chica con parálisis cerebral, entra con alguien que empuja su silla de ruedas. La señorita West se queda mirando mientras su ayudante le echa una mano para pasarla de la silla de ruedas al asiento, un proceso que siempre acaba con la alumna dolorida y sudorosa.

—Dawn —dice la profesora cuando se va la ayudante—, ¿no te resultaría más fácil quedarte en tu silla?

Parece que la ha pillado por sorpresa, porque los ojos de Dawn se ven muy abiertos y distorsionados detrás de las gafas.

—Me gusta sentarme a un pupitre —responde al fin. Su voz suena un poco rara, como si las letras no salieran del todo bien, y cada vez que habla, la

señorita West se encoge.

—Pero a los demás no nos gusta retrasar la clase todos los días para esperarte —replica la profesora—. Si insistes en hacerlo así, lo mínimo que debería intentar tu ayudante es traerte más temprano. Esto de entrar tarde e irte antes perjudica a la clase.

Al cabo de unos segundos, Dawn asiente y la señorita West declara que ha llegado el momento de devolvernos los exámenes. El aula ya estaba tensa, pero ahora es incluso peor.

—David —dice mientras le entrega el examen a un chico—, setenta y seis. Violet, ochenta y cinco. Kristin, noventa y tres. Julian... —Se detiene justo enfrente de mí. Tan de cerca da mucho más miedo. Sus cejas son dos arcos de tinta negra y su piel parece de cera—. Cuarenta.

Jamás hablo y no tengo móvil, así que cuando me grita es por suspender.

—¿Podéis decirme cómo es posible que alguien saque sólo cuarenta de cien en esta prueba? —Mira a su alrededor—. Alex, ¿lo sabes tú?

Alex y Kristin son los chicos más populares de la clase y los únicos que parecen gustarle a la señorita West. Pueden llegar tarde o sacar los móviles, que ella no se enfada.

Alex se encoge de hombros.

—No lo sé.

—Ni yo —responde la profesora—. Cabría pensar que es imposible, a no ser que eligieras las respuestas al azar.

Hago una mueca y cierro los ojos. Quizá si me concentro lo suficiente logre teletransportarme de verdad.

—Lamentable.

O desaparecer.

A la hora de comer, en mi cuarto oculto, noto que mis dedos están deseando

recorrer las palabras del cuaderno de mi madre. Me gusta su tacto, pero me da miedo traerlo al instituto. ¿Y si alguien lo coge y hace dibujos feos encima? ¿Y si lo rompen? La idea me provoca náuseas, igual que si estuviera en un coche a toda velocidad, en vez de quieto.

No, lo mejor es dejar el cuaderno sano y salvo en mi baúl. De todos modos, me sé casi todas las listas de memoria. Hay una que, si tuviera título, se llamaría *Una lista de miedos*. Todas las palabras que contiene terminan en -fobia, salvo la número dieciséis: «ansiedad de kayak».

Lo busqué en uno de los ordenadores del instituto y leí que se trata de un trastorno por ansiedad que únicamente se encuentra entre los marineros *inuit* de Groenlandia. El marinero se encuentra bien al partir solo en su barca, pero siente pánico cuando pierde de vista la costa. Desorientado y sin ayuda, le aterroriza no ver tierra en ninguna dirección.

Eso me hace pensar en Elian Mariner. Siempre navega solo y nunca tiene miedo. Quizá no lo tenga porque no experimenta esa soledad durante mucho tiempo: de repente, su velero sube hasta la estratosfera y disfruta de la preciosa vista de una Tierra diminuta y todas las estrellas. Y entonces, pum, como si fueran fuegos artificiales, con un estallido sónico, vuelves la página y ahí está, en otro país o en otro mundo.

El viaje parece instantáneo, pero cuando era pequeño me picaba la curiosidad y le pregunté a mi padre: «¿Adónde ha ido?».

Él me señaló el dibujo con su dedo índice, que era un arcoíris de tinta.

«Está ahí mismo».

«Pero ¿y entre una cosa y otra? ¿Dónde estaba?».

«No lo sé».

Mi padre pasó la página y siguió leyendo como si el lugar en el que desaparecía Elian diera igual. Porque cuando estás entre dos costas y nadie te ve, en realidad no existes.



OCHO

JULIAN

Hace unos minutos que ha empezado la cuarta hora y sólo he dado un paso en dirección a mi cuarto secreto cuando oigo mi nombre. Adam está detrás de mí, justo donde se encontraba la primera vez hace una semana, y con la misma sonrisa de guasa.

—¿Vas a ver a la doctora Whitlock? —me pregunta.

Me quedo donde estoy y aprieto mi permiso de color amarillo.

—Este año soy su ayudante —añade. Empieza a andar, pero se detiene—.
¿Vienes?

Vacilo antes de ponerme a su lado y acompañarlo. Mientras caminamos, miro nuestros pies. Antes mis zapatillas deportivas eran blancas, pero ahora son de un amarillo sucio. En cambio, las tuyas son nuevas, de un blanco reluciente, y se mueven de la misma forma que siempre: deprisa, con una mezcla de pequeños saltos y un trote.

No deja de hablar:

—Entonces, ¿tienes clase de Arte? ¿Te gusta?

Asiento, aunque no me gusta. Puede que me gustara si lograra plasmar en el papel los bonitos dibujos que veo en mi cabeza. La señorita Hooper dice que

mis dibujos son buenos, pero lo cierto es que no lo son.

—¿Qué profesores tienes?

Lo miro a hurtadillas y compruebo que parece interesado de verdad.

—Pues... —Mi voz sale oxidada y extraña—. En Lengua tengo a la señorita Cross.

—¡Ah, yo también la tenía! Es muy simpática.

Probablemente nunca tuvo que pedirle a Adam que hablara más alto.

Al acercarnos al despacho de la doctora Whitlock, todas las células de mi cuerpo empiezan a pedirme que huya.

—Tengo que ir al servicio —suelto, y entro corriendo en el baño, donde me escondo en uno de los cubículos.

Me quedo en él contando los minutos, hasta estar seguro de que Adam se habrá ido.

Sin embargo, cuando salgo sigue en el mismo lugar y da vueltas al lado de la puerta. Debo de parecer bastante sorprendido, porque me dice:

—Lo siento. No pretendía asustarte. —Alarga una mano y, aunque sé que no va a hacerme nada, me pilla por sorpresa. Levanta ambas manos y retrocede un poco—. Lo siento, de verdad que no pretendía asustarte.

Empieza a caminar de nuevo, hasta que se da cuenta de que no lo sigo y se detiene.

—Es que... —No sé cómo decir esto con educación—. No pasa nada si tienes que irte.

—¿Me estás diciendo que no quieres que vaya contigo?

Creo que bromea y nunca sé qué contestar cuando la gente lo hace. Me parece que la mayoría devuelve la gracia, pero no se me ocurre ninguna y si te quedas parado, la gente se siente incómoda.

Al final, aclara:

—Era broma —que es lo que suele acabar diciendo casi todo el mundo—.

He oído que ya te has perdido diez veces de camino al despacho.

—No me he perdido.

Adam sonríe.

—No creo que lo hicieras.

—Ah.

—Bueno, ahora soy tu... ¿Hay alguna palabra bonita para hablar del transporte de prisioneros? ¡Escolta!

Sigue andando con saltitos, y no tardamos en meternos en lo que parece una sala de espera, una con un gran escritorio y un sofá verde musgo.

Cruza la sala y llama a una puerta de cristal esmerilado que da a un despacho. Oigo una voz familiar y grave que me invita a entrar.

—Pasa.

Adam abre la puerta, inclina un poco la cabeza para despedirse y se deja caer en el sofá. Entro con un suspiro.

ADAM

Cuando llegué antes al despacho de la doctora Whitlock, me explicó que mi tarea consistiría en llevar a Julian..., como un cazarrecompensas, pero sin violencia. Ni recompensa.

La primera vez que me lo asignaron yo tenía diez años.

Acababa de empezar el quinto curso cuando nuestra profesora, la señora Nethercutt, anunció que cada uno de nosotros tendría de compañero de lectura a un chaval de infantil. La señora Nethercutt era una de esas maestras a las que les gustaba recordarte que jamás disfrutarías de una época mejor que aquella: un día te encontrarías en el mundo real y no en el mundo ficticio de la escuela de primaria. No habría ni amigos ni recreo ni hora de la comida, sino que

tendrías que trabajar mucho, guardar silencio y no hablar con nadie. Todo el día. Todos los días. Hasta que te jubilaras y, poco después, murieras.

Su aula estaba diseñada para replicar la futura vida sedentaria que todos llevaríamos sin más remedio, así que, cuando nos dijo que podríamos salir de allí dos veces a la semana para participar en juegos de lectura, me entusiasmé.

Nuestra clase organizó una fiesta con galletas y limonada rosa, y hubo toda una ceremonia para presentarnos a los niños con los que íbamos a trabajar el resto del año. Al final, los críos nos pidieron a los de quinto que los cogiéramos en brazos. La señora Nethercutt nos dio de inmediato la contraorden de que los dejáramos en el suelo.

El chico que me asignaron (Julian) parecía un personaje de anime: un exceso de reluciente pelo negro que le caía hasta justo por encima de los ojos, enormes y redondos. En cuanto lo volví a dejar en el suelo, me agarró de la mano de esa forma tan natural que tienen los niños pequeños y me pidió que escuchara.

Yo estaba distraído porque el aula era el caos. Había críos por todas partes, alguien había volcado el enorme cuenco de limonada y Charlie gimoteaba porque su compañero de lectura se le había hecho pis encima.

—Estoy escuchando —le dije.

La carita de Julian se puso muy seria y, de repente, empezó a cantar. Su potente voz llamó la atención de todo el cuarto, e incluso Charlie dejó de llorar un momento. No recuerdo qué cantó, pero lo hacía bien; no sólo bien para su edad, sino bien de verdad.

Tras unas cuantas reuniones con nuestros compañeros de lectura, me quedó claro que los alumnos de infantil se parecían mucho a los maniaco-depresivos, ya que vacilaban entre la euforia y la desesperación a una velocidad

aterradora. Para muchos de nosotros era abrumador, y una vez enviaron a Charlie al despacho del director por decir: «Esto es el infierno».

Pero yo tuve suerte. Julian no lloraba nunca ni tenía rabietas ni se me orinaba encima. No era más que un niño alegre por naturaleza (siempre estaba cantando y se ponía esas gafas locas que se venden en las tiendas de artículos de broma), así que dedicábamos aquellos ratos en la biblioteca a jugar a que teníamos superpoderes y a divertirnos.

Bueno, eso fue hasta que la señora Nethercutt me preguntó qué creía que estaba haciendo. Le respondí que tanto Julian como yo pensábamos que nos habían engañado, puesto que nos habían prometido juegos de lectura y lo que estábamos haciendo era leer, sin más.

Sin prestar atención a mis quejas, que eran completamente válidas, me ordenó que obligara a mi compañero a leer en voz alta de uno de los libros infantiles del centro de nuestra mesa. Le prometí que lo haría, y de verdad que esa era mi intención, pero los bolsillos de Julian estaban repletos de distracciones (monedas, clips, una mano pegajosa unida a una larga cuerda pegajosa), todas las cosas que mi madre se aseguraba de que no llevara encima antes de dejarme salir del coche por las mañanas.

Al final, la señora Nethercutt se hartó y me dijo que, si no trabajábamos, me asignaría a otro niño o aún peor: Emerald se quedaría con dos, y yo tendría que sentarme solo y... quieto. Emerald y su compañero estaban sentados justo frente a nosotros, así que, cuando oyó la amenaza, frunció el ceño. Quizá todavía estuviera enfadada porque le había revuelto su peinado perfecto con la mano pegajosa de Julian.

Puesto que no tenía alternativa, me puse serio y le dije a Julian que nada de jugar, sólo leer. El niño, que siempre estaba cantando y sonriendo, dejó caer la oscura cabeza sobre un brazo extendido, puso cara de sentirse muy mal y empezó a dar pataditas al aire.

Lo entendía a la perfección. Los libros que teníamos a nuestra disposición no eran lo que se dice apasionantes. Casi todos los renglones de todas las historias eran prácticamente iguales: niño más verbo más pelota; niña más verbo más gato.

Por puro instinto de supervivencia, me llevé un viejo libro ilustrado de casa. Julian le echó un vistazo, resopló con un asco muy adulto y se negó, no quería leer nada. Le supliqué y le expliqué que era mi libro favorito cuando estaba en la guardería. Él resopló de nuevo y me dijo que no estaba en la guardería, sino en segundo. Me lo había dicho antes, aunque yo había supuesto que no era más que una fanfarronería de crío pequeño. Siempre intentaba impresionarme, igual que cuando me aseguró que en su casa podía volar y mover cosas con la mente.

—Si estás en segundo, ¿por qué te han traído con los pequeños?

—Tengo dislexia. Estoy en Apoyo a la Lectura.

Al oírlo me sentí como un imbécil. Sabía lo mucho que fastidiaba que te separaran de tu clase por algo que no eras capaz de controlar.

Volví la vista atrás y vi que la señora Nethercutt nos observaba entornando los ojos, así que le prometí al pequeño a toda prisa que era un libro genial y que también era mi favorito cuando iba a segundo.

Aquello pareció picarle la curiosidad; observó la cubierta —en la que salía un niño de pelo oscuro y ojos redondos de pie en un velero gigante— e intentó pronunciar el título.

—E-e-el...

—*Elian Mariner*.

—¿Tiene un barco? ¿Cómo *Los robinsones de los mares del sur*?

Nunca había oído hablar de *Los robinsones de los mares del sur*, pero por fin parecía interesado, así que respondí:

—Sí, igual. Pero el barco de Elian es mágico. Puede ir a cualquier parte.

La siguiente vez que vi a Julian, entró pavoneándose en la biblioteca, sonriendo de oreja a oreja con sus bracitos cargados con una pila de libros de Elian Mariner. Me dijo que su padre se los había conseguido porque ahora era un buen lector. Volvió a ser el Julian alegre y cantarín hasta que acabó el curso y tuvieron que escribir un trabajo de verdad sobre un libro.

Se quedó mirando la página en blanco con rabia y se negó a escribir. Al cabo de un rato, me impacienté, le quité las gafas (que tenían unos globos oculares colgando de unos muelles) y le metí un lápiz en el puñito. Enfurruñado, cruzó los delgaduchos brazos sobre el pecho.

Me aburrí y le di la espalda para observar a mis amigos ayudando a sus compañeros, hasta que Julian me dio un toquecito en la mejilla.

—¿Cómo se deletrea «Elian»?

—¿Elian? Esa es fácil para ti. —Tapé con el índice la e de la cubierta del libro—. ¿Qué te sale si pones aquí una J y una U?

Frunció el ceño, concentrado, y de repente puso una cara de pasmo muy cómica.

—¡Es mi nombre!

Empezó a escribir, y en mi vida había visto yo una caligrafía tan horrorosa. Las letras iban a trompicones, al revés..., parecían jeroglíficos.

Al cabo de un par de sesiones muy laboriosas, me leyó su trabajo en voz alta, dado que yo no conseguía descifrarlo; me enganchó al instante, como cuando mi madre me leía libros de verdad. En algún momento debió de empezar a fingir que leía, puesto que aquello era mucho más largo que la única página que había escrito, aunque me daba igual. Su historia era buena, no sólo buena para ser un niño, sino buena de verdad.

Eso mismo le dije y, por algún motivo, aquel instante justo después de comentárselo se me ha quedado grabado en la cabeza como una fotografía. Su sonrisa era enorme y le brillaban los ojos como si acabara de soplar las velas

de su tarta de cumpleaños. No obstante, esa sonrisa aparece superpuesta a la cara que vi la siguiente vez que me lo asignaron; el día en que murieron sus padres.

JULIAN

La doctora Whitlock sonríe de tal forma que parece que de verdad se alegrara de verme, aunque me cuesta soportar la intensidad de su mirada gris. Sus ojos son m as curiosos que amigables, y viste al estilo de una abogada o una mujer de negocios, no como una profesora.

— C mo est s? —Entrecruza las manos sobre el regazo.

Asiento con la esperanza de que entienda que eso significa «bien».

Me pide que me siente, así que me acomodo en el sofá que est  frente a su sillón de tela naranja. No parece la clase de sillón que escogería ella si pudiera. En realidad, al echar otro vistazo alrededor me doy cuenta de que ninguno de los muebles parece pertenecerle. La mesita de centro es morada. El escritorio, amarillo. Nada está conjuntado, y me recuerda a la sala de estar de una serie que imagino que veía hace mucho tiempo, en *Nick at Nite*.

—Julian... —Este es el tono que recuerdo: cuidadoso, como si estuviera a punto de darme una noticia malísima—.  Entiendes que este es un lugar seguro y que todo lo que digas aquí es confidencial?

Está siendo amable, pero me pone m as nervioso porque espera que le cuente cosas tan personales como para ser confidenciales. No s  que responder y es embarazoso, igual que siempre. No porque parezca enfadada o incómoda, como ocurre con casi todo el mundo, sino porque tampoco hace nada por rellenar el silencio.

Empiezo a tirar de la punta de los cordones de la zapatilla. El último

trocito de plástico se suelta y cae al suelo. La doctora Whitlock levanta la papelería y me la acerca, así que recojo el plástico y lo dejo caer dentro; después me dice que elija un juego de su estantería.

Los juegos de mesa no eran muy populares en mi casa. Mis padres y yo nos divertíamos tocando la guitarra o el piano, o fingiendo hacerlo. Sin embargo, sé que a la doctora le gustan los juegos, así que elijo Sorry, como el año pasado, porque es el único del que conozco las reglas.

Me las enseñaron las sobrinas de Russell cuando visitamos a su hermana Nora un día de Acción de Gracias. Estaban obsesionadas con él, aunque a mí me pareció un juego cruel e innecesariamente sarcástico. Si sacabas la tarjeta de Sorry, decía algo en plan: «¡Lo siento! Ahora voy a sacar una de mis fichas de casa y me voy a comer todas las que quiera».

Dejo el juego en la mesita morada, la doctora abre la caja y me pregunta qué color quiero.

—El que sea.

Frunce el ceño, y ya temo haber hecho algo malo, que es también lo que siento al jugar: no es divertido porque me observa como si evaluara lo bien que lo hago. Y lo que pasa con Sorry es que no se te puede dar bien porque todo depende de la suerte, así que no sé cómo se supone que tengo que hacerlo, aparte de no equivocarme al contar bien las casillas y no aterrizar encima de ella si tengo la opción de hacer cualquier otra cosa.

Sólo me comí una de sus fichas cuando saqué la tarjeta de Sorry y no me quedó más remedio. Incluso entonces, elegí al jugador que estaba más lejos de su casa para no ser tan malo. Sin embargo, después vi que me miraba a mí, no al tablero, y que estaba triste.



NUEVE

JULIAN

Fuera está oscuro, nublado y sin estrellas cuando Russell me llama para que vaya a la sala de estar y señala el suelo con uno de sus largos dedos. La madera está manchada, estropeada, como huellas en cemento mojado.

Esta tarde me he limpiado las zapatillas usando una cosa que he encontrado debajo del fregadero de la cocina. Estaban de un blanco reluciente cuando las dejé en el suelo de la sala, pero supongo que todavía quedaba algo de lejía en las suelas.

—Tienes que aprender a respetar las posesiones de los demás —me dice con voz tranquila y firme.

—Lo hago.

—¿Ah, sí?

—Lo siento, ha sido una estupidez.

—Sí, es verdad. —Hace una pausa, y se me forma un nudo en el estómago mientras espero a que se decida. Entonces añade—: Ve a por eso.

Me quedo paralizado un momento y después me acerco a la enorme vitrina que está pegada a la pared del comedor. Cuando veníamos de visita a esta casa, mi madre siempre comentaba lo bonita que era, con su oscura madera de

cerezo y sus estantes llenos de antigüedades y platos finos cual papel.

Abro el largo cajón del fondo, donde se guardan los manteles y las servilletas de encaje. Debajo de ellos está la vara de sauce. Veo que me tiembla la mano al cogerla; regreso a la sala.

Se la pongo en la mano extendida.

Noto que de repente traga saliva y se le toma un poco la voz al decir:

—Quítate la camiseta.

Si de verdad tuviera poderes, podría apagar el dolor igual que puedo cerrar los ojos. Pero no. Lo siento. La piel no se vuelve más gruesa, todo lo contrario: recuerda. Sé que es cierto porque, en cuanto el aire me roza la espalda, me empieza a picar como si ya hubiera caído la vara.

—Date la vuelta —me ordena.

Esta parte es la más difícil. Mil millones de años de evolución gritan a tus células que huyas. Pero no puedes. Tienes que volverte y ponerte de cara a la pared vacía. Tienes que permanecer quieto. Le da igual que llores, pero no puedes resistirte.

Un sonido corta el aire y después llega un dolor tan fuerte que te mareas. Un azote tras otro. Heridas profundas, una encima de la otra. No paran hasta que te tapas la boca y gritas.



DIEZ

ADAM

—Te envié un mensaje.

Esa es la forma de saludarme de Charlie, cabreado, cuando llega a la clase de Gobierno. Levanta una silla y la coloca al lado de mi escritorio; es demasiado alto para meter las piernas debajo de uno.

—La señorita Stone se está poniendo muy capulla.

Al parecer, la Química normal no va mejor que la avanzada. Veo otra visita a la orientadora de Charlie en el futuro próximo.

—No me llegó. Se me ha roto el móvil.

—¿Has roto otro móvil?

—Ni siquiera sé cómo ha pasado. Supongo que estaba en la pila de ropa sucia que metí en la lavadora.

—Idiota.

Emerald y Camila entran en clase como si nada, susurrándose con más secretismo del que haya usado yo nunca con nadie. Emerald camina con los hombros hacia atrás, igual que una bailarina profesional. Por debajo de su vaporoso vestido blanco lleva las piernas descubiertas, unas piernas largas y fuertes como las de una estatua romana que ha cobrado vida. Su cabello, de

distintos colores entremezclados, está dividido en decenas de diminutas trenzas que, de algún modo, ha combinado en una más grande que después se ha enrollado en lo alto de la cabeza. A veces, sólo con mirarle el pelo pienso que debe de ser un genio.

Sonríe al verme, y Charlie me echa una miradita cómplice antes de gemir:

—Me muero de hambre.

—Siempre te estás muriendo de hambre.

Todavía nos quedan dos horas hasta la comida. Después de Gobierno tengo que ir a recoger a Julian y llevarlo al despacho de la doctora Whitlock, y luego me toca pasar una hora sentado sin hacer nada de nada.

—Pero es que me muero de hambre de verdad.

Lo cierto es que tiene un aspecto bastante lamentable.

—Quizá tenga algo de comer en la mochila.

Se abalanza sobre ella y parece asqueado al descubrir que sólo hay una bolsa reutilizable llena de zanahorias.

—Vaya porquería —dice, aunque se las come de todos modos.

Un minuto después, la señora Conner anuncia que podemos trabajar en grupos.

—¡La queremos, señora Conner! —grito antes de acercar mi escritorio al de Emerald, porque si vas a hacer un trabajo con alguien, mejor que sea con ella.

Me quedo mirando cómo se concentra en la tarea... Para ella, cualquier cometido tiene una importancia esencial. Siento el impulso de deshacerle las trenzas o quizá de tocarle el lunar que tiene bajo el ojo. En vez de eso, me intereso por cómo está Brett.

Parece sorprendida durante un segundo, hasta que se le ilumina toda la cara; es una preciosidad, salvo por el motivo que la hace brillar de ese modo.

—Está bien —responde.

—¡Está asombroso! —la corrige Camila, que se inclina sobre los escritorios de tal manera que no me queda más remedio que mirarle el escote —. Este fin de semana se la lleva de paseo en el avión.

Emerald abre mucho los ojos y parece avergonzada, como si la cita aérea fuera algo que había que mantener en secreto.

—¿En serio? Eso es increíble.

Porque es cierto que lo es. Es justo la cita alucinante que te encantaría planear para tu novia, pero, en cambio, acabas por llevarla a la zona de restaurantes del centro comercial.

—Supongo —dice Emerald, y levanta un hombro con elegancia.

—¿Que lo supones? —repito; está claro que no hay forma de impresionarla —. Quiero decir, en serio, yo también quiero ser la novia de Brett. —Camila, Charlie y ella se echan a reír—. ¿Crees que consideraría la posibilidad de un acuerdo en plan esposa-hermana? —Más risas—. Ya nos contarás cómo va, ¿eh?

De nuevo se encoge de hombros, más abochornada que encantada.

Durante el resto de la clase tengo una sensación extraña. Intento escribir, pero con cada palabra me imagino a Emerald y al piloto remero atravesando las nubes.

JULIAN

Cojo la nota de la señorita Hooper y me dirijo con precaución al pasillo. Me duele menos, aunque todavía siento cada corte estirándome la piel cuando me muevo. Al abrir la puerta, ahí está Adam, aunque esta vez me lo espero y no me pongo en ridículo. Esboza una sonrisa enorme, pero no sé lo que piensa en realidad porque no siempre puedes creerte las sonrisas.

—Hola —me saluda—. No estaba seguro de si vendrías. La doctora Whitlock me dijo que has faltado un par de días. ¿Estabas enfermo?

Asiento.

La mañana después del castigo me desperté con un billete de veinte dólares debajo de la caracola de mi cómoda, lo que significaba que se me permitía faltar a clase y pedir pizza. Al ver el dinero empezaron los sentimientos encontrados de siempre: culpa, porque él tenía que ir a trabajar mientras que yo me quedaba en casa; y alivio, porque si me permitía faltar a clase y pedir comida era porque ya no estaba enfadado.

—¿Te sientes mejor? —pregunta Adam.

Asiento de nuevo.

—Espero que no tomaras muchos medicamentos. Esas porquerías son veneno.

—No...

—Bien. ¿Estás listo?

Asiento y le sigo el ritmo mientras miro nuestros pies. Llevo mis zapatillas deportivas blanqueadas. Hoy sus zapatillas son rojas y de caña alta, iguales que las botas de Superman.

—Entonces, ¿te gusta dibujar?

Asiento, aunque no me gusta.

—Guay. A ver si me enseñas algún dibujo.

Esto es lo que pasa cuando miento: casi al instante me meto en una situación en la que tengo que contar más mentiras si no quiero que me descubran. Caminamos en silencio, lo que en realidad no resulta tan incómodo porque a él no parece importarle que no sepa qué decir.

—Me tocó Arte en mi segundo año —comenta un par de minutos después, como si no se hubiera producido ninguna pausa—. Se me daba fatal.

Sonríe, y ahora desearía haberle contado la verdad, porque entonces

tendríamos en común que a los dos se nos da fatal. Se pone a contarme una historia sobre su amigo Charlie, que estaba en su clase y se volvió loco durante la tercera semana de sus proyectos de pasillo.

—El proyecto de pasillo es una porquería —afirma Adam—. Tienes que dibujar unos pasillos tridimensionales usando nada más que diminutos cuadraditos. —Me explica que requiere mucha paciencia y que Charlie no tiene ninguna—. Rompió su papel en pedazos y tiró todos sus rotuladores al suelo. Es un crío gigante.

Adam se ríe, pero yo me limito a mirarlo, pasmado, porque me daría demasiado miedo hacer algo así.

—Lo sé, ¿verdad? —dice, como si me hubiera leído el pensamiento—. Estuvo castigado dos días. A mí no me han castigado nunca. Y... —añade, mirándome con intención— nunca he pasado de acudir a la llamada de un miembro del profesorado ni me he escondido en el instituto. —Puede que esté de broma, pero no estoy seguro—. Debería dejar de relacionarme con delincuentes.

—¿Es...? —Me observa con expresión paciente, como si no le importara esperar a que termine—. ¿Charlie es tu mejor amigo?

—¿Quieres decir que si llevamos pulseras de la amistad a juego y tenemos fotos nuestras pegadas en las taquillas? —Esboza una sonrisa de superioridad, así que supongo que he dicho algo estúpido—. No lo sé. Es que nos conocemos desde que estábamos en infantil. Es curioso, él no había ido antes a la guardería ni nada parecido, así que el primer día estaba histérico. Se pasó llorando toda la mañana, te lo juro, hasta que le di mis galletas a la hora de comer. —Sonríe—. Nos hemos visto casi todos los días desde entonces. Bueno, salvo después de primaria, cuando pasamos unos años en institutos distintos. Pero creo que nunca he llamado a nadie «mi mejor amigo». Tengo un montón de amigos.

Se encoge de hombros, como si tener un montón de amigos no fuera nada especial.



ONCE

ADAM

Julian se detiene junto al despacho de la doctora Whitlock con uno de sus delgados brazos colgándole a un lado mientras se cruza el pecho con el otro para apretarse el bíceps, como si le doliera. No es tan pequeño, la verdad; más o menos del tamaño de cualquier otro chico de primero, pero lo parece porque siempre está agachado, como si fuera a pasar por un techo bajo.

Cuando por fin entra, me dejo caer en el sofá, preparado para otros cuarenta minutos y pico de aburrimiento. No sé por qué la doctora se molesta en tener un ayudante. A lo sumo, entrego una nota en la hora que paso aquí. Ni siquiera puedo archivar nada porque todo es confidencial.

Mientras respondo mensajes, distingo una voz al otro lado de la puerta (sólo la de ella), lo que no me sorprende, puesto que Julian no abre la puñetera boca. Pero antes no era así. Cuando estábamos en primaria era todo lo contrario.

De repente, recuerdo algo: Julian entregándome una tarjeta de cartulina el último día del quinto curso. Todos los de infantil habían preparado una para sus compañeros de lectura y estaban muy orgullosos cuando nos las regalaron. La verdad es que era una cosa adorable. Creo que todavía tengo la mía por

alguna parte. No esperaba volver a verlo después de aquello. Entonces, dos años después, llegué a casa y me encontré con un niño sentado en el centro de nuestro sofá amarillo con un perro de peluche bajo el brazo. Cuando levantó la vista, sus enormes ojos parecían de cristal, algo reflectante en vez de animado.

«¿Julian?», pregunté.

Mi madre susurró: «¿Lo conoces?».

«Sí. —Pero era igual que mirar la fotografía de un cuadro: Julian, a dos Julian de distancia—. Éramos compañeros de lectura. ¿Verdad, Julian?».

No respondió, se quedó mirando al frente como si fuera sonámbulo.

«Se va a quedar una temporada con nosotros», dijo mi madre.

El niño siguió callado.

«Julian —añadió ella con cuidado—. Adam y yo volvemos enseguida».

Me empujó a la cocina y, en cuanto se cerraron las puertas batientes, se echó a llorar. Mi madre es una persona bastante emotiva, aunque, cuando se trataba de los niños de acogida que se quedaban con nosotros de vez en cuando, siempre mantenía la compostura... por muy dura que fuera su historia.

Consciente de eso, a mí se me revolvió el estómago.

«¿Qué le ha pasado?», le pregunté.

Ella negó con la cabeza y tomó aire, deprisa.

«Sus padres iban de camino al colegio. Pensaban recogerlo para irse los tres juntos de fin de semana fuera de la ciudad».

«¿Qué les ha pasado?».

«Han tenido un accidente».

«¿Y...?»

«Han muerto».

«¿Los... dos? —Mi madre asintió—. ¿Cómo?».

En realidad no tenía interés en los detalles, sino que cuestionaba cómo era posible que la vida de un niño acabara arrasada por completo en un segundo.

Ella no hizo caso de la pregunta.

«No quería salir del colegio. No quería irse con la trabajadora social. No dejaba de repetir que sus padres iban a recogerlo».

Miré hacia la sala de estar. Me asustaba. Si algo le hubiera pasado a mi madre, habría sido yo el que estuviera sentado en la sala de una desconocida.

«Necesito que me ayudes con él», dijo de repente. Era una petición extraña, puesto que siempre era amable con los niños que se quedaban con nosotros. Sin embargo, asentí y respondí que vale.

Julian no emitió sonido alguno, ni siquiera durante la cena. Ni siquiera viendo la televisión. Ni siquiera cuando mi madre lo metió en la otra cama de mi dormitorio.

Entonces, en plena noche, me despertó un gemido estrangulado.

«¿Julian? —Salí de la cama y me puse al lado de la suya. Las lágrimas le brillaban en las mejillas—. ¿Quieres que vaya a por mi madre?».

Él negó con la cabeza y se echó a llorar, salvo que aquello no podía llamarse llorar.

Eran convulsiones.

Era morirse.

Era la mayor expresión de dolor que le había oído nunca a ningún ser humano. Nadie debería ser capaz de sentir tal agonía y seguir vivo.

Me daba miedo quedarme con él y me daba miedo dejarlo solo.

No sabía qué hacer, así que cogí su perro de peluche y lo apreté contra su cuerpo. El niño se quedó mirándolo un momento, y entonces las convulsiones empeoraron.

«Voy a por mi madre», le dije.

«Quiero a la mía».

No sabía qué responder... ¿Qué se puede responder a eso?

Sin dejar de sollozar, se puso una almohada sobre la cara. Temiendo que se ahogara, la retiré.

«Me duele la cabeza. Necesito a mi padre. ¡Lo necesito ahora mismo! — Estaba histérico—. ¡Me duele la cabeza! ¡Lo necesito!».

«¿Qué hace para que se te pase?».

«Lo arregla».

«¿Cómo?».

«Me da masajes en la cabeza».

Me senté a su lado y le puse la palma de la mano en la frente del mismo modo en que se comprueba si alguien tiene fiebre.

«¿Así?».

«No», contestó, y se puso a recorrerse la frente con la punta de los dedos de la misma forma en que se toca un piano.

Intenté imitarlo.

«¿Mejor?».

Él siguió llorando.

No estoy seguro de cuánto tiempo nos pasamos así, hasta que me susurró con una voz baja, agotada: «¿Dónde están?».

«¿Es que... no te lo ha contado nadie?».

«Están muertos, lo sé. —Sonaba muy cansado—. Pero ¿dónde están? ¿Dónde se han ido?».

Por aquel entonces no entendí que no se refería a dónde estaban en el sentido físico. No supe qué responder, así que le acaricié la frente con un poco más de presión.

«Duérmete, ¿vale?».

Él miró al techo con los ojos muy abiertos por la desesperación.

«Han desaparecido».

Julian no tenía parientes ni padrinos ni nada, así que al llegar al límite de

las dos semanas de acogida, cuando la mayoría de los niños se van a casa, él se quedó. Al principio parecía que no volvería a ser el de antes, que siempre estaría triste. Pero entonces empezamos a notar pequeñas cosas.

Íbamos al centro comercial y quería probarse aquellas gafas de broma que se compraban en el Spencer's, de las que tenían pegados un largo bigote y una nariz.

O mi madre le estaba leyendo un cuento antes de dormir —le seguía encantando *Elian Mariner*— y, cuando terminaba, él añadía un epílogo larguísimo.

O se ponía a cantar y hablaba sobre su madre —que podía cantar cualquier cosa— y sobre su padre —que podía dibujar cualquier cosa—.

Aunque a veces, sin venir a cuento, le entraba uno de sus extraños ataques de llanto, de esos en los que se le contraía de dolor la cara y se le sacudían los hombros, aunque sin hacer ningún ruido.

Pasaron los meses y empezó a darme la impresión de que Julian siempre había estado con nosotros, como si fuéramos hermanos de verdad. Después de clase corríamos por el barrio y por la noche trotábamos por la casa hasta que mi madre nos pedía que nos calmáramos. Veíamos la tele, y yo soportaba todos esos programas de Disney Channel y Nickelodeon que a él le gustaban. Él soportaba mis películas de superhéroes y mis interminables preguntas sobre qué superpoder le gustaría tener si sólo pudiera elegir uno.

Todavía recuerdo el día que vimos *Superman*. No lo pensé bien antes de poner el DVD. Y entonces llegamos a la parte en que muere Lois Lane...

Fue como si Julian dejara de respirar —así de afectado estaba— cuando un destrozado Superman la saca del coche accidentado y le acuna la cabeza. Julian se tapó la cara y susurró: «No llores, Superman».

«No pasa nada —le dije—. ¿Ves?».

Julian se asomó entre los dedos: Superman alzaba el vuelo, y atravesaba el

aire y las nubes. El niño ahogó un grito cuando se puso a darle vueltas al mundo en dirección contraria y le devolvió la vida a la mujer.



DOCE

JULIAN

La señorita Hooper ya no espera a que Adam llame a la puerta cada martes y viernes, sino que me deja salir. Hoy, en cuanto salgo al pasillo, él me pregunta:

—Pero ¿qué es eso?

Se está riendo de mí, aunque no me resulta cruel como cuando lo hace otra gente.

—Es para Desarrollo Infantil —le explico.

Me quita de las manos la enorme muñeca de plástico.

—¿Tienes que llevarla encima todo el día?

—Toda la semana.

—Lo siento mucho —responde, y menea la cabeza para expresarme su solidaridad.

—La señorita Carlisle dice que tenemos que aprender que tener un bebé es horrible.

Adam se ríe.

—Supongo que esto servirá, sí.

Mis padres nunca me dijeron que fuera horrible. Cuando hablaban del

momento en que me llevaron a casa del hospital, siempre sonaban muy contentos, igual que cuando hablaban de mi cara la primera vez que probé la papilla de espinacas.

—¿Se enfadan los profesores cuando se activa en clase? —inquire Adam.

—Más o menos. —Sobre todo la señorita West—. Pero creo que a la señorita Cross le gusta.

Dice cosas como: «¿No has conseguido niñera?» o «Debe de ser duro ser padre soltero». Estoy casi seguro de que es de broma, aunque nunca se me ocurre una gracia con la que responder, así que preferiría que no dijera nada.

De repente, el bebé empieza a emitir sollozos mecánicos.

—¿Qué hago? —pregunta Adam, presa del pánico, mientras me lo devuelve.

Introduzco el código correcto en su espalda y deja de llorar.

—Toda la semana —repite mientras sacude la cabeza—. Dios mío.

Cuando echa a andar, camino a su lado y es similar a intentar seguirle el ritmo a algo que tiene más energía que el envoltorio que lo contiene. Llena el pasillo y rebota contra todo el que pasa. Un profesor puede acercarse con el rostro tenso o triste y el cuerpo doblado como si cargara con demasiado peso.

Entonces lo ve.

Parpadea, como cegado, y sus labios se estiran en una sonrisa de día de Navidad. En ocasiones se detiene para decirle lo mucho que lo echa de menos, que Álgebra o Geografía no son lo mismo sin él. Después le pregunta cómo está su calendario para el siguiente semestre, si tiene hueco para ayudarlo en clase. Adam se interesa por su familia y menciona a cada pariente por su nombre; después, con una sonrisa deslumbrante, promete visitar su clase muy pronto.

Y ahora esa sonrisa se dirige a mí.

—¿Te ha pasado algo interesante hoy?

Es la pregunta que me hace todos los martes y viernes.

—Sí. La señorita Cross nos va a obligar a participar en una obra de teatro.

—«Shakespeare en primavera». El departamento de Lengua lo hace todos los años, y todos los años es horrible. ¿Sabes cuál vais a representar?

—La de... No recuerdo el nombre... Algo raro.

—No es lo bastante específico.

—Esa en la que muere todo el mundo.

—Sigue sin ser lo bastante específico.

Lo bueno de Adam es que es fácil saber cuándo bromea porque casi siempre lo está haciendo.

La muñeca se pone a gritar otra vez. Tengo que introducir el código para «aflicción».

—La señorita Carlisle dice que el antiguo método del huevo era mejor —comento—. ¿Sabes qué significa eso?

—Sí. Antes se llevaba un huevo en lugar de una muñeca. Aprobabas si no rompías el tuyo.

—Ah. —Eso suena mucho más fácil que esto—. ¿Qué obra hiciste tú?

—¿Cuando era novato?

Asiento.

—*Macbeth*. Dios mío, fue un puñetero desastre. Supongo que ya sabes que tienen que participar todos los novatos. Son los que construyen el escenario, los trajes, todo.

Asiento de nuevo.

—Bueno, obviamente no había papeles suficientes para todos, de manera que los profesores de Lengua los añadieron. Cuando hicimos *Macbeth* había dieciocho chicas, ni más ni menos, representando los papeles de las tres brujas. Quizás hubiera salido bien de no haber esperado a los dos últimos días para ensayar en vez de hacerlo en el aula. Y debido a que las brujas estaban

todas en distintas clases de Lengua, se aprendieron sus líneas a ritmos distintos... Las líneas de las brujas riman, rollo canción.

»En fin, que las chicas sólo leyeron juntas una vez, así que cuando representamos de verdad cada una iba a su bola y no se entendió ni palabra de lo que decían... en toda la obra. Diría que tuvo gracia, pero Emerald era la Bruja Número Ocho y todavía le dura el trauma.

—Eso es horrible.

—¿Sabes qué es peor?

—¿Qué?

—Que cuando era novato hicimos dos representaciones: la del sábado por la noche para los padres y otra el viernes por la tarde, a la que obligaron a asistir a todo el instituto. —Debo de parecer horrorizado, porque añade—: ¿Verdad? Considérate afortunado. Lo cambiaron el año pasado.

—¿Así que los alumnos no van a la representación del sábado por la noche?

—Definitivamente, no. —Sonríe—. Nadie que no tenga a un crío en la obra se presentaría voluntario para algo así. —La muñeca empieza a gemir otra vez—. ¿Tienes que llevarla también a la hora de comer?

—Sí.

—¿Dónde te sientas? Nunca te veo.

—No voy a la cafetería.

—Entonces, ¿dónde comes?

No puedo responderle, así que no lo hago.

—Ay, Julian, cuánto secreto —dice Adam, y suspira.

ADAM

Me escabullo del despacho de la doctora Whitlock unos minutos antes —ella nunca se da cuenta— y me voy a la cafetería. Últimamente estamos todos obsesionados con El Juego, que es básicamente un verdad o atrevimiento sin la opción de elegir verdad. En cuanto te plantean un desafío, o te atreves con él o te aíslan. Después puedes retar a otro, así que es el juego que nunca acaba.

Es divertido, aunque tiene una regla injusta: a los chicos se les puede retar a desnudarse por completo y ponerse en ridículo llamando al timbre de alguien o corriendo por la calle, pero a las chicas no se les puede pedir que se quiten la ropa interior.

Allison una vez se escudó en temas de seguridad, lo que es una excusa ridícula. No es que un secuestrador violador vaya a llevárselas mientras todos las señalamos y nos reímos. Emerald, a su manera superior pero razonable, dijo algo sobre que el cuerpo femenino era más bello y, por tanto, más sagrado; básicamente daba a entender que verle la churra a un tío equivale a ver un chimpancé desnudo en el zoo.

Soy uno de los primeros en sentarse y mis amigos no tardan en apretujarse a la mesa. Miro a mi alrededor en busca de un reto adecuado y entonces localizo al director Pearce inclinado sobre su bastón, ese bastón que podría formar parte del atrezo de *El Señor de los Anillos*. Todos mis amigos se ponen nerviosos cuando los miro a los ojos, uno a uno.

Me muero de gusto siempre que me toca elegir.

—Vale... Camila —digo. Ella me observa; su sombra de ojos verde parece un moratón que estuviera empezando a cambiar de color—. Quiero que coquetees con el señor Pierce durante al menos tres minutos.

—No hay problema —responde con demasiada satisfacción.

Todos nos reímos mientras se acerca a él contoneándose y le apoya una seductora mano en el brazo. El viejo tiene su mérito; Camila está haciendo su

mejor interpretación, echando la melena hacia atrás y el pecho hacia delante, pero el hombre no parece impresionado. De repente, ella se gira, regresa hecha una furia —acompañada por el taconeo de sus zapatos altos— y deja un trocito de papel en nuestra mesa.

—Me ha castigado por no cumplir con el código de vestimenta.

Nos echamos a reír. Cuando se marcha, cabreada, nos reímos más todavía.

Unos minutos después, regresa.

—Adam —dice mientras me mira a los ojos y esboza una sonrisa helada.

Ahora bien, tenemos el acuerdo tácito de enviar el reto a otra persona cuando te toca, en vez de atacar de inmediato a quien te acaba de retar. Si no, nadie más jugaría nunca. Pero, al parecer, está demasiado mosqueada para seguir las reglas.

Se mete la mano en el bolso y me lanza unas bragas diminutas, tamaño Camila.

—Póntelas.

En la mesa todos se ríen como locos, pero yo tengo que preguntar:

—¿Las llevabas puestas?

—¡No! ¡No seas asqueroso! Las he sacado de mi taquilla.

—¿Por qué tienes unas bragas de repuesto en la taquilla?

—Que te las pongas —me ordena—, y asegúrate de que toda la gente de tu siguiente clase se entere de que las llevas puestas.

Esbozo una enorme sonrisa. Si quiere avergonzarme, va a tener que esforzarse más.

Entre la hora de la comida y la quinta hora —momentos después de embutirme en la diminuta prenda interior de Camila—, tropiezo y acabo despatarrado en el centro del abarrotado pasillo. Charlie y Allison se carcajean como si lo hubiera hecho a propósito para divertirlos.

Tardo un poco más de lo normal en levantarme y, cuando lo hago —mierda, mierda, mierda—, me duele el tobillo. Lanzo un agudo chillido de dolor. Me duele de veras.

Camila pone cara de exasperación y se examina las largas uñas.

—No te vas a librar de esta, Adam.

Gimo y me acerco tambaleándome a la pared, donde me apoyo en una fila de taquillas. Las braguitas me aprietan las pelotas, y estoy bastante seguro de que me he roto el tobillo por diez partes distintas. O, al menos, de que me lo he torcido.

Allison deja de reírse.

—Creo que tiene que ir a la enfermería —le indica a Charlie en tono maternal. Me entran ganas de abrazarla, pero para eso tendría que soltar las taquillas, y no—. Venga, Adam, vamos.

—Que no puedo andar.

Camila da una patada en el suelo con su pequeño pie y hace un mohín.

—¡Tienes que terminar el reto!

Charlie entorna los ojos como si pretendiera averiguar si es un truco. Entonces, al parecer, decide que me he hecho daño de verdad, puesto que me grita:

—¡Pero si no había nada con lo que tropezarse, literalmente! ¡Idiota!

Sé que es su forma de decirme que le preocupo.

Allison le da unas palmaditas en la espalda, como si fuera él quien necesita consuelo, y Camila chasquea los dedos.

—Charlie, Allison, ayudadle.

A veces trata a los demás de la misma forma que a su hermano y puede resultar muy intimidatoria. Los dos obedecen al instante y se ponen a estirarme los brazos para echárselos sobre los hombros. Allison mide lo mismo que yo, metro setenta y siete, pero intentar echarle un brazo encima a Charlie me deja

peligrosamente inclinado. Por un momento consideramos la posibilidad de cambiarlo por Camila, aunque eso no habría servido más que para inclinarnos hacia el lado contrario.

Suena el timbre, así que ya es oficial: llegaremos tarde a la siguiente clase.

—Por Dios, súbete encima —gruñe Charlie mientras se agacha.

Sonrío, le paso una pierna por encima y me subo a su espalda. Él me mete los brazos bajo las rodillas y marchamos a caballito.

—Estáis muy monos, chicos —comenta Camila mientras nos guiña un ojo y nos saca una foto con el móvil. Le devuelvo la sonrisa y acaricio el cuello de Charlie con la nariz.

—Tío... —gruñe en voz grave, amenazadora e hilarante—. Si no paras, te bajo y te vas a rastras hasta la enfermería.

Me suelta las piernas y, durante un segundo, se quedan colgando. Vuelvo a engancharlas a su cuerpo y me aferro con los brazos.

—Si me dejas caer sobre este pie, te mato.

Sin embargo, paro de fastidiarle porque me lo creo.

Cuando los cuatro entramos en el despacho de la enfermera, a la señora de mediana edad se le agría el gesto de inmediato.

—Vale, chicos —dice mientras se apoya los puños en las anchas caderas—, no necesito que me hagáis teatro.

—¿Teatro? —repite Camila mientras imita el gesto de la mujer.

—Se ha torcido el tobillo —explica Allison mientras Charlie retrocede hasta una silla y me suelta.

De verdad que tengo que quitarme estas bragas. Es una versión rara de asfixia.

—No hacen falta diez críos para traer a uno —ladra la enfermera gruñona—. Los demás podéis iros a clase.

Camila está cabreada, se le nota, Allison teme dejarme aquí y Charlie está

a tres segundos de implosionar.

—No pasa nada, chicos —les aseguro—. Después os mando un mensaje.

Me dejan a regañadientes mientras la enfermera agarra un termómetro y lo introduce en un condón para termómetros.

—El problema es el tobillo... —empiezo a decirle, hasta que me lo mete debajo de la lengua.

—No hay fiebre —afirma cuando lo saca, un minuto después.

—Es el tobillo.

—Ajá —responde mientras me levanta los vaqueros y presiona el hueso con los dedos, que están fríos.

—Ay. Ay.

—No veo que esté hinchado.

—Me duele mucho, de verdad.

—Pues estás muy sonriente para alguien a quien le duele tantísimo. Dime la verdad, ¿tienes un examen a esta hora y no quieres hacerlo?

—Pues... Sí que tengo un examen, pero no me supone ningún problema.

Ella asiente como si eso lo aclarara todo.

—Vale, tienes que ir a hacer el examen; después, si te sigue doliendo, llamaremos a tu madre.

—Pero mi clase está arriba, al otro lado del instituto. Creo que no voy a poder llegar. —Miro a mi alrededor—. ¿Y esa silla de ruedas?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Me la puede prestar?

—Eso es para la gente que está enferma de gravedad. No para críos con ganas de pasar un buen rato.

—Pasar un buen... No quiero pasar un buen rato, se lo aseguro. Lo que quiero es un medio de transporte.

—Vuelve a tu clase, haz tu examen y después hablamos.

—Pero...

—Ahora mismo.

Lo dice en serio. Me está dando la patada de verdad. Me levanto, avanzo entre arrastrándome y renqueando, y después salto sobre el pie bueno. Por ahora, todo bien. Unos cuantos saltos más... Y entonces me tambaleo y todo mi peso aterriza de golpe sobre el tobillo dolorido.

—¡Joder!

La enfermera ahoga un grito y se lleva las manos al pecho como si hubiese recibido un disparo. Regreso cojeando a la silla mientras ella se acerca con grandes zancadas rechinantes al escritorio.

—Te voy a escribir una nota de castigo —anuncia mientras agita un cuaderno.

—Lo siento, ha sido sin querer.

—Y sigues sin hacer lo que te he pedido.

—Ojalá pudiera.

Empieza a escribir con furia mientras lo lee en voz alta.

—Se niega... a seguir... instrucciones.

Empiezo a marearme. He cargado demasiado peso sobre el pie y ahora me palpita de forma dolorosa. El labio superior se me perla de sudor.

—Creo que ahora quizá sí que tenga fiebre. A lo mejor puede tomarme otra vez la temperatura.

Otro grito ahogado, y se pone a escribir aún más deprisa.



TRECE

ADAM

Al día siguiente, recorro con mis muletas la cafetería abarrotada y todos los de mi mesa me hacen sitio para que levante el pie.

—¿Qué es eso? —inquire Camila, que da unos golpecitos con una de sus largas uñas rojas al tarro que he sacado de la mochila.

—Agua.

—¿Por qué tiene esa pinta?

—Mi madre ha añadido unos cuantos remedios de hierbas para curar los ligamentos —le explico.

Ella se estremece. A decir verdad, parece una muestra de orina.

Charlie se abre paso entre la gente con su mirada asesina hasta que me ve, momento en el cual se pone tan contento que me alarma.

—Oh, Dios —gimo cuando se acerca, todavía sonriente de oreja a oreja—. ¿Quién te lo ha contado?

—Todo el mundo me lo ha contado. Es que no me lo podía creer.

—Nadie se lo podía creer —añade Emerald, a la que también le brillan los ojos de puro cachondeo.

Matt acerca una silla y le pregunta a Charlie:

—¿Por qué estás tan contento?

Es una pregunta razonable. No creo que nadie le hubiera visto los dientes hasta ahora.

—¿No lo sabes? —le responde él a su vez, y se sienta más recto; está claro que la idea de contárselo a alguien que no lo sabe le anima.

—¿El qué?

Abre la boca, pero, antes de que pueda hablar, Camila se le adelanta:

—Han castigado a Adam.

—¡Oye! —exclama Charlie—. Que se lo iba a contar yo.

—¿A Adam? —Matt me mira igual que si acabaran de detenerme por doble homicidio—. ¿Cómo?

Así que cuento a toda la mesa mi historia sobre la cruel enfermera, quizás exagerándola un poco para que sea más divertida, aunque también para ganarme su compasión. Ahora todos están enfadados y partidos de risa a partes iguales.

Bueno, salvo por Charlie. Él está encantado de la vida y ya está.

—Esto es genial.

Intento lanzarle una mirada asesina, pero no debe de resultar muy convincente porque me estoy riendo.

—No es genial, es ridículo.

En algún momento de mi historia, Jesse ha llegado a sacarse de las orejas ambos auriculares, y ahora me mira mientras esboza una sonrisa cómplice.

—¿Qué ha dicho tu madre?

—¿Tú qué crees?

Mi madre es famosa, por así decirlo, desde que hizo llorar a nuestra profesora de quinto de primaria.

Charlie sonrío.

—¿Puedo ver cómo le da una patada en el culo a la enfermera?

—Odio decepcionaros, pero no va a venir. Quería, pero...

—¿Le suplicaste que no lo hiciera? —supone Emerald con acierto.

—Sólo la he convencido de que no era para tanto. —Porque no lo es—. Ella es más de luchar contra el sistema y yo más de dejarme llevar.

—Ya te digo —comenta Charlie antes de meterse cuatro patatas fritas en la boca.

—Oye, podría luchar contra el sistema si quisiera —protesto.

Matt me pone una mano en el hombro para apoyarme.

—Ya lo sabemos, colega.

Todos me miran como si yo fuera una criaturita adorable e ino-fensiva.

—Claro que podría. Además, no sería la primera vez que me peleo.

Ahora me miran entre perplejos y suspicaces. A Emerald le brillan los ojos. Parece sospechar que sólo intento impresionarlos.

—De verdad. Marcus... ¿Séptimo?

Jesse y Charlie se miran durante un segundo antes de echarse a reír.

—Que te peguen en la cara con un libro de Harry Potter no es una pelea —dice Charlie.

—En primer lugar, no era un libro de Harry Potter cualquiera. Era *La Orden del Fénix*.

Matt ahoga un grito. Sabe que *La Orden del Fénix* es el más largo y, en potencia, el más peligroso de los libros de la serie si se usa como arma.

—Sigue sin ser una pelea —insiste Charlie—. Quizá si te hubieras defendido...

La verdad es que ni se me pasó por la cabeza devolverle el golpe. Recuerdo estar allí, pasmado de dolor, y después sentirme aún más conmocionado cuando Marcus se derrumbó y se echó a llorar y a gemir en el suelo.

—No podía. El pobre estaba sufriendo una crisis emocional o algo.

—¿Y por qué te pegó? —pregunta Matt.

—Yo lo sé —responde Charlie a toda prisa—. Lo vi todo. Estábamos en medio de la clase de matemáticas y Marcus intentaba terminar su hoja de ejercicios o lo que fuera, hasta que saltó porque Adam no dejaba de hablar ni un segundo.

Ahora todos los chicos de la mesa se ríen con cierta histeria, mientras que las chicas parecen con ganas de unirse, pero intentan permitirme conservar algo de dignidad.

—No sabéis lo mal que lo pasé. Mi madre se volvió loca.

Aquello no sirvió más que para que se rieran más.

El caso es que sí que lo pasé fatal. Cuando me recogió aquel día del colegio, todavía tenía una bolsa de hielo en la mejilla y a ella se le fue la olla. Por mucho que intenté apelar a su faceta de trabajadora social, fue como si no tuviera formación profesional alguna. Me llevó de vuelta al centro a rastras y su ira no hizo más que aumentar porque el director no le prometió represalias inmediatas. Si se trata de mí, es como si fuera una jefa mafiosa, lo que resulta un poco bochornoso.

—En serio —insisto, y finjo no estar divirtiéndome tanto como ellos—. Todavía tiene un plan para vengarse de ese crío. Dice que sólo está esperando el momento oportuno.

Jesse deja de reírse un momento para contestar:

—Tío, tu madre es la mejor.



CATORCE

JULIAN

Cuando llego a Desarrollo Infantil el jueves, Jared está pegándole puñetazos a su mochila detrás del pupitre del mismo modo que al saco de boxeo de unos recreativos. Siento la mezcla de miedo y compasión de siempre, aunque, a la vez, una extraña satisfacción al contemplar el aula. Es una guardería. Hay bebés por todas partes: tumbados en el suelo, apoyados en las carteras. El mío lo llevo bajo el brazo, a salvo, mientras busco mi asiento en la parte de atrás. Lo dejo en el escritorio y me quedo mirando sus enormes ojos castaños y su sonrisita.

Suena el timbre y, un instante después, los bebés se despiertan y empiezan a gimotear. Una profesora de aspecto cansado se asoma por la puerta.

—¿Te importa si cierro? —pregunta.

La señorita Carlisle asiente con tristeza.

Y la puerta se cierra y deja atrapados dentro todos los llantos.

Algunas chicas, estresadas, empiezan a teclear códigos en las espaldas de sus bebés. El cuarto guarda silencio, aunque sólo por unos segundos antes de que empiece a llorar otro grupo de bebés.

—¿Lo entendéis ahora? —inquire la señorita Carlisle alzando la voz para

hacerse oír por encima del ruido—. ¿Veis cómo esto os arruinaría la vida?

Mi bebé ha estado conmigo cada segundo de esta semana, y a veces creo ser capaz de distinguir entre el llanto porque tiene hambre y el llanto porque está triste, como me decían mis padres que les pasaba conmigo. En general no me molesta el ruido, pero sí me preocupa cuando estamos en mi cuarto secreto y su fuerte voz rebota hasta las vigas. Y me preocupa todavía más en plena noche.

Aunque Russell ha estado fuera, temo que llegue a casa después de quedarme yo dormido, temo que lo oiga y se enfade, y no dejo de sentir un pinchazo helado en el estómago, igual que si me hubiera tragado mil inviernos.

En cualquier caso, durante las tres últimas noches hemos estado solos —el bebé y yo— y no he notado los ruidos raros que suele hacer la casa, casi como si ya no existieran. Ha sido más bonito que terrible, pero no sé cuándo regresará Russell.

Ahora el bebé me mira con cara de preocupación. Le acaricio el suave pelo y le paso una mano por la redonda mejilla.

—¿Qué coño te pasa? —me llega la voz de Jared cual misil—. ¿Estás haciéndole mimos a tu muñeco?

Ahora todos me miran. Kristin alza al cielo sus ojos de pez. Violet me mira y sus ojos negros son tan oscuros que parecen tinta líquida. Otras dos chicas se ríen.

Observo a Jared y entonces veo lo que asoma de su mochila: un bebé. Tiene la rosada mejilla hundida. Se pone en pie de un salto y le da una patada a la mochila. La cabeza del bebé rebota con fuerza en el suelo.

—¡Jared! —exclama la profesora, que por fin levanta la mirada de su ordenador—. ¡Esos muñecos son caros!

Él frunce el ceño, agarra el bebé por el pelo y lo lanza a su asiento. Después, me mira.

Mis ojos vuelan hacia la profesora, que está de nuevo concentrada en su pantalla.

Jared camina hacia mí como un depredador, como un lobo.

El corazón empieza a latirme en los oídos, y lo siguiente que sé es que me he puesto el bebé en el regazo y lo he abrazado. Jared se detiene de golpe, en apariencia sorprendido.

Entonces esboza su sonrisa de dientes de lobo.

—Vaya, pues sí que te gusta tu muñequito.

Oigo un par de risas más y noto que se me calienta la cara. Supongo que debería dejarlo en la mesa, porque todos actúan como si fuera raro sostenerlo en brazos, pero si lo hago puede que Jared lo coja y le haga algo.

—Jared —dice la señorita Carlisle en tono cansado—, vuelve a tu sitio.

Pero no lo hace.

Me contempla con los ojos llenos de furiosos garabatos negros, como los que solía dibujar sobre mis acuarelas.

—Jared —repite la profesora.

Los garabatos empiezan a dar vueltas. Le ocupan toda la cara, ocupan toda el aula.

—¡Jared!

Él gruñe y empieza a retroceder, sin dejar de mirarme, hasta llegar a su pupitre.

Después tira su bebé al suelo y se deja caer sobre el asiento.



QUINCE

ADAM

Nunca he estado dentro del aula de los castigos, pero antes de entrar ya sé que va a ser una mierda. No tiene ventanas ni color ni carteles; básicamente, es un puñetero desierto. Hay cinco escritorios, todos de cara a una pared gris para que estemos de espaldas al profesor. Unas paredes divisorias de madera que van del suelo al techo separan entre sí los pupitres de la misma forma en que se haría si fueran cubículos del cuarto de baño. Supongo que sirven para evitar distracciones o el placer de mirar a otra persona, pero es similar a estar castigado en una esquina, algo que de pequeño me resultaba insoportable. Al cabo de cinco minutos, me pica todo. Necesito moverme o ver algo, lo que sea, pero esta habitación está diseñada para que no te quede más remedio que mirar a la pared.

Oigo un ruido fuerte detrás de mí.

Muevo la silla a tiempo de ver a Charlie y a Jesse sonriendo al otro lado del estrecho panel de cristal de la puerta. Estoy a punto de sacarles el dedo cuando la ancianita encargada del aula me ordena:

—Gírate.

De nuevo me quedo mirando la pared de ladrillo gris, y es como estar de

vuelta en la caja del frigorífico.

Cuando estaba en quinto (el mismo año que me convertí en el compañero de lectura de Julian), había dos chicos con TDAH en mi clase: Darren Holt y yo. La verdad es que no encontraba ningún parecido entre nosotros, ya que él jugaba solo y siempre estaba haciendo cosas raras, como usar trozos de cinta adhesiva para recoger diminutos desechos del suelo.

Una mañana, cuando llegamos a clase, había una caja de frigorífico en una esquina, y el pupitre de Darren no estaba en su fila. La señora Nethercutt nos explicó que Darren prefería paz y tranquilidad para hacer su trabajo, así que su pupitre y él estarían dentro de la caja.

Pasamos unas cuantas semanas así, hasta que un día Darren no fue al colegio. Yo estaba fastidiando a Emerald usando sus trenzas a modo de cuerdas de saltar cuando la señora Nethercutt sugirió que intentara trabajar dentro del «cuartito» de Darren.

A mí no se me ocurrió responder que no, así que entré en la caja y me senté a su escritorio. Las paredes de cartón estaban repletas de fotos de revistas y todo tipo de imágenes de insectos sacadas de una impresora, y en una esquina había un montón de bolas de cinta adhesiva. Era espeluznante, pero lo peor de todo es que era aburrido.

Compadecí a Darren por todos los días que se había pasado allí. Juré que nunca jamás volvería a despistarme de los deberes; que dejaría de echarme pegamento en la mano para fingir que era la mano de un anciano; que dejaría de intentar deconstruir el peinado perfecto de Emerald; que tomaría voto de silencio y haría mi puñetero trabajo.

Huelga decir que, cuando le conté a mi madre cómo había pasado el día, a ella no le sentó demasiado bien. A la mañana siguiente entró en mi clase con un brazo protector sobre mi hombro y exigió saber si la señora Nethercutt de verdad me había encerrado en una caja.

Mi profesora empezó a balbucear que los niños hiperactivos se benefician de situaciones similares. Que podían concentrarse sin la abrumadora acumulación de estímulos de las ventanas, los colores intensos y los demás niños. Que así eran más felices.

«¿Felices? —gritó mi madre—. ¡Mi hijo está traumatizado!».

Aquello era una exageración. Me había aburrido, sin duda, pero tampoco era como si me hubiese pasado todo el día allí dentro. Salía para comer, para ir al recreo, para el baño y un millón de veces más para hacer preguntas.

La señora Nethercutt parecía presa del pánico.

«Era un experimento».

Creo que fue una mala elección de palabras en lo que respecta a mi madre. Recuerdo que dijo algo sobre el experimento de la cárcel de Stanford, después añadió un montón de cosas de las que ninguno de los dos nos sentimos orgullosos, y entonces mi profesora se echó a llorar. Delante de toda la clase.

Cuando Darren regresó al colegio al día siguiente, se cabreó conmigo porque el director había confiscado su cuartito. Sin embargo, yo no entendía por qué se enfadaba tanto. ¿Por qué iba a querer nadie pasarse el día dentro de una caja?

JULIAN

Mi cuarto secreto está más oscuro de lo habitual. Fuera llovizna, hace un día gris, así que no entra mucho sol por el ojo de buey. Todo está en silencio, ese silencio con eco que te palpita en los oídos. Y seguirá así porque la señorita Carlisle nos ha quitado hoy los muñecos. Saco de la mochila el sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada, y le doy un pequeño mordisco.

Llevaba toda la mañana planeando mi respuesta a la pregunta que sabía que

me haría Adam: «¿Te ha pasado algo interesante hoy?». Pero, cuando salí al pasillo para reunirme con él en la última hora, no estaba. Esperé contando los minutos: diez, quince, veinte.

Entonces vi a la doctora Whitlock, que se acercaba por el pasillo.

«Lo siento mucho —me dijo—. Creía que, si no veías a Adam, vendrías solo». Me explicó que no iba a ir a clase en todo el día, aunque no me contó por qué.

Le doy otro mordisco al sándwich. Mi padre me los metía en la mochila todas las mañanas. Cabría pensar que era fácil hacerlos, pero ahora nunca saben como deberían.

Es curiosa la cantidad de formas que existen de echar a alguien de menos. Echas de menos las cosas que hacían y quiénes eran, aunque también quién eras tú para ellos. Cómo todo lo que decías y hacías era bonito, divertido o significativo. Lo mucho que importabas.

Cuando era pequeño siempre tenía la cabeza llena de ideas porque sabía que, en cuanto terminara el colegio, mi madre y mi padre querrían escucharlas. Si sabes que le vas a contar todo a alguien, ves tu día a través de tus ojos y de los suyos, como si esa persona lo viviera a tu lado.

Sin embargo, si no es así, no es sólo que no veas doble, es que no ves en absoluto. Porque si no está contigo, tú tampoco estás.



DIECISÉIS

JULIAN

—¿Julian? —El tono precavido de la doctora me llama la atención—. ¿Te gustaría que Adam se uniera hoy a nosotros?

Mientras Adam y yo íbamos desde mi clase de Arte a su despacho —más despacio de lo normal porque él cojeaba un poco—, me contó que el viernes lo habían castigado. Me dijo que no había estado tan mal, ya que al cabo de una hora o así a la profesora le había dado pena.

«¿Quieres volver?», le pregunté, y él contestó: «¿Te refieres a hacer algo adrede para que me castiguen y pueda pasarme el día apostando al póker con Oreos con la señorita Agnes?». Asentí. «Mira que eres gracioso, Julian». Se rió, aunque no me respondió.

Y yo todavía no he respondido a la doctora Whitlock.

Por supuesto que sería mucho mejor que Adam estuviera aquí, pero la doctora me observa con tal intensidad que no sé qué respuesta dar. No quiero herir sus sentimientos, y es probable que Adam no quiera entrar de todos modos. Así que la situación se vuelve incómoda porque ninguno de los dos habla.

—No pasa nada —añade al fin—. Es que he pensado que lo preferirías.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí que puede entrar. Si quiere.

Ella asiente y sale del despacho. Un par de minutos después, Adam entra dando botes y empieza a revolver los juegos de mesa.

—¡Sí! —exclama—. Jenga. ¿Quieres jugar a esto?

Lo coge sin esperar a la respuesta y se arrodilla frente a la mesita de centro de color morado chillón.

—¿Cómo se juega?

—¿No has jugado nunca a Jenga?

En circunstancias normales, me daría vergüenza que me dijeran algo así porque ese tipo de comentario suele ir acompañado de algún insulto. Pero su sonrisa es afable y no parece cruel.

Deja caer la caja a un lado y multitud de pequeños bloques de madera salen dando tumbos. Me bajo del sofá y me arrodillo junto a la mesa, como él.

—Después podemos jugar a Sorry —comenta la doctora unos minutos después—. Sé que te gusta mucho.

No me gusta Sorry. Nunca me ha gustado. Aunque me doy cuenta de que intenta ser amable.

—Me gusta este juego —respondo alzando un poco la mirada, con la esperanza de no haberla ofendido.

Parece que no. Esboza una sonrisa igual de amplia que la de Adam.



DIECISIETE

ADAM

El viernes, en vez de tomar la ruta normal para llegar al despacho de Whitlock, me desvíó. Recorremos el pasillo de arriba, volvemos a bajar, subimos y bajamos de nuevo siguiendo el camino más ridículo y complicado que se pueda imaginar.

Durante todo el paseo espero a que Julian me pregunte por qué. No estoy seguro de qué responder, porque está más claro que el agua que no voy a contarle que ahora me dan créditos por ser su amigo. En realidad fue bonito que la doctora Whitlock me pidiera que me dedicara a pasear y hablar con él en el transcurso de la hora. Bueno, salvo por la parte en la que se supone que tengo que informarla sobre cualquier cosa que me parezca «preocupante». Lo que, obviamente, no haré. Pero, por otro lado, la parte en la que quiere que seamos amigos —aunque sea amigos asignados— es bonita.

Después de unos treinta minutos de dar vueltas por el instituto, llegamos al patio.

—Huele como si alguien quemara hojas —comento. Julian se estremece, aunque no hace tanto frío—. Me encanta ese olor. Me dan ganas de tallar una calabaza de Halloween o algo así.

—¿Adam? —me dice mientras se sostiene el brazo de esa forma tan curiosa suya, como si le doliera el hombro.

—¿Sí?

—No quiero meterme en líos.

—¿Por?

—Por no llevarme al despacho de la doctora. —Por fin—. No quiero que te despidan.

Me echo a reír.

—Qué gracia tienes. —Miro la pared de ladrillo y siento curiosidad por saber si podría hacer la acrobacia esa de correr por la pared y dar una voltereta hacia atrás—. No me voy a meter en un lío; me ha dicho que podemos pasar el rato juntos, sin más. —Doy un salto y acabo cayéndome de culo—. Ay. —Me quedo tumbado mientras Julian se sienta con cuidado en el banco de madera—. ¿Qué vas a hacer después?

—¿A qué te refieres?

—A esta noche, a este fin de semana.

—No estoy seguro. ¿Qué vas a hacer tú? —me pregunta con cautela, de la misma manera que lo haría un niño que acaba de aprender a decir las frases correctas, como «por favor» y «gracias».

—Voy a un concierto. ¿Te gustan?

—Nunca fuimos a ninguno. —Julian no habla apenas de sus padres, pero, cuando lo hace, es así: si algo no había sucedido cuando ellos estaban vivos, nunca lo hará—. A mi...

Al cabo de un rato, me doy cuenta de que no va a terminar la frase, así que lo animo:

—¿Sí?

—A mi madre le encantaba la música.

—Lo sé.

—Sabía tocar todos los instrumentos. Era capaz de cantar cualquier cosa. Pero no íbamos a conciertos. No sé por qué.

—¿Quieres venir esta noche?

—No tengo entrada.

—Te la puedo conseguir. —Eso creo, al menos—. Te puedo mandar un mensaje en cuanto la tenga.

—No tengo móvil.

—¿En serio? Todo el mundo tiene móvil. —Parece avergonzado—. Da igual. Tú ve a mi casa a las seis.

Primero tendré que preparar a mi madre. Julian llevaba ocho meses con nosotros cuando de repente un trabajador social se lo llevó. Resultó que tenía una especie de pariente, un padrino o un tío político. Mi madre y yo creíamos que podríamos visitarlo, pero después recibimos un mensaje de la mujer que llevaba su caso: el tío decía que Julian tenía que adaptarse a su nuevo hogar y creía que vernos sería «perjudicial» para el proceso. Recuerdo que mi madre dobló con cuidado la carta antes de guardarla en un cajón con todo el cuidado del mundo, como si fuera el mismo Julian. Perderlo —para mi madre, para mí— fue como morir.

—Entonces, ¿te vienes? —insisto.

Él sonríe, una sonrisa amplia y feliz, como la de un niño que está a punto de soplar las velas de su tarta de cumpleaños.

—Sí.



DIECIOCHO

JULIAN

Por primera vez en cuatro años, estoy de pie frente al porche de Adam.

Pero no consigo llamar a la puerta.

Tengo una sensación extraña que me recuerda a estar mareado, igual que cuando mi madre y yo fuimos de excursión y tuve que cruzar aquel alto puente colgante. Recuerdo estar justo al borde y lo que sentí al asomarme: era aterrador e increíble, todo al mismo tiempo.

Respiro hondo y llamo.

Un instante después, Adam abre la puerta y dice:

—Hola, entra.

La casa está tal y como la recordaba: amarilla, abarrotada y viva, como una corriente eléctrica.

—Ya casi estoy —añade mientras sale corriendo hacia donde sé que se encontraba nuestro dormitorio.

Todavía hay una tonelada de fotos de Adam por todas partes: de bebé metido en una bañera y con barba de espuma; sosteniendo con orgullo una calabaza mal tallada; en una fiesta de patines con un montón de críos más, con cinco o seis años.

Me acerco más a una con un marco negro: soy yo. Tengo nueve años y sonrío de pie en aquella caja de madera que usaba a modo de escenario. Examino la pared repleta de fotografías y vuelvo a encontrar mi cara. En una foto, Adam me lleva a la espalda. En otra, lo cojo de la mano.

—Oye —me dice cuando aparece detrás de mí—, ¿estás listo?

Asiento e intento sonreír, aunque es probable que me salga una mueca.

No parece darse cuenta y me pide que lo siga. Lo hago, a través de las puertas batientes. De pie en el centro de la cocina amarillo chillón, con un rodillo apoyado en una montaña de masa, está Catherine, su madre. Es guapa, justo como la recordaba, y siento un dolor específico: el mismo dolor que me oprime el corazón cuando abro el baúl. De repente se me ocurre que debería haberme arreglado más, como cuando vas a la iglesia, en vez de llevar estos vaqueros demasiado cortos y esta camiseta demasiado pequeña con agujeros en las axilas y el cuello.

Ella sale de detrás de la isleta y extiende ambas manos en algo similar a un abrazo, aunque después mira a Adam y baja los brazos.

—¿Cómo estás, Julian?

Pronuncia mi nombre con una entonación especial, la misma que usa la gente para decir «cielo» o «corazón».

—Bien.

No parece correcto ofrecerle una respuesta automática como «bien», pero es lo único que me sale. Nadie llena el silencio, así que resulta incómodo hasta que oigo unos graves que retumban con fuerza en la calle, tanto que tintinean las cacerolas y sartenes de cobre que cuelgan de la pared.

—Parece que ya ha llegado Camila —dice Adam. Catherine le sonrío, resplandeciente y encantada, como si mereciera la pena escuchar cada palabra que sale por su boca—. Tengo que irme, mamá —añade antes de besarla en la sien.

—¿Julian? —dice ella mientras estira una mano, a punto de tocarme el hombro, pero sin llegar a hacerlo—. Eres bienvenido en esta casa siempre que quieras.

Asiento y sigo a Adam de vuelta por las puertas batientes amarillas. Desde la ventana de la sala de estar veo coches cargados de chicos mayores que desembarcan y se desparraman por el césped. Entonces es cuando me doy cuenta de que Adam y yo no vamos solos al concierto.

Mientras él se pone la chaqueta, salgo corriendo por la puerta de atrás y enciendo la luz que se activa con el detector de movimiento.

Adam me sigue.

—Oye, ¿adónde vas?

—Lo siento, creo que no puedo ir. Gracias por invitarme.

Cuando doy otro paso, él pega un salto para bloquearme la salida.

—¿Por qué? —Sigue mi mirada, que se dirige a todos los desconocidos que llenan la casa—. Mis amigos son buena gente.

Y ese es el problema. Son buena gente, y yo soy yo y no sabré qué decir, y él no tardará en darse cuenta.

—Venga, que te presento.

La frase suena aterradora y me arrepiento de haber venido.

Es tan incómodo como me imaginaba. No porque no sean agradables, sino porque no sé qué decir. Me enfado conmigo mismo porque se me dan fatal las cosas que los demás son capaces de hacer sin problemas.

Después de un viaje largo e incómodo en el coche de una chica que se llama Camila, todos sacan unas mantas y se suman a los miles de personas que se reúnen alrededor de un campo gigantesco. Todavía estoy un poco mareado del coche y la música alta me da dolor de cabeza. Adam y sus amigos hablan, ríen y se tiran unos encima de otros como cachorritos o niños pequeños. Me resulta incómodo observar a unas personas que se conocen tan bien. Me siento

un intruso en la cena de Acción de Gracias de unos desconocidos.

Es peor todavía cuando Adam desaparece entre la gente.

Unos minutos después, alguien pregunta dónde está. El chico rubio y alto, que se llama Charlie, responde:

—¿Tú qué crees? Corriendo de un lado a otro del campo.

Todos asienten como si supieran a qué se refiere. Charlie me ve mirándolos y frunce el ceño. No le gusta, lo que no me sorprende, aunque no por ello escuece menos.

Me quedo sentado en la hierba y me llevo las piernas a la barbilla para intentar entrar en calor mientras todos los demás se sientan en las mantas y charlan. Al cabo de un rato vuelve Adam y me saluda, aunque después sale corriendo otra vez, sonriendo, charlando y saltando.

Al oscurecer, la temperatura baja. Acabo con tanto frío que empiezo a tiritar.

Me sobresalto cuando una figura envuelta en una manta se sienta a mi lado. Está oscuro; quizá no sepa que yo estaba aquí cuando decidió sentarse. Ahora que se fija, se querrá ir.

Pero no lo hace, sino que me mira y dice:

—Hace mucho que no te veo.

—¿No? Quiero decir... ¿Te acuerdas de mí?

Cuando vivía con Adam, a veces venía Emerald de visita. Siempre llevaba un vestido y era preciosa, igual que un ángel o la madre de alguien. Recuerdo pasear por la orilla de un lago de aguas verde azulado y a ella comentando algo sobre el color de mis ojos, que era el mismo. Recuerdo que, siempre que me cansaba, Adam se arrodillaba para que pudiera subirme a su espalda y que, cuando me reponía, caminaba entre ellos, de la mano.

—Por supuesto que me acuerdo de ti. Para nosotros eras el hermano pequeño de Adam.

Una especie de inquietud le pasa volando por la cara. Debo de haber dicho o hecho algo, aunque no sé el qué. Seguimos sentados sin hablar, y supongo que se marchará para unirse a los otros.

Sin embargo, en lugar de hacerlo, sonrío y añado:

—Me alegro de que estés aquí.



DIECINUEVE

JULIAN

Tras el concierto, el sábado y el domingo son silenciosos.

El lunes es igual que todos los demás lunes. Como si estuviera sentado en el fondo de una piscina y escuchara desde debajo del agua a la gente que vive arriba.

El martes veo a Adam y, después de tanto ahogarme en silencio, puedo respirar. No obstante, después de unas cuantas vueltas alrededor del instituto y unos minutos en el patio, se acaba.

A continuación hay un largo miércoles invisible y un jueves aún más largo.

En plena noche, entre el jueves y el viernes, me despierto y me encuentro con una silueta oscura en mi puerta. A veces, cuando tengo miedo, creo ver cosas que en realidad no existen.

Busco mi linterna, la enciendo y pregunto:

—¿Russell?

No hay respuesta.

Pero sí que es Russell, con la mirada cargada de una emoción que no sé nombrar. Nos miramos un momento, sin hablar, hasta que da media vuelta y se aleja.

Ahora es viernes y recorro de nuevo los pasillos con Adam. Está rebosante de energía y sonrío a los profesores tristes mientras el nudo de mi estómago se tensa más con cada paso que damos. Necesito que esto continúe. Necesito seguir dando vueltas al instituto. Temo que acabe y me da vergüenza temerlo.

Adam me mira y me quita de la mano el papel arrugado. Los dos hacemos una mueca cuando ve mi nota. Intento quitarle el trabajo sin ponerle muchas ganas, pero él sigue caminando, lo que no parece la mejor de las ideas teniendo en cuenta que suele tropezarse incluso cuando no está leyendo y andando a la vez.

—¿En Ciencias escribís trabajos? —inquire.

Asiento.

—Qué raro. —Le da la vuelta a la hoja y se detiene—. Bueno, esto es mala leche pura y dura. —Supongo que acaba de encontrar los comentarios de la señorita West al final—. Creía que no podían quitarte puntos por las faltas de ortografía.

—¿Por qué?

—Porque tienes dislexia. ¿No se supone que te dan..., cómo se dice..., facilidades?

—No. Creo que no. Ya no tengo dislexia.

Me devuelve el papel mientras me lanza una mirada suspicaz.

—¿No tienes clases de apoyo a la lectura ni nada?

—No.

—A lo mejor la doctora Whitlock puede hacerte alguna prueba.

—Creo que ya no la tengo.

El único problema es que no soy listo.

—Bueno, pero si la tuvieras, es algo que se puede arreglar. Hay ejercicios, gránulos homeopáticos...

—¿Gránulos?

—Sí, hay remedios para todo. Así me libré de la medicación para el TDAH.

Sigo a Adam cuando sale volando al patio. Una vez que estamos fuera, se convierte en un perro sin correa. Me siento en el banco mientras él le da una patada a una pila de hojas y después se zambulle en ellas. Se quita la sudadera roja y la usa de almohada. Tumbado bocarriba, se pone mi trabajo frente a la cara y vuelve a leerlo.

—Es bueno, ¿sabes? —dice al cabo de un par de minutos—. Siempre se te ha dado bien escribir... Deja de negar con la cabeza, es la verdad. A veces la gente se impacienta demasiado. Tu profesora no es capaz de entender tu letra y tú no sabes escribir sin faltas, así que se rindió. Pero eso no significa que no seas bueno.

Lo miro con atención para intentar descifrar lo que piensa. Parece que habla en serio. Evoco mi baúl lleno de historias y el corazón se me acelera. Quizás alguien pueda leerlas. Quizás a alguien le gusten.

—La gente se impacienta mucho, ¿sabes?

Asiento. Lo sé.

—Cuando era más pequeño, mi TDAH estaba descontrolado. A mis maestros los volvía locos del todo. No es que intentara molestar a nadie, sino que me resultaba físicamente imposible quedarme sentado y trabajar. En sexto iba a suspender todas las asignaturas (en serio, todas), así que mi madre me llevó a un médico y me pusieron en tratamiento.

»Funcionó, más o menos. Me refiero a que era capaz de sentarme en mi sitio sin volverme loco y guardaba silencio, así que mis maestros estaban contentos. Y entonces me puse enfermo, tanto que tuvieron que ingresarme en el hospital. No dejaba de vomitar. No podía dormir. Estaba perdiendo peso.

No quiero imaginármelo enfermo.

—Al final, mi médico dijo que todo era efecto secundario de la

medicación. Le explicó a mi madre que podía cambiármela, pero ella no quiso, ni loca. Fue entonces cuando se empezó a interesar por la nutrición y la homeopatía. Habría hecho cualquier cosa por asegurarse de que yo estuviera bien.

—¿Y lo estás?

—Sí. Me siento genial.

—¿Y ahora apruebas tus asignaturas?

—Con sobresalientes y notables.

—Pero no... —Levanta la vista para esperar a que acabe—. ¿Ya no tienes TDAH?

—No lo sé. Quizá sí. Pero saco buenas notas, puedo funcionar y soy feliz.

—Eso está bien, Adam. No me gustaría que no fueses feliz.

Entonces levanta los hombros del suelo y esboza una sonrisa que no soy capaz de descifrar; después sale de entre las hojas y me devuelve el trabajo. Está incluso más arrugado que antes y manchado de tierra.

—La próxima vez que tengas que entregar algo, me lo dices. Puedo revisártelo o lo que sea.

Asiento, aunque sé que no lo haré. Si está siendo lo bastante amable para ofrecerse, yo debería ser lo bastante amable para no tomarle la palabra. Sopla algo de viento, pero en vez de volver a ponerse la sudadera, se coloca la capucha en la cabeza. Mientras camina, se le infla como si fuera una capa.



VEINTE

ADAM

Es el último día de noviembre y hace tanto frío que ni me molesto en quitarme las capas de interior siberiano cuando voy en busca de la furgoneta al salir de clase. Estoy a punto de meterme dentro cuando me doy cuenta de que Julian está inmóvil en lo alto de los escalones de atrás.

—¡Eh! ¡Julian! —le grito.

Levanta la mirada como si acabara de salir de un trance. Lo llamo con la mano y él se acerca despacio.

—¿Has perdido el autobús?

Pone esa cara sospechosa que le sale a veces, como si intentara inventarse una historia.

—Sí.

—Sube, te llevo.

—No pasa nada, no hace falta. No estoy lejos.

—¿Dónde vives?

—Wicker Street. Junto a la torre de agua.

—Eso son más de quince kilómetros. Sube.

—No, de verdad, es...

—Julian, mete el culo en el coche.

Se sube a toda prisa al asiento delantero y mira a su alrededor, maravillado.

—Es una nave espacial.

Me estoy riendo cuando Charlie abre de golpe la puerta del copiloto y ordena:

—Atrás.

Por un momento pienso en protestar, pero Julian ya se está bajando. En cuanto Allison, Jesse, Camila y Emerald se suben a su lado, salgo a toda prisa del aparcamiento y todos nos ponemos a hablar de la fiesta de cumpleaños que va a celebrar Emerald mañana en su casa.

—¿Y quién viene exactamente? —quiere saber Camila.

—Bueno, pues nosotros, claro —responde ella—. Y Kerry, Mason y ese grupo, y...

—Espera, ¿los del teatro? —se burla Camila.

—Cuidado, Camila —la avisa Charlie entre risas—. Adam estuvo a punto de ser uno de ellos.

—Sí, quizá si no fuera tan vago.

Miro por el retrovisor y veo de reojo a Julian, que está muy pálido, y, mierda, no es que se me haya olvidado su fobia a los coches, pero supongo que creía que la había superado.

—Julian, ¿quieres venir? —le pregunta Emerald.

El chico no responde y la furgó guarda silencio.

Vuelvo a mirar por el espejo y veo que Allison lo observa con cara de preocupación maternal, la misma que puso cuando me torcí el tobillo.

Por fin oigo una vocecita que responde:

—Sí.

Las chicas susurran algo en plan de que es muy «mono», lo que

probablemente lo esté matando de vergüenza. Por suerte para él —aunque para nadie más—, Jesse enchufa su móvil al coche y los altavoces empiezan a sacudirse con los chillidos de una guitarra.

Cuando llegamos a la calle de Julian, me alegra tener una excusa para bajar el volumen.

—¿Cuál es? —pregunto.

—La quinta de la derecha.

—¿Esta? —digo, sorprendido.

—Sí.

—Vaya. Es muy bonita.

Es una enorme casa de piedra blanca de dos plantas y dos largas filas de ventanas cuadradas, además de unos altos picos a ambos lados que parecen torres. Es bonita, aunque también rara. Cabría esperar que el dueño de una casa como esa fuera capaz de permitirse comprarle a un crío un móvil y ropa de su talla.



VEINTIUNO

JULIAN

El frío sabor metálico del invierno está en el aire, ese sabor que te enciende los sentidos y te saca del letargo. Pedaleo con mi bicicleta más deprisa, patinando sobre las zonas heladas. A veces siento la tentación de ir con la bici al instituto, pero sé que la gente se burlaría porque es demasiado pequeña, y eso me mataría. Mi padre me la regaló.

Muy despierto y aterido, llamo a la puerta de Adam con una cajita envuelta en papel rosa. Él me deja entrar, y nos metemos en la sala de estar, donde Emerald, Camila y Allison están hablando.

—¿Me has traído un regalo? —se asombra Emerald.

—Es tu cumpleaños.

Esboza una sonrisa amable mientras quita con cuidado la cinta adhesiva. Todos están observando y me da vergüenza. Creía que el mío no sería más que un regalo entre otros cien. Parece feliz y ansiosa, y eso me pone todavía más nervioso porque no es un gran regalo.

—¡Me encanta! —exclama al ver la mariposa de cerámica—. ¿Cómo lo has sabido? —No sé bien a qué se refiere—. Gracias, Julian.

Alguien enciende la música, y después las tres chicas nos obligan a Adam y

a mí a sentarnos. A continuación desaparecen por el pasillo y regresan vestidas de otra forma.

—Tomad nota mental —ordena Camila—. Decidnos qué ropa es más sexy.

Tras unas cuantas vueltas, salen corriendo de nuevo a cambiarse.

—Es como si estuvieran drogadas —se ríe Adam.

Catherine entra en la sala de estar mientras las chicas están vistiéndose. Sonríe al verme y me da una galleta que sabe a hierba recién cortada.

Las chicas vuelven y exigen opiniones. No recuerdo qué llevaban puesto hace unos minutos, así que tengo que mentir. Tras cuatro cambios de ropa, se sientan en el sofá amarillo de Adam y me miran.

—Julian —empieza Emerald con delicadeza—, tenemos que hablar de tu vestimenta. —Miro a Adam y veo que me observa con compasión, aunque también se divierte—. Por ejemplo, este... conjunto.

Noto un picor embarazoso en los ojos. De verdad que he intentado vestirme bien para su fiesta. Incluso me colé en el dormitorio de Russell para tomar prestada una de sus camisas de botones.

—Estás bien así —me dice Adam mientras sacude la cabeza en dirección a Emerald.

Camila se levanta de un salto.

—¡Te vamos a llevar de compras!

Se me forma un nudo en el estómago. Lo de salir a comprar ropa es imposible, pero tampoco les puedo decir eso.

—Esto me entra, así que...

—No aceptamos un no por respuesta —me interrumpe, y empiezan a examinarme de arriba abajo.

—Señoras —interviene Adam—, lo estáis asustando. —Se vuelve hacia mí—. Es probable que tenga ropa vieja que te quede bien, si la quieres.

—¡Vamos a verla! —exclama Allison, y todas salen volando por el pasillo

hacia el dormitorio de Adam.

—¿Ahora? —les pregunta él desde la sala.

—Es mi cumpleaños —le contesta Emerald—. Julian, ven aquí.

Adam me dedica otra sonrisa compasiva y se encoge de hombros.

—Es su cumpleaños.

Cuando entro en su cuarto, están sacando cosas de su armario. El dormitorio es distinto a lo que recordaba. En lugar de dos camas individuales hay una grande, y casi todos sus muñecos de superhéroes y pósteres han desaparecido. Pero el acuario, ahora vacío, sigue aquí. Cuando vivía en esta casa, Catherine me contó una historia en la que Elian conoce a una mimada chica alienígena y ella le enseña su enorme habitación. A lo largo de una pared entera, la chica tenía una cortina roja desde el suelo hasta el techo, pero cuando la retiraba, en vez de cielo había una criatura del tamaño de una ballena... nadando. No era una ventana, sino un acuario gigantesco. Me encantaba aquella escena. Quería un dormitorio igual, así que Catherine compró ese acuario para mí.

—Ven aquí —ordena Camila, y se turnan para sostener camisas delante de mí.

—Parece que esta le queda bien —dice Emerald.

—No entiendo por qué tantos tíos quieren llevar camisas que parecen camisones —añade Allison.

Camila la saca de la percha y la empuja contra mi pecho.

—Pruébatela —me ordena, y se queda ahí mismo, esperando que me cambie delante de ellas.

Siento una oleada de pánico.

—Pero...

—Ya hemos visto pezones —comenta mientras me guiña un ojo.

—Pero no los suyos —dice Adam, que acaba de entrar.

Aparta una fila de perchas, agarra unos vaqueros oscuros del fondo y me los pasa.

—Desalojad, señoras, que no es un *stripper*.

—¡Emerald! —exclama Camila mientras pega un salto de medio metro—. ¡Tenemos que contratar a un *stripper*!

Las chicas se ríen mientras Adam las echa del dormitorio. En cuanto cierra la puerta, me cambio a toda prisa. Tanto la camisa como los vaqueros me sirven. No recuerdo la última vez que llevé algo de mi talla.

Abro la puerta, sorprendido de ver a todos esperándome al otro lado. Las tres chicas estallan en aplausos y me ordenan dar una vuelta completa. Adam se ríe y se encoge de hombros, así que lo hago.

Cuando todas vuelven a aplaudir, mi boca sufre un espasmo que se convierte en sonrisa.

—¿Va a haber un mago? —pregunto.

La última fiesta de cumpleaños a la que fui tenía un mago.

Adam niega con la cabeza y sonrío como si hubiera dicho algo divertido. Echo un vistazo al salón de Emerald: no parece una fiesta. No hay ni globos ni serpentinas ni piñata ni nada.

Adam y yo nos sentamos en uno de los largos sofás, y la casa no tarda en llenarse de chicos de último curso. Reconozco a unos cuantos del concierto, aunque no a la mayoría.

Algunas chicas entran por la puerta cargadas de paquetes de cuatro botellines de cristal rosa. A su lado, un grupo de chicos lleva enormes cajas de cerveza, y todos los vitorean y les dan dinero.

—No tengo dinero —susurro.

—No pasa nada —responde Adam—. Yo pago.

Sin embargo, parece incómodo, como si en realidad no quisiera hacerlo.

Esa expresión se intensifica cuando cojo una de las latas. Sólo necesito un trago para saber que está asquerosa. No quiero más, pero me parece feo no terminármela cuando me la va a pagar él.

Camila me mira con atención, como si supiera en qué estoy pensando.

—¿Asquerosa?

—No, está buena —miento.

—Toma esto, es mucho mejor. —Y me pasa su botella rosa. Está manchada de pintalabios y eso me da un poco de asco, pero no quiero ofenderla, así le doy un pequeño trago.

Tiene razón: es mucho mejor, parecido a un Tang con burbujas.

—Está bueno. —Me saca otra botella de su contenedor de cartón—. Te lo pago otro día —le digo a Adam, aunque no tengo ni idea de cómo voy a hacerlo, ya que me gasté todos mis ahorros en el regalo de Emerald.

—En realidad, esa cosa tiene más alcohol que la cerveza —me dice lo bastante alto como para que lo oiga por encima de la música que alguien acaba de subir.

—¿Ah, sí?

—Sí. Sería mejor que te limitaras a la cerveza que te has tomado —sugiere mientras me quita la botella sin abrir y se la devuelve a Camila.

—¿Puedo tomar un refresco?

Estoy viendo unas cuantas botellas de litro que unos chicos se sirven en vasos de plástico rojo.

Camila se echa a reír.

—Deja de hacer de niñera, Adam.

—Es que sólo tiene catorce años.

—Casi quince.

—Cumple años en julio —dice, riéndose.

Camila parece perder interés en la conversación y se aleja.

Adam me sirve un vaso de refresco y me lo pasa antes de largarse también, mezclándose con los distintos grupos de gente. Ojalá contara con su habilidad para hablar así con los demás. Hablar es un talento; es probable que no se dé cuenta, pero lo es.

Observo a la multitud que va y viene a mi alrededor. Hay un grupo de chicas bailando. En una esquina, un chico y una chica se besan. En otra, unos se pasan una pipa roja parecida a la que tenía cuando era pequeño para hacer pompas. Veo a Adam. Le da una calada a la pipa, la pasa y desaparece en otro grupo.

Transcurren los minutos y sigo sentado en el sofá bebiendo mi refresco; estoy tan incómodo que me gustaría marcharme, aunque me siento tan solo que no puedo.

Estoy terminando mi tercer vaso cuando, de pronto, todos se meten en la sala de estar y se apretujan en los sofás o se sientan en el suelo. Discuten durante un minuto sobre a quién le toca, y al final gana Camila.

Todos guardan silencio en el cuarto, tensos, mientras ella mira a su alrededor. Después dice con una sonrisa:

—Charlie. —Allison está sentada en su regazo y le da unas palmaditas en la espalda cuando la otra chica anuncia su nombre—. Vale, vamos a ver... Quítate la camiseta y después... —Charlie se lleva los puños al dobladillo de la camiseta y se la quita por la cabeza incluso antes de que termine de hablar, con cara de sentirse muy satisfecho de sí mismo—. Después quítale la camiseta a Adam y...

La sonrisa del rubio se transforma en un ceño fruncido.

—Ni de coña.

—Venga, Charlie —interviene Adam, que le guiña el ojo exagerando mucho—. Trae para acá esos abdominales tan sexis.

—Que no, coño.

Pero todo el mundo empieza a llamarlo aburrido y a decirle que tiene que hacerlo, así que, al final, le quita la camiseta a Adam y soporta los chillidos y los silbidos mientras apoya las palmas de las manos en el pecho de su amigo, como le han ordenado. Luego, con pinta de estar muy indignado, se pone la camiseta de nuevo y cruza los brazos.

El siguiente reto también incluye cierto grado de desnudez y bochorno, y me doy cuenta de que es cuestión de tiempo que me obliguen a hacer algo horrible o que alguien se vea obligado a hacerme algo horrible.

No quiero quitarme la ropa. No puedo hacerlo. Por otro lado, si me niego, todos se enfadarán conmigo y me dirán que soy un aburrido.

Adam se levanta de un salto del suelo y se sienta a mi lado, en el sofá.

—Julian está bajo mi protección —anuncia en voz alta, lo que me avergüenza un poco—. Puede ser testigo de cómo hacemos el idiota, pero ya está.

Ya que nadie protesta, empiezo a relajarme.

Después de que casi todo el mundo se haya visto obligado a hacer algo espantoso, alguien sube otra vez la música y todos se desperdigán por las esquinas, entre las sombras. Me quedo sentado solo, pensando en ir a por más refresco, cuando Camila se tira en el sofá. El cuello se le balancea como si la cabeza le pesara demasiado. Se me acerca.

—Tienes unos ojos muy bonitos —dice.

—Gracias.

—¿De qué color son?

—No lo sé.

Se deja caer sobre mí, con los brazos flácidos como espaguetis, y me sirve vodka de una botella de cristal gigante.

—Pero Adam...

—... es un mandón —concluye por mí mientras hace pucheros con el labio

inferior—. Y no es tu padre. No tienes que hacerle caso.

Le da unos golpecitos al borde de mi vaso con una de sus largas uñas rojas, así que bebo un buen trago y toso.

—Me gusta más lo otro.

—Esto te ayudará. —Coge la botella de refresco y me echa un poco en el vaso. Le doy un trago—. ¿Mejor?

Asiento. Es mejor, aunque sigue sin estar bueno. Sigo tragando hasta que se acaba.

Cuando empieza una canción nueva, todos vitorean como si fuera su favorita. Es rápida, estridente, y la gente se pone a saltar. Camila me agarra por la manga y me arrastra al grupo de cuerpos saltarines. Noto un suave zumbido en las extremidades, y todo va más despacio, más tranquilo.

Bailo tan pegado a los demás que soy anónimo, nada más que otra célula en el cuerpo de figuras en movimiento. Estoy mareado. Estoy aquí. Estoy vivo.

ADAM

Ya son más de las tres de la mañana y todos se han ido. Se suponía que Allison y Charlie me iban a llevar en el coche, pero supongo que se han largado. Aunque estoy buscando a Julian, a quien encuentro es a Emerald, que está medio sentada con los ojos cerrados en ese sofá tan elegante que tienen en la sala de estar formal, en la que no nos dejan entrar. Abre los ojos de golpe cuando tropiezo con la alfombra persa.

Sonríe con cara de cansancio y los hombros caídos, para variar, y no cuadrados como los de un soldado.

—¿Sabes a qué película me recuerdas cada vez que entras en un cuarto? — me pregunta.

—No sé —respondo mientras me dejo caer a su lado—. Hay un millón de pelis en las que el protagonista camina tan sexi como yo, a cámara lenta, así que podría ser...

—*Bambi*.

—¿*Bambi*?

—¿Recuerdas esa escena del primer invierno de *Bambi*, cuando resbala en el hielo?

—Qué mala eres —digo cuando se echa a reír. Después se apoya en mi hombro y su peso me agrada, como si este fuera el lugar preciso en el que debería estar su cabeza.

—Y con tus ojos, tus pestañas y tus pómulos, es aún más perfecto.

—¿Tengo pómulos de *Bambi*? ¿Y qué quiere decir eso?

—Ya sabes..., una cara angulosa. Pómulos altos. Y tienes unos enormes ojos de *Bambi*.

—Eso es estupendo, Emerald. Lo que todo chico desea oír. —Se ríe otra vez—. Bueno, ya tienes oficialmente dieciocho años. ¿Te sientes distinta?

—Ya lo averiguarás dentro de nada.

—No quiero esperar tres semanas más. Dime.

—No —responde y suspira, todavía con la cabeza apoyada en mi hombro—. No me siento distinta. —Se desliza un poco por el sofá para apoyar la oreja en mi pecho—. Cuando era pequeña, creía que sí. ¿Tú no? Cuando eras pequeño, ¿no pensabas que de adulto serías más listo? ¿Y más fuerte?

—No lo sé.

—Yo sí. Pensaba en eso todo el tiempo. Que en cuanto cumpliera los dieciocho me mudaría y sería una de esas mujeres fuertes e independientes que nunca lloran.

—Ya eres una de esas personas que nunca lloran.

En fin, ni siquiera lloró cuando ganó el concurso de ortografía hace años, y

Amy Flowers se puso celosa y le echó su leche encima. Si no fuera por aquellas manchas rojas que le salieron en el cuello, ni siquiera me habría dado cuenta de que estaba molesta.

—Sí que lloro. Puede que una vez por semana.

—¿En serio?

—Bueno, no delante de la gente, pero sí. ¿Por qué te sorprende tanto? Todo el mundo llora, Adam.

—Yo no. —Me mira y sonrío igual que cuando le dije que me había peleado con Marcus—. No intento ser un tío duro, es que no lloro. Mi madre me dijo que ni siquiera lo hacía de bebé, que siempre estaba contento.

Ella vuelve a agachar la cabeza y noto su risa contra el pecho.

—No me extraña nada.

—Bueno, ¿y qué te ha regalado tu madre?

—Todavía no lo sé. No la veré hasta mañana, está con su novio.

—¿En serio? Mi madre se volvería loca si no pudiera verme el día de mi cumpleaños.

—No pasa nada. La gente que más quiero estaba aquí.

—Bueno, salvo Brett, ¿no? —Al parecer tenía una prueba de vuelo de la que no podía librarse—. Es un rollo que no haya venido.

—Sí... No sé. Vale que no es una relación a muy larga distancia, pero a veces no estoy segura de que merezca la pena.

Si yo estuviera con una chica tan guapa, inteligente y asombrosa, una hora de coche no sería nada.

—Si alguien te importa de verdad, merece la pena.

Se aparta de mí y vuelve a recostar la espalda en el sofá.

—Supongo que debería irme —digo—. Le prometí a mi madre que estaría en casa a las dos, y ya llego una hora tarde. Ni siquiera puedo llamarla porque he perdido otra vez el puñetero móvil. —Me levanto de un salto—. ¿Has visto

a Julian?

Abro la puerta corredera de cristal del salón, me subo la cremallera del abrigo para protegerme del frío y, por fin, lo encuentro fuera, en la cama elástica.

—¿Vas a saltar o te vas a quedar ahí tumbado? —inquiero mientras subo y salto un par de veces. Se empieza a reír de tal forma que me queda claro que está borracho—. Oye, creía haberte dicho... —Me mira con esos gigantescos ojos de ratoncito preocupado—. Olvídalo.

Emerald sale al patio envuelta en una gruesa manta gris y se sienta a nuestro lado. Yo muevo los labios para avisarle en silencio de que está borracho. Ella se ríe.

—Julian —le digo, y le doy un codazo—. Hora de irse.

Empieza a tararear, pero, por lo demás, no me hace ni caso.

—Puedo acompañaros andando a casa —propone Emerald.

—¿Acompañarnos?

—Hace una noche bonita.

—Está nevando.

—No quiero que mi cumpleaños se acabe ya.

Se le han soltado unos mechones de pelo y le caen sobre los ojos. Quiero tocarlos, volver a ponerlos en su sitio.

—Vale. —Bajo de un salto al suelo y le doy la mano—. Acompáñanos a casa.

Empujo con el pie el zapato de Julian.

—Julian —lo llamo, y él parpadea—. Vamos.

Por una vez no se aparta cuando me acerco demasiado, no parece importarle que Emerald y yo lo sujetemos por los brazos para mantenerlo derecho. No tardamos en empezar a deslizarnos acera abajo los tres juntos.

—Deberías llevarlo en brazos —me sugiere Emerald cuando Julian

tropieza por tercera vez.

—No —masculla el chico—, quiero andar.

—Ya lo has oído —digo.

Vuelve a tropezar, consigue que yo pierda el equilibrio, y los pies me resbalan y se abren... de la misma forma que a Bambi sobre hielo. Consigo juntarlos mientras Emerald se ríe, un sonido musical como una campanilla. Del brazo y tropezando sobre el hielo iluminado por la luna, siento una alegría tan salvaje que las piernas se me llenan de energía y sólo quiero correr.

—¿Lo ves? —susurra Julian.

—¿El qué?

—Mi aliento —responde mientras deja escapar el aire. Una nubecilla se forma frente a su cara—. ¿Lo ves?

—Lo veo.

—Soy real.

—Sí, eres real.

Entramos de puntillas en mi casa y, llegados a este punto, ya tenemos que arrastrar a Julian hasta mi cama. Cae de espaldas y empieza a tararear de nuevo mientras le quito las deportivas resquebrajadas. Emerald lo mira con afecto, risueña. Julian y ella tienen las mejillas sonrosadas por la nieve y el pelo mojado.

—Espera —dice Julian con unos ojos que no son más que rendijas soñolientas cuando le echo encima una manta—, no me lo has preguntado.

—¿El qué?

—Cuántas. No me has preguntado cuántas.

—Vale, ¿cuántas?

Él sonrío y cierra los ojos.

—Diez... mil... estrellas.



VEINTIDÓS

JULIAN

Me despierto sobresaltado, todavía vestido con la ropa de Adam. Me duele la cabeza y la noto un poco embotada, pero intento despejarme. Russell. Si fue a casa anoche...

Y si sabe que yo no...

Encuentro mis deportivas en el suelo, me las pongo lo más deprisa que puedo y salgo corriendo al pasillo.

Oigo el agua de la ducha. Seguramente será Adam, aunque no hay tiempo para esperarlo, tengo que irme ya.

Salto sobre mi bicicleta con una desagradable sensación invernal en el estómago mientras pedaleo. Resbalo en el hielo y la bici se balancea. Me inclino a un lado, pero, de algún modo, consigo enderezarme y pedalear aún más deprisa. Los pulmones me empiezan a arder porque estoy respirando demasiado aire helado.

Cuando llego a casa, sudo a pesar del frío. El coche de Russell no está en la entrada. Siento una alivio momentáneo, aunque después vuelve el miedo: eso no significa que no regresara a casa. Quizá lo sepa. Y si lo sabe...

«Piensa en cosas bonitas».

Aparco la bicicleta en el garaje y me voy a mi dormitorio; el silencio rebota en todas las paredes y todavía llevo en los pulmones el aire gélido de la carrera. Me pongo una camiseta limpia y pantalones de chándal, aunque estoy demasiado nervioso para hacer algo que no sea sentarme en el centro de la cama. Después, poco a poco, se me relajan los músculos y me consigo tumbar de espaldas hasta que la luz empieza a cambiar.

La idea del crepúsculo dispara nuevos nervios. No recuerdo mucho de lo sucedido anoche después de que Camila me sirviera vodka en el vaso, aunque sí recuerdo dormir profundamente.

Ojalá Adam pudiera quedarse a dormir.

U ojalá pudiera dormir otra vez en su casa.

Pero sé que ninguna de las dos opciones es posible.

Salgo de la cama; estoy lo bastante tranquilo como para abrir mi baúl y sacar un libro de Elian Mariner. La reluciente cubierta está manchada y agrietada de tanto sobarlo. Tiene una línea blanca justo en el centro de la gente lila, que son extraterrestres de piel lila y melenas etéreas, altos, delgados y andróginos como las flores del mismo nombre, que podrían escapar de su planeta helado si el hombre de sombras (el enorme monstruo de alas de insecto y bocas llenas de dientes en las puntas de los dedos) lo permitiera.

Me siento en la cama y lo abro por la primera página. Empieza igual que todos los libros de Elian Mariner: con sus padres metiéndolo en la cama y apagando la luz. A oscuras se pueden distinguir su cama, sus juguetes y el barco dentro de una botella que hay encima de su cómoda.

Si pasas la página, la botella empieza a sacudirse.

Si la pasas de nuevo, el cristal desaparece.

El barco no tarda en ponerse a brillar y hacerse tan grande que la habitación tiene que ensancharse para que quepa. Aunque parezca mentira, los padres de Elian nunca averiguan lo que sucede, pero no está soñando... Es

magia.

Elian se sube a bordo, y el barco flota como un fantasma hasta atravesar el techo y llegar al espacio exterior. Ve las estrellas y una Tierra diminuta, y es precioso hasta que...

Oigo un ruido.

Alguien abre la puerta de atrás. El estómago empieza a dolerme y noto un zumbido en los oídos. Distingo el tintineo de las llaves de Russell. El ruido de sus pasos en el suelo de madera.

El corazón me late a toda velocidad, tanto que me cuesta oír otra cosa mientras espero a que suba las escaleras o baje por el pasillo.



VEINTITRÉS

ADAM

El lunes voy caminando por el pasillo mientras escribo mensajes de texto cuando veo a mi madre saliendo de las oficinas del instituto. Por un segundo tengo un *flashback* postraumático en el que la recuerdo amenazando al director de mi anterior colegio.

—¿Mamá? —pregunto, y ella pone una cara muy sospechosa, parecida a cuando te pillan haciendo algo malo—. ¿Qué haces aquí?

Se endereza y su expresión se vuelve feroz.

—Reunirme con el señor Pearce.

—Ah... Juro que el de la megafonía no fui yo.

Es posible que el Juego se haya descontrolado un poco durante la primera hora. Por otro lado, Allison no tenía por qué aceptar el atrevimiento sólo porque sea ayudante en el despacho y tenga acceso al sistema de megafonía. Vale, quizá sí, pero...

—¿Qué? —Parece desconcertada—. No, es por Julian.

—¿Por Julian? ¿Qué pasa?

—Quería saber cómo le iba y... ese hombre —dice, refiriéndose a su tío— ha cambiado de número de teléfono... Aunque tampoco es que fuera a

contestar mis llamadas... Y el señor Pearce no quiere hablar conmigo. Por la confidencialidad y todo eso.

Se está cabreando por momentos y ni siquiera se molesta en esbozar una de sus espeluznantes sonrisas falsas.

—Mamá, todo va bien. Necesitas unos gránulos para la ansiedad.

Mi sugerencia tiene el mismo efecto de siempre: primero se ofende un poco. Después dice: «A lo mejor es eso». Y suspira.

—Tengo que volver al trabajo. —Suena el timbre—. Y tú tienes que volver a clase —añade frunciendo el ceño, como si ella no fuera la razón por la que llego tarde.

—Vale. —Me agacho para darle un abrazo—. Te veo en casa.



VEINTICUATRO

JULIAN

—¿Qué es, tu pareja? —masculla Charlie mientras Adam me pasa mis zapatos.

Cuando Adam me propuso ir a jugar a los bolos el sábado, no me di cuenta de que él también iría. Ha pasado una semana del cumpleaños de Emerald, y Adam me ha estado llevando a casa en coche casi todos los días. Jesse, Allison y los demás me hablan, pero creo que Charlie me odia.

Finjo no darme cuenta de su enfado y le digo a Adam:

—Puedo pagártelo después.

—No pasa nada, sólo son dos dólares.

Estoy sentado en un banco frente a nuestra pista quitándome las deportivas cuando Charlie me pregunta en voz bien alta:

—¿Te depilas las piernas?

Ahora tanto él como Adam se han quedado mirando la zona de piel visible entre los calcetines y los vaqueros, que me quedan demasiado cortos.

—¿Sí? —respondo.

—¿Por qué? —quiere saber Adam, y no parece que esté de broma.

Pero, por confirmar, le pregunto:

—¿Estás de broma?

—No, lo digo en serio. ¿Por qué te depilas las piernas?

Los dos me miran las pantorrillas con los ojos entornados. Ojalá me hubiera puesto los vaqueros de Adam, aunque estuvieran sucios.

—Porque se supone que tenemos que hacerlo. ¿Vosotros no?

—No —responden al unísono.

—Pero tenéis que hacerlo. Os pondréis enfermos. En el vello corporal se acumulan los gérmenes. No es higiénico.

—¿Quién coño te ha dicho eso? —Charlie me mira como si me hubiera vuelto loco.

—Mi tío.

—¿Russell te dijo que te pondrías enfermo si no te depilabas el vello del cuerpo? —La voz de Adam es más grave; por algún motivo, parece preocupado.

—Pero eso es una estupidez —añade su amigo—. Ya has visto las piernas de otros tíos, ¿no?

Sé que algunos hombres se dejan el vello de las piernas, pero Russell dice que es una costumbre asquerosa y que se van a poner enfermos.

—¿Y en Educación Física? —exige saber Charlie—. ¿No has visto a los otros chicos en el vestuario?

—Nunca he tenido Educación Física.

—¿Nunca? —repite Adam.

—Cuando era muy pequeño, pero hace años que no.

Adam parece receloso.

—Pero es obligatoria.

—No lo sé. Nunca he tenido que ir —insisto.

—De todos modos, estas cosas deberías saberlas —gruñe Charlie—. Todo el mundo asistió a esa clase sobre la pubertad en sexto.

Yo no. Russell no firmó el formulario de consentimiento, así que, cuando

los chicos y las chicas se dividieron para ver el vídeo, a mí me enviaron a la biblioteca.

—Entonces... —digo—, ¿de verdad que no os depiláis?

—De verdad que no —responde Adam—. Los chicos no se depilan las piernas. Salvo los nadadores, porque se supone que así van más deprisa..., cosa que no entiendo. Vamos, ¿cómo te va a frenar el vello de las piernas? Pero no, es algo que sólo hacen las chicas.

—Pero ¿por qué sólo las chicas?

—Porque nadie quiere salir con una chica con las piernas y los sobacos peludos —responde Charlie—. ¡Espera un momento! —Me agarra por la manga—. ¿Quiere eso decir que también te depilas los sobacos?

Me zafo de él.

—Déjalo —dice Adam mientras se sienta entre nosotros en el banco de plástico naranja—. Nuevo tema. ¿Tenemos que pedir las barreras de protección para ti, Charlie, o crees que te las apañarás sin ellas?

—Ya, como si pudieras ganarme a los bolos.

Adam me sonrío como si yo también formara parte de su broma privada, y le devuelvo la sonrisa.



VEINTICINCO

JULIAN

Cuando suena el despertador a las seis de la mañana del lunes, veo el billete de veinte dólares debajo de mi caracola. Atravesado de dolor, camino hasta el baño de mi cuarto entre gemidos, ya que cada movimiento tira de los cortes de las piernas. Las lágrimas que me escuecen en los ojos me recuerdan lo mucho que me puse en evidencia anoche. Russell nunca se enfada cuando lloro, aunque no deja de ser humillante.

Uso el váter, se me pasa por la cabeza meterme en la ducha, pero me duele todo demasiado. Por un momento me quedo frente al espejo de cuerpo entero de la parte trasera de la puerta y contemplo las líneas rojas horizontales que me recorren desde la clavícula hasta la cintura. Nunca antes lo había hecho, nunca por delante. Así es imposible dormir. No puedo tumbarme bocabajo. No puedo tumbarme bocarriba. No obstante, tengo que hacerlo, y duele.

Me vuelvo para mirar las largas rayas rojas que me bajan desde los hombros hasta la parte trasera de las piernas. Unas piernas pálidas y escuchimizadas, y según Adam y Charlie, muy raras porque no tienen vello. Sé que Russell se preocupa por mi salud, pero no quiero seguir depilándome si los demás chicos no lo hacen.

Vuelvo a sentir remordimientos por estar en casa mientras él trabaja. Odio cometer estupideces todo el rato. Odio que se enfade conmigo. Odio que la prueba de cómo se siente siga cubriéndome por todas partes.

Me giro de nuevo para mirarme de frente en el espejo, a los ojos. Cuando estaba en tercero, tuvimos que hacer una tarea que consistía en preparar nuestro árbol genealógico y mi madre me contó que en nuestra familia no había nadie con unos ojos semejantes a los míos. La única persona que conocía de mi familia materna era su hermana, la mujer de Russell, pero murió cuando yo tenía cinco años, así que apenas la recuerdo. Mi madre no hablaba nunca de sus demás parientes. Sabía que había sucedido algo, que había acabado mal con sus padres, pero ella no quería hablar del tema y, en aquel momento, yo tampoco sentía curiosidad.

Mi padre no tenía hermanos. Sus padres ya eran mayores cuando lo tuvieron; decían que era su milagro porque pensaban que ya no podrían tener hijos. No recuerdo a ninguno de los dos; ambos murieron cuando yo era un bebé.

De repente, lo asimilo: mis padres perdieron a sus padres. A pesar de ello, siempre parecían muy felices. ¿Era real? Me los imagino perfectamente mirándose a los ojos, sonrientes. Los ojos de mi madre eran de un azul intenso. Los de mi padre, de un verde desvaído. Los míos son ambas cosas y, a veces, cuando me miro en el espejo, los veo a ellos dos observándome.



VEINTISÉIS

ADAM

—¿Sabes algo de Julian? —me pregunta la doctora Whitlock en cuanto llego a su despacho el miércoles.

—No, pero no tiene ni móvil ni ordenador, así que nunca sé nada de él.

—Hoy tampoco ha venido a clase.

Frunce el ceño; resulta obvio que está preocupada. No le digo que es probable que simplemente esté haciendo novillos..., en fin, ¿es que se le han olvidado las primeras semanas, cuando la esquivaba todo el rato?

—Es el tercer día seguido. He llamado a su casa, pero no he podido hablar con nadie.

Supongo que tres días es raro incluso para él.

—Podría pasarme yo.

—¿Lo harías? —Parece más animada—. Sería de gran ayuda.

—Puedo ir ahora si quiere.

Cualquier cosa es mejor que quedarme sentado en este despacho sin hacer nada. Me doy cuenta de que está a punto de responder que no, por lo que añado a toda prisa:

—Mi siguiente hora es la de la comida, así que no llegaré tarde a clase ni

nada.

—De acuerdo; puedes ir. —Mira a uno y otro lado, y susurra como si le hubieran pinchado la oficina—: Pero no le digas a nadie que te he dado permiso.

—No hay problema, doctora Whitlock.

Todo el mundo se preocupa demasiado.

JULIAN

No hago caso del timbre de la puerta. Siempre es un mensajero de UPS o un comercial, nunca alguien a quien quiera ver. Cuando vuelven a llamar más deprisa y con insistencia, salgo despacio de la cama con una mueca. Camino con cuidado hasta la puerta y me asomo por la mirilla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le suelto al abrir.

—Cuidado con esos modales, Julian —me regaña Adam mientras entra—. Bonita casa. —Después me mira entornando los ojos—. ¿Qué te pasa?

Retrocedo un poco por temor a que intente tocarme el hombro.

—Nada.

—Tienes una pinta horrible.

El dolor ha disminuido hasta hacerse soportable, pero estoy congestionado y me duele la cabeza. Me pasa mucho después de un castigo: cuando las marcas empiezan a desaparecer, me pongo malo.

—Es un resfriado. O puede que la gripe.

—¿Vas al médico?

—No.

—Bueno, ¿y qué has estado comiendo?

—Pues... mantequilla de cacahuete y mermelada.

Él sacude la cabeza, aparentemente decepcionado, y vuelve a examinar la casa.

—¿Es que tu tío es antitecnología?

—¿Por qué?

—No hay ordenador. Ni tele. ¿Qué haces aquí encerrado todo el día cuando estás enfermo?

—Nada.

—Qué rollo —responde, compadeciéndome.

Empieza a correr por la casa igual que hace por el patio del instituto. Me aterra que rompa algo o que Russell aparezca en cualquier momento. Puede que no vuelva hasta dentro de dos días o que llegue ahora mismo.

—¿Dónde está tu cuarto?

—Es el último del pasillo, pero...

Empieza a correr en dirección opuesta y se detiene delante de la vitrina de la porcelana.

—¿Qué es todo esto?

—¡No se puede tocar!

Pero ya ha abierto las puertas de cristal y está toqueteando todo lo que hay en los estantes: bellas cámaras antiguas, docenas de primeras ediciones, platos delicados y una vieja pistola de plata.

—Qué raro —comenta al cogerla—. ¿Quién mezcla las armas con la vajilla?

—No lo sé. No le gusta que la gente las toque. No le gusta que entre gente en casa.

Cuando la coloca en su sitio y cierra la puerta con cuidado, suspiro de alivio.

Sin embargo, me vuelvo a poner nervioso cuando entra dando saltos en la cocina y abre de golpe el frigorífico.

—¿Esto es todo lo que tienes? —inquire.

Asiento con la cabeza.

Adam frunce el ceño mientras examina el tarro.

—Bueno, tendría un pase si fuera una marca de mermelada medio decente, pero es procesada —explica, y pronuncia la palabra como si fuera un taco—, llena de azúcar y conservantes.

Eso también son tacos.

—Me siento mucho mejor. Es probable que vaya a clase mañana.

—¿Quieres que me quede un rato?

—No —respondo a toda prisa mientras presto atención por si oigo el coche de Russell—. De verdad que a mi tío no le gusta que venga gente.

—Pero estás enfermo. No querrá que te quedes solo cuando estás enfermo.

—Le da igual la razón.

Ahora Adam me observa tan fijamente que, por un segundo, me recuerda a la doctora Whitlock, al señor Pierce y a todos los demás que intentan leerme el pensamiento.

—Vale —responde, todavía vacilante—. Supongo que me voy.



VEINTISIETE

JULIAN

Cuando llego a la primera clase del jueves, la puerta está cerrada con llave. Tardo un segundo en fijarme en el cartel que pone: «CLASE EN LABORATORIO 202». Cuando entro ya voy tarde, pero parece que lo mismo le ha pasado a casi todo el mundo.

—Ayer os dije adónde teníais que ir —se queja la señorita West cuando me ve—. ¿Tanto te cuesta recordarlo?

—Lo siento, ayer no vine.

—Siempre tienes alguna excusa, ¿no?

Me siento en el pupitre vacío del fondo y apoyo la cabeza sobre los brazos. Un minuto después, alguien se aclara la garganta a mi lado. Abro los ojos y descubro que Kristin, Alex y Violet están de pie junto a mí.

—¿Te importa que nos quedemos con esta mesa? —pregunta Violet—. Así cabemos nosotros tres.

Sus ojos son redondos, negros y amables.

—Vale.

Estoy recogiendo la cartera cuando Kristin añade:

—A no ser que estés esperando a todos tus amigos.

—No..., no estoy esperando a nadie.

Los tres se miran, y Kristin esboza una sonrisa de suficiencia.

—Sí, Julian, ya lo sabemos.

—¡Julian! —oigo que Adam me llama desde el interior de un aula. Me detengo y lo veo sonriéndome desde detrás de su escritorio—. ¡Ven aquí! —Su clase es un caos ruidoso, así que sigo vacilando en el pasillo—. Venga.

Entro con cautela.

Allison y otra chica —no recuerdo su nombre— están de pie al frente, sobre una plataforma elevada. Algunos chicos se han sentado a sus pupitres, que no están en fila, sino desperdigados por el aula, y los demás alumnos están de pie o dando vueltas.

Adam le da una palmadita al escritorio vacío que tiene al lado. Me siento y pregunto:

—¿Qué clase es?

—Teatro. ¿Adónde ibas?

Me encojo de hombros.

—¿A saltarte una clase?

Me encojo de hombros.

—Al final te van a pillar.

Tiene razón, y eso me asusta, pero tenía que hacerlo. Cuando entré en Desarrollo Infantil, la señorita Carlisle dijo que íbamos a trabajar en grupo.

—Le he dicho a mi profesora que iba a la enfermería.

—¿Todavía estás enfermo?

—No.

—Entonces, ¿estabas fingiendo?

—Bueno...

—¡Por eso no se fiaba de mí la enfermera Gruñona! —exclama, y me señala con un dedo acusador.

—Debería irme antes de que vuelva vuestra profesora.

—No está aquí, se ha ido con unos cuantos críos a repasar sus papeles para la obra.

—Ah. Entonces, ¿quién está al mando?

—Yo. —En ese instante alza más la voz—: Vale, escuchadme todos. —La gente deja de hablar y se queda mirando a Adam, que saca un papel de una cajita metálica que tiene en el pupitre—. Hipocondríaca en la consulta del médico, ¡empezad!

Allison y la otra chica de la plataforma cuchichean entre ellas un momento, y entonces la otra se agarra la rodilla y se pone a gemir. La clase se parte de risa con la escena.

Cuando pita el móvil de Adam, él chilla:

—¡Tiempo!

Y entonces le toca a otro. Después de varias interpretaciones, me mira.

—¿Quieres probar?

Niego con la cabeza a toda prisa.

—No, gracias.

—¿Y tú, Stef? —se dirige a una chica en la que no me había fijado hasta entonces.

A Stef parece que le da vergüenza y se tira del pelo, que está despeinado y crespo.

—No estoy segura...

—Venga —la anima, y se levanta de un salto—. Yo me pongo contigo.

Sé que lo hace por ser amable. Todas las amigas de Adam son guapas, pero ella es igual que yo, una de esas personas con las que se supone que no debes hablar si hay gente alrededor que pueda verlo.

Stef se ruboriza cuando se colocan frente a la clase.

—Julian —me dice Adam—, lee uno de los papeles.

Todos me miran mientras saco una tira de papel de la caja.

—Con-contratar a... un de-detective privado.

Adam sonríe y le susurra algo a Stef al oído. Ella se ruboriza de nuevo y no deja de intentar controlarse el pelo. Su representación es muy graciosa y no puedo evitar reírme con el resto de la clase. Si esto es lo normal para él en el instituto, con razón le gusta.

Cuando suena el temporizador, la coge de la mano y tira de ella para hacer juntos una reverencia. Adam parece contento. No actúa como si la compadeciera o intentara ser amable con ella, sino que parece feliz de verdad, como si esa chica le gustara tanto como cualquier otra persona.



VEINTIOCHO

ADAM

Es viernes por la noche y estamos todos apretujados en la sala de estar de Jesse. He sugerido el Juego a modo de estrategia: cualquier excusa con tal de apagar esa música con la que no se puede bailar.

—Vale... Jesse —dice Charlie, que lo mira de tal forma que el chico se estremece—, quiero que te acerques a Camila y le lamas... —hace una pausa, y Jesse esboza una sonrisa nerviosa—... la cartera.

La decepción del chico es evidente.

—¿En serio? —Todos hemos visto el documental que nos puso la señorita Fry esta semana, en el que se afirmaba que las carteras estaban más sucias que los cuartos de baño—. Pero podría ponerme enfermo.

Charlie esboza una sonrisa de satisfacción.

—Hazlo de todos modos.

Tras aguantar el acoso de todos, Jesse se rinde, con el aspecto de tener estómago revuelto, y después le da un trago a su cerveza, supongo que para intentar desinfectarse la lengua.

—Me toca —dice Camila, que saca pecho y se echa atrás su oscura melena.

—¿Cómo va a tocarte a ti? —protesta Jesse—. Yo soy el que he tenido que...

—Acabo de aguantar que alguien restriegue su asquerosa boca por mi cartera —replica ella, dolida—. Está claro que me toca a mí. —Me señala con una de sus afiladas uñas rojas—. Pregunta. —Verme el culo al aire debe de haber perdido su atractivo, porque últimamente, en lugar de retarme, mis amigos me interrogan. Creo que esperan que al final diga algo que me ponga en ridículo, aunque todavía no ha pasado—. Describe la primera vez que te desnudaste delante de una chica. Con todo lujo de detalles.

—Vale. Estaba en la guardería.

—No. No cuenta si tu madre os metió juntos en la bañera.

—No, esto cuenta. Fue en un contexto sexual.

—Eres asqueroso.

—Pero cuenta. Entonces, vale, se llamaba Charlotte.

—¿Charlotte King? —interviene Allison.

—Sí.

—Estábamos juntas en nuestro grupo de Brownies exploradoras —comenta Natalie.

—¿Podemos ir al grano? —pide Camila, y su mirada asesina los calla a todos.

—Vale —digo—. Charlotte y yo éramos los únicos niños de turno de tarde que iban en la furgoneta del cole a la guardería. Nos sentábamos en la parte de atrás, donde el conductor no nos veía, y jugábamos a una cosa que consistía en que podías pedir ver cualquier parte del cuerpo que quisieras. Yo le pedía que me enseñara la entrepierna. Ella me pedía que le enseñara los pies.

Todos se echan a reír, de modo que tengo que explicarles que aquello era un problema real. No se me daba nada bien atarme los cordones de los zapatos —antes tenía problemas de coordinación—, así que quitarme los zapatos y los

calcetines y después volver a ponérmelos resultaba agotador. A veces no estaba seguro de que verle la entrepierna mereciera tanto sacrificio.

—Ay, Dios mío —se carcajea Charlie—. Seguro que todavía le van los pies. Será una de esas chicas a las que les gusta chupar dedos gordos.

—Eso no cuenta —dice Camila, y diría que está haciendo un mohín, pero a mí no suelen intimidarme esas cosas.

—También está la vez que me dieron un masaje —repuse. Charlie me lanza una mirada oscura que significa «cierra la boca», y todo el mundo dice más o menos al mismo tiempo que eso no cuenta—. Bueno, no tengo nada más.

Se hace un momento de silencio después de que, básicamente, haya anunciado a toda la sala que soy virgen.

—Pero ¿y Kelly? —pregunta Emerald, cuyos ojos azules de repente se vuelven muy intensos.

Kelly es otra chica que se mudó de la ciudad después de algunos encuentros íntimos conmigo.

—No llegamos tan lejos.

—Pero se quitó su anillo de castidad.

Durante el segundo año de secundaria, Kelly y yo llegamos a quitarnos las camisetas, pero que le tocara la teta a través del sujetador le avergonzó tanto que se quitó el anillo de castidad y afirmó que no era digna de llevarlo. Cuando pellizcas con cautela el pezón de una chica, no te hace demasiada gracia que la culpa le provoque ganas de vomitar.

—Ya he respondido a la pregunta —digo, porque no es mi secreto, así que no debo contarle—. Ahora me toca a mí.

Lanzo una mirada traviesa a Charlie, que se encoge de miedo.

—Oh, no.

Son las dos de la mañana cuando salgo a por la furgoneta.

—¿Me llevas? —me grita Camila.

Me giro. Le brillan los ojos en la oscuridad, como una pantera.

—¿Dónde está Matt?

Sus tacones de diez centímetros repiquetean por el largo camino de entrada.

Es todo curvas y botes.

—Me ha dejado aquí.

Hace otro de sus aterradores mohines y yo siento pena por su hermano.

—Vale, claro. —Nos metemos en la furgoneta y miro por el retrovisor—.

Mierda, nos han bloqueado. Voy a ver si Sean puede mover su coche.

—Espera —me detiene agarrándome por el brazo.

—¿Qué pasa?

De repente, sus labios se aplastan contra los míos mientras me mete la mano entre el pelo y tira de él.

—Ay.

Por algún motivo, interpreta que es una señal para tirarme otra vez del pelo y besarme aún más fuerte. No es que me sorprenda demasiado que bese con la misma violencia con la que suele comportarse, pero es más doloroso que sexi... Al menos, al principio. Al cabo de unos minutos de uñas y mordiscos, los dos estamos jadeando.

—¿Adam? —dice mientras baja una de sus afiladas uñas hasta mi cremallera—. No quiero mirarte los pies.



VEINTINUEVE

ADAM

El lunes, en el instituto, las chicas se comportan de un modo extraño. Incluso Allison, que suele ser dulce y maternal, y siempre se mantiene al margen de los conflictos, está con los nervios de punta. Camila y Emerald no me miran, y las demás no dejan de lanzarme miradas de odio, como si yo fuera malvado. ¿Qué diablos pasa?

—Entonces, ¿cuánto tiempo va a durar esta pelea, señoras? —inquiero, y todos guardan silencio—. Será mejor que pongamos las cartas sobre la mesa. Sinceridad absoluta. ¿Vale?

Camila se está examinando las mismas uñas afiladas que me han dejado marcas en el cuello.

Emerald se ruboriza, unas manchas de color rosa se le suben a los pómulos.

—Camila sabe lo que ha hecho —dice al fin, y le lanza una mirada estremecedora a la otra chica.

—Ay, Dios —sisea esta—. Me he disculpado unas mil veces. ¡Estaba borracha! Y, además, no es de tu propiedad.

Todos contienen el aliento, a la espera de la respuesta de Emerald, como si fuera la testigo estrella de un juicio y acabara de subir al estrado.

Al menos, ahora lo entiendo.

—Así que es sobre Brett —suspiro—. No podéis permitir que un tío se interponga en vuestra amistad. Sororidad, ¿no?

Creo que me ha tenido que salir más insultante que alentador, porque ahora todos me miran como si hubiera perdido la cabeza.

—Eso no es... —empieza Emerald, y todos se inclinan hacia delante, expectantes—. No es nada.

Con toda la elegancia del mundo, recoge sus cosas y abandona la mesa.

—Julian, deja que te explique algo —le digo mientras subimos las escaleras en nuestra enrevesada ruta hasta el despacho de la doctora Whitlock—: las chicas están locas.

Me mira con cara de no estar demasiado convencido.

—Es verdad. Me crió una mujer, ¿vale? Me crió para ser feminista. Pero entonces me di cuenta de una cosa: están locas.

—¿Es que ha pasado algo?

—¡Ninguna me habla! La mitad no se hablan entre ellas, y Emerald no habla con nadie. El jueves fuimos de excursión a un museo de arte, así que el viaje en autobús debería haber sido divertido.

—¿A las chicas de tu clase no les gustas? —Me mira con tal compasión que me dan ganas de reír—. A las chicas de mi clase sí les gustas —añade a toda prisa con la clara intención de animarme—. Siempre están hablando de ti.

—¿En serio?

—Sí, hablan de tu..., um...

Baja la vista, avergonzado.

—¿De mi qué?

—Bueno...

—Dios, Julian, ¿de qué?

—De tus labios.

—Ah, por un momento he pensado que íbamos en una dirección completamente distinta.

—Ni siquiera sabía que los chicos pudieran tener labios bonitos. No te los pintas.

No tengo ni idea de cómo responder a eso.

—Es que están locas —acabo repitiendo.

—¿Más que Charlie?

Ahí tiene razón.

—Vale, es una locura distinta. Charlie no es más que una persona cabreada, así que lo entiendes, pero con las chicas no tengo ni la más remota idea. Quiero decir, hoy deberíamos haber estado todos contentos. Unos cuantos hemos recibido nuestras cartas. Pero están todas... Ni siquiera sé cómo están.

—¿Vuestras cartas?

—Sí, de aceptación en la universidad. No es nada del otro mundo, todos sabíamos dónde íbamos a entrar, pero aun así.

—¿En qué universidad?

—Risley. A una hora de aquí, más o menos. —No parece muy impresionado—. Sí, lo sé, pero la verdad es que no quería irme demasiado lejos. Mi madre está aquí y todos mis amigos van allí, de modo que..., sí.

—¿Vas a vivir en casa?

—No, en la residencia. Forma parte de la experiencia universitaria, ya sabes. ¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Sabes adónde quieres ir?

—No voy a ir a la universidad.

—¿Por qué no?

—Mis notas no son buenas.

—No todo el mundo que va a la universidad tiene notas estupendas.

—Tú sí.

—Pero ¿quieres ir?

—¿Eso importa?

Su pregunta me sorprende durante un minuto.

—¿Que si importa lo que tú quieras? Pues claro que sí.

Bajamos de nuevo las escaleras y salimos al patio. Hace frío, así que me pongo a dar saltitos para calentarme mientras Julian se apoya en el muro de ladrillo.

—Marcharse suena divertido —comenta—. Cuando era más pequeño quería...

Espero a que concluya la idea, pero lo que pasa con Julian es que a veces puedes esperar, pero otras tienes que insistir.

—¿Qué?

—¿Aventuras?

Parece cauteloso, como si pensara que me voy a reír de él.

—Sí, lo entiendo perfectamente —respondo mientras asiento con entusiasmo para que siga hablando.

—Me gustaban mucho las películas y los libros sobre personas que exploraban nuevos lugares. Cuando era pequeño nunca me cuestionaba cómo lo haría, sólo sabía que un día iría a todas partes. Pero cuando te haces mayor te das cuenta de que querer no es lo mismo que tener. Que quieras ir a muchos lugares no significa que vayas a ir de verdad. —Respira hondo—. Cuando era pequeño..., en nuestro patio...

—¿Sí?

—Teníamos un bosque, un bosque de bambú, y yo fingía..., fingía que era un explorador. —Se agarra el bíceps escuchimizado como si estuviera roto, como hace siempre—. Echo de menos mi casa.

A veces dice cosas que son un puñetazo en el pecho. Ojalá pudiera comprarle su casa y regalársela, pero seguiría estando triste porque se hallaría vacía; desearía poder cambiar eso también: tener superpoderes que me permitieran retroceder en el tiempo volando alrededor del mundo y deshacerlo todo.

—Deberíamos ir —sugiero, siguiendo un impulso.

Es algo que me habría gustado hacer, de estar en su lugar, aunque quizá fuera demasiado doloroso, como pasear por un cementerio.

—Yo voy.

—¿Vas? ¿Conoces a la gente que vive allí ahora?

—No. Quiero decir... No entro ni nada.

Y ahora me lo imagino frente a la casa en la que vivía con sus padres, observando pero sin entrar, y... Dios.

—Bueno, deberíamos ir y presentarnos. Seguro que te dejan pasar.

—No sé...

—¿Esto es por tu timidez habitual o de verdad no quieres entrar? Porque si de verdad no quieres, me callo.

Mira al suelo.

—¿Y?

—Timidez.

—Así que quieres, ¿no?

—Sí.

—Pues lo haremos.



TREINTA

JULIAN

—Tuerce ahí —le digo a Adam.

—Vale.

Cuando toco la rejilla del ventilador del salpicadero, me siento entre vacío y ausente.

—Eso parece la cara de un robot.

Se ríe.

—Lo sé.

—Tuerce a la derecha en el *stop*. Es la tercera casa de la izquierda.

—¿La verde?

—Sí.

Adam sale del coche y yo lo sigo despacio.

Esta es mi casa, mi casa de *verdad*. Está casi igual que siempre, aunque con pequeñas diferencias. Un buzón de correos que no es nuestro. Una corona navideña en la puerta. Cortinas rojas en la ventana.

Llevamos recorrido medio camino de entrada cuando me detengo.

—A lo mejor deberíamos...

—¿Qué?

—¡Irnos.

—¿De verdad quieres irte? Podemos, si quieres.

No sé lo que quiero.

Se queda ahí, sin parar de moverse, hasta que una chica de coleta rubia abre la puerta.

—¿Queríais algo? —pregunta.

Adam se vuelve.

—¡Brittany! —La conoce, por supuesto. Se abrazan, y ella le cuenta que se ha tomado un año de descanso de la universidad y que le encantaría quedar algún día. Después me mira con curiosidad—. Ah, este es mi amigo. Antes vivía aquí. ¿Podemos entrar?

—Claro —responde ella, como si no tuviese nada de raro.

Adam me mira y espera hasta que cruzo el umbral.

Aquí mismo, en la entrada, debería haber flores. El aroma tendría que ser intenso, casi abrumador. En vez de eso me llega un olor a especias picantes, de la clase de comida que hace que te lloren los ojos. Bajo mis pies debería haber una moqueta verde, pero no está; han puesto losetas marrón rojizo. Dos pasos más allá debería estar el piano de mi madre, y los cuadros de mi padre sobre él. Pero no están. No queda nada.

Sin hablar ni con Adam ni con la chica, recorro mi antigua sala de estar y salgo al patio. Respiro hondo y reprimo las lágrimas: este es mi patio, mi patio de verdad, y se parece mucho a lo que recuerdo, aunque no coincide del todo. Es más pequeño, como si hubieran apretujado la valla por todas partes. El bosque de bambú no es para nada un bosque, sino tan sólo dos docenas de tallos verde ceroso, la mayoría poco más altos que yo. Recuerdo haberme perdido entre ellos.

Recorro el perímetro de la valla e intento recordar lo que sentía entonces, cuando creía que podía doblar cucharas e incluso el tiempo. Toco

los nudos rojos de la madera. Tengo un vago recuerdo de haberlo hecho antes.

Me quedo paralizado al llegar al jardín triangular de la esquina. Debido a que es invierno, no hay flores, pero sigue rodeado de ladrillos rojos, exactamente igual que antes. Me arrodillo en la hierba y aprieto los dedos contra la fría tierra.

Recuerdo.

Despertarme temprano un sábado y oler a mañana y a alegría pura sin límites. Coger una pala de jardinero, deseando salir, y encontrarme en este mismo lugar. Tierra negra en las puntas de los dedos. El sol y el aire pegándoseme a la piel y la ropa. Recuerdo mirar atrás, y ver a mi madre, todavía en camisón, de pie en el porche de atrás con una mano haciendo visera para protegerse del sol.

—¿Estás bien? —pregunta Adam mientras nos alejamos en el coche.

La verdad es que no quiero hablar, y por una vez tampoco quiero que él me hable. Intento capturar más detalles de ese recuerdo. ¿Qué pasó a continuación? ¿Salió del porche? ¿Dijo algo? ¿Qué hicimos aquel día?

Por desgracia, lo demás no aparece. No tengo más que ese momento, con ella en el porche, yo arrodillado sobre la hierba y sintiendo una felicidad que no recordaba haber sido capaz de sentir.

—Sí —respondo al final. Y aunque sé que no es suficiente, añado—: Gracias, Adam.



TREINTA Y UNO

ADAM

El viaje en autobús es silencioso, aburrido. Todo el mundo se desperdiga en cuanto llegamos al museo, de modo que tengo que dar vueltas por ahí yo solo, lo que también es tedioso. Entonces, un vigilante de seguridad me chilla que deje de dar pisotones. En resumen, esta excursión es un asco.

Le explico al anciano que no estaba dando pisotones, sino que se me habían dormido los pies y saltaba para despertarlos. Acabamos hablando y descubro que se llama Gus, que tiene cuatro hijos y nueve nietos. Me enseña una colección privada de espadas que está cerrada al público, así que, vale, quizás el tema esté mejorando.

Gus y yo nos estamos despidiendo cuando localizo a Charlie y le convenzo para salir a buscar el laberinto del que no deja de hablarnos la profesora: el que se construyó imitando el de la Catedral de Chartres, en Francia, cuyo diseño es el más intrincado del mundo.

Al cabo de un gris paseo de veinte minutos al fresco, llegamos a nuestro destino.

—Bueno, vaya porquería —dice.

Estoy de acuerdo, el laberinto es un poco decepcionante. Esperaba algo

sacado de *El resplandor*; ya sabéis, un complicado enredo de altos arbustos verdes repleto de rincones en los que esconderse. En realidad parece uno de esos enormes círculos paganos de las cosechas, salvo que las espirales están hechas de baldosas de piedra rojas y negras que dan vueltas hasta llegar al centro.

—Ni siquiera es un laberinto de verdad —se queja—. Sólo tiene un camino.

Es verdad, no hay opciones, sino un único recorrido. Al cabo de un minuto de dar vueltas, chillá:

—¡Esto es una tontería!

Y sale de allí pisando las líneas.

—¡Tramposo!

—Me da igual. Voy a volver dentro. Hace frío.

Sin hacerle caso, sigo caminando por el laberinto. Es imposible saber cuánto me queda para llegar al centro. En cuanto creo que estoy cerca, el sendero me obliga a retroceder y dar otra vuelta.

Oigo unos pasos ligeros detrás de mí, así que vuelvo la vista: Emerald. No me mira y sigue andando con los hombros bien atrás y amplias zancadas. Quizá por eso siempre me ha fascinado, porque es pura contención mientras yo me derramo por los poros.

Los dos seguimos dando vueltas —en cierto momento la tengo a una línea de distancia—, aunque sin hablar.

Tardo un rato, pero al fin lo consigo. Me quedo en el centro y miro hacia el enorme campo abierto y el cielo brumoso. Cuando Emerald se reúne conmigo, mira a su alrededor con un breve brillo triunfal en los ojos antes de que vuelvan a nublársele. No sé qué le haría Brett, pero es un idiota.

Se gira para marcharse.

—Espera —le digo—, no te vayas todavía. —Se detiene—. Llevo unos

días sin verte. Es decir, te he visto, pero no hemos hablado. Esto parece un divorcio o algo así. Como si nos fueran a enviar a todas a familias distintas.

—¿Y de qué lado estás tú? —inquire.

—¿A qué te refieres?

—Si esto es un divorcio, supongo que tú estás del lado de Camila.

—¿Por qué lo dices?

—Sé lo que pasó entre vosotros, Adam. Os vi.

—¿Nos viste besarnos?

—Parecía algo más que un beso.

Y probablemente lo hubiera sido de no haber vomitado Camila en el suelo de mi coche unos cinco segundos después de meterme la mano dentro de los pantalones.

—¿Ahora salís juntos?

—No —respondo.

—Pero ¿te gustó besarla?

Su tono es demasiado intenso y, a pesar de que no se ha movido, me siento igual que si me empujaran hacia el borde de un precipicio.

—Bueno, sí, claro que me gustó. ¿Por qué estás...?

—¡Ella sabe que me gustas!

Emerald nunca hace nada indecoroso, pero aquí está, gritando tan fuerte que se oye el eco.

—Espera, ¿qué?

—Camila lo sabe y te besó.

—Pero tú estás saliendo con Brett.

—Por Dios, ¡nunca te enteras de nada!

Se vuelve y la sigo hasta colocarme frente a ella para mirarla a la cara.

—¿Que no me entero de qué?

—No hay ningún Brett.

—¿No hay ningún Brett?

—No.

—Pero Brett tiene un trasfondo de personaje muy detallado. Es como si lo conociera.

—¡No hay ningún Brett!

Los ojos le brillan por culpa de las lágrimas, tiene la respiración entrecortada y unas relucientes manchas rojas le tiñen las mejillas. Nunca la había visto demostrar tanta emoción.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque es humillante.

—¿El qué?

—Estaba intentando ponerte celoso, pero tú eres incapaz de sentirte como el resto de los tíos.

—Espera... ¿Sabe Camila que no hay ningún Brett?

—¡Todo el mundo sabe que no hay ningún Brett! ¿Puedes centrarte, por favor?

—Entonces, ¿te gusto?

—Sí —responde con la mirada clavada en el suelo.

—¿Te gusto de verdad?

El rubor le baja desde las mejillas hasta el cuello y es tan oscuro que apenas le veo los lunarcitos.

—Sí.

—Desde...

—Siempre. Desde siempre.

Me mira, y es tan guapa que me duele el corazón como si sufriera asma o un infarto.

Abre mucho los ojos, un perfecto azul de sorpresa, cuando aprieto mis labios contra los suyos. Y no con mucha maña. Ella me devuelve el beso con

la misma torpeza. Por un momento sigue así: un beso duro y desastroso, como si nos fuera la vida en ello, en vez de disfrutarlo sin más.

Entonces le toco el pelo y bajo la mano por él, y el beso se vuelve más suave y profundo. Echa un poco la cabeza atrás, y nuestras bocas ya no se tocan. Se le oscurecen los ojos, que atraviesan los míos igual que rayos láser, y parece que estuviera a punto de decirme lo más importante que escucharé en la vida. Toma aire. Lo deja escapar. Pero no habla.

Le sostengo las mejillas entre las manos y la beso de nuevo. Ojalá hubiera altos arbustos verdes con muchos rincones en los que escondernos, aunque ahora por un motivo completamente distinto. Seguimos besándonos y noto sus labios sonreír contra los míos.



TREINTA Y DOS

JULIAN

La señorita West está sentada a su escritorio, en silencio, mirando al vacío. Me doy cuenta de que se encuentra mal, pero es un alivio, porque parece que hoy no me va a regañar.

Dos chicos empiezan a susurrar retándose a hacerle una pregunta sobre la tarea, aunque al final ninguno de los dos lo hace. Un par de minutos después, otro chico pregunta si puede ir a la enfermería, y ella le responde con tanta agresividad que nadie vuelve a intentarlo. Por lo demás, la clase está tranquila y ella sigue contemplando el vacío.

Cuando por fin suena el timbre y todos salen, me acerco a su escritorio con el corazón a punto de salirseme del pecho.

—¿Señorita West?

—¿Qué? —De cerca da todavía más miedo, con esos ojos relucientes y esa piel que brilla como la cera—. ¿Qué? —repite.

—¿Está..., está usted bien?

La profesora arquea las cejas, que son del color de la tinta negra. Le tiembla la barbilla.

Entonces se echa a llorar. No sé qué hacer y me da miedo decir algo que la

impulse a gritar de nuevo.

—Es el cumpleaños de mi hijo.

Y lo entiendo de inmediato.

—Lo siento.

—Tenía doce años. Sólo doce.

Ahora parece más joven y frágil, aunque sigo sin saber bien qué decir. Mi padre nunca me habló de lo que sucede cuando mueres; sólo recuerdo un vago comentario sobre que vas a alguna parte. A veces pienso en si mi madre y mi padre no habrán parado. Si no habrán parado de leer, dibujar y cantar. Si seguirán haciéndolo *en otra parte*.

Saco un pañuelo de papel de la caja que hay sobre su escritorio y se lo doy.

Ella se seca la cara y se emborriona el maquillaje de debajo de los ojos.

La segunda manecilla del reloj sigue su ruidoso tictac en la pared. Suena el timbre, pero ningún alumno entra corriendo en el aula.

—Cabría esperar que se hiciera más fácil con el tiempo —continúa—. Hace dieciocho años. Recuerdo estar embarazada de él; ahora tendría treinta. ¿Te lo puedes creer? ¡Treinta años!

Mi madre me explicó en una ocasión que el planeta era similar a un enorme vientre y que cada uno de nosotros era un feto. No había que temer la muerte. No era más que nacer en otro mundo, y alguien nos estaría esperando allí. A veces intento verlo así, a mi madre y a mi padre como dos recién nacidos cogidos de la mano y propulsados a ese otro mundo. Allí acaban de comenzar su vida.

—Están..., está bien —le aseguro—. Creo que está bien.

—Sí —asiente ella mientras se seca la cara—. Estaba escrito. Cada uno de nosotros tiene una misión en esta tierra, y no morimos hasta que la cumplimos. Quizá no lo entienda, pero él cumplió la suya.

Ya he oído antes a la gente decir cosas similares; aun así, deseo preguntarle

qué significa eso. ¿Qué clase de misión? ¿Cómo está tan segura de que la cumplió? ¿Cómo sabe que no murió en medio del proceso?

La señorita West parece haber recuperado la paz, pero si tiene alguna idea sobre el paradero de su hijo, no me la cuenta. Es a lo que más vueltas le doy: no por qué se han ido, sino adónde. En ocasiones, cuando no consigo dormir e intento pensar en cosas bonitas, me imagino ese lugar mágico entre mundos, el sitio que se encuentra en el instante en que el barco de Elian desaparece, justo antes de volver a aparecer. En esa fracción de segundo quizá se ralentice el tiempo y él pueda ver todos los lugares invisibles. Y quizás, a veces, los vea a ellos.



TREINTA Y TRES

ADAM

Todavía estoy sonriendo como si se me hubiera roto la cara. No soy capaz de parar. Emerald y yo nos hemos convertido en esa insoportable pareja que se besa en público y no deja de mirarse y de provocarles náuseas e instintos suicidas a quienes los rodean... Al menos, eso afirma Charlie. Ayer, en clase, me dijo que me tomara unas pastillas y me calmara, joder, pero no podía. No puedo. Soy feliz. Y no veo ningún motivo para fingir lo contrario.

De todos modos, haré lo que pueda por no cabrearlo esta tarde. En cuanto entro en su casa, me ordenan que me quede en una roca resistente al ácido espacial (es decir, un cojín) mientras espero. Hoy todos sus hermanos son alienígenas que luchan por sobrevivir en un planeta moribundo. Arriba está la zona de seguridad, pero llegar hasta allí es peligroso, puesto que la planta baja está cubierta de ácido. La mayoría de los críos ya ha perdido una extremidad y se arrastra de un lado a otro sobre los cojines del sofá, que son botes salvavidas.

Tras unos minutos muy entretenidos, Charlie baja las escaleras sin hacer caso de las advertencias de los niños, que le dicen que se le derretirán los zapatos y morirá.

Nos metemos en la furgoneta y modulo mi sonrisa. Un par de minutos después, Charlie exige saber:

—¿Por qué tuerces por aquí?

—Tengo que recoger a Julian.

—¡¿Qué?! —me chilla tan fuerte como una de sus hermanas pequeñas—. ¿De verdad se nos va a pegar otra vez?

—No se pega. Lo invito.

—Yo no traigo a Carver.

—Carver tiene once años.

—No lo entiendo. Julian es raro... No habla y ¡se queda mirando a la gente! Es un puto bicho raro.

—No es un bicho raro. ¡Si es la persona más agradable del mundo!

Charlie deja escapar un largo suspiro.

—Emerald y tú no os habéis despegado ni un segundo en las últimas dos semanas, y ahora te traes a Julian. Ya no estamos nunca a solas.

Por un segundo me quedo demasiado pasmado para reaccionar. Entonces me echo a reír con ganas, que es lo peor que podría hacer ahora mismo. Creo que corro serio peligro de acabar con un puñetazo en la cara. Cuando recupero el aliento, suelto:

—Lo siento. Tienes razón. Necesitamos una noche para los dos solos. — Me mira con suspicacia—. Lo digo en serio, nena. Tú eliges el restaurante y después... —Arqueo las cejas y las muevo arriba y abajo con aire provocativo, y Charlie acaba por pegarme un doloroso puñetazo en el bíceps—. Ay, ay, ay.

Cuando llegamos a la calle de Julian, este está esperándome en la esquina, casi oculto bajo un árbol.

—¿Ves? —dice mi amigo—. Raro.

Sí que es un poco raro, pero no voy a darle la razón.

—Sólo es educado. Podrías probar, en vez de obligarme a entrar en tu casa cuando voy a por ti.

Charlie parece dolido.

—Creía que te gustaba entrar.

—Tío, que estaba de broma.

A ver, en serio, ni siquiera Emerald me obliga a ir a la puerta a por ella.

Julian se mete en la furgoneta y pierde la sonrisa al instante. Sigo su mirada, que acaba en el ceño fruncido de Charlie, el mismo que usa para convertir a los novatos en ratoncillos asustados. Le doy en el ancho hombro con el dorso de la mano, lo que únicamente sirve para que su actitud amenazante se rebaje una pizquita microscópica.

JULIAN

Charlie no deja de lanzarme miradas asesinas cuando nos ponemos en la cola para las pistolas láser. Creo que está enfadado conmigo porque Adam me va a pagar otra vez la entrada, y esta sí que costaba mucho: veinte dólares.

Justo cuando nos va a tocar, alguien del personal nos dice que sólo queda sitio para dos jugadores más en el equipo rojo. Uno de nosotros tendrá que unirse al azul, a no ser que queramos esperar otros cuarenta minutos hasta que empiece la siguiente partida.

—¿Y si voy con Julian? —sugiere Adam.

—Lo que tú quieras —responde Charlie con gesto enfadado.

Nos dejan entrar en un sitio que parece un vestuario lleno de equipamiento. La gente se pone los trajes a toda prisa. Cojo el chaleco del equipo rojo que cuelga de un gancho e imito a los demás, que se lo están poniendo por la cabeza. Es similar a las protecciones de los jugadores de fútbol americano,

salvo por el fusil que lleva enganchado a un cable. A mi lado, un hombre se arrodilla frente a un crío sonriente y le ayuda a ponérselo.

Un trabajador de pelo color fuego grita:

—¡Atención!

Todo el mundo se calla mientras nos explica las normas:

—¡No se permite el contacto físico! ¡No os podéis sentar ni tumbar en el campo de juego! ¡Ganáis diez puntos cada vez que acertéis en las zonas mortales de vuestro oponente...! —Se da unos golpecitos en la cabeza y en el pecho—. ¡Y ganáis cien puntos enteritos si le dais a la señal que hay encima de su base de operaciones! ¡Si vuestro fusil empieza a parpadear es que os habéis quedado sin munición! ¡Volved a la base a recargar! ¡Si os disparan, tenéis que volver a la base para recargar! ¿Todos listos?

Los jugadores gritan alzando sus armas en el aire.

—¿Lo has entendido? —me pregunta Adam, y Charlie masculla algo sobre una niñera.

—Creo que sí —respondo, aunque es mucho para recordarlo todo y nunca lo he hecho antes, así que es probable que no se me dé bien.

El personal deja entrar primero al equipo azul, y después los diez que estamos en el rojo nos reunimos en un pasillo estrecho donde las paredes y los suelos son completamente negros, salvo por unas espirales que brillan en la oscuridad. A Adam le brillan los dientes y las uñas. Alargo una mano: mis uñas también resplandecen.

Suena una alarma. Un altavoz del techo anuncia en tono robótico:

—La partida comenzará en tres..., dos..., ¡uno!

Con piernas veloces como rayos, Adam sale disparado de la base.

Los demás se alejan con mucha más cautela de la sala hasta que me quedo solo. No quiero salir, aunque también da un poco de miedo esperar sin nadie al lado. De repente, Adam vuelve a entrar de un salto en el cuartito y me mata

del susto.

—Venga —me ordena.

Lo sigo por un pasillo oscuro. Él es rápido y está seguro de sí mismo. Debe de conocer bien el laberinto.

—¡Agáchate!

Alguien nos dispara.

Nos metemos en otro pasillo y aplastamos la espalda contra la pared. El corazón me late muy deprisa.

—Tenemos que llegar hasta su base. —Lo dice con tanta seriedad que me echo a reír. De improviso, esto asusta, pero en plan divertido, como cuando mi padre y yo jugábamos al escondite a oscuras.

Adam me sonrío con dientes de neón.

—¿Estás listo?

Asiento.

En cuanto sale, una niña de azul le dispara y el chaleco de Adam empieza a pitar.

—¡Maldita sea! Tengo que recargar —me avisa antes de desaparecer.

Me quedo de pie y solo un momento, y después me meto en un pasillo estrecho. No veo a nadie, pero deben de estar cerca. Ahora que se ha ido Adam, el corazón me late mucho más deprisa.

¿Dónde está?

Sigo arrastrándome por un pasillo tras otro hasta que, no sé cómo, estoy justo enfrente de la señal de la base del equipo azul. Me quedo mirándola unos segundos, después apunto y disparo. Noto una descarga de sorpresa cuando descubro que he acertado.

Detrás de mí se oye un ruido de disparo eléctrico. Me agacho y me escabullo por otro pasillo. Intento llegar a mi base, pero todos los caminos parecen iguales. El pasillo empieza a llenarse de un vapor blanco tan denso

que apenas veo nada. Empiezo a sentir el vago temor que aparece cuando estás ciego y sabes que tienes a alguien al lado y que serías capaz de huir si pudieras ver...

Me quedo paralizado, a la espera de que se aclare la niebla.

Cuando lo hace, hay alguien frente a mí: Charlie. Está enorme con su casco y su chaleco azul claro. Por un momento, ninguno de los dos se mueve. Entonces, poco a poco, levanta el arma y me dispara en la cabeza.



TREINTA Y CUATRO

ADAM

Mi madre está gritándole respuestas a la tele cuando llego a casa... Le gusta sentirse superior a todos los concursantes de Family Feud. Cuando me ve, sonrío y coge el Conecta 4 mientras le da unas palmaditas al cojín del sofá.

—Estos días estás muy ocupado —dice cuando me siento.

Estoy bastante seguro de que pretende sonsacarme algo sobre Emerald, por lo que respondo que sí para no pillarme los dedos. Parece entender que ese tema está prohibido y decide preguntarme cómo le va a Julian.

—Bien. El sábado pasado se lo pasó genial con las pistolas láser. —Eso le hace sonreír—. Pero estuvo muy enfermo hace unas semanas. La verdad es que se pone malo muy a menudo, aunque supongo que nunca lo había visto en persona.

—¿Por qué no me lo contaste?! ¿Qué le pasa?

—No te pongas nerviosa —le pido, pero ya es tarde para eso—. No es nada, es que está siempre con la gripe.

Ella se levanta de un salto, olvidada ya la ronda final del juego, lo que deja claro que está preocupada, y se pone a rebuscar en el armario donde guarda los remedios homeopáticos.

—Llévale esto.

—Vale, se lo daré el lunes, en el instituto.

—Ya sabes que no puedes llevarlo a clase.

Tiene razón. Los profesores suelen sospechar cuando te ven con botellitas de cristal marrones llenas de líquido.

—Vale, ahora voy a recoger a Emerald, pero podemos pasarnos antes por su casa.

—Espera..., ¿vas a salir otra vez? Acabas de llegar a casa.

—Estaba con Matt, Joe, Eric y los demás. Emerald se ha pasado el día estudiando; todavía no nos hemos visto. —Resulta evidente que la he decepcionado, así que añado—: ¿Por qué no llamas a Denise o algo?

—Es sábado.

—¿Y?

—Y estoy segura de que tiene planes con su marido —responde, envarada—. Pero no pasa nada, de verdad.

Mete el remedio en una bolsa de papel y me la da.

—Gracias.

Le doy un beso en la mejilla antes de salir.

Tengo el puño preparado para llamar a la puerta de Julian cuando se abre de golpe. El hombre trajeado que tengo delante es grande —casi tan alto como Charlie—, aunque mucho más fornido. Sus ojos oscuros parecen un poco impacientes, quizá porque he interrumpido algo.

—Hola —saludo—, ¿está Julian en casa?

—¿Y quién eres tú?

Tiene una de esas voces de presentador de las noticias: profunda y sin rastro de acento de ninguna parte.

—Ah, perdón, usted debe de ser el tío de Julian. Yo soy Adam.

Hago una pausa, esperando que me invite a entrar porque hace un frío espantoso en la calle. En cambio, da un paso adelante y, con sus anchos hombros y su postura, ocupa toda la puerta.

—Sólo quería dejarle esto —añado mientras levanto la bolsa de papel.

Él la coge y le echa un vistazo.

—¿Qué es esto?

—Clorofila líquida con raíz de astrágalo. Remedios naturales... Van muy bien para los resfriados y la gripe. No tenía buen aspecto cuando me pasé a verlo el otro día. Y como siempre está enfermo...

—¿Te pasaste el otro día?

Su tono me deja la sonrisa congelada. Recuerdo que Julian me dijo que a su tío no le gustaba que la gente fuera de visita. Es probable que lo haya metido en un lío.

—Bueno, sí, pero fue un segundo. No había ido a clase y quería ver si estaba bien.

—¿Vas a clase con Julian?

—Sí.

—¿Estáis en el mismo curso? —Me mira con los ojos entornados, cosa que entiendo: está claro que no soy un novato.

—No, estoy en el último curso.

—El último.

—Sí... Sí, señor.

—Y sales con Julian.

—Sí.

—Adam, ¿no? —Asiento—. Adam, espero que lo entiendas, pero no quiero que Julian se mezcle con la gente equivocada.

Ni siquiera sé cómo responder a eso. Estoy bastante seguro que es la primera vez en toda mi vida que alguien me mira y supone que formo parte de

la «gente equivocada».

—Bueno, en fin, no lo he metido en ningún lío, si es eso lo que está pensando. Ni siquiera uso medicamentos farmacológicos —añado, y señalo la bolsa.

—Sólo intento comprender qué ve alguien de tu edad en un chico de la edad de Julian. —Empiezo a sentir un escalofrío muy desagradable en la espalda—. ¿Por qué te interesa?

—¿Que por qué me interesa? Somos amigos.

—Sí, entiendo a la perfección por qué quieres ser amigo de alguien como Julian. —Sonríe y deja al descubierto una hilera de diminutos dientes blancos, pero utiliza un tono casi sarcástico.

—¿Por qué no iba a querer ser amigo de Julian?

—Necesita amigos de su edad. Al parecer, tú también.

Dicho lo cual, me empuja la bolsa contra el pecho y me cierra la puerta en las narices.

—No puedes gustarle a todo el mundo, Adam —me dice Emerald cuando regreso al calor del coche y le cuento lo sucedido.

—No es que no le gustara, es que me acusó de, no sé, abusar de su sobrino o algo así.

—¿Eso ha dicho?

—No con esas palabras exactas, pero lo insinuó.

—¿Qué ha dicho?

—No es por lo que ha dicho, sino una sensación. Igual que en los vídeos de animales, cuando el ciervo pone las orejas de punta aunque, en realidad, no puede ver al cazador. Percibe que algo va mal.

Emerald se parte de risa.

—Lo digo en serio. Y ni si quiera me ha invitado a entrar. Como si yo fuera

un vampiro o un testigo de Jehová.

—Quizá tuviera la casa patas arriba.

—Lo dudo mucho. Deberías verla.

Cuando aparco en la acera de Emerald, ella vacila y se dedica a mover la rejilla con cara de robot para que el aire caliente le suba y le baje por las mejillas.

—Esta noche mi madre se queda otra vez con Rusty.

—¿Sí?

—Lleva allí casi una semana.

—No me imagino a mi madre dejándome solo una semana —comento entre risas—. Creo que no confía tanto en mí.

—¿Por qué no te quedas a dormir? —me ofrece de repente.

—Pues...

—Y no estoy sugiriendo lo que sea que estés pensando.

—No estoy pensando en nada.

Ella arquea una de sus perfectas cejas.

Una hora después, sale de la ducha vestida con un largo camisón blanco, como una doncella de la época victoriana. Supongo que lo normal sería que no me excitara, pero lo hace. Le veo la piel a través de la tela mojada del vientre y los muslos. Todavía tiene el pelo húmedo y suelto sobre los hombros. Todo eso también me excita.

Se mete en la cama, a mi lado, y apoya la cabeza en mi pecho.

—Me alegro de que estés aquí.

—Yo también —le aseguro mientras me inclino para darle un beso en el lunarcito que tiene bajo el ojo.

—Por la noche está todo demasiado en silencio.

Le beso el que tiene en la mejilla.

—No me gusta —añade.

Le beso el que tiene en el hombro.

—¿Adam?

—¿Sí?

—Te quiero.

Vuelvo a notar esa sensación de falta de aire e infarto.

—Yo también te quiero.



TREINTA Y CINCO

JULIAN

Russell está de pie en mi dormitorio. Sonríe, pero algo va mal, algo que percibo, más que verlo:

—¿Dónde has estado? —me pregunta.

—En la biblioteca.

—En la biblioteca, ya. —Recoge el maltrecho libro de Elian Mariner que he olvidado guardar en mi baúl—. ¿Para leer algo como esto?

Asiento y él se ríe.

—¿Sabes quién se ha pasado antes por aquí?

—No.

—Adam.

Se me revuelve el estómago de la misma forma en que lo hace cuando vas dentro de un coche a toda velocidad, en vez de permanecer inmóvil.

—Me ha dicho que ha estado antes aquí. Que entró en la casa.

Su sonrisa se vuelve más amplia y artificial, parece la cara de un payaso. Es una sonrisa pintada sobre una burla.

—Le..., le dije que se fuera.

—¿Quieres decir que entró a la fuerza? —insiste mientras se saca el móvil

del bolsillo—. ¿Debería llamar a la policía?

Niego con la cabeza, despacio.

—Así que lo dejaste entrar.

Jugueteo con el dobladillo de la manga.

—Respóndeme.

Cuando asiento, empieza a palparle la vena del cuello.

—¿Qué le has contado?

—¿Contado?

—Eso he dicho.

—¿Sobre qué?

—Sobre por qué estabas en casa.

—Nada.

—¿En serio? ¿Nada de nada?

—Le dije que estaba enfermo.

—¿Acaso te pongo demasiadas normas?

—No.

—Quizá sí. —Se coloca una mano bajo la barbilla como si lo meditara seriamente—. Te cuesta recordar las cosas, lo sé. —Se ríe un poco—. Pero esto no ha sido porque se te haya olvidado, ¿no? Le dijiste que se fuera; sabías que no debía estar aquí. ¿Cierto?

—No lo sé.

—No lo sabes —repite sin perder la misma sonrisa extraña.

—No lo sé.

Algo se mueve deprisa, después hay un momento de espacio vacío y, por fin, un dolor tan intenso que me vacía de aire los pulmones. Estoy en el suelo, me palpita el pómulo, y el estómago se me revuelve cuando ruedo para apoyar las manos en el suelo y levantarme.

Por encima de mí, Russell sostiene mi caracola en la mano. Es la primera

vez que me pega en la cara. No lo había hecho nunca. Otro movimiento y ahora la caracola me acierta en la boca. Los labios se me desgarran contra los dientes y caigo de lado. Atontado, me sujeto la cara y veo que se me derrama la sangre entre los dedos cerrados.

Alzo la vista. Mi tío parece aún más enfadado que antes, con todo el cuerpo dilatándosele y contrayéndosele como si fuera una molécula inestable.

Levanta la caracola en alto.

Me tapo la cabeza con las manos.

Oigo un estruendo.

Me asomo por debajo del brazo, y veo la abolladura en la pared y mi caracola hecha afilados añicos en el suelo. Pero no me muevo, no hasta que oigo que sus pesados pies salen de mi cuarto, no hasta que oigo que su coche arranca y se aleja.

No estoy seguro ni de la hora ni de cuánto tiempo llevo aquí de pie. Sé que tengo el pelo mojado y las piernas entumecidas, y que cada fría bocanada de aliento me quema en la nariz y en los pulmones. Estoy a horcajadas sobre mi bici, al otro lado de la calle de mi casa de verdad, pero en realidad no la estoy mirando. Está ahí, aunque desenfocada, de un verde brumoso.

Sobre todo me dedico a observar mi respiración, que sale formando ligeros cristales ahumados. Si fuera una lista, no serían más que números. «Uno. Dos. Tres». Una lista de las pruebas de mi existencia.

Sigo contando cuando un coche frena a mi lado. Apenas me doy cuenta. Han pasado muchos mientras estaba aquí sentado, a oscuras. Entonces oigo mi nombre y toso una nube húmeda.

—¿Julian? —repite la voz, muy preocupada, y entonces se cierra una puerta y Adam está frente a mí. Antes de poder preguntarle por qué, me dice—: Me ha llamado Brittany. ¿Qué estás haciendo?

No hay suficiente luz para verle bien la cara, pero noto la preocupación en su voz.

—Dios, Julian, hace un frío que pela. ¿Cuánto tiempo llevas aquí fuera?

Quizá pudiera responder si el tiempo se midiera en alientos, porque los he contado todos. Me observa con ojos calculadores durante otro minuto y después se endereza como si hubiera tomado una decisión.

—Vamos, venga.

Abre la puerta del pasajero, y la luz se derrama sobre ambos.

—Dios —dice con voz ahogada—. ¿Qué te ha pasado? —Pasea la mirada desde mi cara hasta la camiseta. La sigo y veo que la llevo manchada de sangre—. ¿Qué ha pasado? —insiste, pero todavía estoy observando las gotas rojo negruzco de mi pecho.

Adam levanta ambas manos igual que un delincuente intentando demostrar que no lleva armas. Después, despacio y con cuidado, me toca el hombro, me baja de la bici y me mete en el coche. Estiro los dedos, que están helados, y me doy cuenta de que no he soltado el manillar en todo el tiempo que he estado aquí.

Se mueve deprisa, como siempre, para echar mi bici en el maletero y meterse en el coche. Me pone el cinturón y enciende la calefacción. Aparece un círculo de luz roja; una brillante boca de robot, muy abierta del susto. Adam está poniendo la misma cara.

En vez de ir a mi casa o a la suya, llegamos a la entrada de la de Emerald. Igual que antes, abre la puerta del copiloto como si no pudiera hacerlo yo solo y me guía al interior.

Emerald, con ropa de dormir, está sentada en uno de los sillones del salón. Se levanta de un salto con cara de alarma y, de repente, la tengo delante preguntándome lo mismo que Adam:

—¿Qué ha pasado?

Me siento como si estuviera atrapado en una habitación llena de gente vestida, mientras que yo estoy completamente desnudo, con todas mis imperfecciones a la vista. Adam me agarra por los hombros y me empuja para sentarme en el sofá. Se arrodilla para examinarme la cara, pero estoy demasiado avergonzado para mirarlo a los ojos.

—¿Ha sido tu tío?

Adam me pilla con la guardia baja. ¿Por qué ha pensado que ha sido Russell? Podría haber sido cualquier cosa. Podría haberme caído. Podrían haberme robado. Podrían habérmelo hecho los chicos del instituto. Pero suena muy seguro. Parece que sabe que ha sido Russell.

Sin tomar la decisión de asentir, asiento.

Adam se pone en pie de un salto, se saca el móvil del bolsillo de un tirón y se pone a marcar como un loco.

Me entra el pánico.

—¿A-a quién llamas?

—A la policía.

—No, ¡no lo hagas! —le suplico.

—Voy a denunciarlo. —Todos los músculos de su rostro están contraídos—. Ese gilipollas va directo a la cárcel.

—¡No!

—¿Qué quieres decir con «no»? —me chilla—. ¡Tenemos que hacerlo!

Me doy cuenta, algo sorprendido, de que está enfadado. No sabía que fuera capaz de enfadarse.

Emerald sigue de pie, preocupada, mirándonos a uno y a otro. Entonces se acerca al sofá y se sienta a mi lado. Me aprieta la mano y me susurra:

—Tranquilo.

No estoy seguro de si habla conmigo o con Adam, aunque ninguno de los dos se tranquiliza. Empiezo a temblar, y él parece más enfadado todavía.

Sin hacer caso de Emerald, insiste:

—¿Por qué? ¿Por qué no quieres que llame?

—Porque no.

No es ninguna razón, pero no sé cómo explicarlo. Sí, Russell se enfadó, pero eso no significa que lo odie. La idea de enviarlo a la cárcel me revuelve el estómago.

—No sabes todo lo que ha hecho por mí —digo al fin, con la esperanza de que quizá lo entienda, aunque es probable que no pueda. Él no sabe lo que es que te críe alguien que no tiene por qué hacerlo—. No se le dan bien los niños, pero me dejó vivir allí aunque le costaba tener a uno en la casa. Sobre todo a uno como yo.

—A uno como tú —repite Adam con frialdad.

—Sí. No soy... Ya sabes cómo soy.

—¿Cómo eres?

—Ya sabes. Es difícil estar conmigo. ¡Ya lo sabes!

—¿Eso te ha dicho? —Sus músculos faciales se contraen de tal forma que parece que no estuvieran acostumbrados a fruncirse.

—Adam —interviene Emerald en tono persuasivo—. Si no quiere que llames, no llames. Debería ser decisión suya.

Por un momento se limita a mirarla, después se gira para abrir de golpe la puerta que da al patio. Sale, la deja abierta, y el viento helado entra en la habitación. Un minuto después, vuelve y se pasea por la sala.

—Adam, para —le ordena Emerald, brusca—. Lo estás asustando.

Se queda completamente inmóvil, con la cara desfigurada por el sentimiento de culpa. Se pasa las manos por el pelo, se arrodilla frente a mí y me da unas palmaditas en la pierna que no dejo de mover.

—Oye, no estoy enfadado contigo.

Asiento. Lo sé.

—Pero tenemos que denunciar esto.

Hay muchas cosas que no entiende. Una vez me dijo que no había conocido a su padre, así que no puede comprender que los padres hacen las cosas de otra forma. Sobre todo, no puede comprender lo que es no tener ningún otro hogar. Sin embargo, en lugar de intentar explicarle todo eso, me limito a contestar:

—Por favor.

Él respira hondo.

—Vale. Vale.

Se levanta y se aleja lo bastante para que dude de si va a volver. Luego aparece de nuevo y esta vez se arrodilla frente a mí con un paño húmedo en la mano. Me rodea la parte de atrás de la cabeza con una mano y, con la otra, usa el trapo para humedecerme el labio. El agua tibia se me derrama por la barbilla y las lágrimas hacen que me escuezan los ojos.

—¿Te estoy haciendo daño?

Niego con la cabeza, parpadeo, y las lágrimas me caen por las mejillas. Siento la mano de Emerald acariciarme los hombros en pequeños círculos mientras Adam sigue limpiándome con delicadeza la sangre de la cara.

Nada de lo que hacen me duele, pero es como si alguien me arrancara el centro del pecho. El frío se disuelve. Sus manos son suaves. Todo está en silencio, salvo las lágrimas que brotan de algún lugar entre mis costillas. He llorado de dolor y he llorado de miedo, pero estas lágrimas son distintas, más profundas, como si me desgarrara.

El ruido debería haberlos espantado, pero la mano de Emerald permanece donde está, la de Adam también, y él sigue limpiándome la cara hasta mucho después de que esté limpia.

Al final, todas las lágrimas desaparecen y me quedo vacío, aunque es una buena clase de vacío. Me siento más ligero; de no seguir las manos de

Emerald en mi espalda y las de Adam en mi cabeza, quizá me hubiera alejado flotando.

Oigo mi aliento entrecortado y, de repente, estoy demasiado cansado para mantener los ojos abiertos. Apenas veo cómo Adam me ayuda a levantarme y me conduce por el pasillo hasta lo que debe de ser el dormitorio de Emerald. Me llega un olor femenino, como después de que mi madre se duchara, y hay mariposas de porcelana sobre todas las superficies.

Me balanceo de pie hasta que Emerald me dice que me siente y me señala la colcha de flores de su cama sin hacer. Me siento y oigo a medias que Adam me pide que levante los brazos. Lo hago, y me quita la camiseta por encima de la cabeza y me pone otra limpia y caliente. Estoy muy cansado, un agotamiento que me cala hasta las células y que no se parece a nada que haya sentido antes.

Se me cierran los ojos y uno de ellos, no sé si Adam o Emerald, me empuja para que me tumbe. Uno de ellos me quita los zapatos. Uno de ellos me pone una bolsa de hielo en la mejilla. Estoy cansado, muy cansado. Uno de ellos me sube la manta hasta la barbilla, y el perfume de mi madre es más intenso. Entonces, uno de ellos me besa en la frente y me quedo dormido antes de que apague la luz.

ADAM

—Es que no puedo ignorarlo —le suelto a Emerald cuando volvemos a la sala de estar prohibida. Me coge la mano y me lleva hasta el sofá.

—No quiere que lo hagas.

—Me da igual lo que quiera.

—Adam.

—Lo digo en serio. Creo que no está capacitado para juzgar lo que

debemos hacer. Ese tipo no debería volver a acercársele.

—La gente comete errores.

—¿Errores?

—Sólo digo que a veces los padres hacen cosas malas. No todas las familias son perfectas, ya sabes.

¿De qué estamos hablando? Es como si mantuviéramos dos conversaciones completamente distintas.

—El tío de Julian le ha pegado. Estaba sangrando, joder.

—¿Qué crees que pasará si llamas? ¿Qué? Quizá su tío vaya a la cárcel un par de noches. ¿Y después qué? Julian volverá con él y las cosas podrían ponerse incluso peor.

He oído a mi madre decir lo mismo un millón de veces sobre otros chicos que sufren abusos, así que pueda que tenga razón, pero me da igual. Quiero que me diga que tenemos que intentarlo aunque quizá no sirva de nada.

—No puedo quedarme de brazos cruzados —insisto mientras me quito su mano de encima.

—Adam... —musita, dolida—. No te enfades conmigo.

—No estoy enfadado contigo. —La verdad es que no lo estoy. Enfadarse es una pérdida de tiempo—. Es que no sé qué hacer.

Nos quedamos sentados en silencio, sin tocarnos, hasta que dice:

—Es tarde. ¿Estás cansado?

—Sí.

Me coge la mano y nos vamos así hasta su dormitorio. Por un minuto nos quedamos en el umbral, viendo dormir a Julian, que todavía tiene la bolsa de hielo en la cara.

De repente, grita como si le doliera o estuviera asustado.

Cruzo el cuarto y le toco el hombro. Se calla. Cuando vuelve a respirar con normalidad, Emerald y yo nos metemos bajo la manta, cada uno a un lado de

él.



SEGUNDA PARTE



TREINTA Y SEIS

ADAM

Las vacaciones de primavera empiezan dentro de —miro el reloj de la pared —... Buf, todavía quedan cuarenta minutos. Los profesores llevan todo el día como si ya se hubieran marchado. En cuanto llegamos a la séptima hora, la señorita Fry deja que Charlie ponga un DVD que ha traído de casa: uno sobre un tío con una *vendetta* que no deja de apuñalar gente con un machete. Estoy bastante seguro de que no es lo más apropiado para un instituto, pero supongo que da igual porque la profesora no ha apartado la vista de su ordenador.

—¡Esto es un aburrimento! —he tenido que gritar al final.

—Calla. —Charlie quiere darme un puñetazo, me doy cuenta—. Es buena.

El asesino —sigo sin saber si se supone que es el héroe o el malo— saca su hoja del estómago de un tío y se la limpia en la manga.

—¿Por qué hacen eso en las películas? —pregunto.

—¿El qué?

—Después de apuñalar a alguien, sacan el cuchillo y se lo limpian en la camiseta. ¿Por qué? ¿Para que su siguiente víctima no pille una infección?

—Adam —gime Charlie—, deja de hablar.

Esto es un rollo. No dejo de dar golpecitos en el suelo con el pie hasta que

por fin suena el timbre. Me levanto de un salto, salgo disparado al pasillo, me gritan por correr, y llego al exterior, donde Julian me espera junto a la furgoneta con un guión de *Hamlet* en la mano. Aunque lo he visto esta mañana y aunque ya han pasado casi dos meses desde que su tío le pegó, todavía me detengo a mirarlo unos segundos.

Cuando regresó a clase unos días después de que sucediera, tenía el labio hinchado y el pómulo morado. «La doctora Whitlock va a querer saber qué le ha pasado a tu cara», le dije. En realidad ya no tenía consulta oficial con ella —dedicábamos esa hora a pasear por el instituto—, pero se acercaba a hablar con la mujer los últimos cinco minutos.

«Pues no iré a verla», contestó.

«Puede que sea mejor que se lo cuente».

Su cara de desesperación fue tan exagerada que parecía medio loco. «Si lo haces... —Estaba claro que pretendía inventarse una amenaza—. Si lo haces, dejaré de ser tu amigo». Era algo que no oía desde que iba a primaria, cuando era habitual retirar u ofrecer tu amistad como moneda de cambio.

Puede que su amenaza resultara infantil, pero no me sorprendió oírla. Aunque sólo sea cuatro años más pequeño que yo, me siento mucho mayor que él, o puede que él se sienta mucho más joven. Antes pensaba que las dificultades de la vida te hacían crecer más deprisa; si de verdad fuera así, Julian debería tener unos cien años. Ahora me pregunto si es al revés: quizás, en vez de acelerar tu crecimiento, el dolor te impida madurar.

Al final le prometí que no diría nada, y no hemos hablado de ello desde entonces, lo que no significa que yo no le haya dado vueltas. Muchas. Me he debatido entre contárselo a la doctora o no, a pesar de haber dicho que no lo haría. He pensado en contárselo a mi madre. También en enfrentarme a Russell; me he imaginado entrando hecho una furia en esa enorme casa y gritándole que no se le ocurriera tocarle ni un puto pelo a Julian.

Al final no he hecho nada de nada.

Señalo con la cabeza el guión que lleva en la mano.

—Vaya. Falta poco para la obra, ¿eh? —Él asiente y se sube a la parte trasera—. ¿Han repartido ya los papeles?

—Sí. Soy el caballero. Es el que le cuenta a la madre de Hamlet que Ofelia se está volviendo loca.

—¿Tienes un papel con diálogo?

Asiente.

—¡Genial!

—Sólo son unas líneas.

—Sí, pero hay unos cuatrocientos chicos y a ti te han dado un papel con texto. ¡Es increíble!

Pone esa cara, la de estar avergonzado y feliz al mismo tiempo.

Un minuto después, Charlie, Jesse y Allison se suben al asiento de atrás, mientras que Emerald se acomoda en el del copiloto. Está preciosa. Lleva el pelo recogido para dejar al descubierto su pálido cuello y se ha puesto un vestido corto con el que luce sus largas piernas. Esbozo esa sonrisa que me parte la cara por la mitad y le doy un beso; Charlie finge vomitar. Jesse enchufa su iPod en el coche, de modo que en la furgoneta suena una canción que, esta vez sí, conocemos y nos gusta, así que no nos queda más remedio que cantar a pleno pulmón.

Después de dejar a cada uno en su casa, miro a Emerald, y ella me devuelve la mirada y me dedica esa sonrisa cómplice que siempre tengo que besar. Estoy como borracho, como si me hubieran inyectado cafeína y pica-pica en vena. Se ríe como si ella se sintiera igual, como si los dos estuviéramos pensando en las bolsas de viaje que hemos escondido en el maletero.

Le dije a mi madre que iba de senderismo con Charlie. La verdad es que creo que no le hubiera importado saber que en realidad me iba con Emerald, pero me habría hecho muchas preguntas entrometidas y me habría dado consejos embarazosos; ¿quién quiere eso? No es que vaya a suceder nada que requiera un consejo: no puedo ni siquiera pensar en sexo, porque Emerald se da cuenta y me regaña con una precisión paranormal.

—Entonces, ¿cuál es tu tapadera? —inquiero.

—Mi madre no se va a dar ni cuenta de que no estoy —responde con esa voz monótona y casi profesional con la que dice casi todo.

Está jugueteando con el anillo que lleva en el índice, el que le regaló su abuela por su cumpleaños. Por lo que sé, es el único regalo que ha recibido de un miembro de su familia.

Quizás Emerald nunca sea la clase de persona capaz de contarme sus secretos más íntimos y oscuros; parece pensar que es más digno diseñar un elaborado plan que te obligue a descubrirlos tú solo. Sin embargo, ahora que pasamos juntos todos y cada uno de los minutos libres del día he empezado a entender algunas cosas, y una de ellas es que la voz fría con la que pretende dar a entender que no le importa es una mentira. Puede que de verdad crea que los padres cometen errores y ya está, pero le duele que su madre parezca pensar que su hija no existe.

—¿Emerald?

—¿Hmmm?

—Yo veo todo lo que haces.

Ella me mira. Con ojos llorosos, me aprieta la mano.

Conducimos. Salimos de la ciudad y subimos hasta llegar a unas carreteras más amplias y un cielo más ancho. Cuando llegamos a la cabaña, ya se está poniendo el sol. Me emociona comprobar que es incluso más bonita de lo que

parecía por Internet, pequeña pero oculta entre los árboles más enormes que he visto en mi vida.

Nos pasamos el primer día de excursión y no nos cruzamos con nadie. Nos encontramos solos en nuestro propio planeta, en el que todo es gigantesco. Eso nos convierte en seres en miniatura, aunque, ya que todo nos pertenece, también somos titanes.

El segundo día lo dedicamos a correr por el bosque hasta que llegamos a un lago de color esmeralda rodeado de rocas del tamaño de montañas. Nos quedamos en ropa interior para zambullimos. Nos besamos bajo el agua, lo que no es ni mucho menos tan excitante como siempre había pensado, dado que me atraganto y apenas siento sus labios. Nadamos hasta llegar detrás de una cascada y encontramos una cueva que huele a musgo y algo más antiguo. Besarnos allí es mucho mejor.

El tercer día tropiezo con la rama de un árbol después de habernos internado varios kilómetros en el bosque. Por suerte, no me rompo nada; habría sido un rollo que Emerald tuviera que sacarme de aquí a cuestras. Mientras me recupero sobre un tronco caído, ella me cuenta formalmente que está dispuesta a mantener relaciones sexuales en cuanto yo lo esté.

Asiento y sugiero que regresemos a la cabaña de inmediato.

Emerald está tumbada bocarriba con la melena esparcida en abanico sobre la almohada cual sirena. Llevo obsesionado con su pelo desde que tengo uso de razón. Siempre está recogido en complicadas trenzas y nudos, igual que si contara con un equipo de profesionales que la prepararan para un baile. Pero así, suelto, de un modo que nadie más que yo lo ha visto, es como más me gusta.

Es extraño hasta decir basta tenerla desnuda frente a mí y que no sólo se me permita mirar, sino que espere de mí que lo haga. No intenta taparse, aunque

está rígida y el rubor le tiñe las mejillas, el cuello y el pecho.

—Te da vergüenza —comento en cuanto me doy cuenta.

—Pues claro —responde mientras se sube la fina sábana hasta la barbilla. Intento tirar de ella, pero Emerald es más fuerte de lo que parece.

—Yo estoy desnudo y no me da vergüenza.

—Bueno, tú no sientes las cosas de la forma en que lo hace la gente normal. —Se tapa la cara con la tela, así que las palabras salen algo ahogadas—. No te pones nervioso ni celoso, ni eres tímido. Nada te afecta de ese modo.

—Sí que siento las cosas.

Quizá no me altere tanto como otros, pero sí que siento.

Ella baja la sábana hasta justo debajo de los ojos.

—Eso no es lo que quería decir. No me estoy expresando bien.

Me meto en la cama y apoyo la cabeza en una mano, a la espera de más información.

—Es que... eres irrompible o algo así.

Me río.

—¿Irrompible?

—Me refiero a que las cosas no te afectan. Supongo que por eso te quiere todo el mundo. Estás muy cómodo contigo mismo y eso hace que los demás también se sientan así. Y también eres fuerte, como si lo que le hace daño a la mayoría de la gente a ti no te lo hiciera. Pero a veces parece que no necesitas a los demás. Da la impresión de que si esto (lo nuestro) funciona, estarás bien, pero si no, pues también. No te romperás. No como me pasaría a mí.

Parece que estemos de vuelta en el centro del laberinto, ese lugar mágico en el que Emerald no está firme como un soldado y siente el impulso de contarme la verdad.

—Emerald —susurro mientras le toco la mejilla y paso los dedos por cada uno de los lunares que tiene desperdigados, como si jugase a unir los puntos

—. Eso que crees ver en mí no es cierto. Te necesito en la misma medida en la que tú me necesitas a mí.

No me cree, lo noto, aunque quiere hacerlo. Me acerca la mano al cuello y me lo aprieta. Bajo la mano hasta su sábana; esta vez sí me deja apartarla.



TREINTA Y SIETE

ADAM

Emerald y yo caminamos de la mano por el aparcamiento después de clase. Hemos pasado un total de cinco días en la cabaña y no han sido suficientes. No deja de mirarme con satisfacción, con los hombros relajados. La beso, abro la furgoneta y esperamos a que se llene.

Jesse es el primero en entrar y no tarda ni un segundo en agarrar el cable para enchufar su iPod.

—Hola, tío —le digo a Charlie un par de minutos después, cuando se reúne con Jesse atrás—. ¿Por qué no te has traído hoy el coche?

Al final ha ahorrado lo suficiente para comprarse un Jeep negro.

—¿Qué quieres decir con eso? —me gruñe mientras Camila se mete en la furgoneta y lo obliga a quedarse en medio.

Emerald y yo nos miramos, desconcertados. Lo normal habría sido que Allison le diera una palmadita tranquilizadora en la espalda, pero, por desgracia, a Charlie y a ella les tocaba cortar.

—Nada, es que creía que estarías encantado de conducir. Llevas dos años quejándote de mi coche —bromeo.

Él mira con rabia el móvil.

—Mándale un mensaje a tu madre; cuando no le respondes, me escribe a mí. Se ha pasado todas las vacaciones de primavera haciéndolo, y mentir por ti no me ha hecho ni puta gracia. —Frunce el ceño y mira por la ventanilla a Julian, que se dirige al coche—. ¿De verdad lo vas a llevar? ¿Otra vez?

Veo el rostro preocupado de Julian y me cabreo.

—¿Sabes qué te digo, Charlie? Que si tienes un problema con Julian, no hace falta que vengas con nosotros.

La furgoneta entera guarda silencio, y él me mira como si lo hubiera traicionado, como si me hubiera acostado con Allison o algo así.

—Lo que tú quieras —responde.

Agarra su mochila, pero es demasiado alto para salir sin liarla, así que se produce mucho movimiento, la gente se tiene que apartar y se oyen varios gruñidos. Después empuja a Julian, que está entre asustado y desconcertado, y se larga.

—Pero ¿qué le pasa a ese? —suelto.

Emerald me da una palmadita en la espalda.

JULIAN

—¿Te ha pasado algo interesante hoy? —me pregunta Adam el martes mientras caminamos por el pasillo.

—Pues la verdad es que no.

Sin embargo, me alivia que hayan empezado de nuevo las clases. La semana de vacaciones de primavera ha sido la más larga y solitaria de mi vida.

—¿Cómo va la obra?

—La señorita Cross no está contenta porque nadie ha memorizado sus

diálogos.

Adam se ríe.

—¿De verdad esperaba que la gente estudiara durante las vacaciones?

—Sí.

Se ríe otra vez.

—Bueno, ¿cómo va tu parte?

—Ya casi me la sé.

La primera frase no es tan difícil, pero después de la respuesta de la madre de Hamlet vienen diez líneas seguidas que no tienen sentido. Cuando me las estudié en vacaciones creía que, por lo menos, podía leerlas. Entonces llegué a clase de Lengua, abrí la boca y vi que las palabras de la página se fundían todas en una. Después de tartamudear una y otra vez, la señorita Cross me pidió que practicara cuando llegara a casa.

—¿Adam?

—¿Sí?

—¿Has oído hablar de Alma, en Colorado?

—No, creo que no.

—¿Y del pueblo de Taos Ski Valley, en Nuevo México?

—Pues no. ¿Por?

Una de las páginas del cuaderno de mi madre es una lista de ciudades. Nunca las mencionó, que yo recuerde, pero tienen que significar algo. ¿Por qué las iba a escribir si no? Quizá sean lugares que visitó, porque yo no los conozco todos.

—¿Planeas un viaje en coche o algo? —me pregunta.

—No, no tengo coche. Y no sé conducir.

Adam se ríe entre dientes.

—Lo sé.

—Pero iría a esos sitios. Creo que tienen que ser bonitos.

Doblamos la esquina y ahí está la señorita West. Retrocedo tan deprisa que piso una de las zapatillas rojas de caña alta de Adam y le hago tambalearse. Para cuando recupera el equilibrio, ella ya se ha ido.

El día después de que la señorita West y yo habláramos sobre su hijo y las misiones en la vida, volvió a ser la misma de siempre: volátil y triste, con un odio que escupía como si fueran misiles. Creía entender el porqué; debía de odiarnos por seguir vivos cuando su hijo estaba muerto.

Últimamente, la clase se ha vuelto en su contra. No disimulan su hostilidad y susurran planes de venganza. Parece injusto que la tristeza que emanamos no sirva más que para volver rebotada contra ti.

—Adam..., ¿crees que tenemos misiones?

Me mira con cara de desconcierto.

—¿Qué clase de misiones?

—Cosas que se supone que debemos hacer en la vida.

—No lo sé. ¿Crees que tú tienes una misión?

Me encojo de hombros, decepcionado. Si él no lo sabe, supongo que no lo sabe nadie.

Una chica entra en nuestro pasillo con los ojos rojos y tristes, y Adam le dedica una sonrisa al pasar. A ella se le ilumina el rostro y le devuelve la sonrisa.

El odio rebota, pero la amabilidad también.



TREINTA Y OCHO

JULIAN

Hay gente dando vueltas bajo la escalera de hierro negro que conduce a mi cuarto secreto. Temo que a alguien se le ocurra de repente subirla, que aparte los muebles y descubra las tablas torcidas. Que alguien las retire, y entonces otros cien chicos entren allí y mi cuarto secreto ya no sea mío.

Es lunes, queda menos de una semana para la representación. Todos los que tienen papeles con texto deben quedarse después de clase para ensayar en el salón de actos. Llegados a este punto, incluso los de los papeles importantes se saben sus diálogos. Yo no. Todavía me cuesta incluso leerlos.

«Habla fuerte», me repiten una y otra vez la señorita Cross y los demás profesores de Lengua, cosa que sólo sirve para que se me oiga tartamudear mejor. Quiero desaparecer o teletransportarme, pero sigo en el escenario, más visible que nunca.

Por fin, a las seis, los profesores nos dicen que podemos irnos. En lugar de seguir a la multitud, miro a ambos lados y salgo disparado escaleras arriba, hacia mi cuarto.

Espero aquí lo bastante como para que todos los de abajo se vayan antes de salir. Estoy solo entre bambalinas, con el atrezzo y el piano, y siento la

tentación de sentarme a tocar; salvo que nunca aprendí, pese a que mi madre intentó enseñarme, pero leer música era demasiado difícil y me rendí.

Estoy dando un paso hacia el telón cuando me sorprende una voz:

—¡Va a cargarse toda la obra!

Me asomo al otro lado del enorme castillo de madera y veo un relámpago de pelo naranja. Kristin está de pie frente a Alex, que interpreta a Hamlet.

—A ver, en serio, ¿tienes tres semanas enteras y no eres capaz de memorizar trece puñeteras líneas?

Susurra algo, después se inclina más sobre él y le toca el brazo. Él retrocede un poco y los ojos de pez de Kristin se mueven a toda velocidad hasta dar conmigo.

—Sí, Julian —dice—, estamos hablando de ti.

Están lloviendo balas frías y húmedas, y tengo el pelo pegado a la cabeza cuando un Jeep negro se detiene de un frenazo justo a mi lado.

—¿Necesitas que te lleve? —se ofrece Charlie a través de la ventanilla.

Vacilo antes de abrir la puerta del copiloto.

—Me estás empapando los asientos nuevos —dice en cuanto me acomodo. Charlie nunca ha sido amable conmigo, pero esta noche tiene una expresión distinta, una que da más miedo.

—Lo siento. Puedo bajarme.

—No pasa nada —me suelta mientras se aleja de la acera—. Bueno, ¿hoy no te has ido con Adam?

—No, tenía ensayo. ¿Tú tampoco?

—Adam es gilipollas.

—No, qué va.

Se aferra al volante con tanta fuerza que parece que estuviera a punto de arrancarlo de cuajo y después lo gira de golpe, enfadado. Por un segundo

estamos en el aire, después patinamos sobre un charco profundo de la cuneta. El corazón me palpita en los oídos y me da miedo ir a vomitar.

—Bueno... No pasa nada, Charlie, puedo bajarme aquí.

—Te he dicho que te llevaba, así que cierra la boca y deja que te lleve.

Le da un manotazo a una palanca que acelera el movimiento de los limpiaparabrisas mientras vuelve a meterse en la carretera. Me agarro el estómago y me esfuerzo por reprimir las náuseas.

—Lo siento —digo después de unas cuantas manzanas en silencio—. Sé que cabreo a la gente. —No sé bien por qué estoy hablando, me doy cuenta de que él no quiere que lo haga—. Por eso no voy en el autobús.

Me mira fijamente.

—¿Te está molestando alguien?

—Sólo un chico. Desde que comenzaron las clases.

—¿Te lleva molestando todo el año?

—No, desde que empecé a ir a clase. En la guardería.

—¿Qué ha estado haciendo?

Por algún motivo, Charlie parece más enfadado ahora que antes y aprieta los labios.

—A veces me pega, pero no pasa nada. Sé que...

—¿Cómo que no pasa nada si alguien te pega?

—Es que está triste.

—¿Triste? —Lo repite con tanto desprecio que empiezo a tartamudear.

—N-nadie quiere hacerle daño a nadie. L-lo hacen porque no son felices.

—O quizá porque son unos cabrones.

Me quedo mirando el constante vaivén de los limpiaparabrisas. No son capaces de seguirle el ritmo a la lluvia.

—Charlie..., ¿tú lo eres?

—¿El qué?

—¿Feliz?

Parece desconcertado durante un minuto, como si hubiera planteado en voz alta la pregunta más personal que le hayan hecho en la vida. Está lloviendo tanto que apenas le oigo responder:

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Serpenteamos despacio por las calles, grises y húmedas.

—Lo siento.

—Ya. ¿A ti qué te importa?

—Me importa. Quiero que seas feliz.

Su expresión oscila entre la ira y otra cosa que parece vergüenza.

Para cuando se detiene frente a mi casa, está diluviando. Estoy a punto de abrir la puerta cuando dice:

—Si alguna vez necesitas que te lleve...

Tiene la mirada fija en el volante, y lo aprieta y lo suelta con las manos una y otra vez.

—Gracias, Charlie.

Abro la puerta y corro bajo la lluvia.



TREINTA Y NUEVE

JULIAN

Después de clase corro para alcanzar a Adam justo cuando todos están metiéndose en su coche. Charlie va detrás, así que supongo que ya no está enfadado con él.

—Hola, Julian —me saluda Jesse, a la vez que Adam pregunta:

—¿Hoy no tienes ensayo?

—Pues... no.

—¿En serio? Sólo quedan unos dos días para la representación.

No deja de mirarme como si sospechara que miento y se planteara la posibilidad de echarme a patadas de su coche.

—Es que no dejo de meter la pata —reconozco al fin, demasiado avergonzado para mirar a nadie—. La señorita Cross le ha tenido que dar mi papel a otra persona.

—Deberías habérmelo contado —dice mientras mete la marcha—. Habría practicado contigo.

Levanto la vista y, como me encuentro a Emerald mirándome con los ojos rebosantes de compasión, tengo que bajarla.

—No es para tanto —comenta Charlie—. ¿De verdad querías participar en

la obra?

—No. —Pero sí, sobre todo porque Adam parecía pensar que era asombroso que me hubieran dado el papel—. Supongo que no.

Después de dejar a todos en sus casas, Adam me lleva a la suya en vez de a la mía. Cuando entramos, se va directo al enorme ordenador del escritorio del salón.

—Voy a buscar el guión —avisa mientras se sienta—. Vamos a repasar tus líneas.

Aunque no fuera demasiado tarde, no quiero ponerme en ridículo leyendo delante de él. Ya no soy un crío de primaria.

—No.

Por un momento parece sorprenderle mi negativa, pero después le da un empujoncito a la silla que está al lado de la suya.

—Julian... —dice en un tono mucho más firme de lo normal en él—. Venga.

Los pies se me mueven solos hasta acabar sentado al escritorio. Frustrado, dejo caer la cabeza sobre los brazos estirados.

—Estás líneas son bastante difíciles —opina al cabo de un minuto—. Enderézate. Sólo quiero que las leas, ¿vale?

—No puedo.

Me tira del cuello de la camiseta lo justo para obligarme a mirar a la pantalla.

—Inténtalo.

Así que lo intento, y la verdad es que voy bien hasta que llego a la tercera.

—Pa-par... partalea.... ¿Ves? ¡Te he dicho que no puedo!

Dejo caer la cabeza.

—Sí que puedes. Lo estabas haciendo bien. Enderézate.

Hago lo que me pide.

—Lee otra vez esta palabra.

La delimita con los dos índices para que sea lo único que vea.

—Pa-partalea.

—Patalea —me corrige.

—Patalea.

—¿Y la siguiente?

—No lo sé.

Vuelve a delimitarla igual que antes.

—¿Of-ofendida?

—Bien. Ahora empieza esa línea desde el principio.

—«Patalea ofendida por cualquier ni-nimiedad, dice cosas du-dudosas».

Miro a Adam. Él asiente, así que sigo leyendo.

—¿Ves? —dice, sonriendo—. Te las sabes. Es que te habías atascado con una palabra. Ahora, repítelo.

ADAM

En vez de ir a comer, me acerco al departamento de Lengua. La señorita Cross está comiéndose un sándwich con una mano mientras escribe en el ordenador con la otra. Llamo al marco de la puerta.

—¡Adam! —exclama, sonriente, y eso le transforma la cara por completo—. ¿Cómo está mi alumno favorito del mundo mundial?

—Eso se lo dirá a todos, ¿no?

—No, en absoluto —responde, seria.

Acerco una silla para ponerla frente a su escritorio y me siento.

—Ya que soy su alumno favorito del mundo mundial, quería saber... —ella entorna los ojos, exagerando su cara de sospecha— si podría hablar con usted

sobre Julian Harlow.

—No me lo puedo creer.

Deja su sándwich sobre una servilleta.

—¿El qué?

—¿Esto va de que le vuelva a dar el papel del caballero?

—¿Cómo lo sabe?

—Eres la tercera persona que viene a hablar hoy conmigo sobre el tema.

—¿En serio? ¿Quién más ha venido?

—Emerald y otro chico que quiere permanecer en el anonimato.

—Venga, vamos, dígamelo.

—Charlie Taylor.

—¿Charlie? —pregunto entre risas.

—Te diré lo que les he dicho a ellos: Julian es un chico muy dulce, le di el papel porque... El tema es que es demasiado difícil para él.

—No lo es.

—Llevamos con esto casi un mes y todavía no ha...

—Es que se pone nervioso, pero anoche lo memorizó entero. —Me doy cuenta de que se lo está pensando, así que insisto—: ¿Por favor? Estaba muy decepcionado. ¿Le puede dar al menos una oportunidad de demostrarle que es capaz de hacerlo?

—¡Está bien! ¡Está bien! Pero, sinceramente, Adam, si no puede hacerlo, no puede hacerlo. No quiero que se suba a ese escenario y se ponga en ridículo si no es capaz.

—Puede.

JULIAN

Me siento en una de las cajas volcadas del pasillo que recorre el lateral del salón de actos. Lo han bloqueado con algunas paredes divisorias y lo usamos a modo de vestuario porque no cabemos todos entre bambalinas. Al menos cincuenta chicos chillones se están vistiendo y maquillando a mi alrededor.

Ayer, la señorita Cross me dijo que se lo había pensado y que estaba dispuesta a darme otra oportunidad. ¡Y conseguí recitar mis líneas! Fue un... alivio, pero ahora que la representación está a punto de empezar estoy nervioso. Oigo a las familias que esperan en el vestíbulo de entrada al teatro, y cada pocos minutos aparece un chico o una chica para entregarle claveles a algún actor; los padres pueden comprarlos por dos dólares y enviarlos detrás del escenario antes de la obra.

De repente, una voz aterrada grita tan alto que la oímos por encima del caos:

—¿Por qué están los de último curso entre el público?

—¿Qué? —chilla otro.

—¡Los de último curso! Un grupo grande.

Un revoltijo de chicos de noveno corre a la pared desmontable y se asoma.

—Ay, mierda —gime uno—. Van a hacernos algo. ¡Lo sé!

—Dios mío, son ellos —dice Kristin, horrorizada—. ¿Por qué han venido?

Me entra curiosidad, así que me levanto y me asomo entre sus cuellos, aunque no logro ver nada con tanta gente en medio. Entonces oigo mi nombre. Los demás se apartan lo justo para que consiga ver a Adam sonriendo y saludándome con la mano. El pasillo entero me mira. Finjo no darme cuenta mientras me abro paso entre la muchedumbre de novatos para meterme en la muchedumbre, aún mayor, de familiares.

Adam y Emerald sonrén, cogidos de la mano. A su lado están Charlie, Allison, Camila, Matt, Jesse y muchos más de los amigos de Adam.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —inquiero.

Adam me lanza una miradita entre la risa y el mosqueo. Charlie me dedica una versión más dura de la misma cara.

—¿Tú qué crees? —me responde Adam, interrogante.

—No lo sé. Me dijiste que las representaciones eran horribles, que los estudiantes nunca asistían.

—Hemos venido por ti, estúpido —aclara Charlie, aunque sonrío.

—Ah.

—¿No te tienes que disfrazar? —pregunta Adam.

—Sí.

Charlie señala hacia la zona de vestuario.

—¡Pues vete!

—Vale. ¡Adiós!

Me despido de ellos con la mano y vuelvo a zambullirme entre la gente. Los nervios que tenía hace unos instantes han desaparecido y ahora noto un calor por todo el cuerpo. Entre el público habrá gente a la que quiero. Sus ojos son redes de seguridad, no puedo fallar.

ADAM

La representación es tan horrible como siempre, así que, al cabo de cinco minutos, no puedo parar de moverme.

Charlie me da un pisotón.

—Gilipollas —le suelto, haciendo una mueca de dolor, y eso parece alegrarle.

Cinco segundos después vuelvo a moverme, sin intención de fastidiarlo, aunque es un agradable efecto secundario.

Se suceden las lamentables muestras de mala interpretación, y yo me pongo

más nervioso. No dejo de pensar en lo que mencionó la señorita Cross, en que no quería que Julian se humillara en público. Quizás haya cometido un error al presionarlo. ¿Y si no sale bien? ¿Cuáles serán las consecuencias?

Entonces, por fin, en el acto IV, Julian sale al escenario. Lleva una chaqueta de terciopelo abullonada, pantaloncitos hasta las rodillas y unos horribles leotardos morados. Charlie se ríe, de modo que me toca a mí pegarle un pisotón.

Aprieto la mano de Emerald mientras Julian recita su primera línea. Esa era la parte fácil.

La madre de Hamlet responde, y entonces aprieto con más fuerza la mano de Emerald y recito los versos mentalmente, como si se los pudiera enviar por telepatía. Julian responde, quizá no con un vozarrón, pero pronuncia todas sus palabras bien y con claridad.

Mientras abandona el escenario, rompo en un estruendoso aplauso que no es nada apropiado para esta escena tan sombría. Emerald me mira y se ríe, sorprendida, antes de ponerse a aplaudir, y Charlie, Camila y los demás compañeros a los que he arrastrado hasta aquí se ponen en pie y lo vitorean.



CUARENTA

ADAM

Julian y yo estamos dando nuestro intrincado paseo hacia el despacho de la doctora Whitlock cuando me pregunta:

—¿Quieres saber dónde suelo comer?

Lo miro, sorprendido.

—Claro.

—Te lo puedo enseñar, pero...

—¿Qué?

—Tiene que ser un secreto.

—Vale, ahora sí que siento curiosidad.

—No se lo puedes contar a nadie.

—No lo haré. —Todavía parece vacilar, así que lo repito—: No lo haré.

—Vale. —De repente, sonrío—. Sígueme.

Nos dirigimos al salón de actos, y lo sigo mientras sube corriendo unas escaleras montadas entre bambalinas y llega al desván con el atrezo, que está sobre el teatro. Se mete detrás de una vieja cómoda y aparta dos tablas sueltas como si fuera un mago.

Me agacho y me asomo a la oscuridad.

—¡Hay otra habitación! —exclamo, asombrado.

Sin embargo, no veo cómo se puede llegar hasta ella sin arriesgarse a matarse en la caída. Faltan demasiados tablones en el suelo, y debajo hay unos diez metros de oscuridad.

Julian se introduce en el estrecho espacio y pisa una tabla. Cuando llega al final y dobla las rodillas igual que si fuera a saltar de un trampolín, le grito:

—¡Espera, Julian!

Pero ya está surcando el aire.

Aterriza en el otro cuarto, se vuelve y me mira con cara de preocupación.

—A lo mejor no deberías hacerlo —duda—. Tendrías que saltar y...

—¿Y qué?

—Que te caes mucho. Incluso..., incluso cuando andas con normalidad.

Si me lo llega a decir otra persona, habría pensado que estaba pasándose de listo, pero viniendo de Julian no es más que preocupación sincera. Calculo la distancia y, en realidad, es poco más de medio metro.

—Creo que puedo.

Aunque no parece convencido, retrocede lo suficiente para permitirme saltar el estrecho pasadizo. Cuando lo consigo, Julian esboza una sonrisa esperanzada y le digo:

—Cómo mola. —Pero no mola. Es poco más que un armario, uno quemado y reconstruido que sigue oliendo a podrido—. ¿Aquí comes todos los días?

Asiente.

Eso es todavía más deprimente que este cuarto. Llevamos aquí menos de dos minutos y ya estoy aburrido y desesperado. Me pongo a pasear, me asomo por la ventanita, doy otra vuelta y acabo tropezando con algo: una pila de cuadernos apelotonados en una esquina.

—¿Qué es esto? —inquiero mientras me agacho para recoger uno.

—Ah..., nada... Bueno, sólo...

Lo abro y me encuentro con la escritura jeroglífica de Julian, salvo que más cuidada que antes y no tan complicada de entender... con algo de esfuerzo.

Me acerco a la ventanita redonda y empiezo a leer. Entonces, a pesar de que esta habitación está demasiado oscura y abarrotada, me siento en el suelo y me pongo a pasar una página tras otra.

Cuando levanto la vista, Julian me está observando mientras se mordisquea el pulgar.

—¿Cómo lo haces? —pregunto.

Me mira con cara de preocupación.

—¿El qué?

—Escribir cosas así. ¿Cómo se te ocurren?

Leer su historia me recuerda... lo que sentía cuando leía los libros de Elian Mariner. Lo mucho que me gustaban y lo estupendo que era encontrarse de improviso en otro mundo. Julian parece todavía más preocupado que antes, así que me doy cuenta de que se lo tengo que aclarar.

—Es muy buena, Julian. Muy, muy buena.

Se le queda la cara paralizada durante un minuto entero y después esboza una amplia sonrisa.

Me pongo de pie y le doy el cuaderno.

Entonces suena el timbre y parece estar mucho más lejos de lo normal.

—¿Tienes hambre? —De nuevo me asalta la imagen de Julian comiendo aquí solo, entre las sombras.

—Sí.

—Deberías comer en la cafetería. Quiero decir, ¿por qué comer solo cuando tienes amigos?

JULIAN

Noto que mis compañeros me miran con curiosidad cuando entro en la cafetería por primera vez.

La gigantesca habitación está llena de gente, y Adam camina deprisa, de modo que corro para seguirle el ritmo porque temo perderlo entre la multitud.

Cuando llegamos a su mesa, me resulta un poco incómodo encontrar un asiento donde en realidad no lo hay y él se pone a hablar de inmediato con Emerald, así que no hablo con nadie.

Entonces Jesse me pregunta si quiero escuchar su iPod. Sin esperar respuesta, me mete su auricular en la oreja.

—Está bien—comento.

Mientras hablamos sobre nuestra música favorita, Adam me dice que me beba la mitad de su zumo verde. Camila le ordena que me deje en paz, pero me lo bebo de todos modos, y entonces Adam suelta algo gracioso y me río con todos, y es igual que bailar en la fiesta de Emerald..., la misma conexión eléctrica.

Esa sensación me acompaña todo el día, y me imagino que puedo verla como se ve el halo dorado que rodea a los ángeles en los cuadros. Sigue ahí cuando entro en la casa después de clase; una red de seguridad, una estela de oro, de alegría.

Tardo un momento en percatarme de su presencia. Russell. Está de pie en la esquina de la cocina, oscuro como una sombra e inmóvil como una estatua, excepto por la vena que le palpita en el cuello como un insecto.



CUARENTA Y UNO

JULIAN

—Parece que el autobús te ha traído muy deprisa —comenta Russell.

—Sí.

Se me queda mirando como si con la intensidad adecuada fuera capaz de ver la verdad escrita en mi frente.

—¿Qué llevas puesto?

—¿Qué?

—¿Qué parte de la pregunta no has entendido?

—Ninguna, es que... es una camiseta.

—Sé que es una camiseta —responde con una sonrisa—. ¿De dónde ha salido?

—De un amigo del instituto.

—¿De un amigo? —Deja escapar una risita incrédula—. ¿Y por amigo te refieres a Adam?

—Sí.

—Entonces, ¿primero se pasea por mi casa y ahora te viste con su ropa?

—No se pasea por la casa.

—¿Es que no ha estado nunca aquí?

—Me refiero a que sólo entró esa vez. No ha vuelto.

—¿Por qué te ha dado ese chico su ropa?

—No lo sé.

—¿Qué le das a cambio?

—No le he dado nada.

Alarmado, veo que el latido de la vena de su cuello se interrumpe un instante, al igual que la noche que rompió la caracola.

—Eso es mentira.

Doy un paso atrás.

—¿Qué estás haciendo por él?

—No lo sé.

—¿No sabes lo que has estado haciendo?

—Quiero decir que no he estado haciendo nada.

—Debes de estar haciendo algo. La gente no regala cosas sin ningún motivo.

—Lo siento.

—Eso no es una respuesta.

—No conozco la respuesta.

—¿Te has estado quejando? ¿Le has mentido sobre mí?

—No.

—Entonces, ¿por qué?

—Creo que pensaba que mi ropa me quedaba pequeña.

—Así que sí te has quejado.

Sacudo la cabeza.

—Seguro que sí. ¿Crees que me voy a creer que, sin venir a cuento, ese chico se ha fijado precisamente en *ti* y en tu ropa?

—No lo sé.

—Julian... —dice, y mi nombre es una burla—, ¿por qué se iba a fijar en tu

ropa?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

—Él sólo pretendía ser amable. Es mi amigo.

—Te conozco desde que naciste. —Se le tuerce la boca a un lado en una especie de sonrisa—. No tienes amigos.

Se me saltan las lágrimas, aunque no estoy triste; estoy...

—¿Por qué te está dando su ropa?

... enfadado.

—Porque creía que la necesitaba.

—¿Por qué?

La furia se me enrosca en el estómago como una serpiente.

—Porque la mía no me sirve.

—¿Y cómo lo ha sabido él?

—¡Porque tiene ojos en la cara! —exclamo mientras cierro los puños.

Creo que es la primera vez que veo a Russell sorprendido. El caso es que lo está, con la mandíbula colgando y los ojos muy abiertos: sorprendido. Pasa un minuto entero sin que ninguno de los dos hable.

Entonces se le vuelve a mover la cara y se pone rojo.

—Ve a por eso.

—¿Q-qué?

—No me lo vuelvas a preguntar. Que vayas a por eso.

—¡Pero si no he hecho nada!

—¡Ese chico, Adam, te ha estado metiendo cosas en la cabeza! Antes no me contestabas así. —Se acerca a la cómoda, abre de golpe el cajón de abajo y saca la vara—. Quítate la camiseta.

Detrás de los ojos veo la furia en el rostro de Adam la noche que Russell me golpeó con la caracola. Mi corazón es un puño que se abre y se cierra, y

que crece con cada latido.

—¡No he hecho nada malo!

La vara vuela. Relámpagos rojos de dolor. Un dolor que no está bien ni me corresponde recibir. Caigo, arrodillado dentro de la rabia de Adam.



Cuando despierto, estoy entumecido y dolorido. Miro hacia la cómoda, pero no hay ni dinero ni caracola. El poco valor que reuní anoche ha desaparecido y lo único que queda es arrepentimiento. El camino hasta el instituto es largo, así que tengo que prepararme.

Me muevo a cámara lenta. Me duele todo.

Acabo de ponerme las deportivas cuando Russell aparece en la puerta.

—Hoy te llevo yo —dice, cosa que no ha hecho ni una sola vez. Jamás.

—Gracias.

Mientras recorremos las calles en silencio, se me revuelve el estómago. Temo marearme y vomitar, y no quiero ni imaginarme lo que pasaría si ensucio sus asientos de cuero. Me abrazo y pienso en cosas bonitas.

El aparcamiento está lleno de chicos cuando llegamos, pero, en vez de dejarme bajar, aparca.

—Vamos al despacho del director, vas a dejar el instituto.

—¿Dejarlo? ¿No..., no voy a seguir yendo a clase?

—Nora ha aceptado que vayas a vivir con ella.

No quiero vivir con la hermana de Russell. No quiero mudarme ahora que tengo amigos, pero por fin ha pasado: lo he presionado demasiado.

—Llevo casi cinco años intentando cuidar de ti y sigues siendo un mimado.

Mientras Russell firma formularios y espera en el despacho principal a que le den mi historial académico, cierro los ojos. Si me concentro, puedo doblar cucharas e incluso el tiempo.

Sin embargo, de algún modo, estamos de vuelta en su coche y no he cambiado nada en absoluto.

Cuando mete la llave para arrancar, pregunto:

—¿Puedo despedirme de Adam?

Se enfada tanto que temo que me pegue aquí mismo.

De repente, se ríe.

—Crees de verdad que es tu amigo, ¿eh?

No respondo.

—Adam es el mismo chico, ¿verdad? ¿Ese con el que vivías?

Asiento.

—¿Es el mismo chico al que le importabas tanto que no te llamó en todos esos años? ¿El mismo chico que le suplicó a su madre que te echara para poder recuperar su dormitorio? No es tu amigo. Tienes que recordar quién ha estado de verdad a tu lado durante todo este tiempo.

Miro por la ventanilla. Ha sonado el timbre y el aparcamiento se ha quedado vacío.

—¿Te sabes su número? —me pregunta.

Asiento con cautela.

Se saca su móvil del bolsillo y me lo pasa.

—Que sea rápido.

No es lo que le pedía; lo que quiero es salir y despedirme en persona. Pero querer no es lo mismo que tener.

Saco de la mochila el cuaderno en el que llevo apuntado el número de Adam y marco. No espero que lo coja a estas horas, y no lo hace, sino que salta directamente el contestador y una voz robótica me pide que deje un mensaje.

—Hola, Adam —empiezo mientras Russell me observa—. Quería decirte que me mudo con la hermana de Russell y... sólo quería despedirme.

—Espera aquí —me ordena cuando aparcamos en la entrada.

Me quedo en el asiento, mirando al frente sin ver. Al cabo de un rato, cuento los minutos que transcurren: diez, veinte, treinta.

Russell llama a la ventanilla de mi asiento y apunta con su largo dedo hacia atrás, lo que significa que tengo que salir del coche.

¿También significa que deja que me quede?

Lo sigo al interior de la casa, a mi dormitorio. Mi baúl está abierto y vacío, ha metido su contenido en dos cajas de cartón. Me señala una maleta y me dice:

—Llénala.

Aturdido, saco la ropa del armario.

Estoy cerrando la cremallera de la maleta cuando regresa y se apoya en el quicio de la puerta.

—Llevas mucho tiempo viviendo aquí. No tenías a nadie y yo te di una casa.

Asiento.

—Quería hacer lo correcto después de la muerte de tus padres. Yo era poco mayor que tú cuando murió el mío.

—Lo sé. Lo siento.

—Cuando eras más pequeño, a veces tus padres te traían aquí.

—Lo..., lo recuerdo.

—Les daba igual cómo te comportaras, cuántas cosas ensuciaras, lo fuerte que gritaras. Si los interrumpías, sonreían. —Le brillan los ojos de furia—. Y esperaban que yo también me sometiera a los caprichos de un crío. Que dejara lo que estuviera haciendo porque tú querías cantar. —Cada vez está más enfadado y cada vez parece más grande—. Ninguno de vosotros se quedaba satisfecho hasta que todo el mundo te miraba. —La vena del cuello le empieza a palpar—. Eras un mimado. —Respira hondo—. Pero conmigo... —añade,

más calmado— empezaste a convertirte en alguien mejor. No sé bien qué ha sucedido este año —se saca algo del bolsillo—, pero no creo que sea demasiado tarde. —Un candado de plata reluciente y pesada—. Creo que todavía puedo enseñarte algo.

—¿Enseñarme el qué?

Me mira como se mira un cuadro, una estatua o cualquier cosa que no te devuelve la mirada.

—Métete en el baúl.

—¿Qué?

—Métete en el baúl.

—Pero... voy..., voy a casa de Nora.

—No, Julian. No vas.



CUARENTA Y DOS

JULIAN

Miro de Russell al baúl y después a la puerta. Parece saber lo que estoy pensando, porque se le tuerce el rostro hasta convertirse en algo terrible.

—Deja. De. Enfrentarte. A. Mí.

Intento pensar en qué decir para eliminar esa expresión, pero lo que me aparece en la cabeza es un recuerdo de la clase de Ciencia de la señorita West. Un cerebro enfermo. Algo que bloquea el espacio entre las neuronas para que no pueda atravesarlas ningún mensaje.

—Estoy intentando darte una oportunidad. —La voz de Russell es casi amable, y eso me sorprende tanto que tengo que mirarlo de verdad—. ¿Preferirías que te echara?

—¿No..., no quieres que me vaya?

—No —responde—. No quiero que te vayas. —Se me llenan los ojos de lágrimas, un choque entre el alivio y el recuerdo de otros rechazos—. ¿Quieres otra oportunidad?

Asiento rápidamente.

—Una más. Es lo único que estoy dispuesto a darte.

—Gracias.

Me arrodillo hasta que tengo la cara apretada contra el frío metal del suelo del baúl, después inclino las rodillas a un lado en una incómoda contorsión. Por un segundo, se me pasa por la cabeza que tengo que volverme para encontrar una postura mejor, pero la tapa se cierra demasiado deprisa. Oigo un roce de metal contra metal cuando coloca el candado en su sitio. Suena muy lejos.

Me muevo e intento sacar las manos de donde las tengo, atrapadas bajo el pecho, pero no hay sitio. Está demasiado oscuro. No puedo moverme. Ya he empezado a sudar por culpa del calor y del miedo. El sonido de mi respiración se oye más fuerte en el baúl y va muy deprisa. No tendré suficiente aire.

Intento liberar de nuevo los brazos, pero me golpeo los codos contra las paredes. El ángulo extraño de las caderas empieza a dolerme; no hay forma de enderezarse.

Está demasiado oscuro.

Oigo el latido del corazón en los oídos, tan rápido y alto que me planteo si me estaré muriendo. Entonces se me desgarran un músculo del hombro y, no sé cómo, me muevo y me giro lo bastante para verla: luz.

Cuando tenía nueve años, unas cuantas horas antes de marcharme de campamento, encontré mi paquete de estrellas que brillaban en la oscuridad y lo pegué en la parte interior de la tapa del baúl. ¿Por qué lo hice? Así era imposible verlas.

El eco de mi risa entrecortada rebota por el pequeño espacio. Ahora respiro mejor. Levanto la vista y me quedo mirando la tapa, que se expande y sube cada vez más alto hasta dejar de existir. Estoy tumbado bajo un cielo infinito lleno de estrellas.

ADAM

Me canso de dar vueltas delante de la clase de Julian al cabo de unos dos minutos, así que llamo. Su profesora se asoma.

—Hoy no ha venido —me dice, y cierra la puerta.

Genial, eso significa que me espera otra hora de aburrimiento sentado en el despacho de la doctora Whitlock.

Me vibra el teléfono: es un mensaje cabreado de Charlie. Su profesora de Química la ha tomado de nuevo con él. Mientras le respondo, tropiezo con una papelería y me caigo al suelo. Al ponerme en pie, me doy cuenta de que tengo un mensaje de voz.

—No tiene sentido —le repito a la doctora Whitlock por tercera vez—. Julian me habría avisado si pensara mudarse.

—No sé qué decirte, Adam —responde. Está sentada a su escritorio amarillo, repasando una gruesa carpeta de archivos—. Su tío firmó los papeles esta mañana.

—Así que ha decidido que Julian se mude cuando nos falta... ¿Cuánto? ¿Un mes para que acaben las clases? ¿A usted le parece lógico?

—No —coincide—, no me lo parece.

JULIAN

Al despertarme, me palpita de dolor todo el cuerpo. Me duelen los codos, los hombros y las rodillas, incluso más que los cortes que me laceran la piel. Tengo sed. Tengo calor. No sé cuánto tiempo ha pasado. Todavía respiro con

dificultad, como cuando estoy resfriado. Las estrellas parecen menos brillantes, o quizá sea que veo borroso.

No, definitivamente brillan menos.

Entonces lo recuerdo: tienen que absorber luz para brillar. Levanto la mirada con el cuello doblado en un ángulo extraño mientras espero, aterrado, a que el resplandor de las estrellas se pierda en la nada.

Está demasiado oscuro. No puedo respirar.

Quiero gritar, pero puede que me oiga Russell. Araño el metal. ¡Tengo que salir!

Entonces mis dedos lo encuentran: un agujerito redondo.

En vez de sentirme aliviado por tener asegurado el aire, me imagino a Russell taladrando los agujeros en el baúl que me regalaron mis padres y se me revuelve el estómago.

Me aprieto un poco más las rodillas contra el pecho. Necesito hacer pis. Al cabo de un rato, eso es peor que todos los cortes y todas las articulaciones doloridas.

Justo cuando creo que ya no voy a aguantarlo más, oigo el inconfundible ruido del candado al abrirse. La tapa se levanta, y me pongo derecho de un salto mientras respiro todo el aire que puedo. Empuja hacia mí un vaso de agua fría. Lo cojo con manos temblorosas y bebo; después digo:

—Baño.

Russell me observa con fría curiosidad. Cuando asiente, me pongo a correr dando tumbos, igual que hace Adam.

Después de usar el váter, me dejo caer en el suelo para apoyar la cara en las frías baldosas. Las paredes, los suelos y la luz son de un blanco resplandeciente. Puedo estirar los brazos y las piernas, y está frío, muy frío.

La alta sombra de Russell se proyecta sobre mí.

—Levanta.

Ni siquiera deseo salir de esta habitación, pero apoyo en el suelo las palmas de las manos para ponerme de pie y regreso a mi cama dando un traspiés.

—¿Adónde vas? —inquire.

Toso. Tengo la garganta seca. Ojalá hubiera bebido más agua.

—¿A dormir?

Sacude la cabeza y señala el baúl.

—Lo siento —digo, y me echo a llorar.

—Otra vez te enfrentas a mí.

Se da la vuelta y sale del cuarto. Me tiro en la cama, aunque unos minutos después el dolor me recorre los hombros y la espalda.

—¡Para! ¡Por favor! —Levanto los brazos, pero los músculos no me funcionan, así que me golpea en la cara. La vara sigue cayendo—. ¡Me iré con Nora!

La vara para de golpe y la expresión de Russell da más miedo que nunca.

—¿Quieres irte?

—No —respondo, y niego con la cabeza—. No.

Todavía sostiene la vara y tiene el rostro desenchajado.

—Después de todo, ¿quieres irte?

—No. —Niego de nuevo con la cabeza, parece que no me oye. De repente, la vara cae otra vez a una velocidad de vértigo—. Lo siento.

Me pongo de pie y me acerco al baúl, tambaleándome.

Me sigue golpeando mientras me meto dentro.



CUARENTA Y TRES

JULIAN

Antes había luz, dos rayos finos como lápices que atravesaban dos de los orificios, pero ahora está todo a oscuras. Tengo calor. Tengo sed. Tengo hambre. Súbitamente, siento un ataque de pánico y quiero gritar.

«Piensa en cosas bonitas».

Si pienso en cosas bonitas, puedo respirar. Me imagino a Elian Mariner. Estoy a bordo de su barco, y su barco puede ir a cualquier parte.

Respiro mejor y no tardo en calmarme tanto que me quedo medio dormido. Más pensamientos entran y salen de mi cabeza. Mi madre..., mi padre..., Emerald..., Adam.

¿Cuánto tiempo ha pasado?

No lo sé.

Al cabo de un rato, sólo soy capaz de pensar en una cosa: tengo que orinar. Cuento hasta sesenta y después vuelvo a hacerlo diez veces más. Diez minutos. Veinte. Treinta. Cuarenta. Cincuenta. No es una decisión. No tengo alternativa. No puedo aguantarme más.



No siempre se puede controlar lo que se recuerda. Como la cara de mamá cuando me enfadaba y le decía que quería más a papá. O la cara de papá cuando me enfadaba y le decía que quería más a mamá. Esa clase de recuerdos parece atada a una misma cuerda: si miras uno, no puedes evitar verlos todos. Todas las cosas malas que has hecho.

Igual que aquella vez que salimos de paseo y encontré los bebés de rana; mi madre no me dejaba llevármelos a casa, así que me los escondí en el bolsillo. Y la vez que encontré el nido de petirrojo con tres huevos todavía dentro; mi padre me dijo que no lo tocara, pero yo me lo llevé a escondidas al colegio para enseñarlo en clase.

Cuando saqué las ranas del bolsillo, estaban muertas.

Cuando llegué al colegio, mi profesora me explicó que la mamá pájaro no regresaría al nido, por mucho que lo devolviera al árbol. Los pájaros no nacerían.

No pretendía matar a las ranas. No pretendía matar a los pájaros.

Mis padres me pidieron que no llorara. Mi padre me cogió en brazos y me dijo: «Va a darte dolor de cabeza». Pero ya me dolía. Me la restregó con sus dedos de color arcoíris mientras mi madre intentaba consolarme: «Ha sido un accidente, nada más». Pero *accidente* no era la palabra adecuada para describir una muerte..., para describir una muerte que has provocado tú.

Los recuerdos de *accidente* también están todos atados a la misma cuerda. El accidente que tuve en el colegio, en segundo, cuando mi madre tuvo que ir a llevarme unos pantalones limpios; cuando derramé sin querer pintura roja en el sofá y cuando la trabajadora social me contó lo de mis padres. Un accidente, nada más que un accidente.

Creo oír el candado. En ocasiones me parece oírlo y al final resulta que no es nada, pero ahora es real. La tapa se abre. Russell debe de estar de pie junto a

mí, aunque sólo percibo una luz tan fuerte que me lagrimean los ojos. Pero la luz fuerte es buena. Activará las estrellas. Cuanto más tiempo permanezca abierto el baúl, mejor.

Me bebo de un trago el vaso de agua que me pone en la mano. Se me aclara la vista y veo que Russell tuerce el gesto. Olisquea el aire, asqueado, y yo me encojo de vergüenza. Lo único que dice es:

—Ducha.

Los brazos y las piernas me duelen mucho más que antes, pero el agua es agradable. Cojo el jabón y me restriego el cuerpo y el pelo, que apestan. El agua está fría cuando salgo.

Noto un sabor a rancio en la boca. La puerta del cuarto de baño está abierta de par en par, y no veo a Russell. A toda prisa, sin molestarme en poner la pasta de dientes en el cepillo, me la echo directamente en la boca. Está tan dulce y es tan sólida, tan parecida a la comida, que antes de pensarlo ya me la he tragado.

Cuando la sombra de mi tío aparece en la puerta, estoy tosiendo.

Me giro, aunque noto sus ojos en la espalda. Me lanza unos pantalones de chándal al suelo. Me los pongo, vuelvo tambaleándome al baúl y me meto dentro. Levanto la mirada para decirle con ella: «¿Ves? Lo estoy haciendo. Lo hago». Sin embargo, no leo nada en su cara. Fría, impassible. Cierra el baúl. Cuando levanto la vista, las estrellas vuelven a brillar con fuerza.



CUARENTA Y CUATRO

JULIAN

¿Cuántos días han pasado?

No lo sé.

Hay un patrón: me despierto con los rayos de luz, tengo hambre, me da agua y uso el servicio. A veces me consigo aguantar hasta que viene a por mí.

A veces, no.

El baúl se abre. Los ojos me lloran a causa de la luz.

—Bien —dice Russell. Hoy lo he conseguido.

Después de usar el servicio, me dejo caer en el suelo. Todavía estoy ahí cuando me pone un plato al lado. Es un sándwich de jamón york y queso. Se me vuelven a empañar los ojos, ahora de la emoción. Que yo recuerde, es la primera vez que me prepara la comida.

Intento darle las gracias, pero las palabras no me salen, así que asiento y espero que lo entienda. Sabe bien, aunque de repente se me revuelve el estómago y me dan arcadas.

La aprobación que antes le veía en la cara desaparece.

—Ve más despacio.

Cuando le doy otro mordisco, siento otra arcada. Se acerca para llevarse el

sándwich y, sin pensar, me lo pego al pecho. Le palpita la vena del cuello cuando me lo arranca de las manos y lo tira a la basura.

Lo he vuelto a hacer. Me he enfrentado a él. Deja de luchar. Déjalo.

Me levanto, tembloroso, y me arrastro hasta el baúl, que está cerrado. Levanto la pesada tapa con las dos manos y me meto dentro. No tardo en oír el candado al cerrarse. Miro hacia arriba, a oscuras, y empiezo a llorar.

Un recuerdo muy claro. Estoy tumbado en mi colchoneta durante la hora de la siesta, en la guardería, y echo de menos a mis padres de esa forma tan dolorosa con la que se echa de menos a alguien que ha muerto. Empiezo a llorar y a llamarlos. Debía de tener tres o cuatro años, y me acuerdo que creía que, si decía sus nombres, ellos me oirían dondequiera que estuviesen. Podía ver mis pensamientos atravesando las nubes y el espacio exterior, como magia, para encontrarlos. Me oirían llamarlos y vendrían a por mí.

Sé que no sirve de nada, pero es lo que hago ahora: proyecto pensamientos y susurro nombres. Intento enviar un mensaje que nadie recibirá.

ADAM

—¿Qué te pasa? —me pregunta Emerald.

Estamos tumbados en su cama, bajo su manta de mariposas. Tiene la cabeza apoyada en mi pecho y yo le recorro el largo cabello suelto con los dedos hasta llegar a sus hombros desnudos.

—¿Te has tomado tus gránulos? —añade.

—Sí, ¿por qué?

—Porque estás raro..., no sé, ansioso.

—Siempre estoy ansioso.

Pero sé a qué se refiere. Sin duda es más intenso de lo normal, aunque no es como con el TDAH, sino...

—¿Estás nervioso?

—No. —Sabe que nunca me pongo nervioso.

—Pareces nervioso.

La beso con la intención de distraernos a los dos de lo que sea esto.

—Ah, sí —dice unos minutos después—. ¿Por qué no me has respondido hoy? Te he enviado unos cien mensajes.

Gruño y me tapo la cara con las manos.

—Otra vez no, Adam. Dime que no lo has hecho otra vez.

—Vale, es que estaba en la furgoneta. Enchufé el móvil y se me olvidó que tenía un vaso de agua en el sujetavasos. En fin, es que nunca lo hago. ¡Siempre uso botellas!

—Así que se te cayó en el agua.

—Mi madre dice que está harta, que no me compra otro.

—No la culpo. —Se ríe—. ¿Cuántos móviles llevas este año? ¿Diez?

—Cuatro —la corrijo.

—Prueba con arroz.

—¿Qué?

—Mete el móvil en un cuenco lleno de arroz. Se supone que absorbe la humedad. —Me besa en el pecho y vuelve a apoyar la cabeza—. Has memorizado mi número, ¿no?

No deja de insistir en que es de vital importancia porque siempre estoy perdiendo y rompiendo mis teléfonos, pero sospecho que es porque cree que saberme su número de memoria es... romántico.

—Sí.

Me da otro beso y, durante unos minutos, ninguno de los dos habla. Entonces rompe el silencio:

—¿Todavía no sabes nada de Julian?

—No. Es muy raro. Ya ha pasado más de una semana y nada.

—Te llamó antes de irse, ¿no?

—Sí...

—Quizás esté demasiado ocupado. Con la mudanza y eso.

—Quizá. —Pero no lo creo. Tengo un mal presentimiento que no se va, como un dolor de muelas del que no puedes librarte—. Voy a ir mañana a su casa. Le pediré el número de su tía.

Emerald se sienta y me mira.

—¿Crees que su tío te lo va a dar?

No. Probablemente no lo haga sólo por fastidiar.

—Lo obligaré.

Ella parece preocupada, aunque también le resulta gracioso.

—Voy contigo.

—No. —No quiero que se acerque a ese tío—. No me pasará nada.

JULIAN

Recuerdo que una vez tuve dolor de muelas y el mundo se redujo a esos dos centímetros de sufrimiento. No existía nada más fuera de ellos. Era de esa clase de dolor que te define, y sabes que podrías librarte de él si pudieras arrancártelo del cráneo y tirarlo lejos.

Es lo que siento ahora en el lado derecho de la espalda, debajo de las costillas. Me duele todo, pero parece haber convergido ahí.

Muy poco a poco, los puntos de dolor se multiplican hasta que no sé cuál es peor. Por un segundo pienso en algo aparte de esa sensación, pero después se va. Es parecido a tener metida una canción en la cabeza, aunque una sin letra.

Una percusión constante, un ritmo de batería, dolordolordolor. No se puede apagar. No se puede arrancar.

Russell abre el baúl.

—Ducha —dice—. Apesta.

Me duele demasiado para moverme.

—¡Ahora!

Desencajo mis extremidades. A pesar de no tener fuerzas para gritar, me oigo hacerlo de todos modos, ya que me rebota por el interior de la cabeza.

Llorando, me quito los pantalones y me arrastro hasta la bañera; soy incapaz de abrir el grifo. Russell deja una cuchilla en el estante, a mi lado, y se va. No puedo cogerla. El simple hecho de estar sentado me duele, así que me dejo caer.

Estoy tumbado de lado contra la fría porcelana cuando oigo que llaman a la puerta.



CUARENTA Y CINCO

ADAM

Impaciente, vuelvo a llamar a la puerta. El llamativo coche de Russell está en la entrada, así que sé que está en casa. Por fin abre. El tío de Julian no está en su mejor momento: tiene la ropa arrugada, varios días de barba sin afeitarse y el pelo sudoroso se le mete en los ojos.

—¿Sí? —Muestra una sonrisa forzada.

Este es el hombre que pegó a Julian, el hombre adulto que es tan grande que hace que Charlie resulte enclenque. Reprimo la furia que me hierve dentro y abro la boca para preguntar por el teléfono, pero en vez de eso, me sale:

—¿Puedo coger una cosa del dormitorio de Julian? Le presté un libro y necesito recuperarlo.

Se ríe como si le hubiera contado un chiste.

—Le prestaste un *libro* a Julian, ¿eh?

—Sí.

—Se llevó todas sus cosas.

—Me dijo que se le olvidó meterlo en la maleta. Me dijo que se lo dejó en su cuarto.

—¿Eso te dijo? —Entorna los ojos—. ¿Y cuándo fue eso?

—Pues... hace un par de días.

Me lanza una mirada asesina, como si supiera que miento.

—Creo que lo comprobaré de todos modos —insisto, e intento pasar junto a él, lo cual es una estupidez; el número de su tía no va a estar colgado en la pared de su cuarto ni nada parecido.

Russell me empuja hacia la calle y cierra la puerta, aunque se queda fuera.

—Te he dicho —me ladra a la cara, enseñándome sus diminutos dientes blancos— que no está aquí.

Me alegro mucho de que Julian ya no viva con él, porque es aterrador, joder, y para Julian debe de serlo aún más.

Doy un paso atrás con las manos levantadas.

—Vale, lo capto. He perdido el número de su tía. Si me lo da, me voy y ya está.

—Que has *perdido* su número.

Tiene la costumbre de repetir todo lo que dices, como si fuera algo tan inverosímil que hasta tú te lo empiezas a cuestionar.

—¿Sí?

—Pero él tiene el tuyo, ¿no?

—Sí.

—Entonces estoy seguro de que, si quisiera hablar contigo, te habría llamado.

Y, lo mismo que la vez anterior, me cierra la puerta en las narices.

JULIAN

Me ha parecido oír a Russell hablar con alguien, aunque ahora sólo hay silencio.

—¿Qué estás haciendo? —me chilla cuando entra en el cuarto de baño—. ¡¿Qué haces ahí tumbado sin más?!

Intento responder, pero no puedo. Oigo que los grifos se abren y después el agua que me cae encima, igual de helada que la que me cayó cuando Charlie me recogió en pleno aguacero. Russell sigue gritando, ordenándome que me bañe, que me afeite, que me lave el pelo. Intento alzar los brazos, pero me duelen y me echo a llorar.

—Si no te vas a lavar, será mejor que salgas.

Cada movimiento es lento y doloroso. Ponerme los pantalones del pijama es insoportable, lo mismo que volver a meterme en el baúl. Cuando se cierra, me rodea la oscuridad.

«Piensa en cosas bonitas».

Elian. Estoy en su barco. Puedo ir a cualquier parte.

No obstante, la imagen se rompe.

El baúl se encoge y siento como si yo también me encogiera hasta desaparecer en algún lugar. El lugar entre mundos. La fracción de segundo que transcurre desde que Elian sale de donde está hasta que llega adonde va. La gran extensión de océano entre las costas que los marineros *inuit* tanto temen.

Es el lugar en el que desapareces.



CUARENTA Y SEIS

JULIAN

Mi lámpara, la de la base con forma de media luna, debe de haberse roto o la bombilla se ha fundido, porque mi dormitorio está completamente a oscuras. Mi padre está sentado al borde de mi cama; me habrá oído llorar. Me aparta de la cara el pelo sudoroso. Hace demasiado calor. ¿Por qué hace tanto calor?

Es verano... Hoy hemos visto los fuegos artificiales. Paseamos por la playa. Encontré la concha más grande que había visto en mi vida; mi madre me aclaró que era una caracola. Me dijo: «Pégatela a la oreja. Escucha». El aire atraviesa sus cámaras y suena como el mar.

Pero hace demasiado calor. Me duele la cabeza. Quiero un trapo húmedo. Quiero la tele puesta. Quiero a mamá. Intento decirle todo eso a mi padre, pero él se adelanta:

—Es hora de dormir.

—No puedo.

No me hace caso; siempre ocurre cuando le digo que no me duermo. Sin embargo, esta vez es distinta. Estoy enfermo. Me duele.

Mi padre me está preguntando algo:

—¿Cuántas estrellas?

—No lo sé.

—Ya conoces las reglas —insiste con voz dulce—. ¿Cuántas?

Levanto la mirada hacia el cielo negro como el carbón.

—No veo ninguna estrella.



CUARENTA Y SIETE

JULIAN

¿Cuánto tiempo? No entra luz. ¿Me la he perdido? ¿O es demasiado pronto?
¿Cuánto tiempo llevo dentro de esta caracola? Mi eco rebota por las cámaras
de la eternidad. No soy real.

Estoy mojado. Tengo hambre. No va a volver.

Está oscuro.

Tengo miedo.

No voy a salir nunca.

Grito y arañó las paredes de la caracola. Se produce un reluciente estallido
de dolor, huesos rotos, pero sigo golpeando.

Entonces, caigo.

Mi cara se golpea contra algo frío: metal.

Mis dedos encuentran dos agujeros. Intento meter un dedo por ellos, pero
da con algo suave, duro y frío. He volcado mi caracola. Tengo que enderezarla
para no ahogarme. Golpeo la pared con los hombros, pero pesa demasiado.
Lucho contra el metal, la gravedad y las olas; estoy tan cansado...

Me cuesta respirar.

Puedo oír el mar dentro de la caracola.

ADAM

Me despierto agitando los brazos y las piernas. Ya se me ha olvidado qué sucedía en la pesadilla, pero recuerdo la sensación... de asfixiarme. Bajo de la cama de un salto, demasiado espabilado para dormirme. Salgo de la casa en silencio para no despertar a mi madre, me meto en la furgoneta para ir a casa de Emerald... Entonces se me ocurre que quizás ella también esté dormida.

No hay nada abierto, así que conduzco sin rumbo hasta que me encuentro al lado de la casa de Julian. La farola se refleja en las dos filas de ventanas cuadradas y las hace brillar como si fueran dientes. No hay luz dentro, lo que tiene sentido, ya que es más de medianoche. El coche de Russell no está en la entrada, aunque podría haberlo guardado en el garaje.

Me dirijo a la puerta y llamo al timbre. Cuando el sonido rebota por la casa, siento una punzada de inquietud. Es probable que Russell me dé una paliza por despertarlo, pero me da igual: ya que he llegado hasta aquí, no pienso marcharme sin el número de teléfono.

Sin embargo, no se enciende ninguna luz ni sale ningún capullo cabreado a la puerta. Resulta bastante evidente que no hay nadie. De todos modos, me resisto a volver al coche, no sé por qué.

Lo que hago a continuación es de una estupidez tan asombrosa que de inmediato me pongo a planificar mi defensa para cuando llegue la policía: he dejado mi medicación para el TDAH, y la impulsividad es la principal característica de mi condición. No es culpa mía haber roto la ventana de la casa de mi amigo.

Al ver que no suena ninguna alarma, meto la mano a través de los cristales rotos, procurando no cortarme, y abro el pestillo. Después levanto la ventana y me cuelo dentro; hago un montón de ruido al caer al suelo. Este allanamiento de morada no me está saliendo demasiado bien.

Me pongo de pie como puedo, listo para que Russell entre en la habitación y me grite por estar aquí. O puede que me tome por un puñetero ladrón y me ataque con un arma. Me quedo paralizado.

Todo sigue en perfecto silencio.

Respiro hondo y me llega un asqueroso olor a rancio de lo que tiene que ser el dormitorio de Julian; enciendo la luz. Hay una maleta contra la pared.

—¿Julian? —chillo, a pesar de que, de haber alguien en la casa, habría oído mi fantástica entrada.

Paso junto a la cómoda y el baúl, y entro en el cuarto de baño; salgo y entro en la sala de estar, y después vuelvo al dormitorio. Levanto la maleta: pesada, llena de sus cosas.

Empiezo otra vez a dar vueltas por el cuarto. Aquí no hay nada, pero algo va mal, lo noto. Abro cajones en busca de algo, no sé el qué. Me arrodillo para abrir el baúl.

Está volcado de lado, así que lo pongo derecho entre gruñidos. Pesa mucho más de lo que me esperaba. Por un segundo, me quedo mirándolo, desconcertado por el enorme candado y los agujeros taladrados en el lateral, y se forma una idea en la cabeza..., una idea tan horrible que el corazón se me dispara hasta el cerebro y empieza a palpitarme de tal modo que el ruido sustituye todos los pensamientos.

Tiro del candado, que no cede. Entonces me llama la atención un brillo plateado: una llave encima de la cómoda. La cojo. Con dedos temblorosos, la meto en el cierre, que se abre, y levanto la tapa.



CUARENTA Y OCHO

ADAM

Me pitan los oídos como si una bomba sónica acabara de rasgar el aire. Se interrumpen todas las frecuencias, todo se vuelve blanco. Estoy sordo. Estoy ciego. El corazón se me ha ralentizado y se ha quedado frío. No puedo moverme.

Julian está dentro del baúl.

Su cuerpo está doblado en una postura imposible. Tiene verdugones de un rojo reluciente y moratones por los brazos y la espalda. La sangre se le ha secado bajo la nariz y la boca. Se le ven todas las costillas. Le sobresalen los omóplatos, afilados como alas.

Dentro del baúl, el enfermizo olor a rancio del dormitorio es más fuerte: una mezcla de sudor, sangre y orina. No se mueve, ni siquiera un temblor cuando la luz cae sobre él. Ni una señal de que siga respirando.

Entonces percibo un movimiento tan pequeño bajo los afilados hombros que ni siquiera sé si me lo he imaginado. Después, un sonido, un diminuto carraspeo.

Abre los ojos.

Siento un alivio tan tremendo que me quedo sin fuerzas. Está vivo, aunque

no parece verme. Parpadea y lagrimea como si mirara al sol.

Se impulsa para salir, pero no puede. Intento levantarlo, pero se aparta de mí y vuelve a hacerse un ovillo en el fondo. De repente se me ocurre una idea aterradora: Russell. Él hizo esto y podría regresar en cualquier momento. Meto la mano en el bolsillo para sacar el móvil... y entonces recuerdo — mierda— que está en mi mesita de noche, dentro de un cuenco de arroz.

Empiezo a hablar, a repetir el nombre de Julian una y otra vez en un tono que pretende ser tranquilizador, aunque soy presa del pánico. Lo toco y ahora deja que lo levante. Procupo evitar cualquier zona que parezca magullada o cortada, pero es imposible. Tengo las manos bajo sus frágiles brazos cuando le ceden las piernas y se derrumba en el suelo.

—Ábrelo —pide—. Por favor.

—Julian, estás fuera. Ya estás fuera.

—Ábrelo... por las estrellas.

No entiendo lo que dice.

—Julian.

Se desliza por el suelo bocabajo e intenta abrir el baúl sin mucho éxito, ya que no puede levantar bien los brazos.

—No pasa nada. No tienes que volver a meterte.

Sin embargo, sigue tirando con desesperación de la tapa mientras murmura algo sobre estrellas. Intento cogerlo, pero retrocede y se cubre la cabeza con los brazos.

—¡Julian! —Me aterra que Russell aparezca en cualquier momento—. Tenemos que irnos ya.

Él parpadea. Parece comprender algo.

—¿Adam?

—Sí.

—¿Puedes verme?

—Puedo verte.

Él asiente y cierra los ojos.

Lo levanto del suelo con facilidad; me gustaría creer que es porque estoy rebosante de adrenalina, aunque sospecho que en realidad es porque pesa muy poco.

Cuando llegamos a la calle, su cuerpo pierde todas las fuerzas y casi tengo la certeza de que ha dejado de respirar.

Atravieso a toda velocidad las puertas automáticas de urgencias con la desagradable sensación de estar haciéndolo todo mal. Su cabeza rebota de la misma forma que la de una muñeca; debería frenar y sujetarle bien el cuello, pero está demasiado inmóvil y tiene la piel fría y pegajosa, igual que la de un reptil.

Me detengo un minuto y examino la gran sala blanca. ¿Dónde están las multitudes de pacientes llorosos y ensangrentados? ¿Dónde están las mujeres que gritan agarrándose el vientre mientras las llevan a la sala de partos en silla de ruedas? ¿Dónde están los putos médicos?

A través de una ventanita de cristal, en la otra punta de urgencias, veo a una mujer que escribe con calma en su ordenador. Echo a correr y le grito:

—¿Un poco de ayuda?

Está claro que me ve —nos estamos mirando a los ojos—, pero su rostro no expresa nada. Se levanta despacio y se gira para salir por una puerta trasera que está al otro lado de su pared de cristal.

—¡Eh!

Doy una vuelta por la habitación vacía.

Un minuto después, se abren unas puertas dobles y la mujer y un tío con barba empujan lentamente una cama con ruedas hacia nosotros. Quizá pretendan calmarme con su tranquilidad casi sedada, pero tiene el efecto

contrario.

—Está muy mal —les explico.

Me lo quitan de los brazos y lo tumban. Los sigo mientras cruzan las puertas empujando la camilla con la misma indiferencia distraída con la que lo hacían cuando estaba vacía. Mientras caminamos, intento responder a sus preguntas, aunque es como si estuviera borracho: mis explicaciones no tienen sentido y se me traba la lengua.

Metan a Julian en un cuartito en el que la señora letárgica le envuelve el escuchimizado brazo en un manguito para tomarle la presión. Cuando pita, le murmura algo al de la barba y de golpe ya nadie parece indiferente. Verlos mutar de aburridos a frenéticos resulta aterrador.

Un montón de trabajadores del hospital surgen de la nada y se mueven en grupo sin tropezarse entre ellos y hablando en clave; no los entiendo. Me aplasto contra la pared e intento no estorbar.

Una mujer clava una vía en la parte superior de la mano de Julian y se la pega con esparadrapo mientras otra persona le pone una máscara de oxígeno. Un hombre alto con bata negra mete una enorme máquina cuadrada en el cuarto y cubre rápidamente el pecho de Julian con unas pegatinas redondas blancas; cada círculo tiene un pezón de plata que se une a un cable que se introduce en la máquina. Otra persona coge el extenso cordón que cuelga del manguito de la presión, que todavía está en el brazo de Julian, y lo conecta a otra máquina. Una enfermera le coloca una pinza en el índice; de la punta sale un cable largo y fino.

En menos de cinco minutos lo han conectado con mucha eficiencia a una docena de aparatos con cientos de cables. Es un cibernético. Un experimento científico.

De repente, todos le abren paso a un joven de bata azul que se inclina sobre la cara de Julian, le abre un párpado con el pulgar y le apunta con una luz al

ojo. Él parpadea, abre la boca como si fuera a hablar y vuelve a desmayarse.

El médico se dirige a mí mientras sigue mirando a su paciente.

—¿Qué le ha pasado?

Mi historia ya es un poco más coherente: «Un baúl. Lo he encontrado en un baúl». Después me pide unos detalles que no puedo darle: «No sé cuánto tiempo llevaba dentro. No sé cuándo comió ni bebió por última vez. No sé cómo se ha hecho tantos cortes y heridas».

El hombre de negro le quita los cables del pecho, deja puestas las pegatinas y anuncia que su electro es normal.

—¿Qué significa eso?

—Parece que su corazón está bien —explica el médico—. Pero tiene baja la presión arterial.

Sigo con la mirada los cables que van del brazo de Julian a una pantalla oscura con filas de relucientes números verdes.

Una mujer de pequeña estatura entra con un carro lleno de tubos de ensayo. Me produce un poco de aprensión verla sacar tubo tras tubo de sangre de su brazo. Después se va y añade los cinco recipientes llenos a su colección.

A continuación aparece otra mujer con una bolsa de plástico con un líquido que rápidamente cuelga de una percha plateada que hay junto a la cama. Luego conecta un estrecho tubo de plástico entre la bolsa y la vía de la mano de Julian.

Julian. Dios. Siempre había sido delgado, pero ahora está esquelético: se le marcan todas las costillas, casi se le ve el corazón a través de la piel.

—¿Se va a poner bien? —pregunto en voz alta.

—Sabremos más cuando estén los resultados de los análisis de sangre. — La expresión del médico no me da mucha confianza—. También me gustaría hacerle un TAC y una resonancia.

—¿Un TAC? ¿Por qué...?

Antes de poder terminar, una enfermera me coge del hombro y me pide que salga al pasillo. Fuera hay tres agentes de policía con los *walkie-talkies* funcionando. Uno de ellos, enorme y con el ceño fruncido, se acerca a mí.



CUARENTA Y NUEVE

ADAM

—¿De verdad es usted un poli? —le suelto.

Él me lanza una mirada asesina y me enseña la placa.

—¿Así que no va a arrancarse la ropa de repente y empezar a bailar?

No tengo ni puñetera idea de por qué le he preguntado eso. Quizás está sufriendo una crisis nerviosa. El agente Clark —según la etiqueta plateada que lleva en la solapa— parece más un *stripper* que un policía de verdad, o quizá sea que le ha encogido el uniforme en la lavadora. Si no estaba cabreado antes, ahora sí que lo está.

Me arrincona contra la pared y me ladra:

—Cierra la boca y enséñame una identificación.

Saco mi carné de conducir de la cartera y él lo examina con cuidado buscando en él alguna pista; después se lo pasa a otro poli.

—¿Eres el que lo ha encontrado?

—Sí.

—Necesito que me cuentes qué ha pasado exactamente.

Mi historia tiene más sentido esta vez, aunque todavía sigue sin cuadrar mucho.

—Entraste en su casa sin permiso.

—Sí.

—¿Porque tenías un mal presentimiento?

—Sí.

—¿Y por qué tenías ese mal *presentimiento*?

Le cuento que hace unos meses a Julian le pegó su tío, por lo que, sí, tenía un mal *presentimiento*.

—¿Lo denunciaste?

—No.

En su rostro no veo ninguna censura obvia —no ha perdido la mirada asesina desde que llegó—, pero percibo la crítica de todos modos. Debería haberlo denunciado. Lo sé.

Entonces me pregunta:

—¿Dónde están sus padres?

—Muertos.

—¿Otros familiares?

—No.

Decirlo en voz alta resulta doloroso y deprimente. No tiene familia. A nadie.

Entonces, Clark empieza a querer saber cosas para las que no tengo respuesta:

—¿Dónde trabaja Russell?

—No lo sé.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Tengo que volver a entrar ahí...

—No, tienes que contestar a mis preguntas.

Me aprieto la cabeza con las dos manos y resisto el impulso de tirarme del pelo.

—No lo sé.

Frunce el ceño aún más, algo que no creía posible.

—Espera aquí, contra la pared.

Los demás agentes y él se reúnen como un trío de jugadores de fútbol americano y hablan demasiado bajo para que los oiga.

Veo a Julian en mi cabeza, con las extremidades retorcidas dentro del baúl como si lo hubieran tirado desde lo alto de un rascacielos. El baúl estaba volcado de lado. Los orificios de ventilación estaban tapados. ¿Cuánto tiempo llevaban así?

¿Y si no se me hubiera ocurrido ponerlo derecho? ¿Y si no hubiera ido a su casa?

Uno de los polis, este más joven y delgado, levanta la mirada.

—¿Te has metido algo? —inquire.

—¿Qué?

Me acorrala igual que antes hiciera Clark, me mira a los ojos y me huele.

—¿Por qué mueves así el pie?

—¡Estoy nervioso! Y tengo TDAH.

—Baja la voz. Ahora mismo.

—Lo siento. Ha sido una noche demencial y sólo quiero ver a mi amigo.

Sus ojos oscuros se vuelven medio compasivos.

—Espera un minuto más.

Clark se me acerca con andares de chulo y me pone el carné en la mano.

—Volveremos más tarde para hablar con el chico.

Genial.

Regreso al cuartito justo cuando sale la cama de Julian. Una enfermera me explica que se lo llevan a radiología y que tardarán un rato.

Me quedo de pie en la habitación, ahora en silencio, mirando como un tonto el hueco vacío que ha dejado la cama. Me tiemblan las piernas y recuerdo mi

año de novato, aquella vez que me desmayé corriendo por el campo, en agosto. Recuerdo el latido en la cabeza, el cuerpo tembloroso, la forma en que el cielo parecía convertirse en mil puntos negros.

Las piernas se me vuelven de goma y me encuentro deslizándome por la pared hasta aterrizar en el suelo. De cerca, las baldosas están demasiado sucias para ser un suelo de hospital. Debería comentárselo a alguien.

No sé bien cuánto tendré que quedarme sentado antes de ser capaz de levantarme y preguntarle a una enfermera si puedo usar el teléfono. Sólo me sé un número de memoria.

No se me ocurrió que, después de hablar con Emerald, ella llamaría a todas las personas que conocemos. Julian lo odiaría, pero ver a mis mejores amigos entrar corriendo en la sala de urgencias en pijama o con la ropa arrugada y puesta de cualquier manera me pone un inesperado nudo en la garganta.

Emerald, Charlie, Allison, Jesse, Camila y Matt están formando un semicírculo a mi alrededor y me miran con preocupación; de nuevo tengo que explicar lo que ha pasado. Esta vez me sale como a un profesional y menciono con calma todos los hechos pertinentes.

Parecen interpretar mi pausa para tomar aire como la señal para echarse a llorar: Emerald y Allison tienen los ojos llenos de lágrimas, y —Dios— a Charlie se le ve un brillo sospechoso antes de que se dé la vuelta con el ceño fruncido de rabia. Estiro las mejillas en lo que espero que sea una sonrisa tranquilizadora mientras les cuento que todo va bien, de verdad. Que deberían irse a casa y dormir un poco. Me responden con miradas de pasmo y luego, casi sincronizados, se sientan en la sala de espera. El nudo esofágico se magnifica mientras asiento igual que un loco.

Les digo que volveré con ellos en cuanto vea cómo está Julian y regreso unos minutos después sin saber más que antes. Mis amigos tienen el aspecto

enfermo y triste de los asistentes a un velatorio. Emerald llora en silencio, con la cara roja, sentada en uno de los bancos con tapicería de vinilo gris. Jesse está hundido en el banco, cerca de ella, con la notable ausencia de sus cascos, y tamborilea un ritmo con aire solemne en la mesa.

Camila y Matt se han sentado juntos en otro banco y hasta se han cogido de la mano. Los dos llevan camisetas y pantalones de pijama de cuadros rojos, y siento curiosidad por si lo harán así siempre: si se vestirán a juego cuando están en casa.

Charlie se encuentra al otro lado de la enorme habitación y pasea en círculos como un perro enfadado con la pálida sombra de Allison detrás. Todos parecen traumatizados. Mientras yo me muevo de uno a otro como el anfitrión de la fiesta de pijamas más deprimente del mundo: beso el pelo de Emerald, abrazo a Jesse y le meto chucherías de la máquina a Charlie en los puños, aunque en realidad no estoy seguro de que nada de eso ayude.

A las cuatro de la mañana, vuelvo al cuarto de Julian por enésima vez y el médico me dice que los resultados ya están listos.

Casi todo normal. Sin daño cerebral. Sin fallo orgánico. Pero está exhausto, deshidratado, no respira bien por sí solo y tiene la presión demasiado baja. Lo van a ingresar en el hospital y lo trasladan a una habitación en la que se quedará hasta que recupere las fuerzas.

Cuando informo a mis amigos de todo esto, parece uno de esos momentos en los que se supone que deberíamos dar saltos de alegría por el alivio. Sin embargo, tienen aspecto de estar cansados y deprimidos, como si el agotamiento de Julian nos afectara a todos.

Emerald me da la mano y tira de mí como si esperase que me fuera con mis amigos, que empiezan a ponerse en movimiento.

—Me quedo —le digo.

—Tienes que dormir un poco.

—Puedo dormir aquí.

—Adam...

Parece querer añadir algo, pero al final me da un beso y se marcha con los demás.

Los miro mientras desaparecen al otro lado de las puertas automáticas.



El nuevo cuarto de Julian está completamente a oscuras, salvo por un panel de luces fluorescentes detrás de su cama, lo que le da el aspecto de una extraña pieza de museo, con todos los cortes y magulladuras iluminados a la perfección. Tiene el índice y el anular de la mano derecha envueltos en vendas, lleva puesta una máscara de oxígeno y está conectado a tantas máquinas como antes. Despide un olor antiséptico; es probable que lo hayan lavado antes de ponerle el camión del hospital.

De repente, siento un escalofrío. Russell debe de haber llegado ya a casa y habrá visto que no está en el baúl. ¿Y si intenta encontrarlo? ¿Y si viene aquí?

Doy un bote cuando una enfermera me toca el hombro para decirme que estará a cargo de Julian hasta que acabe su turno, a las siete de la mañana.

—¿Qué le ha pasado en los dedos? —susurro, aunque él no dé muestras de despertarse.

—Están rotos. —Deben de notárseme las náuseas en la cara, porque añade —: Ahora no le duele, el médico le ha dado morfina. —De fondo se oye un ruido, un par de compases de música sacados de un escalofriante camión de los helados—. Ha nacido un bebé.

—¿Qué?

—Esa nana suena por todo el hospital cuando nace un bebé.

Sonríe como si fuera algo dulce, aunque a mí me parece retorcido. Es decir, todo el mundo, todos los que estén en el hospital pueden oírlo, pero ¿por qué?

¿Para que, mientras te mueres, puedas meditar sobre tu mortalidad y el ciclo de la vida?

La enfermera señala una butaca reclinable de rayas naranjas y amarillas que está frente a la ventana.

—Eso se transforma en cama —me explica—. Te traeré unas mantas.

—Gracias.

Aquí hace un frío que pela, incluso más que en el instituto, lo que no creo que sea bueno para los enfermos.

No tardo en encontrarme debajo de una fina manta sobre la dura cama individual plegable. Estar tumbado en el mismo cuarto que él me recuerda a cuando éramos más pequeños, sólo que ahora cada uno de sus alientos es mecánico y se amplifica como si respirara a través de un micrófono.

Estoy agotado pero demasiado nervioso para dormir. Cuando Julian vivía conmigo, en ocasiones le costaba conciliar el sueño. Recuerdo una vez que yo estaba casi dormido y lo oí susurrar mi nombre.

«¿Adam?».

«¿Sí?».

«¿Me ves?».

Por las persianas venecianas de mi cuarto se filtraba la luz justa para hacerlo.

«Sí, te veo».

«Tengo miedo».

«¿De qué?».

«No lo sé».

«Intenta volver a dormirte».

«No puedo; tengo demasiado miedo».

«Pues piensa en cosas bonitas. Mi madre me lo decía cuando era pequeño».

«¿Cuando eras pequeño te daba miedo?».

«A veces».

«¿En qué pensabas?».

Me puse de lado para mirarlo. Una franja vertical de luz que atravesaba los estores le caía sobre los ojos y le pintaba una máscara.

«En Spider-Man».

Él me miró con los ojos entornados, escéptico.

«¿Fingías que Spider-Man estaba contigo?».

«Bueno, no. Fingía que yo era Spider-Man».

«¿Y eso no te asustaba?».

«Sí, supongo que sí. Pensaba en las películas. Las proyectaba dentro de mi cabeza y después me quedaba dormido».

«Pero Spider-Man da miedo».

«No, qué va. Es asombroso».

«No me gusta ese tío con los brazos de metal».

«¿El doctor Octopus? Sí, supongo que da un poco de miedo. Vale, pues no pienses en eso. Piensa en algo que te guste».

«No sé lo que me gusta».

«Sí que lo sabes. Piensa».

«¿Elian Mariner?».

«Vale, pues piensa en tu libro favorito de Elían Mariner y repásalo entero en tu cabeza. Y procura no pensar en ninguna otra cosa».

Apretó los ojos con fuerza.

«¿Lo estás haciendo?»

Asintió.

«¿Dónde estás?».

«En el barco de Elían. Estoy volando».

La versión mecánica de la respiración de Julian rebota por la habitación. El nudo que me arde en la garganta crece. Algo caliente y mojado me baja por

las mejillas. Estoy llorando con ganas y en silencio contra la rígida manta del hospital. Quiero parar, pero sólo logro ver el rostro del Julian de nueve años cuando le di mi sabio consejo, un rostro asustado y escéptico porque ya debía de conocer la verdad: que los superhéroes no son reales y que, aunque lo fueran, siempre llegan demasiado tarde.



CINCUENTA

ADAM

Al despertarme, oigo un gemido. Una enfermera con cuerpo de luchadora está clavando una aguja en el esquelético brazo de Julian. ¿Cómo es posible que necesiten más sangre?

Tras un breve vistazo al reloj digital de la mesita de noche, descubro que sólo son las siete y media. Debo de haberme quedado dormido, aunque no sé bien cómo. Siempre había supuesto que los hospitales eran sitios tranquilos y silenciosos, pero lo cierto es que están llenos de maquinaria médica que se activa como si fueran alarmas de coche, de enfermeras entrando y saliendo cada pocos minutos, y de los lamentables gritos de la gente enferma que sufre.

Me levanto con la espalda dolorida.

—Hola, Julian, ¿estás bien?

No abre los ojos, aunque gime cuando la enfermera saca la aguja y la vuelve a meter.

—¿Es necesario que sea tan brusca? —le pregunto.

La señora me mira con cara de pocos amigos.

—Tiene unas venas muy pequeñas.

Agarra el otro brazo, le ata una cuerda de goma y le da unas palmaditas con

el dorso de la mano enguantada. Clava de nuevo la aguja. A Julian se le escapan un par de lágrimas que le bajan hacia las orejas.

—¿Julian?

Sigue inconsciente —supongo que atontado por las medicinas—, pero está claro que nota lo que la enfermera le está haciendo. Debe de dar miedo sentir dolor y ser incapaz de hacer algo al respecto.

Apoyo la palma de la mano en su frente como si intentara comprobar si tiene fiebre.

—Ya la está sacando —le digo cuando por fin veo que la sangre entra en el tubo.

Tras reunir cinco frascos, la mujer saca su carrito del cuarto. Las mejillas de Julian siguen mojadas, pero su respiración mecánica es más constante. Me siento en mi cama plegable, que no es mucho más blanda que el suelo, y miro a mi alrededor.

Supongo que anoche no lo vi, pero ahora que entra la luz del día me doy cuenta de que estamos en pediatría. En la pared principal hay un mural con animales de la jungla y de la granja, todos viviendo en perfecta armonía bajo un enorme arcoíris. Es un motivo más apropiado para un niño de cuatro años que para un chico de catorce, y su alegría sólo sirve para entristecerme más.

—¿Adam?

Mi madre está en la puerta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquiero.

No responde, se queda mirando a Julian con cara de asombro y horror. Lo veo a través de sus ojos: las extremidades esqueléticas, los cortes, los cables.

—Siempre te echo un vistazo en la cama antes de irme a trabajar. —Habla conmigo, pero lo mira a él—. Lo pasé mal cuando empezaste a conducir y ya no te tenía que llevar a clase. Me costaba no verte salir por las mañanas. —Hace una mueca—. Esta mañana, cuando he visto que no estabas en tu

dormitorio, me he preocupado mucho. Sé que es una tontería, pero lo primero que se me ha ocurrido es que te habían secuestrado. Antes, cuando eras pequeño, era mi mayor miedo. Íbamos a la tienda y tú saludabas a gritos e intentabas hablar con todo el mundo desde el carrito de la compra; no entendías el concepto de «desconocido». Estaba preocupada, así que, puesto que no podía llamarte, llamé a Charlie.

Cuando empieza a llorar, la abrazo con fuerza.

—Todo irá bien —le prometo.

Ella se endereza de repente, feroz.

—Sí, claro que sí.

Julian se pasa la mañana despertando y perdiendo la consciencia. Una enfermera le inyecta más analgésicos a través de la intravenosa siempre que grita, y yo me retuerzo en una silla metálica al lado de la cama.

Estoy dándole vueltas a la comida de la bandeja que envían desde la cafetería cuando una señora alta y ancha y de piel oscura entra en el cuarto. Lleva un *blazer* morado con hombreras, una falda a juego y un pañuelo de flores que le revolotea alrededor del cuello. Parece que se ha escapado del plató de una serie de los ochenta sobre mujeres en su lugar de trabajo. De algún modo, logra resultar tan majestuosa como ridícula.

—¿Adam Blake? —pregunta mientras me ofrece su mano de uñas pintadas.

—¿Sí? —respondo vacilante, estrechándosela con precaución.

—Me han nombrado tutora de Julian.



CINCUENTA Y UNO

ADAM

La señora me entrega su tarjeta de visita, como si aquello le diera un aire más oficial, y ahí está: «Delores Carter, trabajadora social clínica autorizada».

—Como digo, soy su tutora, me ha nombrado el tribunal. En una situación así, alguien debe tomar decisiones hasta que se pueda nombrar a un tutor permanente. —Mira a su alrededor y se fija en la manta sobre la cama desplegada—. ¿Estás aquí tú solo?

—Sí.

—¿Dónde está tu madre?

—Tengo dieciocho años. —Ella resopla, poco impresionada—. Julian no necesita un tutor. Acabo de hablar con mi madre y ella se va a poner en contacto con el juez. Antes era su madre de acogida y yo tengo dieciocho años, así que podemos tomar decisiones sobre...

—Espera, espera, respira hondo.

Lo hago mientras preparo mi refutación para cuando intente echarme.

—No conozco a Julian, pero no tengo ninguna intención de alejarlo de sus amigos. Eso no le haría ningún bien.

—Gracias —mascullo, y entonces me vuelvo a sentar, muy débil de

repente.

Delores se busca otra silla metálica.

—Antes hacían eso —añade con voz amable, aunque con una intensa fuerza, igual que alguien que lo ha visto todo.

—¿Hmmm? —Intento prestar atención. Sé que tengo que parecer responsable delante de esta señora, pero estoy alterado y cansado.

—Alejaban a la gente. Echaban a los padres de las salas de partos y a las familias de las salas de espera. Ya no tanto.

—¿Por qué no?

—Porque la gente se cura mucho más deprisa si está con alguien que la quiere.

Empiezan a saltárseme las lágrimas y noto una punzada de pánico. Dios, ¿estoy a punto de...? Sí, estoy llorando otra vez. Y una mujer a la que acabo de conocer está apretando mi rostro contra sus hombros morados con hombreras.

No me aparto.

Sobre las cinco llega Emerald cargada con una maceta de jade con una alta flor exótica que no reconozco. Está perfecta, por supuesto, con el pelo retorcido y recogido como si pasara por aquí de camino al baile de fin de curso.

Se detiene al ver a Julian, igual que hizo mi madre esta mañana, y lo mira sin moverse ni hablar. Le arranco la planta de las manos temblorosas y la dejo sobre la cómoda de la esquina. Señalo con la cabeza el pasillo y me sigue. Fuera hay otro mural de una recargada fiesta submarina con sirenas, tiburones, delfines y peces sonrientes.

—No me imaginaba que tendría ese aspecto —susurra. Asiento; no tiene que explicarme a qué se refiere—. Me ha traído Matt. Está abajo con Camila.

Querían subir, pero no sabían si era buena idea.

Cruzo los brazos y me apoyo en la pared, al lado del pulpo más feliz que he visto jamás.

—No, todavía no.

—Pareces cansado. Deberías dormir un poco.

—Sí, ahora mismo me pongo a ello.

Da un respingo, y se le ve en los ojos que está desconcertada y dolida, aunque no me disculpo. Su peinado es perfecto y eso me molesta, por el motivo que sea.

—Adam...

—Debería entrar otra vez.

Me aprieta la mano. No le devuelvo el gesto.



CINCUENTA Y DOS

ADAM

El segundo día de hospital transcurre más o menos de la misma manera que el primero. Julian duerme. Yo doy vueltas, me siento y me trago las asquerosas comidas que me suben de la cafetería. Hay largos periodos en los que no hago nada, interrumpidos por visitas de Delores, de mi madre y de amigos que no pasan del pasillo. Ahora la habitación está salpicada de flores, globos y animales de peluche.

Estoy sentado en la silla, al lado de la cama de Julian, cuando se despierta tan de golpe que doy un bote. Araña el aire y después intenta arrancarse los tubos de la nariz.

—No, déjalos ahí —le digo mientras le bajo las manos.

Se queda quieto y parpadea como si acabara de despertar de una pesadilla.

—¿Adam?

Es la primera vez que le oigo hablar desde que lo traje al hospital... ¿Sólo hace un día y medio de eso?

—¿Sí? —Lo sujeto hasta estar seguro que ha dejado de agitarse y engancho el pie en la silla para arrastrarla hacia delante—. ¿Estás bien?

Es una pregunta estúpida. Los huesos de sus muñecas son nudos grotescos.

Hay una bolsa con azúcar líquido que le baja por un tubo hasta la mano y se le reparte por las venas. Las máquinas le bombean oxígeno a los pulmones, y le miden el pulso y la presión arterial.

En vez de responder, susurra:

—¿Han terminado las clases?

Tiene la voz apagada, ronca, como si sufriera una infección de garganta.

—No lo sé, no he ido hoy.

Miro el reloj de la pared.

—¿Son...? —Baja la vista hacia las pegatinas blancas y redondas que le han puesto en el pecho y después se toquetea los tubos de la nariz. Estoy a punto de decirle que pare cuando su brazo se cae junto al costado porque le pesa demasiado para levantarlo—. ¿Son las vacaciones de verano?

—¿De verano? No, todavía quedan un par de semanas.

Parece tan desconcertado y alarmado que espero que el monitor que le controla el corazón empiece a pitar a toda velocidad, igual que en las películas.

—¿Es el curso que viene?

No entiendo a qué se refiere. No tiene sentido, igual que lo de dejar abierto el baúl para las estrellas.

—¿El curso que viene?

—Me he perdido el curso que viene. Me he perdido el verano.

—No, todavía es este curso. Todavía no han llegado las vacaciones de verano.

Se hunde un poco más en la cama y cierra los ojos.

—Eso está bien. Siempre me lo pierdo. —Entonces abre de golpe los ojos y vuelve a mirar a su alrededor, aterrado, mientras yo clavo la vista en los monitores—. Pero tengo que habérmelo perdido. Me pasé mucho tiempo allí dentro, lo conté. Pero ya no puedo contar. Estaba en una caracola, después la

caracola desapareció y no sabía dónde estaba. Sabía que te habrías ido. Que todos se habían ido.

—¿Dentro de...? Estabas en un baúl, Julian.

—Una caracola. Estaba solo en una caracola.

El miedo y la preocupación se me desbocan, y estoy a punto de llamar a una enfermera, pero no puedo dejarlo así. No quiero inquietarlo inquietándome yo, así que procuro hablar con calma:

—Era un baúl.

Niega con la cabeza, aunque parece funcionar a cámara lenta.

—¿Estás... seguro?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Cuando te encontré, habían pasado diecinueve días desde que dejaste el instituto.

Cierra los ojos. Sus párpados son translúcidos y de color rosa.

—¿Adam? —Me acerco más para demostrarle que sigo aquí, que sigo escuchando—. No me... han parecido diecinueve días. Han sido mil años... Más que mi vida anterior entera. ¿Por qué?

Tengo que esforzarme por paralizar la cara porque está pasando de nuevo: el nudo en la garganta y las ganas de llorar. Me he pasado años sin llorar y, de repente, no soy capaz de parar. A pesar de mi decisión de intentar mantener la calma para tranquilizarlo, necesito parpadear para evitar las lágrimas. Sin embargo, las muy estúpidas no dejan de llenarme los ojos; es un grifo que no puedo cerrar. Se me escapa un aliento entrecortado e intento responder:

—Debió de parecerte una eternidad.

—Pero ¿por qué?

—Porque era horrible.

—Pero ¿por qué las cosas buenas no se hacen eternas? Todo pasó muy

deprisa... antes de que se fueran. Quiero rebobinarlo todo, frenarlo. ¿Por qué es así el tiempo? ¿Por qué va más despacio cuando no quieres y se acelera cuando eres feliz?

Me seco de nuevo la cara.

—No lo sé.

Julian mira hacia la ventana, a pesar de que las cortinas están cerradas y no hay nada que ver. Después deja caer la cabeza con el movimiento espasmódico de un robot que se queda sin energía.



CINCUENTA Y TRES

ADAM

La siguiente vez que se despierta Julian, Delores y mi madre están aquí. Delores se porta bien con él, teniendo en cuenta la situación: intenta que coma algo sin presionarlo demasiado. Aun así, sigue tenso hasta que dejan de hablar con él, momento en el cual centra su atención en el televisor apagado.

—¿Quieres ver algo? —Cojo el mando de la tele que está conectado a su cama y que también sirve para llamar a la enfermera.

No responde que no, así que la enciendo y repaso los canales. Asiente cuando aterrizo en Disney Channel. Ponen una serie que llevo años sin ver, sobre una adolescente con poderes mágicos.

Está absorto en ella cuando el agente Clark y sus amigos taponan la entrada.

—Hemos venido a hablar con Julian Harlow.

Delores se levanta, alta y formidable con su traje de chaqueta rosa chillón. Le deja una tarjeta de visita en la mano a Clark y le dice con autoridad que no piensa irse a ninguna parte. Él parece impresionado.

—De acuerdo —responde—. Los demás, salvo la tutora, fuera.

Julian se encoge en su cama, con los ojos muy abiertos por el miedo.

Delores crece quince centímetros.

—Estará más cómodo si deja que se queden —señala.

Clark y ella discuten un instante, y luego el policía me señala con el dedo.

—Te puedes quedar siempre que guardes silencio y no te metas. Contra la pared.

A Clark le encanta ponerme contra la pared. Mi madre se enfada, pero no rechista.

—Hijo —le dice Clark a Julian—, necesito que me cuentes qué pasó exactamente.

Julian parece pequeño dentro de su camión de hospital, rodeado de polis que ni siquiera se han molestado en sentarse. Veo la impaciencia en el rostro de Clark cuando, en lugar de responder, Julian empieza a tirarse de la venda de uno de sus dedos rotos.

—Tenemos que saberlo, así que te agradecería que cooperaras.

Él asiente, tembloroso, y por primera vez explica con un leve tartamudeo cómo fue su encierro. Al cabo de un rato no soy capaz de seguir mirándolo, así que observo la pared y me concentro en una oveja sonriente.

Cuando deja de hablar, siento náuseas.

—¿Sabes dónde está tu tío ahora?

El tono de Clark es tan frío, tan falto de compasión, que me cabrea.

—¿En el trabajo? Trabaja mucho.

—Tu tío lleva más de un año sin trabajar —le suelta el agente, como si creyera que Julian miente.

Aparto la vista de la oveja sonriente y advierto que mi amigo abre mucho los ojos, desconcertado.

—Pero va a trabajar. Siempre...

—Si sabes algo, tienes que contármelo —lo interrumpe el policía.

—Pero no lo sé.

—¿Podrían darle un minuto? —intervengo.

—Hijo... —dice Clark de la forma más desdeñosa y desagradable que se pueda imaginar—, será mejor que esperes fuera.

Julian parece aún más aterrado.

—No quiere que me vaya —respondo, señalándolo. Su horror resulta evidente.

—¿Te estás negando a salir de este cuarto?

El tono pausado del policía suena a desafío.

Delores se levanta, con un gesto que indica su intención de intervenir, pero antes de que pueda, mi madre se pone delante de mí.

Clark se lleva una mano a la pistolera.

—Señora, dé dos pasos atrás.

De repente, esto se ha convertido en un juego muy peligroso de Simón dice.

—Sí, porque mi madre es una amenaza muy seria —comento.

Furioso, cruzo los brazos sobre el pecho, y casi deseo grabar esto en vídeo para dejar constancia del momento en que dejé de ser yo mismo por completo.

—Si no paras de hablar —me espeta Clark a la cara—, te detengo.

—No puede hacer eso —balbuceo—. No puede detener a alguien por hablar.

El policía saca las esposas con una mano y las agita en el aire.

—Te detendré por interferir en una investigación criminal.

Mi madre desobedece la orden de los dos pasos atrás y me agarra del brazo.

—Adam, vete, por favor.

—¿Me está tomando el puto pelo? —le espeto a Clark—. ¡Mírelo!

Mi madre me tira de la camiseta.

—Adam, vete.

Y eso me cabrea también. ¿Dónde está la persona que es capaz de

enfrentarse a cualquiera? Julian está pálido y tembloroso en su cama, y Clark se atreve a sonreírme. Abro la boca, pero Delores niega rápidamente con la cabeza.

—Estaré ahí mismo, Julian —le digo, y me voy hecho una furia.



CINCUENTA Y CUATRO

JULIAN

Cuando despierto, me encuentro a Adam dormido en la silla que tengo al lado con la boca abierta y un libro de Física en el regazo. Una enfermera alta me saluda al entrar y lo despierta. Se restriega la cara y consigue de algún modo tirar a la vez el libro, el cuaderno y el lápiz.

—Me han dicho que estás listo para darte una ducha —me anuncia la enfermera con una sonrisa de orgullo y un tubo de plástico rosa lleno de provisiones: un camisón nuevo, un champú diminuto y un gel.

—Sí.

Necesito ducharme. Huelo mal, igual que el baúl.

Mientras la mujer me desengancha de la intravenosa, continúa una conversación con Adam sobre el hijo de ella, que debió de empezar mientras yo estaba dormido. Me deja la vía clavada en la mano y envuelta en plástico, y me advierte que no puede mojarse. Después se agacha para desatar el primer nudo de mi camisón.

—¿Qué está haciendo? —digo, y retrocedo. Ella parece sorprendida, como si no tuviera ni idea de cuál es el problema—. Puedo hacerlo yo.

Me ruborizo, aunque no sea más que una de las cien cosas embarazosas que

me han pasado desde que estoy aquí. Hacen preguntas muy personales, te tocan en lugares íntimos y les da igual quién esté delante para verlo.

—Puedo ayudarle yo —se ofrece Adam.

—Que no se caiga.

—No me voy a caer.

Los dos primeros días tenía un catéter. Después usé un cubo de plástico antes de subir al siguiente nivel y que me permitieran ir andando al baño, aunque incluso así me vigilaban de cerca.

En cuanto se marcha la enfermera, quito las piernas de la cama.

—Puedo caminar —le comento a Adam.

—Lo sé.

Aun así, se queda a mi lado hasta que entro en el baño y cierro la puerta. Estoy un poco tembloroso y tengo que sujetarme a la barra plateada que está atornillada a la pared mientras me saco el camisón de hospital. Me recuerda a mi antiguo kimono de kárate, los mismos pliegues y cuerdas ocultas para atarlo todo. También me rendí con el kárate cuando empezó a costarme demasiado. Ahora todo me cuesta. Desatar nudos. Respirar. Pensar.

La bombilla parpadea sobre mi cabeza con un zumbido de estática. Suena como si estuviera a punto de estallar. Empiezo a respirar con pesadez, aunque no sé bien si de cansancio o de miedo. Quiero salir de este cuartito diminuto, pero todavía tengo que ducharme. «Apesta», oigo decir a Russell.

Nadie sabe dónde está. La policía cree que se esconde; me cuesta imaginármelo escondiéndose de alguien. Está donde esté, seguro que está enfadado. Salí del baúl.

Retiro la cortina de la ducha. No hay que subir ningún escalón ni existe barrera alguna, así que me pregunto cómo evitan que se inunde el cuarto. Me meto dentro y me quedo de pie junto al banco que sobresale de la pared. Cuando cierro la cortina, la luz vuelve a parpadear, y de repente el espacio se

encoge y se reduce a la nada.

Noto el corazón en los oídos. El sudor en la nariz. No puedo respirar.

Abro la cortina de golpe.

Intento coger el pomo de la puerta. Está cerrado.

Empiezo a arañar, a gritar de dolor cuando me doy en los dedos rotos.

Abro la puerta de un tirón y caigo fuera.

—¿Qué te pasa? —inquire Adam, que ha corrido a mi lado—. ¿Estás bien?

Se me doblan las rodillas y busco algo; busco estrellas. Él me coge del brazo y me ayuda a mantenerme en pie.

—¿Qué te ha pasado?

—No lo sé.

Asiente como si eso lo explicara todo. Sin soltarme, me da una toalla.

—¿Quieres volver a la cama? No tienes que hacer esto ahora.

—Tengo que limpiarme.

—¿Te ayudaría dejar la puerta abierta?

—No lo sé.

Adam entra conmigo y se apoya en la pared.

—Tú dúchate, que te espero aquí.

Entro otra vez en el plato de ducha. Cierro la cortina.

—¿Adam?

—Sigo aquí.

Abro el grifo. No está helada como la lluvia, aunque tampoco caliente. Me lavo deprisa y empiezo a marearme. Me agarro a las barras metálicas cuando me tiemblan las rodillas. Recuerdo ir en mi bici. Iba tan deprisa... Podría haberme pasado toda la vida pedaleando. ¿Volveré a estar tan fuerte alguna vez?

Me rodeo la cintura con la fina toalla antes de salir. Adam me da un

camisón limpio, pero quiero ponerme ropa de verdad. Me apoyo en él para regresar a la habitación, y me busca ropa interior y pantalones de pijama.

Después pulsa el botón para avisar a la enfermera de que he salido de la ducha y que ya puede volver a conectar la intravenosa y los monitores que me controlan la presión y el pulso. Se me saltan las lágrimas. No quería que la llamara. Sólo quería disfrutar de unos minutos más desenganchado, ser una persona real que puede ir a cualquier parte. Quiero que mi cuerpo vuelva a ser mío.



CINCUENTA Y CINCO

ADAM

He perdido la cuenta del tiempo que llevo en esta habitación. Salí un ratito... ¿Fue ayer mismo? Julian se había quedado dormido, así que corrí por el pasillo para sacar un pudin del minifrigorífico que hay en la cocina para las visitas. Cuando volvía, lo oí llorar porque se había despertado solo. No he salido del cuarto desde entonces.

Los polis siguen sin saber dónde está Russell, lo que me produce de nuevo ese mal presentimiento, el del ciervo en el bosque.

Julian no come, a pesar de que la enfermera lo regañó anoche como si fuera una abuela mandona. Bajo su severa mirada, se hundió más en la cama y masculló:

«Me duele el estómago».

«Tienes que comer —insistió ella—. Hay que devolverte a tu peso ideal».

Él cedió y se bebió otro batido de proteínas, aunque no tocó la comida sólida.

Ahora son más de las doce de la noche y está dormido. La tele sigue encendida. Intenté quitarle el sonido en algún momento —¿ayer?—, pero se despertó con un ataque de pánico y me dijo que había demasiado silencio. Así

que se queda encendida todo el rato, con Nickelodeon, Disney Channel u otro canal para niños.

Estoy tumbado en la cama plegable, junto a la ventana, repasando todos mis mensajes en el móvil nuevo que mi madre me ha traído hace unas horas. Está convencida de que Julian y yo podríamos haber muerto la otra noche y que habría sido por su culpa por no haber reemplazado mi móvil de inmediato.

Hay un millón de mensajes —casi todos de Emerald y Charlie—, aunque también de un puñado de gente que nunca me escribe. No sé si están preocupados de verdad o sólo sienten curiosidad. Decido no responder a nadie y apago el teléfono. Después me tapo con la fina manta, cierro los ojos e intento dormir a pesar de los colores chillones, las agudas voces de los críos y la risa enlatada.

Me despierto dentro de la caja del frigorífico. Es idéntica a como la recordaba, salvo que más pequeña... o puede que yo sea más grande. Las brillantes fotos de insectos de Darren cubren todas las superficies. Sus cuerpos de aspecto prehistórico son grotescos, aunque también tristes. Una clara prueba de todo el tiempo que se pasa aquí solo.

Me llama la atención la foto de un enorme escarabajo de color cobre. Tiene largas antenas, correosas alas negras y relucientes patas azabache con una docena de articulaciones cada una. Estoy mirándolo cuando se le mueve una antena.

Retrocedo de un salto y me golpeo la cabeza contra la pared de detrás, pero el cartón no cede. Está frío e inmóvil, como si fuera de acero pulido. Con la respiración entrecortada, entorno los ojos para observar la foto. No es más que una imagen, no es real. Aun así, mientras la contemplo, las dos antenas se enderezan como si pudieran percibirme. De pronto, mil ojos negros parpadean y la caja se llena de ruido.

Zumbidos, gorjeos, chirridos.

Hay millones de insectos. Vuelan por el aire. Reptan por las paredes. Llenan la caja. Me cubren la piel.

«Adam».

Doy patadas y puñetazos en las paredes, pero son de metal. Grito, pero nadie me oye.

«Adam».

No puedo salir.

«¡Adam!».

Estoy medio sentado, medio tumbado en la cama plegable del hospital. No hay bichos ni ruido, salvo los chirridos de las máquinas de Julian. Me siento, todavía desorientado y asustado. Julian me observa; el televisor proyecta luz sobre su cara.

—Tenías una pesadilla —me dice—. ¿Estás bien?

No lo estoy. Sigo asustado y la habitación es demasiado pequeña.

—Sí. Lo siento. No quería despertarte.

—¿Con qué soñabas?

Aparto la manta de una patada, puesto que tengo calor a pesar del frío que hace siempre aquí, y me levanto.

—Con el baile de fin de curso. Me había citado con tres chicas y ninguna de las tres sabía de la existencia de las otras.

Julian se ríe en voz baja al reconocer la trama de unos cinco episodios distintos de *Nick at Nite* que hemos visto esta semana.

—Averiguan su existencia, claro, y todas se unían para planear unas venganzas terroríficas.

Se ríe de nuevo; tiene toda la pinta de un niño pequeño bajo su montaña de mantas.

Miro la hora.

—Es tarde. Deberías volver a dormirte.

Él asiente plácidamente, aunque espera a verme metido en la cama plegable y tapado con la manta hasta la barbilla antes de cerrar los ojos.



CINCUENTA Y SEIS

ADAM

Julian está viendo una serie horrorosa sobre dos hermanos gemelos que regentan un hotel mientras yo intento, sin mucho entusiasmo, terminar mis deberes de Cálculo cuando Charlie se asoma a la habitación.

—¿Puedo entrar? —pregunta.

—Eh, hola, tío —lo saludo; miro a Julian, que asiente—. Sí, entra.

Charlie le echa un vistazo a las flores y a los globos; parece enorme y fuera de lugar en este cuarto lleno de animales felices.

—No he traído nada.

—No importa —lo tranquilizo.

Se queda donde está, muy incómodo, hasta que empuja una silla con el pie en su dirección. Durante unos minutos, los tres vemos la tele sin hablar, hasta que aparece una enfermera y anuncia que toca otra prueba. Sienta a Julian en una silla de ruedas y se lo lleva.

Todavía mirando hacia la tele, Charlie dice:

—Está bastante machacado.

—Deberías haberlo visto la semana pasada.

—Sí —responde con cara de sentirse culpable—. Quería hacerlo. Es que

no sabía si... No estaba seguro de si...

—No pasa nada, Charlie.

Otro largo rato vacío, salvo por esos irritantes y chillones gemelos, hasta que añade, en el tono de alguien que confiesa un pecado mortal:

—Antes estaba celoso de él.

—Lo sé.

—Quiero decir que estaba muy, muy celoso. —Se examina las manos con cara de culpa—. No sé por qué, pero era como si quisiera pegarle un puñetazo en la cara de lo celoso que estaba.

—Pero no lo hiciste. De hecho, nunca le has hecho daño a nadie. — Todavía está mirando abajo cuando suena la melodía de los helados por los altavoces—. Otro bebé.

—¿Qué?

—La canción. Significa que ha nacido un bebé.

—Ah —responde, y esboza una sonrisa débil—, debe de ser mi hermano.

Un par de horas después, mi madre se queda con Julian mientras yo abandono la habitación por primera vez en varios días. Estirar las piernas me sienta tan bien que prácticamente salgo corriendo de pediatría para meterme en el blanco, aún más frío, del resto del hospital.

Encuentro a Charlie en un pasillo en penumbra con una criatura diminuta envuelta en una manta amarilla; las manos de mi amigo son más grandes que largo el bebé. Me sonrío y no es una mueca burlona, sino una sonrisa auténtica. No hay nadie más por aquí, así que supongo que su padre se ha ido a casa a cuidar de sus otros nueve millones de hijos.

—¿Es Shiv? —pregunto.

Él niega con la cabeza.

—No, le quité la idea de la cabeza a mi madre.

—¿Y con qué se ha quedado?

—Elian.

—¿Elian?

—Sí, igual que en esos libros. Me encantaban cuando éramos pequeños.

—A mí también.

Charlie contempla su diminuta carita.

—Es bastante mono, ¿verdad?

Lo es. Es decir, parece un cachorro de Shar-Pei sin pelo, pero es un humano recién nacido con ojos de recién nacido y... Dios, está pasando otra vez: el nudo en la garganta, la presión en el pecho.

—¿Adam?

Por supuesto, Charlie parece presa del pánico. Es probable que piense que me muero. Me limpio las lágrimas que me caen por la cara, pero tengo una reserva interminable y siguen cayendo. ¿Esto es lo que se siente cuando sufres una crisis nerviosa?

Charlie se levanta y deja al bebé en una cunita con ruedas; después, levanta los brazos como si fuera el monstruo de Frankenstein o se tratara de otra persona. Como si pretendiera abrazar a alguien. Sin embargo, si Charlie Taylor me llegara a abrazar de verdad, sería el fin de los tiempos. Sus brazos monstruosos se acercan.

Es el fin de los tiempos.



CINCUENTA Y SIETE

ADAM

Mi madre observa a Julian mientras este ve la tele cuando Emerald aparece con una bolsa de papel.

—Tus deberes —me indica con una sonrisa forzada.

La acompaño al pasillo y los dos nos quedamos frente a la fiesta bajo el mar.

—Te he enviado mensajes.

—Sí, lo siento.

—Sé que las cosas han estado muy feas por aquí.

—Sí. —Entre nosotros hay tensión y una desconexión extraña, como si no fuéramos los mismos que hace una semana—. Bueno, gracias por traerme esto.

—¿Adam? —Está pálida, tiene los ojos azules muy abiertos, y reparo en que lleva el pelo suelto sobre los hombros—. No importa —dice, y se vuelve de repente—. No es nada.

Después, cuando Julian se ha dormido, mi madre me pregunta:

—¿Estáis bien Emerald y tú?

—Sí. ¿Por qué?

—Te comportas de una forma rara, como si estuvieras enfadado con ella.

Dejo escapar un profundo suspiro porque, en serio, tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

—¿Y por qué iba a estar enfadado con Emerald?

Ella no responde, se limita a mirarme, y desearía que, por una vez, la gente dijera lo que piensa. O la verdad. Si yo hubiera contado la verdad... Pero no la conté. Le hice caso a Emerald.

Lógicamente, sé que no es culpa suya. Sin embargo, no dejo de pensar en que, de haberme llevado a Julian a mi casa, habría llamado a la policía. Y, si hubiera llamado a la policía, todo lo que sucedió después no habría sucedido nunca. Es horrible y es lo típico que puedes pensar, pero no expresar en voz alta.



CINCUENTA Y OCHO

ADAM

—Tienes que volver al instituto.

Es domingo por la noche y Delores me está regañando al lado de una langosta que baila claqué junto a la puerta de la habitación de Julian.

—No puedo.

Sabe cómo se asusta cuando me voy.

—Te has perdido otra semana. ¿Qué va a pensar el juez si el hijo de la mujer que quiere la custodia de Julian acaba en su lista de casos por absentismo escolar?

Sería por algo peor que absentismo. Mis exámenes finales son esta semana y, si no los paso, no me graduaré.

—¿Por qué no le dan el alta de una vez?

—Se la darán cuando empiece a comer.

—Está comiendo... un poco.

—Sí, eso he oído. Batidos de proteínas, no comida de verdad. No puede seguir así.

Sé que debería estar insistiéndole para que coma, pero también sé que lo que ponen aquí sabe a mierda cocinada en el microondas. Si ya tienes

problemas de apetito de por sí, con eso no se van a solucionar.

—¿Qué va a hacer todo el día? Tiene que...

—No estará solo. Hay un programa de terapia para adolescentes abajo.

Podría venirle bien.

—Dios, no querrá ni muerto.

—Pero no estará solo.

Más tarde, después de que se haya ido todo el mundo, salvo Julian y yo, le digo:

—Tienes que empezar a comer.

Parece sorprendido y un poco a la defensiva.

—Es que no tengo hambre.

—No te dejarán salir hasta que comas.

—¿Podrías...?

—¿Qué?

—¿Tirar la comida? ¿Fingir que me la tomo?

—No.

Deja caer los hombros, derrotado.

—No tengo hambre —repite mientras mira el pollo ceroso, las judías verdes mustias y el panecillo duro.

—Al menos prueba el pudin, ¿vale? He sacado estos del frigo de la sala para visitas. Tenemos de chocolate y vainilla. —Agito uno en cada mano—.

¿Cuál quieres?

Él niega con la cabeza, asqueado.

—Ninguno.

—Pues vainilla, entonces.

Le quito la tapa de plástico y meto dentro la cucharilla.

Julian cruza los flacos brazos sobre el pecho con la misma expresión hosca que ponía cuando estábamos en primaria y lo obligaba a leer. Si las

circunstancias no fueran tan horribles, me reiría.

—Te lo vas a comer, Julian.

Ladea la cabeza como un cachorro desconcertado y se hunde en la almohada.

Le da un mordisquito, se estremece y, por un segundo, temo que vomite. Después le da otro.

—Sigue comiendo y saldrás pronto. Quieres salir de aquí, ¿no?

Vacila durante un instante.

—Claro.



CINCUENTA Y NUEVE

JULIAN

Todavía no se me permite caminar grandes distancias, así que Adam me empuja en una silla de ruedas mientras Delores pasea a nuestro lado. El reluciente pasillo me apabulla, está abarrotado, y todavía siento náuseas por el desayuno que me ha obligado a comer.

Cuando Delores llegó esta mañana, me comentó que quería que me uniera a un «grupo especial de adolescentes». Eran chicos que habían estado confinados en el ala psiquiátrica de la sexta planta, pero que habían mejorado y se habían convertido en pacientes externos. Adam no parecía nada sorprendido porque Delores quisiera que pasara el día con unos enfermos mentales.

Los dos hablan alegremente por encima de mi cabeza mientras bajamos en el ascensor a la planta baja. Adam me empuja a través del laberinto de pasillos hasta llegar a una sala blanca con una larga hilera de ventanas por las que entra tanto sol que me duelen los ojos.

En el otro extremo del cuarto hay unas veinte sillas de plástico colocadas en círculo, y la mitad de ellas están ocupadas por chicos mayores que yo. Soy la única persona que no lleva ropa de verdad, la única que va en pantalones de

pijama y calcetines de hospital.

Una chica con la cabeza afeitada se fija en mí de inmediato y observa con compasión mi pulsera y mi silla de ruedas. Dos chicos, uno con más *piercings* que piel, empiezan a discutir; luego se levantan y comienzan a gritarse a la cara. Los demás intentan calmarlos mientras una mujer de bata blanca se coloca entre ellos.

—No quiero quedarme aquí —susurro.

—Te irá bien —responde Delores.

Adam me empuja por la habitación hasta meterme en el círculo.

—Eres nuevo —dice la chica calva.

—No —contesto a toda prisa—. No me voy a quedar. —Me falta el aire—.

Adam...

Él me da media vuelta tan deprisa que me mareo, y de pronto vuelo hacia la otra punta del cuarto. Se detiene junto a una estantería llena de material de bellas artes.

Delores se agacha.

—Respira hondo conmigo —me pide mientras inhala profundamente—. De más abajo: no del pecho, del diafragma.

—No puedo. Duele.

Me da unos toquecitos en el pecho.

—Respiras deprisa y sin tomar mucho aire por culpa del pánico. Inténtalo desde más abajo.

—No necesito respirar, ¡necesito irme!

—Julian —insiste ella con voz grave—, Adam tiene que asistir a clase, así que te vas a quedar aquí.

—Que no puedo... —No hay suficiente aire—. Está demasiado oscuro.

—Venga, Delores —interviene Adam—. Puedo quedarme un día más con él.

Se agacha frente a mí y me seca la humedad de la cara con la manga.

Ella tira de él para levantarlo y se inclina sobre su oreja. La única frase entera que oigo es:

—Será mejor no alargarlo más de lo necesario.

Adam asiente con aire solemne.

—¡Va a ser divertido! —exclama con una voz que, de repente, es chillona y rebosa falsa alegría. Agarra un bote de Play-Doh del estante y lo sostiene en alto como si fuera una prueba—. Te gusta el arte.

—No me gusta el arte.

—Pero me dijiste...

—No era verdad. No me gusta.

—Bueno, pero te gusta escribir historias. Aquí tienes una habitación llena de locos. Seguro que después me cuentas unas historias geniales.

—¡Adam! —No sé si Delores lo regaña en broma o en serio—. Julian, todo lo que se diga aquí será confidencial.

«Confidencial». Odio esa palabra.

Hace un brusco gesto de cabeza dirigido a Adam.

La expresión de mi amigo es demasiado alegre.

—Vale, vamos a ello. —Me empuja de regreso al círculo—. Estaré de vuelta en cuanto terminen las clases —me promete antes de ponerle el freno a la silla para que no pueda escapar.

ADAM

La cafetería está igual que siempre —hace calor y hay tanta gente que parece peligroso—, pero por algún motivo el ruido me irrita. Agotado, funcionando gracias al café que, por otro lado, me pone de los nervios, me apretujo en la

mesa entre Jesse y Matt, frente a Charlie y Allison. Unas cuantas personas que no había visto por la mañana me abrazan y se interesan por Julian.

—Está bien —respondo. No estoy de humor para entrar en detalles.

No puedo dejar de dar toquitos en el suelo con el pie, aunque, por ahora, nadie me ha pedido que me esté quieto. Escucho las conversaciones a medias, ya que una parte de mí piensa en lo que ha sucedido la hora anterior, cuando fui al despacho de la doctora Whitlock. El director Pearce y ella estaban allí, de pie, hombro con hombro. Él llevaba su bastón y parecía más fiero de lo habitual mientras la doctora me preguntaba:

«¿Lo sabías?».

¿Sabía lo que estaba pasando? ¿Lo sabía y no se lo había contado?

Miré a uno y después al otro, y al final lo reconocí: «Sí, lo sabía».

Los ojos de la doctora adquirieron una expresión tan furibunda que daban miedo.

«Deberías habérmelo contado».

«Lo siento», contesté mientras tragaba saliva con dificultad y las lágrimas me enturbiaban la visión. Ella se dio media vuelta y cerró de golpe la puerta de su despacho.

—No estás comiendo —dijo Matt.

Tardo un minuto en darme cuenta de que está hablando conmigo.

—Supongo que eso significa que no tengo hambre.

Abre mucho los ojos, sorprendido porque acabo de responderle de mala manera, pero estoy demasiado enfadado para disculparme.

—¡Hostia puta! —exclama Jesse, y llama la atención de toda la mesa—. Alguien debería tomar nota de esto. Veintiséis de mayo: Adam Blake está de mal humor.

Charlie sacude la cabeza y lanza miradas furtivas de Jesse y Emerald a mí. Jesse pone cara de avergonzarse y los mira con lo que parece una disculpa.

Me da la impresión de que han desarrollado una especie de código Morse a partir de parpadeos y movimientos de cabeza.

Levanto la vista y descubro que todos me observan como si fuera un enfermo mental al que hay que tratar con tiento. Me empiezan a picar una barbaridad los brazos y las piernas. Tiene que ser la cafeína, pero no puedo seguir sentado. No me molesto en despedirme. Me voy sin más.

Todo el día transcurre así: una pérdida de tiempo sin sentido, a la espera de que acabe cada clase. Noto una tensión creciente, demasiados pensamientos llenándome la cabeza, y le doy vueltas a si es así como se siente siempre Julian. Y si lo es, ¿cómo puede funcionar, joder? ¿Cómo es capaz de recorrer el pasillo sin que le rebose? Lo lógico sería que sentir algo así se te viera en la frente, como una marca grabada a fuego.

Voy camino de la séptima clase cuando tropiezo con un obstáculo invisible y me doy contra un chico que más o menos reconozco. No está en mi curso — puede que esté un año por debajo—, pero es más alto y ancho que yo, y tiene la mandíbula cuadrada y una boca que lo hace parecer medio velociraptor.

—Ten cuidado, imbécil —suelta con una mueca desdeñosa, como si hubiera tropezado y caído sobre él a posta.

—Ha sido un accidente, *imbécil*.

A la velocidad del rayo, me agarra la camiseta con los puños y me empuja contra la pared. Mis caderas se golpean contra la fuente —y la encienden—, pero tengo la espalda en el aire, así que acabo agitándome con torpeza. Eso atrae de inmediato el interés de todo el pasillo. Chavales sedientos de sangre nos rodean. Su emoción me deprime.

El tío me mira con rabia asesina, con el estilo exagerado de la lucha libre. Me mantiene sujeto contra la fuente mientras me enseña los afilados dientes, aunque sin decir nada.

—Entonces, ¿me vas a pegar o me puedo ir ya?

Mi pregunta parece pillarlo con la guardia baja, porque me quita los dedos del cuello de la camiseta.

Me enderezo. Tengo la espalda de la sudadera empapada, me moja la piel. Percibo la decepción de la multitud cuando da un paso atrás, lo justo para dejarme pasar.

«¿¿Que te has metido en una pelea??».

A veces cuesta interpretar el tono de un mensaje, pero con Charlie siempre se puede dar por supuesto que grita.

«No ha sido una pelea», le respondo mientras recorro el colorido pasillo de pediatría.

«¿¿Qué coño ha pasado??».

O está preocupado o está impresionado. Ahora mismo me da igual, así que me guardo el móvil en el bolsillo.

Encuentro a Julian sentado en la silla que hay frente a la ventana de su cuarto escribiendo en un cuaderno de espiral. Delores está a su lado; lleva puesto un vestido amarillo chillón y un sombrero naranja, como si fuera un anuncio de la llegada de la primavera. Me saluda, le da unas palmaditas en la espalda a Julian y le dice que tiene que irse corriendo.

—Bueno, ¿cómo ha ido? —le interrogo mientras me dejo caer en una silla metálica.

—¿Tengo que volver?

—¿Tan malo ha sido?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque te hacen hablar.

—¿De qué?

—De nosotros. Todas las cosas buenas que podamos decir sobre nosotros mismos. Teníamos que escribirlas y después leerlas en voz alta.

Parece el infierno particular de Julian.

—¿Y qué has escrito?

Intento cogerle el cuaderno, pero lo retira.

—Es confidencial —afirma, y creo que de verdad se hace el listillo. Muy gracioso.

—Sólo un par de días más. Después podrás salir de aquí.

—¿Querrá Russell...?

Me vacila la sonrisa.

—¿Querrá Russell qué?

—¿Crees que todavía querrá que viva con él?

—Da igual lo que quiera. No vas a volver allí. —En vez de aliviado, parece a punto de vomitar—. ¿Quieres vivir con Russell?

Niega con la cabeza.

—Entonces, ¿qué?

Últimamente todo me desconcierta, como si sólo supiera hablar inglés y de repente me hubieran soltado en Rusia.

—No tengo adonde ir.

Julian es listo, pero para algunas cosas está más perdido que un pato en un garaje.

—Te vienes a casa conmigo. —Pensaba que era obvio—. Mi madre lleva desde que estás aquí con el papeleo para que le concedan tu custodia.

—¿Ah, sí? Pero...

—¿Qué?

—Bueno, antes...

—¿Antes qué?

Sacude la cabeza, lo que me deja frustrado y perplejo.

—La última vez —contesta.

—¡Por Dios! La última vez ¿qué?

—Sé..., sé que os di problemas. Y que Catherine y tú ya no podíais conmigo. Lo sé.

—¿Quién te dijo que nos diste problemas?

No responde.

—¿Russell? —insisto.

Se encoge de hombros y después asiente.

—Joder, Julian, estaba mintiendo. Nosotros no decidimos que te fueras; lo hizo él. ¿Es que no sabes lo destrozada que se quedó mi madre cuando no nos dejó que fuéramos a verte?

Julian parece dudar, y eso me cabrea.

—¡Eh! —exclamo en voz alta, y da un respingo—. No te miento.

Tiene los ojos como platos, sorprendidos y algo cautelosos. Sigo frustrado, aunque cada vez menos, o quizás estoy repartiendo mi frustración. Volcándola en Russell. En Emerald. En mí.

—No te miento.



SESENTA

JULIAN

Sentado en el círculo de la habitación con demasiadas ventanas, espero a que el día empiece. Mientras observo a los demás chicos hablar y abrazarse, me acuerdo del concierto al que fui con Adam el otoño pasado, cuando vi la relación tan estrecha que tenía con sus amigos. Todos estos chicos estuvieron internados juntos, y ahora todos se quieren y se odian como si fueran familia.

Annie, que tiene unas mejillas rojas y redondas, pero nada de pelo, se sienta a mi lado y me pregunta sin previo aviso:

—¿Quién te ha dejado en silla de ruedas?

A lo largo de los dos últimos días, es la única que ha intentado hablar conmigo, aparte del personal. Mientras que los demás parecen tipos duros y dan un poco de miedo, ella es dulce y amable. Igual que Shirley Temple, si Shirley Temple fuera una adolescente que pasa por una mala racha.

—N-nadie —respondo—. Es que... estoy débil porque no como mucho.

Me doy cuenta de que no me cree, y soy consciente del aspecto que debo de tener con tantos cortes y moratones, y los dedos rotos. Es humillante.

Cuando la terapeuta, una mujer de pelo castaño corto y de punta que lleva bata blanca, se sienta, empezamos como siempre, estableciendo objetivos;

después hay que «dar el parte». Lo odio. Es peor que en el instituto, donde los profesores prefieren que no hables.

Después de una hora con eso, se nos permite escribir en nuestros diarios. Uso las manos para hacer girar las ruedas de la silla hasta llegar a una de las esquinas del cuarto.

A la hora de comer, nos traen bandejas de la cocina. La mía es la única con un nombre pegado a la tapa, ya que sigo una dieta blanda especial. Examino el pollo asado, el arroz integral, las zanahorias en rodajas y el yogur. No me veo comiendo nada de eso, pero sé que Adam preguntará y no creo ser capaz de mentirle.

Abro el contenedor del yogur natural y me tomo una cucharadita precavida. Tiene una textura extraña, no del todo sólida, no del todo líquida. Similar a... la pasta de dientes. Me dan arcadas y lo escupo en la servilleta.

De vuelta al círculo, juego con el dobladillo de la camiseta. Los pantalones de mi pijama son largos, pero cuando cruzo las piernas me veo el vello oscuro que brota de las pantorrillas. Me resulta extraño. Llevo calcetines de hospital y quiero calzar zapatos, igual que los demás. Sin embargo, mis deportivas están en algún lugar de la casa de Russell.

La mujer que dirige el grupo saca una pregunta de una caja de plástico: «¿Qué os gustaría cambiar de vuestras vidas?». Nadie quiere responder primero, así que vamos por orden alrededor del círculo.

La directora del grupo saca otra pregunta: «Si pudieras enfrentarte a una persona que te ha hecho daño, ¿qué le dirías?». De nuevo alrededor del círculo.

Cuando se detiene en mí, niego con la cabeza. Aunque no parece satisfecha, se gira hacia el chico de los *piercings*. Nos vuelve a contar por qué odia a su madre y por qué cree que merece morir.

Annie es la siguiente y, con su suave vocecita, declara que se enfrentaría a su hermanastro Chris. Nos explica que Chris y ella siempre se peleaban, y que a veces llegaban a las manos. Un día estaba tan asustada que huyó y se escondió debajo del coche de la entrada de sus vecinos. Chris la encontró y la agarró de los tobillos para sacarla de allí a rastras. Levantó las manos para detenerlo, sin darse cuenta de que, debajo del coche, el motor seguía caliente.

Annie levanta el brazo para enseñarnos la larga quemadura reluciente. Nos habla del dolor, de lo mucho que la sorprendió, de cómo lloró y le dijo a Chris que estaba herida. A él no le importó: se agachó, metió las manos bajo el coche y la sacó por el pelo.

Aparta la vista de nosotros, avergonzada. Me imagino a su hermanastro, alguien más grande y más fuerte. Entonces me la imagino a ella, quemada y asustada.

—No os creeríais las cosas que pasaban en nuestra casa —dice—. En realidad, siento lástima por él. Yo fui la estúpida que...

Sigue hablando, insultándose, compadeciéndose de él, explicando todo lo que su hermanastro le hizo como si estuviese bien que la hubiera maltratado.

No está bien.



SESENTA Y UNO

ADAM

Ya es oficial: a mi madre le han concedido la custodia temporal de Julian. Delores entra en la habitación para despedirse y después la acompaño al pasillo. Me da un fuerte abrazo.

—Te voy a echar de menos, Adam, ¿sabes?

—Y yo a ti.

—Sé que en cuanto salgáis todos de aquí no querrás volver a pensar en esto, pero, si lo haces, ven a verme.

—Lo haré. —La abrazo otra vez—. Delores, antes de que te vayas, ¿se sabe algo de Russell?

—No —responde, suspirando—. La policía interrogó a todo el mundo. Descubrieron que lo despidieron el año pasado después de un incidente con una mujer en su trabajo, y nadie parece saber nada más de él.

—Es muy raro que no trabajara. Julian dice que siempre estaba de viaje de negocios.

—El último trabajo que tuvo para el que necesitara viajar fue hace cuatro años. También lo despidieron de ese.

—¿Y cómo lo pagaba todo?

—Julian era el que pagaba.

—¿A qué te refieres?

—Los padres de Julian tenían sendos seguros de vida de los que él era el beneficiario. Se suponía que el dinero era para que cuidaran de él.

Pienso en la ropa y los zapatos raídos de Julian y en que no tenía móvil, y después en los trajes y el llamativo coche de su tío.

—Cabrón.

—Y tanto —coincide ella, sería—. Mira, Adam, es mejor que oigas esto ahora: hay una orden de busca y captura contra él, pero de momento se trata de una denuncia por abuso de menores y nada más. ¿Entiendes lo que digo?

—P-pero —balbuceo— ¿cómo es posible? Intentó matarlo. —Delores asiente despacio—. Crees que se va a librar de esta, ¿no?

—No lo sé. Nunca se sabe. Que haya huido lo hace parecer mucho más culpable, aunque el tema es que nadie lo persigue. Por suerte para Julian, Russell no parece saberlo.



SESENTA Y DOS

JULIAN

—¿Qué os mantiene atrapados?

El grupo empieza de la misma forma que siempre: los demás chicos se resisten y resoplan como si fuera una pregunta estúpida.

Ya he dejado la silla de ruedas y estoy en una normal, en el círculo, con las deportivas nuevas que Adam me ha traído hoy. Son rojo chillón y me puedo imaginar corriendo con ellas.

Nadie habla, aunque la tensión se palpa en el aire; es un cable vivo saltando por el cuarto. Todos miran al suelo, al techo, por la ventana o se examinan las manos. Cierro los ojos con fuerza y siento el dolor que brota como humo de las personas sentadas en el círculo.

La terapeuta repite:

—¿Qué os mantiene atrapados? Cuando acabéis con este programa y regreséis a vuestras vidas, ¿qué os puede detener? ¿Qué evita que viváis de la manera en la que queréis vivir? ¿Qué evita que seáis libres?

Y entonces lo veo todo de golpe, todas las cosas que me han mantenido atrapado. No sólo Russell, sino yo... Mis miedos.

Miedo a hablar.

Miedo a intentar.

Miedo a querer.

Miedo a soñar.

Pensar en la gente que he perdido... y temer perder a más.

La terapeuta insiste hasta que unos cuantos chicos mascullan respuestas. Fingen que no les importa, pero no es cierto; igual que yo, ya conocen las respuestas a sus preguntas y no tardan en escupirlas como ametralladoras. Drogas, pastillas, padres, profesores, él, ella, miedo, amigos, yo, yo, yo.

Lo que sé se queda dentro de mi cabeza cuando me pongo en pie al final del día y regreso a mi habitación con el diario para escribir mi lista de jaulas.



SESENTA Y TRES

ADAM

—Tengo que volver —suelta Julian—. A la casa de Russell.

Llevamos menos de una hora en casa desde que nos fuimos del hospital. Sus moratones se han atenuado, aunque todavía se distinguen las manchas alrededor del ojo y la boca. Todavía tiene los dedos vendados y rotos, y cicatrices en la espalda que es probable que no desaparezcan nunca.

—¿Por qué?

—Necesito algunas cosas.

—¿Miraste bien todo? —le pregunto, porque Delores y la policía se pasaron por allí hace un par de días para empaquetar lo que había en su cuarto.

—Faltaba algo.

—Si necesitas ropa, podemos comprarla.

—No es eso. Es... todo lo que estaba en el baúl.

Ninguno de los dos dice nada durante un minuto, parece que ambos necesitáramos recuperarnos de esa palabra.

Por mucho que no me guste el capullo de Clark, acepto:

—Vale, pero tenemos que llamar primero a la policía, que nos pongan un

acompañante o algo.

Antes incluso de que acabe la frase, ya está negando con la cabeza.

—Puedo ir yo solo.

—Eso no va a pasar.

Se sienta en el sofá, exhausto. Me sabe mal por él porque por fin está hablando, y parece que cada vez que abre la boca le tengo que responder que no.

—Vale —añado—, nada de policía, pero nos llevamos a alguien. — Interrumpo su protesta antes de que la empiece—. Es el único modo. Esperarán fuera, ¿vale? Es por estar más seguros.

—¿Por si viene Russell?

—Sí.

—Pero dijiste que da igual lo que él quiera, que no voy a vivir con él de ningún modo.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué?

«¡Porque intentó matarte!», quiero gritarle. Sin embargo, es como hablar con un crío de cinco años, y hay ciertas cosas que no puedes decirle a un niño de esa edad.

—Vas a tener que confiar en mí, ¿vale?

—Confío en ti.

Julian está de pie en el porche con la llave, aunque no acaba de meterla en la cerradura. En algunas ocasiones tienes que presionarlo; en otras, es mejor tener paciencia.

Vuelvo la vista atrás, a Charlie, Jesse y Matt. Acabamos de terminar nuestro último día de instituto —para siempre—, así que deberían estar por ahí, celebrándolo. Dice mucho de ellos que se encuentren aquí, apoyados en

mi furgoneta como una hilera de guardaespaldas.

Julian respira hondo. Tembloroso, abre la puerta y entramos. Esperaba huellas de la investigación, cajones abiertos, mesas volcadas y demás, pero el orden de la casa es tan demencial como recordaba. Recorre el pasillo de puntillas, como si temiera encontrar minas terrestres, y se detiene frente a la puerta de su cuarto.

—Ahí no hay nada —le aseguro mientras me pongo delante de él—. Ya lo han limpiado.

No sé si el baúl sigue dentro o no, pero no creo que le haga ningún bien verlo.

Julian asiente y se da media vuelta. En el otro extremo de la casa, abre una puerta que da al garaje más limpio que haya visto en mi vida. Todo está guardado en contenedores de plástico y marcado con etiquetas escritas a máquina. Registramos las pulcras filas sin encontrar nada que pertenezca a Julian.

Él empieza a temblar y a respirar con dificultad.

—¿Necesitas sentarte?

Niega con la cabeza.

Entramos otra vez y se detiene, nervioso, frente a una puerta. Cuando la abre, me queda claro que es el dormitorio de Russell. Hay una cama con cuatro postes en el centro, tan enorme que no sé bien cómo la han metido por la puerta, y un tocador y una cómoda a juego.

El dormitorio tiene algo raro que no consigo identificar. Entonces me percató: sólo hay muebles, da la impresión de que se acabara de mudar. Es bastante bonito, pero no hay ninguna pista que indique que aquí viviera alguien. Aunque finjo que no me afecta, no es cierto. Nadie sabe dónde está Russell. ¿Y si...? ¿Y si se oculta... dentro de la casa?

—¡Dios! —Doy un brinco cuando me suena el móvil—. No pasa nada —

digo para tranquilizar a Julian—. Es Charlie. —Después le hablo al teléfono —: Estamos bien, es que la casa es grande.

—¿Seguro que no quieres que entremos? —pregunta.

—Sí, vamos bien.

Cuelgo y me dedico a abrir cajones. Dentro de la cómoda hay ropa bien doblada. Julian vacila al abrir el armario mientras yo me asomo debajo de la cama: está completamente vacío y libre de polvo, como si de verdad se arrastrara por allí para limpiar.

Me levanto y descubro que Julian pierde el miedo y gana ansiedad mientras registra el armario.

—¡No está aquí!

—Vamos a seguir buscando. Nos queda una planta entera.

El dormitorio de invitados superior se parece mucho al de Russell: no hay nada más que muebles. Abro cajones, que están vacíos, y eso me recuerda al episodio de *En los límites de la realidad* en el que un matrimonio se queda atrapado en un pueblo muy raro que está vacío, y al final resulta que todo, desde los árboles hasta los animales, pasando por las casas, no es más que atrezo del tren de juguete de un niño alienígena.

Cuando me levanto, le echo un vistazo a Julian, que está muy pálido, y le digo que se siente. Él niega con la cabeza.

—En serio —insisto—, hazlo antes de que te desmayes.

Se sienta en la cama mientras yo finjo mirar por el cuarto, aunque resulta obvio que aquí no hay nada.

—Creo que lo ha tirado —declara Julian en tono sombrío.

Empiezo a creer lo mismo.

—¿Dónde más podemos buscar?

—En su despacho.

—¿Crees que puedes levantarte?

—En ningún momento he dicho que tuviera que sentarme.

Doy otro respingo cuando me suena de nuevo el móvil. Lo abro y suelto:

—Joder, Charlie, que estamos bien.

—Por asegurarme.

Julian se levanta, todavía demasiado pálido, y bajamos por el pasillo hacia el despacho de Russell. Abro la puerta con Julian detrás y me paro en seco.

—Hostia.



SESENTA Y CUATRO

ADAM

Capto la expresión de Julian —igual de perpleja que la mía— y observo la habitación. Es el despacho de un acaparador compulsivo; está tan abarrotado que cuesta incluso entrar.

Doy un paso gigantesco por encima de una pila de cajas y echo un vistazo a mi alrededor. Hay hileras de vitrinas del estilo de las de abajo, pero en vez de mostrar el contenido con gusto, como en un escaparate, están tan saturadas que da la impresión de que se te va a caer todo encima si abres la puerta, como en unos dibujos animados. Lo raro de verdad es que ninguna de las vitrinas está contra la pared, sino repartidas en precario equilibrio por el cuarto.

Esquivo una columna de libros que se balancea para examinarlas más de cerca. Uno de los muebles está lleno de calculadoras antiguas... O quizá sean cajas registradoras. Otra tiene esculturas de muñecos de palitos retorcidos en poses extrañas. Las paredes también están llenas de cosas: máscaras, monedas, un enorme lienzo con mil mariposas ensartadas. Me recuerdan a Emerald y las mariposas que colecciona. No obstante, este hombre lo colecciona absolutamente todo. Revisar esto podría llevarnos horas, sin exagerar.

—Supongo que deberíamos empezar —sugiero.

Julian asiente, vacilante, y se arrodilla para abrir una caja de cartón.

La habitación está tan llenísima de cacharros que tardo un rato en fijarme en el escritorio situado contra la pared. Abro de un tirón el cajón de arriba, en el centro, y me encuentro con material típico de oficina, salvo quizá por las cantidades: por ejemplo, hay cinco grapadoras y ocho tijeras. En los siguientes cajones encuentro la misma basura.

Entonces tiro del cajón del fondo a la izquierda. Cerrado con llave. Cojo un abrecartas —también tiene una colección— y lo apuñalo con él mientras Julian da vueltas por el cuarto apartando papeles y cajas. El cajón se abre justo cuando él exclama:

—¡Está aquí!

Levanto la vista y me topo con Julian abrazado a un cuaderno de espiral; sonrío. Estoy a punto de ponerme de pie cuando veo una camiseta roja doblada con un perro de dibujos animados estampado en ella —está claro que es una camiseta de niño— dentro del cajón.

—¿Esto también es tuyo? —inquiero.

Cuando la levanto, un objeto negro brillante cae al suelo. Es un disco duro externo.

Julian entorna los ojos para examinar la camiseta que tengo en la mano.

—Sí, la recuerdo, aunque llevaba años sin verla.

¿Por qué iba a guardar Russell una camiseta de Julian bajo llave en un cajón? ¿Y por qué envolver en ella con tanto cuidado un disco duro? Cuando Julian se pone otra vez a rebuscar en su caja, me meto el disco en el bolsillo.

—Vámonos.

Espero hasta estar en casa para enseñárselo a Julian. No pensaba hacerlo, pero, sin pensarlo a fondo, le he preguntado:

—¿Esto es tuyo?

—No.

—Estaba en el despacho de Russell.

—¿Lo has cogido?

—Estaba envuelto en tu camiseta. —Parece desconcertado, aunque no del todo preocupado—. ¿Te importa si miro lo que hay dentro?

—No es mío.

Me lo tomo como su permiso y lo meto en el ordenador de sobremesa del salón. Una ventana llena de archivos se abre en la gran pantalla; son vídeos. Bajo con el cursor y abro el más antiguo.

La pantalla se llena con un niño tembloroso que está de pie de espaldas a la cámara, en la sala de estar de Russell. Russell entra en el plano. Al lado del niño, es un gigante. Sostiene una vara larga y fina en la mano.

El estómago se me llena de ácido.

—Quítate la camiseta —ordena.

El niño se la quita y se agarra el brazo desnudo con una mano.

—Date la vuelta.

JULIAN

Soy yo. Más pequeño y más bajo, puede que con nueve o diez años, pero soy yo. Veo mi cara retorciéndose de miedo antes de que caiga la vara. Veo mis ojos rebosantes de dolor antes de cerrarlos con fuerza. Veo el aspecto que tengo cuando lloro. Y por primera vez veo también el aspecto de Russell, cosa que no podía hacer cuando le daba la espalda.

—¿Lo grababa? —susurro—. ¿Por qué lo grababa?

—Julian.

Adam dice mi nombre, nada más.

El niño empieza a gritar.

—¿Para volver a verlo? —pregunto.

Noto que Adam me observa mientras me observo.

—¿Para eso?

El niño grita más fuerte.

—Dios mío. —Adam manotea sobre el teclado hasta que consigue cerrar la pantalla. Nos quedamos en silencio frente a un cuadrado blanco con una lista de muchos más archivos.

—Bórralos.

—No puedo —se niega Adam—. Son pruebas. No puedo borrarlos sin...

—Por favor.

—Tenemos que enseñárselos a la policía —afirma mientras desconecta el disco duro.

—Dámelo.

—No.

La firmeza de su tono y el hecho de que sostiene algo que guarda todos mis secretos hacen que se me salten las lágrimas.

—No puedes enseñárselo a nadie. —Me imagino a policías, inspectores, jueces, a todo el mundo viéndome llorar, viéndome... No quiero que ni ellos ni nadie me miren—. Algunos de los otros vídeos serán peores.

—¿Peores cómo?

—En algunos... no..., no llevo ropa.

—¿Qué quieres decir con que no llevas ropa? ¿Qué coño te hizo?

La humillación resulta insoportable, como si Adam me viera desde dentro hacia fuera.

—Julian. ¿Qué te hizo?

Niego con la cabeza. Me aprieto los ojos con los dedos.

—Lo mismo —respondo al fin—. Lo mismo que eso..., pero sin ropa. Por favor, bórralo.

—No puedo. —A Adam se le quiebra la voz—. No se lo enseñaré a nadie, pero tampoco puedo borrarlo. Todavía no.

La pantalla se ha quedado en blanco, aunque veo el rostro de Russell y la forma en que me miraba cuando le daba la espalda. En realidad no conoces a la gente cuando le das la espalda.

—Quieres verlos.

—Dios, no. —Adam hace una mueca. Parece que fuera a vomitar—. Sólo quiero evitar cometer una estupidez. Tirar esto sería estúpido. Voy a guardarlo, por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso vuelve.



SESENTA Y CINCO

ADAM

—¿De qué color te gustaría pintar tu dormitorio? —le pregunta mi madre a Julian.

Tiene esa cara rara excesivamente alegre que pone ella; la que quiere decir que finge estar contenta cuando, en realidad, está preocupada.

El dormitorio de invitados —que ahora es el de Julian— es femenino hasta decir basta: muebles blancos de mimbre, margaritas de color rosa y amarillo estarcidas por todas partes, y sombreros blancos de paja colgados de la pared, como si eso fuera una decoración válida. Para rematarlo, hay millones de fotos de *Mittens*, el gato persa que tenía antes mi madre.

Julian mira a su alrededor.

—No hace falta pintarlo.

—¿Estás seguro? —insiste ella.

—Está bien. Quiero decir, es bonito. Gracias, Catherine.

—No está nada bien —intervengo—. ¿Cómo vas a colar aquí a una chica si el cuarto tiene esta pinta?

—Venga, Adam —dice mi madre, entre la risa y la regañina.

Julian tiene cara de desconcierto.

—Pero no voy a meter aquí a ninguna chica.

—No tienes remedio —respondo—. Vamos a pintarla sí o sí.



Sobre las diez de la noche, mi madre está sentada al borde de la cama de mimbre blanco tapando a Julian como si tuviera cinco años, aunque o bien eso a él no le da vergüenza, o bien es demasiado educado para protestar. A pesar de no ser tan tarde, estoy lo bastante cansado como para acostarme yo también. Cierro los ojos, pero no consigo quitarme los sonidos de la cabeza, los gritos que oí esta mañana, y no puedo dejar de pensar en todas las cosas obvias y raras en las que debería haberme fijado antes.

Por ejemplo, el que Julian estuviera siempre enfermo. O que su tío lo obligara a afeitarse las piernas. Supuse que el tipo tenía alguna fobia a los gérmenes, pero ahora... ¿Intentaba que Julian pareciera más una chica? ¿O un niño? Ambas respuestas me revuelven el estómago.

Dios, joder, así no hay quien duerma. ¿Qué hacía antes cuando no conseguía dormirme?

«Piensa en cosas bonitas».

Lo intento. De verdad que lo intento.



SESENTA Y SEIS

ADAM

Supongo que fui demasiado inocente al pensar que todo sería perfecto cuando Julian saliera del hospital. Aquella primera noche estuve a punto de chocarme con él cuando me levanté de la cama: había usado todas sus mantas y almohadas para acampar en el suelo de mi dormitorio, y desde entonces lo hace siempre.

Los días no son mejores. Me sigue de un cuarto a otro, pisándome los talones incluso cuando voy a la cocina o al servicio. No me importaría tenerlo siempre pegado como una lapa, salvo por el detalle de que se niega en redondo a salir de casa, lo que significa que yo tampoco puedo hacerlo. Quizá la casa no sea tan pequeña como la habitación del hospital, pero, al cabo de una semana, no lo aguanto más. Tengo que salir. Necesito aire fresco. Necesito entre cinco y siete minutos solo en el baño sin que nadie me esté esperando en la puerta.

Cuando Charlie aparece sin previo aviso en plena tarde, estoy a punto de abrazarlo.

—¿Quieres ir a tomar algo? —me pregunta—. Y tú también, Julian.

Julian, receloso, no contesta.

—No, creo que estamos bien aquí —respondo al fin.

Charlie se encoge de hombros y me enseña un par de videojuegos. Unos minutos después, estamos sentados en el suelo frente a la tele mientras Julian nos observa desde el sofá. Cuando le pregunto si quiere jugar, contesta:

—Nunca tuvimos videojuegos.

Porque si algo no pasó mientras sus padres estaban vivos, es que no pasará nunca.

Se convierte en nuestro ritual durante una semana, más o menos: Charlie aparece en casa con juegos. Nosotros jugamos. Julian observa. Hasta el día en que Charlie me dice que mis piernas hiperactivas de grillo le están volviendo loco.

—Ve a correr o algo —me ordena.

Julian se sienta derecho de golpe, claramente preocupado. Charlie sigue dándole a su mando sin hacerle caso.

—No pasa nada —le miento—. Estoy bien.

—No estás bien. Estás insoportable. ¿Cuándo fue la última vez que saliste de casa? —Inclina todo el cuerpo mientras intenta volver a meter su coche en la carretera, sin dejar de pulsar los botones, pero el vehículo se cae por un barranco—. ¡Mierda! —Hace el gesto de ir a pasarme el mando, pero lo retira—. Juego yo otra vez. Vete. Sal. Me quedo de niñera.

Miro a Julian, que parece más preocupado que ofendido.

—Estaremos bien, ¿verdad, Julian? —dice Charlie.

Julian asiente con cara de estar poco convencido, pero salir de casa es tan tentador que finjo que va en serio. Me pongo un chándal y unas deportivas, les prometo que no tardaré y salgo por la puerta.

Es maravilloso sentir el sol. Dios, se me había olvidado lo mucho que me gustaba correr. Antes de tener la furgoneta lo hacía a menudo. Tengo que obligar a Julian a salir de casa como sea, no es sano quedarse dentro todo el

tiempo..., hace falta la vitamina D. Sin embargo, una vez descartada la opción de sacarlo a rastras, lo más probable es que no ocurra; para ser un chico tan tranquilo, a cabezota no le gana nadie.

Doblo la esquina y acelero. Siento el cuerpo más ligero, la mente lo bastante clara como para darme cuenta de que, por muy mal que estén ahora las cosas, es temporal. Veo la imagen en su conjunto, la vista aérea. Todo volverá a ser igual que antes... o incluso mejor. Lo sé.

Recorro unas cuantas manzanas más y empiezo a sudar un poco. Llevo fuera una hora por lo menos. Seguro que Julian está de los nervios.

Doy media vuelta y regreso a casa.

Cuando llego, sin aliento y sudoroso, descubro a Julian sentado en el suelo al lado de Charlie, agarrado con ambas manos a un mando mientras Charlie lo anima.



SESENTA Y SIETE

ADAM

A medianoche me encuentro a mi madre en la sala de estar, viendo *Family Feud* sin mucho entusiasmo; ni siquiera se molesta en gritarles a los concursantes por ser tan estúpidos. Cuando me dejo caer en el sofá, a su lado, me suelta sin previo aviso:

—Estoy preocupada por ti.

—¿Por qué? —exclamo, sorprendido.

—Estás demasiado tranquilo.

Me río.

—¿Preferirías que sufriera una crisis nerviosa?

—Sigues sin hablar con Emerald y no sales, pero das botes por la casa como si fueras feliz.

—Espera, entonces, ¿te preocupa que esté demasiado tranquilo o que finja estarlo?

—No lo sé.

—Estoy bien.

Julian lleva casi un mes con nosotros, y sí, ha habido que hacer algunos ajustes, y sí, se sigue negando a salir de casa, pero las cosas van mejor. Me

doy cuenta de que mejoran con cada día que pasa.

—Estoy hablando en serio, Adam.

—Anda, díselo a Julian.

He perdido mi tono de guasa y lo sabe.

—¿Qué quieres decir?

—Tú eres la que se empeña en arreglar peleas y encontrar dramas por dondequiera que vas.

—¿Lo dices en serio? —Hace una mueca.

—No tienes que preocuparte por mí. Al que le ha pasado todo esto es a Julian.

—Pues claro que me preocupo por él, y mucho. Pero eso no quita que no me preocupe también por ti. Te irás pronto, y sólo quiero...

—No me voy.

—¿Qué?

—Que no me voy.

—¿No te vas a la universidad? —repite, inexpresiva.

—Por supuesto que me voy a la universidad, pero no me mudo. Iré y volveré todos los días.

—Es una locura, no puedes...

—Creía que te alegrarías. Estás todo el rato hablando de lo mucho que me vas a echar de menos.

—Te echaré de menos —responde, y suspira—. Mucho. Pero eso no significa que no quiera que te vayas.

—Bueno, pues no me voy.

—Julian estará bien, Adam. Hice un buen trabajo contigo, ¿no?

—Adecuado.

Se ríe y masculla:

—Vale, Punky Brewster. —Después vuelve a ponerse seria, aunque ojalá

no lo hiciera: he tenido seriedad de sobra para toda una vida—. Sé que deseas cuidar de él. Toda la gente a la que quieres... te necesita de verdad.

Guardamos silencio un minuto y nos quedamos mirando la última ronda del concurso hasta que ella continúa:

—Las personas como tú necesitan a otras personas alrededor. No puedes pasarte tanto tiempo solo.

—No estoy solo.

Frunce el ceño como si yo intentara fastidiarla aposta.

—Si no te mudas, procura invitar a tus amigos a casa. Estabas organizando tu fiesta de graduación. Todavía podrías celebrarla.

—Es un poco tarde para eso.

—Celébrala de todos modos.

Suena demasiado insistente para la poca importancia que tiene el asunto.

—No sé.

—Algo pequeño. Te sentaría bien. Os sentaría bien a los dos.

—Sí..., puede que con poca gente.

—¿Como Emerald?

—Puede.



SESENTA Y OCHO

JULIAN

Es una fiesta pequeña comparada con la que celebró Emerald en diciembre, nada más que quince o veinte personas, pero el ruido y el caos siguen siendo demasiado. Abro la puerta de atrás y cruzo el patio para sentarme en la hierba, bajo un árbol gigante. Sus largas ramas llegan casi hasta el suelo y se balancean a mi alrededor como una cortina.

La última vez que estuve fuera fue cuando visitamos la casa de Russell. Cuando regresamos aquí, Adam aparcó en el garaje.

No deja de repetirme que necesito aire fresco, que sentarme frente a la ventana igual que un gato no es lo mismo. Parte de mí echa de menos el sol y lo que sentía al pedalear lo más deprisa posible en mi bici. Pero siempre que me imagino saliendo veo el cielo azul, un océano sin paredes ni orilla ni final a la vista, y me veo desaparecer.

Esta noche, cuando llegaron todos los amigos de Adam, fui consciente de lo mucho que lo añoran. La mayoría se lo ha dicho abiertamente, mientras que otros se limitan a observarlo como si nunca fueran a cansarse de ello. También han sido amables conmigo, a punto de abrazarme pero sin llegar a hacerlo, como si temieran hacerme daño al tocarme.

Respiro hondo. Se me dilatan los pulmones y sólo me duele un poco.

El aire huele dulce, cálido, real. Quizás Adam tuviera razón sobre lo de salir. Es agradable. Entierro los dedos en la hierba. Presiono más hasta que llegan a la tierra de debajo, y me imagino a mi madre de pie en nuestro patio trasero, protegiéndose los ojos del sol.

Todavía oigo la música de dentro, aunque estoy lo bastante lejos como para que no sea más que un ritmo sin palabras. Cierro los ojos.

—¿Julian?

Es la voz que he oído en mi cabeza, un eco oxidado un millón de veces.

Abro los ojos de golpe. La silueta de Russell está junto a la puerta abierta de la valla, a pocos metros. Empieza a caminar hacia mí. Quiero correr o chillar, pero no lo consigo. No tengo ningún control sobre mi cuerpo.

Cuando entra en el patio, la luz con sensor de movimiento se enciende y puedo verlo con claridad: sin afeitarse, sin lavar, triste. Me mira y me doy cuenta de que no tengo control sobre mi cuerpo porque ese control no me pertenece.

Miro hacia la puerta de la casa. Parece saber lo que pienso. Se agacha a toda prisa... y salta hacia mí. Sobre mí. Uno de sus brazos me rodea el estómago y tira de mi espalda hacia su pecho, mientras que el otro me rodea el cuello. Noto su corazón contra mis omoplatos, su barbilla sobre mi cabeza. Puedo olerlo: tierra sucia y sudor. Me aprieta con fuerza, envolviéndome. Es lo más parecido a un abrazo que hemos compartido.

—¿Por qué te fuiste? —exige saber—. Me dijiste que querías otra oportunidad, pero te fuiste.

—Tenía que hacerlo. Adam...

Su antebrazo me presiona más el cuello.

—Yo fui el que te acogió en mi casa. Yo. Pero, por mucho que haga por ti, tú no dejas de odiarme.

Le agarro el brazo y me retuerzo para zafarme. No puedo respirar.

De repente, me suelta. Respiro hondo de golpe antes de girarme para mirarlo a la cara.

—No..., no te odio —respondo, y lo digo en serio—. Sé que lo haces porque no eres feliz.

Sus ojos parpadean, desconcertados.

—Entonces, ¿quieres volver conmigo?

Recuerdo el vídeo. Su cara cuando me golpeaba. Todas las veces que encontraba motivos para castigarme. No para convertirme en una persona mejor, sino porque disfrutaba con ello.

—No. Me hiciste daño. No está bien hacer daño a los demás por muy desgraciado que seas.

Su rostro se vuelve de hielo antes de descomponerse.

—Nunca te toqué —gruñe—. En todos estos años, jamás te he puesto una mano encima. —Se inclina sobre mí, más cerca, con ojos llenos de fuego—. ¿Verdad?

Asiento con la cabeza.

—Podría haberlo hecho, pero no lo hice. Ni siquiera has pensado en eso. En lo que tenía que hacer.

La luz del porche se apaga y nos sumerge en la oscuridad, aunque da igual. De todos modos, nunca se me ha dado bien interpretar sus intenciones.

Noto una mano que me rodea el cuello y una punzada de dolor. Debería tener miedo, pero me siento vacío. Recuerdo las manos de mi padre. Las de mi madre. Lo que se supone que deben hacer las manos.

Sus dedos me aprietan y me levantan como una marioneta hasta ponerme de pie. Cuando empieza a arrastrarme hacia la puerta abierta del patio, se me pasa el entumecimiento. Abro mucho la boca. Me da una bofetada en los labios. Mientras pateo y le arañó los brazos, noto algo húmedo en el cuello; después, la herida dejada por los dientes.

Russell se saca un objeto de la cintura, uno que reconozco del mismo mueble donde guarda la vara.

—Esa es la pistola de mi padre.

—Siento..., siento mucho lo de tu padre. Yo también echo de menos al mío. —Se echa a reír y gira la cabeza lo justo para que la luna le ilumine la cara. Es una boca de payaso, una sonrisa sobre una mueca—. ¿Crees que echo de menos a mi padre? Lo odiaba.

—Pero...

Se ríe de nuevo y sostiene la pistola frente a mí, en la palma de su mano, como si me la ofreciera.

—Hablaba mucho sobre lo que significaba ser un hombre, aunque siempre pensé que usar una cosa de estas era un indicio de debilidad. Un hombre debería confiar en su propia fuerza, no en diminutas piezas de metal que ni siquiera se ven venir. —Agarra el arma por la empuñadura—. Pero son rápidas y a veces es necesario encargarse deprisa de las cosas. ¿No es verdad?

Intento asentir.

—Adam es una de esas cosas de las que podría encargarme deprisa.

Intento hablar, pero Russell me aprieta la cara con tanta fuerza que me muerdo el interior de la boca y noto el sabor de la sangre.

—Ya sabes lo rápido que puede suceder. Un minuto los tienes contigo y, en cuestión de un instante... —me suelta la mano y chasquea los largos dedos—, desaparecen todos. —Me quedo helado y sudoroso al mismo tiempo—. Desaparecen.

Esta vez, cuando me arrastra, no me resisto. No camino, aunque tampoco lucho contra él, sino que dejo que me aleje de la casa hacia la puerta, desde donde podría llevarme a cualquier parte.



ADAM

Últimamente me preguntaba si la próxima vez que me sintiera nervioso o preocupado creería que era un mal presentimiento. Porque cuando Julian no está ni en su dormitorio ni en la cocina ni en ninguna otra parte de la casa podría ser estrés o una premonición real.

Abro la puerta de atrás y la luz del porche ilumina a dos figuras: Julian... y Russell. El hombre tiene su gigantesco brazo alrededor del cuello de Julian y tira de él hacia la puerta del patio.

Echo a correr.

—¡Para!

Se quedan paralizados y la cara de Russell se convierte en una máscara de odio, un odio aterrador que nadie había sentido antes por mí. Poco a poco levanta el brazo y la expresión pasa a ser de satisfacción profunda.

Siempre he pensado que, si alguna vez me apuntaran con un arma, sabría lo que hacer. Si has visto un millón de películas de superhéroes, igual que yo, piensas que soltarás un comentario sarcástico y que quizá después le quitarás el arma al malo de una patada giratoria.

En vez de eso, lo veo todo blanco y tengo tanto miedo que no puedo pensar, así que tartamudeo y hago lo que hace la gente estúpida en las películas: intento razonar con el loco que lleva la pistola. Y eso no se hace. Es imposible que razone.

—No pasa nada, Russell —interviene Julian—. Me iré. Quiero irme contigo.

Oigo que la puerta se abre detrás de mí.

—Adam, ¿estás...?

Emerald. Grita y se le une un coro de voces aterradas.

Mi madre suplica.

Alguien llora.

Alguien corre.

Se equivocan en todo. Van a conseguir que tenga pánico.

El brazo de Russell, que asfixia.

El rostro de Julian, que llora.

La pistola, más y más cerca, hasta que noto el frío cañón en la frente.

Ya no veo nada. Sé que para detenerlo tengo que ver, pero todo está borroso porque se me han llenado los ojos de lágrimas. Los cierro con fuerza y dejo que se derramen.

Un ruido repentino y un olor que me recuerda a los fuegos artificiales.



SESENTA Y NUEVE

ADAM

Charlie y Russell ruedan por la hierba. Charlie es más alto, pero Russell es más grande y parece muchísimo más fuerte. De algún modo, durante los segundos en los que he tenido los ojos cerrados, mi amigo debe de haberlo derribado. La pistola se habrá caído y disparado sola.

¿Dónde está?

Veo a Julian en el suelo, arrastrándose de espaldas mientras los otros dos se retuercen y forcejean.

No veo la pistola.

No sé cómo, pero Charlie ha conseguido dominar a Russell. Tras clavarle las rodillas en el pecho, alza un puño en el aire y se lo estrella en plena cara; presencio el momento exacto en que le rompe la nariz con un crujido húmedo y un chorro de sangre.

El hombre ruge, junta las enormes manos y las estrella como un ariete contra el costado de mi amigo. Este cae a la hierba con un ruido sordo al lado de Julian, que sigue aturdido.

Veo la pistola.

Charlie, Russell y yo nos movemos al mismo tiempo, pero Russell es más

rápido. Charlie lo placa igual que a un jugador de fútbol americano, y oigo otro estruendo de fuegos artificiales. Todavía me resuena en los oídos cuando ambos caen al suelo. Ahora los dos están inmóviles con flores de sangre en las camisetas.

Unos brazos me rodean. Intento zafarme.

—No pasa nada, cielo. No pasa nada, estás bien —me repite mi madre una y otra vez.

Medio oigo, medio veo el patio lleno de amigos, la mayoría llorando, algunos llamando por teléfono con voces aterradas.

Me aparto de mi madre y me tiro al suelo.

—¿Charlie?

No se mueve.

Julian está completamente inmóvil, parece una fotografía de un cuadro. Julian, a dos Julian de distancia.

—¡Charlie! —chillo.

Él gruñe y se sienta.

—¡Por Dios! —respiro hondo, con ganas—. ¿Estás bien?

Se mira el pecho y se toca la camiseta empapada de sangre, desconcertado y asustado.

—No estoy herido —dice—. A no ser que no lo note por la conmoción. ¿Es la conmoción?

Me río con una carcajada histérica.

—No, creo que la sangre es de él.

Señalo a Russell con la cabeza, y él me contempla con unos ojos malévolos y no del todo muertos.

Oigo a medias a mi madre, que está organizándolo todo y suena como una terapeuta muy serena mientras reúne a los críos llorosos y les pide que entren

en la casa. Emerald coge a Julian de la mano y se lo lleva como si fuera un niño.

—No quería... Ha sido un accidente —tartamudea Charlie—. Estaba intentando...

Se aleja a cuatro patas y se restriega las manos ensangrentadas en la hierba antes de apoyar la espalda contra la valla.

—Iba a llevarse a Julian. Iba a matarte.

—Lo sé.

—Lo he detenido.

—Lo sé.



SETENTA

ADAM

No sé cómo narices ha conseguido encontrarme Emerald. No le conté a nadie adónde iba. Simplemente me largué y no paré hasta que llegué al lago y no pude seguir andando. Se sienta en la hierba, a mi lado, y nos pasamos unos minutos contemplando las aguas de color verde azulado sin hablar.

Ella es la que rompe el silencio:

—Recuerdo venir aquí cuando éramos pequeños. ¿No había una cuerda atada a esa rama?

Señala un punto sobre mi cabeza, un árbol cuyas ramas se extienden por encima del lago.

—Una manguera —respondo—. La quitaron después de que se ahogara alguien.

Me lo acabo de inventar. En realidad no tengo ni idea de por qué han retirado la manguera de jardín que hacía las veces de liana de Tarzán. Emerald observa con aire sombrío el agua como si viera el fantasma de alguien. Parece apropiado.

—¿Estás bien?

Tan sólo hace una semana de la noche en que Russell murió delante de

Charlie y de mí. Lo miré a los ojos mientras mi amigo contemplaba el cielo, y entonces ocurrió algo que supe que más tarde no sería capaz de explicar por mucho que lo intentara. Los ojos de Russell estaban llenos de odio, lo rebosaban, hasta que, de repente, se vaciaron y se convirtieron en cristal, en la nada.

Después de todo lo que había sucedido, esperaba que Julian empeorase. Sin embargo, parece más fuerte; de hecho, por fin empieza a hablar a un volumen normal. Es casi como si antes temiera hablar por si Russell lo oía, aunque estuviera lejos.

Recuerdo lo tozudo que era Julian de pequeño, aunque quizás eso sea bueno: es una fuerza de voluntad que no muere por muchas cosas terribles que te pasen. En cuanto a mí, sólo tengo esta cosa mala, esta noche horrenda, y estoy...

—Estoy bien.

—¿Qué te he hecho? —me grita Emerald, sorprendiéndonos a mí y a los patos que nadan a pocos metros de nosotros.

—No me has hecho nada.

—Entonces, ¿por qué no quieres hablar conmigo?

Porque soy idiota, tan idiota como lo era Brett, de haber existido en realidad. Porque la he culpado de lo que le pasó a Julian, a pesar de que, en realidad, fue culpa mía.

—¿Sabes lo asustada que estaba? —Está llorando, tiene la cara llena de manchas, como si se hubiera revolcado sobre hiedra venenosa—. Creía que te iba a matar. Nunca he sentido tanto alivio como cuando vi que estabas bien. Decidí que nunca más daría nada por hecho. Creía que a ti te ocurriría lo mismo, pero no. Te quiero y ni siquiera hablas conmigo. Te lo dije —añade entre sollozos—. Te dije que me rompería.

Parece que estoy de vuelta en el centro del laberinto, y el rencor y el amor

que siento son tan fuertes que es peor que un infarto.

—Lo siento, Emerald. No puedo. Ahora mismo soy incapaz de ayudar a nadie.

—Pero sí que ayudas. —Se limpia las lágrimas de las mejillas, que están rojas—. Lo ayudaste a él. Fuiste tan valiente...

—¿Valiente? No soy valiente. En cuanto descubrí a ese hombre debería haber sentido, no sé, una rabia homicida que me impulsara a hacer algo. Pero lo que hice fue quedarme allí parado y llorar. Fue Charlie el que de verdad actuó y ni siquiera estoy seguro de que Julian le caiga bien.

Guardamos silencio hasta que ella vuelve a romperlo:

—Todos te observan y ni siquiera te das cuenta. Eres... Cuando entras en un cuarto es como si brillaras o algo así.

Me río, aunque no es un sonido alegre.

—Sí, brillar es mi superpoder.

—Y cuando sonríes... Mi abuela las llama sonrisas de almas grandes. Dice que algunas personas tienen un alma tan grande que se le sale del cuerpo y toca a todo el que se cruza con ella. —Emerald se limpia la cara, que está otra vez húmeda—. Hay muchas formas de ayudar a los demás, Adam. Hay muchas formas de hacer el bien.

No sé si es el miedo, la tristeza o la pura emoción del último mes, pero estoy a punto de humillarme llorando, así que respondo como haría normalmente:

—¿Vas a ponerte a cantar que soy maravilloso porque no sé que soy maravilloso, en plan One Direction? Porque creo que no podría soportarlo.

—Lo eres —me asegura con la voz más dulce que le haya escuchado nunca, y no puedo hacer más que mirarla, ya sin ganas de bromear—. Maravilloso.

Sus dedos me tocan la cara con cuidado, como si fuera algo valioso que no desea romper.



SETENTA Y UNO

ADAM

Julian está escribiendo a toda velocidad en el ordenador del salón mientras yo veo la tele y le envío mensajes a Emerald. De repente, se levanta de un salto y se queda mirando el televisor... Es un programa del Travel Channel.

—¿Me prestas el portátil? —pregunta, lo que es raro si se tiene en cuenta que ya está usando un ordenador.

—Bueno, sí, claro.

Lo coge de la mesa de centro y sale pitando del cuarto. Unos minutos después oigo cristales rotos.

Cuando entro en su dormitorio, veo que ha estrellado una de las fotos enmarcadas de *Mittens* contra la pared. Piso los fragmentos e intento bromear.

—Te dije que teníamos que redecorar.

O Julian hace caso omiso de mi broma o no me oye. Está sentado en medio de su cama inclinado sobre un cuaderno de espiral abierto, tenso por los nervios y con el ceño fruncido por la concentración. Recorre una hoja con los dedos como si las palabras estuvieran en braille.

—¿Julian?

Cada vez más inquieto, pincha el papel con un dedo acusador.

—Oye, Julian.

No deja de apuñalar la hoja y se pone a susurrar algo para sí. Entro en el dormitorio y le agarro la muñeca. Entonces se queda quieto y levanta la vista, con unos ojos que no le caben en la cara. Lo suelto y me siento a los pies de la cama.

—¿Por qué no escribió títulos? —exige saber mientras examina el cuaderno.

—¿Qué?

—Títulos. Ninguna tiene título. Siempre he estado seguro de que significaban algo.

Le echo un vistazo más de cerca a las pulcras letras redondas de la página.

1. Alma (Colorado)

2. Brian Head (Utah)

3. Pueblo de Taos Ski Valley (Nuevo México)

—¿Quién escribió esto?

—Mi madre. El cuaderno entero está lleno de listas. Siempre he sabido que estas ciudades, estas listas, tenían que ser importantes. No las habría escrito de no serlo. Pero tienes que averiguar qué significan, ¿entiendes?

Asiento, aunque no lo entiendo. No entiendo el dolor de intentar conocer y comprender a alguien después de su muerte.

—Por fin he averiguado lo que significa esta. —Señala mi portátil, que está en la mesita de noche. Hay una página con una lista de las ciudades de los EE.UU. que se encuentran a mayor altitud—. Parece que todas tienen su explicación: las películas no son más que ganadoras del Oscar a la mejor película, las canciones son números uno de distintos años.

—Entonces..., eso es bueno, ¿no? Que lo hayas averiguado.

—¿Bueno? —Advertir una expresión tan venenosa en el rostro de Julian resulta inquietante—. No son más que datos. No me cuentan nada sobre ella. Escribió todas estas listas, ¡pero no significan nada!

De repente, se pone a arrancar las hojas con violencia.

—¡Nada significa nada! La gente se va, sin más. No termina. —Agarra las hojas sueltas y las hace trizas con frenesí—. No morimos después de completar nuestra misión en la vida, nos morimos y ya está. —Arranca la cartulina verde hasta que sólo queda la espiral plateada—. ¿Sabes por qué lo sé?

Niego con la cabeza.

—Porque, de haber podido elegir, no me habrían abandonado. Los conozco. ¡No habían terminado conmigo!

Se dobla sobre sí mismo igual que un estor al plegarse. Rodeado de trocitos de papel, empieza a sollozar. Es horrible estar aquí y no poder hacer nada para arreglarlo.

De repente guarda silencio, como si alguien le hubiera apagado la voz, y coge uno de los pedacitos entre dos dedos.

—Oh, no.

Se echa a llorar de nuevo y se dobla hasta tener la cara apretada contra el colchón.

Se endereza, se arrodilla y se abraza el estómago.

Después vuelve a derrumbarse.

Es la misma desesperación que se apoderó de mí cuando me tomaba la medicación que me ponía tan enfermo. La desdicha y las náuseas; sentía un dolor tan atroz que no sabía qué hacer conmigo mismo. ¿Me tumbaba en la cama? ¿De lado? ¿Bocarriba? No podía huir a ningún lugar al que no me siguiera el dolor. Recuerdo a mi madre observándome completamente impotente porque no podía arreglarlo.

—Para, Julian. Va a darte dolor de cabeza.

Se queda paralizado, pasmado. El llanto se vuelve un poco menos histérico, aunque más intenso. Mi madre no podía arreglarme, pero recuerdo que me daba palmaditas en la espalda, y sé que el padre de Julian le acariciaba la cabeza.

«Hay muchas formas de ayudar a los demás, Adam».

Alargo los dedos como si le tocara el piano en la cara.

Poco a poco se calma y se gira para mirar a la pared con ojos vacíos.

—Lo sé —dice, cansado—. Sé que, de haber tenido elección, no me habrían dejado solo. Se habrían asegurado de que alguien cuidara de mí.

En un segundo me pasan por la cabeza mil recuerdos: todas las veces que supe algo que no tendría por qué saber; todas las veces que me pusieron en su camino.

—Julian, quizá lo hicieran.



SETENTA Y DOS

JULIAN

En el patio trasero de Emerald hay tiras de farolillos de papel y luces doradas. Hay mesas repletas de comida, serpentinas, globos, sombreros de fiesta, pilas de regalos envueltos y una tarta enorme.

La última tarta de cumpleaños que tuve fue cuando cumplí los nueve, el verano que mis padres me regalaron el baúl y me dijeron que tenía que ser valiente. Siempre habíamos celebrado nuestro cumpleaños los tres solos, nunca con los otros niños porque no había clase. Aquel año nos pusimos sombreros, abrí regalos y después paseamos por la playa rocosa en la que encontré la caracola.

El patio de Emerald se llena de gente, demasiada para que quepa en la mesa de pícnic que presido. Todos cantan *Cumpleaños feliz* y me miran mientras abro los regalos: el de Adam es una novela y el de Emerald, un diario. Es abrumador recibir tanta atención, aunque no me da vergüenza, la verdad.

Algo después le comento a Adam:

—Quince años parecen muchos más que catorce, ¿no?

Él inclina la cabeza y se ríe.

—Sí, supongo que sí.

Escuchamos música y comemos tarta mientras los rayos de sol iluminan a mis amigos y les hacen brillar como ángeles. Los rostros de Adam y Emerald están muy cerca, se susurran palabras que no llego a oír. Jesse saca su guitarra y me pregunta si quiero cantar. Niego con la cabeza. Hoy sólo quiero escuchar. Charlie reparte polos; a todos les cambian los labios de color. El último día de julio se desvanece poco a poco, aunque todo el mundo sigue hablando y riendo como si pudiera quedarse aquí para siempre.

Está oscuro cuando me tumbo bocarriba en la cama elástica. Desde aquí oigo las voces de todas las personas a las que quiero mientras contemplo un cielo nocturno perfecto. Es como si las luces colgadas de los árboles se hubieran movido para flotar sobre nosotros. Son preciosas y demasiadas para verlas de una sola vez.

Diez millones de estrellas.

FIN



AGRADECIMIENTOS

No hace mucho tiempo le dije a mi hijo que lo quiero tanto que, a veces, el pecho se me hincha como si fuera a estallar y tengo que respirar hondo. Me contestó: «Suenan a enfermedad». ¿He mencionado ya que es un listillo?

Bueno, pues así es como me siento ahora: tan llena de afecto y gratitud hacia las personas de mi vida que apenas puedo respirar. Tanto que, aunque mi editorial me ha concedido un año de prórrogas, sigo sin saber cómo expresarlo con palabras.

Pero allá voy.

Me gustaría dar las gracias a:

Peter Steinberg. Cuando me imaginaba al agente de mis sueños era alguien listo, dedicado y, sobre todo, amable. Conseguí al agente de mis sueños. También tengo mucho que agradecer a los agentes que gestionan mis derechos en el extranjero (Jess Regel, Kirsten Neuhaus, Heidi Gal) y a Foundry Literary + Media.

Stephanie Lurie, mi editora, siempre cariñosa, sabia y con una palabra de aliento en la boca, que demostró tanta sensibilidad y paciencia con una escritora novel, al igual que el resto del personal de Hyperion. Entre todos han convertido este viaje en un placer.

Kate Hawkes, que es de esas amigas que son capaces de subirse a un avión cuando las necesitas, que nunca te juzga y que tiene amor para dar y tomar, y a toda la familia Hawkes, que también reclamo como mía.

Sandra Francis, la personificación del amor incondicional, y a todos mis

amigos de Dallas (Tracy, Jody, Dina, Daphney, Petra, y la lista sigue). Gracias a ellos mi vida es mejor de lo que jamás pudiera haber imaginado.

Joshua, que llegó a nuestras vidas cantando y nos convirtió en una familia.

Michael, mi niño superamistoso, resistente y salvaje de ojos castaños.

Y Joe. Durante muchos años sufrí una enfermedad que me debilitó. Había veces que ni siquiera podía caminar. Otras, no veía nada. Y durante todo ese proceso, Joe permaneció a mi lado: amable, divertido, cariñoso y generoso, con una madurez muy superior a lo normal para su edad. Todos los días me aseguraba que mejoraría, hasta que al final mejoré.